

---

**STANLEY ELLIN**

**La herencia  
Valentine**

Lectulandia

Stanley Ellin, escritor norteamericano de numerosas obras policíacas y de misterio, nació en Nueva York, en 1916. Se graduó en el Brooklyn College. Trabajó como aprendiz de calderero y obrero de acería, fue granjero, luego maestro y estuvo en una distribuidora de revistas y periódicos. Ha ganado tres Premios Edgar Allan Poe y obtuvo el Gran Premio de Literatura Policiaca de París.

«La herencia Valentine» contiene un argumento que hubiera hecho feliz a Alfred Hitchcock. Cris Monte, un joven profesor de tenis, que tuvo que retirarse de tenista profesional causa de un accidente, recibe una proposición de matrimonio por parte de una joven, Elizabeth, que le entregará 50.000 dólares por estar dos meses casado con ella. Se trata de cumplir la voluntad de un extraño testamento. La aventura se inicia en Miami, pasa por Boston y termina en Londres. La variedad de ambientes, los animados diálogos, la acción continua, la nota de misterio que caracteriza la actuación de ciertas personas, permite asegurar al lector una lectura apasionante.

**Lectulandia**

Stanley Ellin

# **La herencia Valentine**

**Destino-Suspense - 4**

ePub r1.0

Titivillus 17-08-2019

Título original: *The Valentine Estate*  
Stanley Ellin, 1969  
Traducción: Ramón Margalef  
Colección dirigida por Antonio Picazo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La herencia Valentine](#)

[Portadilla](#)

[Dramatis personae](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[Tercera parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[Cuarta parte](#)

[1](#)

[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

*Para Wilfred y Alice Quaytman*





## Dramatis Personae

CHRISTOPHER «CHRIS» MONTE: Joven tenista retirado por accidente.

DOMINIC «DOM» MONTE: Su hermano menor.

MARY SHAW: Madre de Chris y Dom.

VICTOR MONTE: Padre de Dom y padrastro de Chris.

MARTY MCCLURE: Gángster de Detroit y propietario balneario en Miami Beach.

JOSEPH PRENDERGAST: Agente inmobiliario de Boston.

HILARY TALBOT: Su hija, divorciada de Robert Talbot.

ELIZABETH «BETH» JONES: Secretaria de Prendergast.

FRENCHY BARBEAU: Entrenador de tenis.

AUGIE BLOOM: Director del balneario.

SIMON WARBURTON: Abogado inglés.

CLIVE VALENTINE: Dueño de THE VALENTINE SOCIETY.

KATIA DANSKA: Amante de Valentine.

HENRY GARDENHIRE: Socio de Valentine.

ANTON TEODORESCU: Socio de Valentine.

LUCAS JONES: Clérigo de Boston, padre de Beth.

GOSALA MOOKERJEE: Malhechor.

BABY: Su amiga.

MICHAEL: Guardaespaldas de Teodorescu.

LEON: Pistolero de Mookerjee.

FREDERICK WALTER: Difunto padre de Chris.

GREENBERGER: Teniente de la Policía.

BLACKBURN: Empleado de Warburton.

EAMES: Investigador privado.

THOMAS COX: Teniente de Policía.

FRANK HOUSE: Policía.

JACK ZUCKER: Gángster.

BATES: Marinero de Mookerjee.

FRANCIS DEGAN: Doctor psiquiatra.

BOBBY TALBOT: Marido de Hilary.

*La acción transcurre en Miami, Boston y Londres.*

# PRIMERA PARTE

A las once de aquella sofocante noche de abril, Christopher Shaw Monte, de veintiocho años de edad y en precaria situación económica, como siempre, se encontraba dentro de la tienda de artículos de tenis de Cobia Isle Spa, en Miami Beach, reparando una raqueta y soñando despierto con la posesión de cincuenta mil dólares, cuando entró en el local la muchacha para ofrecerle sin más cincuenta mil dólares, precisamente, a cambio de que se casara con ella.

Y al aceptar aquel ofrecimiento, el joven puso en marcha los planes cuidadosamente concebidos para hacerle morir asesinado.

## SEGUNDA PARTE

Llegada la medianoche, cerró la tienda, encajándose su casco y haciendo rodar la gran Harley-Davidson hasta la carretera, alejándose así de las cabañas del balneario antes de hacer su ruidosa arrancada. Las cabañas eran lujosas casas de campo, realmente, de seis habitaciones, y por cien dólares que pagaban por día y persona sus ocupantes, éstos tenían derecho indudablemente a disfrutar de un sueño tranquilo.

Encaminándose al sur, por Pine Tree Drive y Alton Road, fue avanzando a una velocidad razonable. Los policías de Miami Beach se sentían irritados ante las motocicletas, y tal irritación había sido aún mayor en el curso de los meses anteriores tratándose de Chris Monte, con motocicleta o sin ella. No podía reprochárselo. Cuando se imaginaban que, finalmente, habían conseguido hacerse con McClure, el ricachón de Detroit, aquel genio del mal cuya sola presencia en Miami Beach constituía ya algo difícil de tragar; cuando realmente pensaban que habían conseguido atraparlo, con motivo del atropello de un peatón, seguido por la huida del conductor del vehículo, he aquí que surge Monte, y este joven de la localidad se presenta ante Benedict Arnold para jurar que en el momento de ser cometido el crimen él estaba realizando ejercicios tenísticos con el señor McClure bajo los proyectores, en la pista número 3, situada detrás del balneario. No había más testigos. McClure y Monte se hallaban solos en aquella pista número 3 en el momento en que alguien llamado Zucker, de Detroit, perteneciente a una pandilla de criminales enemigos de McClure, era atropellado con resultado fatal para él en La Gorce Drive, a diez minutos de distancia.

—Vamos, vamos, Monte... ¿Qué historia se trae usted? ¿Quiere decirme que usted y McClure se dedicaban a jugar al tenis a la una de la madrugada?

—Sí, señor teniente. Yo no soy más que un instructor, y el señor McClure es quien manda. Cuando desea recibir mis lecciones, yo estoy obligado a atenderlo. Y de todos modos, ¿por qué fijarse precisamente en él? El *Herald* dice que esos individuos del sindicato poseen acciones en todos los hoteles de lujo de Miami Beach, al norte y al sur de la zona. Deben ser justos. Lo lógico sería que procedieran a interrogarlos y examinar su conducta por orden alfabético.

Había sido una falta de tacto por su parte expresarse así, sugerir que la Policía podía tener sus particulares preferencias al fijar la identidad del

probable autor del atropello de La Gorce Drive. A causa de tal sugerencia y debido al hecho de que McClure consiguió salir con las manos limpias de aquel crimen, Chris Monte había quedado marcado con una malísima nota por parte de la ley en Dade County.

Lo más triste de todo era que había declarado la verdad. Sólo después de que los agentes procedieran a interrogarle comprendió que los cien dólares que McClure le había pagado bien por adelantado para, bajo los efectos del alcohol, lanzarse tras las alocadas pelotas del ricachón dentro de la pista número 3 —entre los dos habían vaciado casi una botella de «Hine V.S.O.P.»—, representaban el precio de una coartada. Era demasiado tarde ya para arrojar los cien dólares, diez tersos billetes de diez dólares, a la sonriente cara de McClure, a causa de que la suma en cuestión se la había tragado el frontón *Jai-alai*, en lo que hubiera debido ser una segura quiniela.

Christopher Monte se había comportado como un bobo.

En la calle Quinta, Chris giró en dirección al mar, incorporándose al tráfico de última hora de la noche, formado principalmente por coches provenientes del frontón, de las carreras de galgos, de las carreras de caballos. La calle Quinta, punto central de actividad de la vieja y cansada South Beach, estaba condenada, según decían los vendedores de coches y otros comerciantes. Era un inconveniente, una molestia para los turistas que entraban en Miami Beach desde aquel extremo de la ciudad: tenía que desaparecer, efectivamente. Esto ocurriría pronto. Los *bulldozers* no tardarían en rugir por allí; caerían las casas de madera, sus tiendas y cabañas, para que surgieran a continuación en aquel lugar series de viviendas de altos precios, construcciones casi fantásticas. Si papá Victor Monte hubiese llegado a comprar la casa de la calle Quinta, tal como había estado anunciando siempre, el hijo se habría enfrentado, en cuanto comenzaran las obras, con un auténtico golpe de fortuna. No hubiera sido necesario ya que soñara con otras hipotéticas rachas de suerte.

Pero papá Victor había estado pagando un alquiler hasta el mismo día de su muerte. Los ahorros destinados a la adquisición de la vivienda acababan, invariablemente, por esfumarse por culpa de un «tiro» a larga distancia efectuado en Hialeah, en Gulfstream o en el Tropical Park. Los problemas de papá Victor debían haber sido de tipo vocacional. Había sido camarero de restaurante, un camarero calvo, de pies planos, miope, de mal humor constantemente, y Chris estaba convencido, a causa de haber observado el fenómeno de cerca, de que un camarero de restaurante sólo puede descansar a

gusto por la noche cuando durante la jornada ha tenido ocasión de apostar mucho dinero a su caballo perdedor, por ejemplo.

La pequeña construcción anexa a la vieja casa, que daba a la calle Quinta, estaba cerrada. Chris la abrió, encendiendo la luz, conduciendo la Harley-Davidson al interior y situándola junto a la pequeña Honda que se encontraba allí. Sobre el sucio piso, tras la Honda, había una lata, y encima de ella se veía una hoja de papel en la que había sido escrito con letras mayúsculas claramente esto: «*¡Utilízame ahora!*». Era el procedimiento de que se valía el joven Dominic Monte para recordar a su hermano, mayor que él, que el día anterior la Harley-Davidson se había quedado sin combustible a medio camino en dirección a Cobia, y que una onza de prevención valía tanto como varios litros de cura.

Chris, obedientemente, llenó el depósito de la moto, y luego, teniendo en cuenta la mirada de reproche que le dirigiría Dom si no procedía así, colocó la lata de gasolina en una estantería de acero situada junto a la pared. Frente a sus veintisiete años, Dom oponía sus veinte, los veinte de un chico de la Universidad de Miami, flaco, desgredado y de mentalidad literaria, pero que con todo llevaba la casa perfectamente.

Era chocante aquello. ¿Cuántos años contaba Dom al morir la madre de ambos? Tenía cinco años entonces, pero era ya una reproducción de la desaparecida... Se había sentido siempre interesado por los asuntos de su hermano, confusamente idealista en cuanto a la vida; había sido ingenuamente ciego frente a las realidades de la existencia: como la mamá muerta. Todo aquello tenía que ser de carácter hereditario.

Lo de Christopher Monte era distinto. En su caso tenía que haber algo más, ya que si bien en él coincidían muchos de los rasgos de Victor era preciso tener en cuenta que este hombre no era su padre natural. Sin embargo, en el hijastro, en Chris, se descubría la forma de ser de Victor, su afición al juego, su violento carácter y, a veces, su peligroso orgullo. Lo único que no se observaba en el joven era la resistencia de aldeano del viejo, la filosófica resistencia del asno de Calabria que sabe que lo de sentirse golpeado con regularidad en el lomo forma parte del proceso vital.

—Victor —diría la mamá, desalentada—: has perdido de nuevo, ¿verdad? Te has jugado esta vez el dinero del alquiler.

—*Non è colpa mia, Maria.* Ese condenado caballo desfalleció a media carrera.

*Non è colpa mia.* No es culpa mía. Era la vida. Había que achacárselo a la condenada vida.



Sin embargo, ¿qué más podía haber esperado de la vida un camarero calvo, de pies planos, en la edad media de la existencia, que trabajaba en la Pink Room, que hacer de aquella joven viuda de ojos tristes que cantaba en el local tres veces por semana, su esposa?

Se trataba, a fin de cuentas, de la mujer que ejerciera una poderosa atracción sobre él, que acaparaba su atención desde el mismo momento en que aparecía en el proscenio de la orquesta. ¿Y qué más daba que Mary Shaw se hubiese situado junto a él y frente al altar hallándose embarazada? Puesto que el bebé sería un hijo legítimo en todos los sentidos, ¿no suponía una bendición adicional el hecho de que un hombre como él, ya entrado en años, un segundo esposo, se encontrara ya con una familia garantizada? Ésta era la forma práctica de considerar las cosas por parte de Victor. Su jefe, en el restaurante, podía quejarse, y con razón, de que la lluvia contribuyera a ahuyentar a los turistas, pero Victor sabía que aquella misma lluvia era buena para la parra que tenía en la porción posterior de su vivienda.

Chris entró en la casa. El joven Dominic Monte, la segunda entre las mayores sorpresas experimentadas por Victor Monte a lo largo de su vida, se encontraba sentado frente a la mesa de la cocina, trabajando en un montón de galeradas. Dom había soñado con ir a Berkeley, pero no habiéndolo permitido el presupuesto de los Monte habíase hecho con una beca de la Universidad de Miami, que reforzaba como redactor de su revista de literatura.

—¿Qué hay de esas uvas del patio trasero? —preguntó Chris.

—¿Qué uvas?

—Sí, me refiero a las que tanto trabajo le dieron siempre a papá. ¿Qué fue de ellas? ¿Todavía crece algo allí?

—¡Demonios! —exclamó Dom—. Hace mucho tiempo que no se cultiva nada en el patio trasero. Sólo nos queda el viejo cocotero y algunas plantas. ¿Qué es lo que te ha hecho preguntar ahora por las uvas?

—Una idea que se me ha cruzado por la cabeza. ¿Algún otro genial escrito para la revista?

—No es nada mío —Dom recogió apresuradamente las galeradas—. Ven y siéntate. Te serviré la cena.

—Puedo arreglármelas yo solo. —Resultaba a veces embarazoso para él tener aquel joven allí, esperando su regreso. Y ahora más que nunca. Chris estudió el contenido del frigorífico—. ¿Qué hay en este recipiente?

—Es estofado. Te gustará si lo calientas.

—Me vendrá muy bien —Chris colocó el recipiente sobre el fogón, una vez encendido éste. Se apoyó en el mueble, cruzándose de brazos—. Algo

raro ha sucedido esta noche en Cobia —apuntó, intentando dar un tono natural a sus palabras—. Algo auténticamente raro. Está allí esa gente de Boston... Hablo de Prendergast, a quien acompaña su hija, una mujer casada y muy aficionada a los pantalones, en unión con otra chica que viene a ser una especie de combinación de pariente pobre y secretaria. Es una tímida joven, que se llama Elizabeth Jones, y a la que viene bien este nombre. Tanto a ella como a Hilary, la hija, he estado dándoles lecciones de tenis.

—¿Y qué?

—Esta noche, Elizabeth, la tímida, me pidió que me casara con ella.

Dom sonrió abiertamente.

—Más que tímida, a mí me parece una tigresa.

—No es lo que tú piensas. Me propuso un negocio muy en serio. Por lo que me dijo, habríamos de estar casados durante un par de meses. Me pagaría por ello... Seguidamente, nos divorciaríamos, olvidando por completo lo sucedido.

—Debe de estar embarazada, ¿no? Habrá habido algún tipo que quiere desentenderse de ella tras haberla conseguido y ahora...

—No está embarazada. Ha muerto en Inglaterra un viejo amigo de su familia, dejándola todo su dinero. Pero de acuerdo con el testamento existente, el dinero no será suyo hasta que haga acto de presencia en compañía de su legítimo marido y en un breve plazo de tiempo.

—¿Y tú te has creído eso?

—Pues sí. Un abogado inglés de mucha fama ha volado hasta aquí para darle la noticia. La cantidad a heredar es grande. No hay más que fijarse en el coste de este viaje de ida y vuelta. Pero se trata de un gasto que no supondrá ninguna merma en el patrimonio, dada su elevada cuantía.

—¿A cuánto asciende?

—A unas quinientas mil libras una vez pagados los impuestos. Algo más que un millón de dólares.

Dom emitió un tenue silbido.

—No es de extrañar que se muestre tan desesperada. ¿Cuánto te ofreció para que te cases con ella?

—Mucho dinero. Cincuenta mil dólares.

Chris dejó que el chico, sumido en un absoluto silencio, originado por la sorpresa, se hiciera cargo de lo que realmente representaba aquella cifra, pasando luego a comunicarle su decisión:

—Le contesté que aceptaba.

Dom se quedó mirando a su hermano, sin decir nada.

—¿Qué te parece? —le preguntó Chris.

Dom señaló el fogón.

—Se te quema el estofado.

Se estaba quemando, en efecto. Chris apagó la llama, irritado.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre a propósito de lo que acabo de decirte?

—Bueno, ¿y qué quieres que te conteste?

—Quiero que te muestres práctico. No hay nada malo en el trato. No se hace daño alguno a nadie, y todo el mundo sale beneficiado en este asunto.

—Si no hay nada malo en todo ello, ¿por qué se te ofrece tanto dinero?

Seguía siendo el héroe del chico, esto era lo malo. Y el joven continuaba con su antiguo culto al mismo. Esto había ocurrido desde los días en que Dom, sentado sobre sus escuálidas y menudas posaderas, había estado observándole en el patio trasero, mientras él se entrenaba, aguardando sólo la oportunidad de lanzarse en pos de una pelota perdida, a fin de devolvérsela a él, como si se hubiera tratado de una especie de ofrecimiento ante el altar de Júpiter.

Victor se había llevado al chico para que le viera jugar durante sus primeros *singles* nacionales en Forest Hills, contando él dieciséis años. Chris había sido consciente en todo momento de la mirada de Dom, ávidamente fija en su figura. Efectivamente, la menuda faz, en tensión, de él constituía algo claramente vivo entre los numerosos rostros de los espectadores. Y cuando Lew Hoad lo venciera en unos *sets* irreprochables en las semifinales —nadie en el mundo hubiera podido derrotar a Lew aquel día, y menos aún un crío inexperto de dieciséis años—, fue la cara de angustia de Dominic lo que le llevó a forzar el último *set* hasta unos mortales veintiséis juegos antes de claudicar definitivamente.

Esto era lo malo, sí. A un héroe no se le permitía ser humano.

Ni tampoco hacer las cosas a su modo, con seguridad, al estilo de lo que era realmente: un joven que se desenvolvía penosamente en aquella costa.

Se trataba de lo que le estaban diciendo los ojos del chico.

E, irónicamente, él había sido quien le facilitara tal punto de vista, del que arrancara la prohibición de lograr un empleo en cualquiera de los suntuosos hoteles de la Gold Coast para dedicarse a untar de aceites bronceadores las pieles de unas ricas y solitarias damas. Mejor que eso era ser un simple criadito encargado de limpiar los platos sucios, había dicho él, por lo cual Dom se ganaba el dinero que necesitaba para sus gastos personales fregando platos sucios en el restaurante de Picciolo, durante las avalanchas de la clientela nocturna.

Así eran las cosas. Uno escribía la música y tarde o temprano alguien devolvía la melodía.

En uno de los estantes de la despensa quedaba una de las botellas de McClure, mediada, de coñac de buen precio. Chris se metió en su habitación tras coger la botella, dando un portazo.

—Y a todo esto cincuenta mil dólares —manifestó el chico, levantando la voz para ser oído al otro lado de la puerta—. Es chocante que sean precisamente cincuenta mil, ¿no?

Aquel fino coñac, que tenía el color de la miel, le supo a ácido al deslizarse por su garganta...

Resultaba chocante que la joven hubiera señalado la cifra de cincuenta mil dólares como precio. Tratábase de una de esas raras y enervantes coincidencias que a veces se dan en la vida.

De acuerdo con lo que ella sabía, conforme a lo que él sabía también, podía haber fijado una cantidad mucho menor. Pero lo cierto era que entre sus vacilantes palabras, cuando la joven le hiciera la proposición, lo único que había sido especificado con claridad terminante fue la mágica cifra.

Una cifra clave en su vida, cargada de significado.

Permaneció tendido en la oscuridad, con los ojos abiertos, incapaz de borrarla de su mente.

Al día siguiente de haber participado por primera vez en el torneo de Wimbledon, Jack Kramer se presentó en su hotel, en New Bond Street, con el contrato para el campeonato de profesionales, listo para ser firmado. Un jugador se hacía de cierta reputación como *amateur*, cosa que se contabilizaba con el pase a la profesionalidad. Ahora el tenis profesional lo necesitaba y Jack Kramer pertenecía al mismo.

Frenchy Barbeau era su entrenador entonces. Lo había sido desde el principio. Frenchy era un tipo seco, de blancos cabellos, duro, y todo cuanto podía saber una persona sobre tenis lo sabía él. Procedía de la época de los grandes jugadores franceses, de los Cochet, Lacoste y Borotra, y en un momento u otro había llegado a enfrentarse con todos ellos. Con Tilden también. Y habiendo visto en Chris Monte un gran campeón lo cuidaba, siendo en tal aspecto una mezcla de padre, madre y perro guardián.

Le gustaba mucho el dinero, además. El chiste que circulaba en los medios tenísticos era éste: Frenchy Barbeau se había pasado medio año en América haciendo dinero y el otro medio en Francia contándolo. Solían dolerle los dispendios que hacía Chris en el curso de sus desplazamientos.

—Acabarás con todo —le advertía—. Y luego ya no podrás recuperar lo perdido.

Todavía hablaba con el mismo acento, tipo Maurice Chevalier, con que se había presentado en América, por los años veinte. *Equipo* era su palabra predilecta. A Chris Monte, un chaval de catorce años de edad, que jugaba en las pistas públicas de Flamingo Park, le había llevado algún tiempo descubrir qué deseaba significar con aquel vocablo. El *equipo* era, en realidad, los

brazos, las piernas, el corazón y la cabeza, todo lo que interviene en la forja de un gran jugador.

—Tú dispones del equipo necesario para vencer a los más grandes. Terminaremos por enfrentarnos con Jackie Kramer —le prometió muchos años antes de aquel triunfal Wimbledon.

Y ahora, cuando Kramer iba en busca de ellos, utilizando el ascensor de su hotel, Frenchy advirtió al joven:

—Tú no digas nada. Yo hablaré. Tú escucha.

—Cincuenta mil —dijo Kramer.

—No —respondió Frenchy.

—Ésa es mi oferta —manifestó Kramer.

—No —repitió Frenchy.

Chris Monte, estrella de la Copa Davis, campeón de *singles* de ULSTA, campeón de individuales en Francia, igualmente campeón de la misma modalidad en Inglaterra, permanecía plantado allí, quieto, horrorizado. Con cincuenta mil dólares podía comprar el mundo, rodearlo con una cuerda y hacerlo bailar sosteniendo ésta de su dedo meñique. Pero no podía valerle de nada su intervención, ya que su firma sola al pie del contrato carecía de validez. Le faltaban dos meses para tener la edad reglamentaria. Tenía que firmar Frenchy también, y sabía que Frenchy no firmaría.

Cuando Kramer se hubo marchado, Frenchy le dijo:

—¿Sabes cuánto le dio a Lew Hoad? Ciento diez mil. ¿Sabes cuánto estará dispuesto a darte el año que viene? Ciento veinticinco mil. Por ahora, alguien del torneo profesional como Pancho González podría batirte en todo momento, sobre madera, tierra batida o hierba. Esperaremos al año próximo.

Pero aquel año no llegó nunca... Fue en Roma, durante la primera ronda del Italian Invitational, donde sucedió todo. Giró para devolver una pelota de un revés, su pie pareció pegarse al suelo, y se derrumbó aparatosamente. Intentó levantarse y se cayó de nuevo, teniendo que ser sacado de la pista. Cosa de la rodilla, declararon los médicos, moviendo la cabeza, dubitativos, al observar el estado del cartílago. Pasaron seis meses y tuvo que sufrir tres intervenciones quirúrgicas antes de que los doctores le indicaran que podía seguir adelante y probar.

Lo hizo, lleno de ansiedad, temeroso, enfrentándose con un muchachote capaz que Frenchy sacó de la Universidad con tal fin. Fue haciendo acopio de valor durante los dos primeros *sets*, en el curso de los cuales no experimentó molestia alguna. En el tercer *set* notó que se le presentaba el dolor de nuevo, haciéndose progresivamente más intenso con cada voleo. Sin embargo, la

pierna continuaba resistiendo. Luego, de repente, tornó a repetirse la triste experiencia. Chris fue a parar al suelo, y en esta ocasión no realizó ningún esfuerzo para levantarse. Se quedó tumbado, simplemente, retorciéndose, no tanto por efecto del dolor de la rodilla como por el hecho de saber que todo había terminado ya para él. Un bromista brutal e ignorado le había quitado la silla para siempre al ir a sentarse confiadamente. Estaba *finito*.

Ya no había que pensar en los cincuenta mil dólares. Se habían acabado los recortes de prensa que Dom iba coleccionando en unos álbumes a propósito. Ya sólo le quedaba su trabajo como ayudante de Frenchy en Cobia, un Frenchy que moviéndose constantemente a su alrededor le recordaba de vez en cuando, compasivo y venenoso a medias, que durante dos *sets* Chris Monte podía mostrarse como fuera en otro tiempo. Era una verdadera pena, declaraba Frenchy, que el torneo tenístico no consistiera en un partido de dos *sets*.

Su empleo le desagradaba, pero era el único que le venía bien, debido a que Frenchy, a diferencia de lo que pensaban otras personas que habían probado a incluirlo en sus nóminas, comprendía y toleraba, a disgusto, su necesidad, ocasionalmente, de entregarse a ciertas expansiones alcohólicas, o sus imprevisibles desapariciones, en cuyos momentos se dirigía sobre su motocicleta, con la mayor rapidez posible, a Nueva Orleans, Nueva York e incluso San Francisco, viviendo entre la multitud que frecuentaba sus establecimientos, hasta que se encontraba listo para emprender la vuelta y enfrentarse con la realidad nuevamente.

Cincuenta mil dólares.

Ni siquiera había comprendido al principio qué era lo que Elizabeth Jones intentaba decirle. Cuando, finalmente, tuvo cierta idea del sentido de sus palabras, respondió explosivamente:

—¡Diablos! No.

Luego, al verla tan afectada por su contestación —ignoraba si era a consecuencia de su negativa o del modo despreciativo de la respuesta—, añadió, enfadado:

—¿Se da cuenta? Apenas nos conocemos. ¿Por qué no intenta comprar a otro?

Sin embargo, él ansiaba desesperadamente decir que sí, y sentía odio por su propia persona, por tal razón. No se notaba muy aficionado a aquella chica, de otro lado. Era el tipo tímido que tan bien conocía, una chica que estaba disculpándose constantemente por lanzar una pelota más allá de los límites permitidos, que siempre se hallaba dispuesta a subvalorar su juego. Había

sentido muchas veces la tentación de tratarla con brusquedad para ver si hacía acopio de suficiente energía para corresponderle debidamente.

Después, en tono de disculpa, como si hubiese acabado precisamente de lanzar fuera del campo una pelota, la chica le comunicó lo que había en el trato para él.

La joven conocía la cifra mágica perfectamente.

Y cuando mencionó ésta, Chris supo ya que, independientemente de lo que Dom opinara sobre el caso, aparte de lo que él mismo pensara, también, Elizabeth Jones no tendría que ir en busca de otro...



Se despertó al amanecer. Tenía los párpados pegados y sentía como cargada la cabeza. Dándose cuenta de que no lograría nada intentando conciliar de nuevo el sueño, después de haberse tomado una taza de café bien fuerte se encaminó en la moto a Cobia. Los hombres dedicados a la conservación y entretenimiento de las pistas de juego no habían iniciado sus trabajos en torno al edificio principal del balneario o sus cabañas, pero más allá de la arboleda de casuarinas que servían de corta-vientos entre la zona de la bahía y las viviendas se advertía la habitual actividad de las primeras horas de la mañana.

Éste era un territorio que correspondía a Frenchy. El edificio principal y las cabañas estaba a cargo de Augie Bloom, quien daba la cara por McClure, el hombre que aportaba el dinero a la empresa, pero todo lo demás —la piscina al aire libre, el edificio que albergaba la piscina cubierta, la sauna y el gimnasio, la ondulante extensión cubierta de césped, las pistas para la práctica del juego de la pelota a mano, no utilizadas en su mayor parte, la zona marítima, y sobre todo la docena de impecablemente cuidadas pistas de tenis, que hacían de Cobia Spa un imán de fuerza de atracción irresistible para los amantes del deporte— venía a ser la concesión privada de Frenchy.

La tienda de artículos de tenis estaba tal como la había dejado Chris la noche anterior. Fijó su atención en la recientemente reparada raqueta, sobre el banco de trabajo —debía de haberse sentido totalmente aturdido tras la marcha de la joven, puesto que ni siquiera recordaba si había dado fin a su tarea—, el montón de facturas y notas de pedidos sobre el pupitre, los ceniceros repletos de colillas, la botella de coñac, vacía... Descubría algo más allí ahora. Siempre había agradecido a McClure sus regulares obsequios de botellas de «Hine V.S.O.P», pero en adelante podría permitirse adquirir por su cuenta las que quisiera.

Consultó su reloj. Eran poco más de las seis y media. A las ocho, esto era lo que Elizabeth Jones le asegurara, la chica iría en su busca como de costumbre para la diaria lección de tenis. La idea de su encuentro puso en tensión sus nervios y agudizó las bascas de la resaca.

De momento, tenía que averiguar ciertos embarazosos detalles que se referían al momento, el sitio y la forma de percibir aquella inesperada fortuna. Bueno, había de pensar que no era él quien fuera en busca de la muchacha

para concertar el trato, sino que había sucedido todo lo contrario. Sin embargo, tal circunstancia no haría menos embarazosa la puntualización de aquellos datos.

De otro lado, la chica se convertiría muy pronto en la señora de Christopher Monte, aunque fuera únicamente sobre el papel de la autorización matrimonial, hecho que suscitaba algunas cuestiones de delicada índole. Por ejemplo: ¿cómo habría de llamarla en lo sucesivo? ¿Señorita Jones, como había hecho hasta aquellos instantes? ¿Elizabeth? ¿Eh, tú?

¿Podría continuar facturando a nombre de Prendergast, el jefe de la joven, las futuras lecciones que la señora de Monte recibiera en las pistas de tenis? Esto no era todo lo estúpido que parecía a primera vista. Chris se encontraba, como de costumbre, en una situación económica apurada. La mayor parte de sus ingresos provenían del cincuenta por ciento del importe de cada lección más las propinas, con cuyo dinero había de pagar la casa y atender a las necesidades de Dom y las propias. Para abandonar su trabajo ahora y hacer aquel viaje a Londres necesitaría una buena suma en efectivo. Y no tenía a quien dirigirse en solicitud de un préstamo, porque carecía de crédito. No podía pensar en Frenchy, ni en Augie Bloom, ni en nadie. Ninguno de sus conocidos se atrevería a prestarle un centavo, convencidos de que el dinero que le dejaran iría a parar a las carreras de caballos o al frontón antes de que llegara a calentársele en un bolsillo. ¿Y McClure? No. El negocio de McClure era prestar dinero, pero no por favor. Ya se sabía: «Te dejo cinco esta semana y me devuelves seis la que viene, si es que no quieres que te rompan los dos brazos». Era un gran tipo el tal McClure tratándose de determinados repartos, tratándose del coñac y del centenar de dólares que cubrían una coartada, pero por lo demás no resultaba un personaje idóneo precisamente para concertar ciertos negocios. Si los cincuenta mil dólares no se materializaban posteriormente, y a McClure no se le devolvía su dinero, con los correspondientes intereses...

Cuando sus nervios llegaban a alcanzar una concreta tensión y no había forma de atenuar aquella vaciando botellas o corriendo en la motocicleta, siempre le quedaba un recurso seguro. Ordenó la tienda para salir del paso, cogió un par de raquetas y la bolsa que contenía sus pertenencias, trasladándose rápidamente al edificio en que se hallaba la piscina cubierta. Aquí, tras una breve zambullida en el agua, se puso sus pantalones cortos, sus calcetines y zapatillas, procediendo luego a colocarse cuidadosamente un vendaje elástico en la traidora rodilla izquierda. Listo ahora para someterse a

su familiar y consolador tratamiento de auto-hipnosis, se encaminó a las pistas del juego de pelota a mano.

Una de ellas, la última de la fila, constituía su reserva personal. En la pared, de hormigón, había pintado una ancha faja blanca que representaba la red del tenis. En el centro, hacia el fondo del recinto, en lo que podía considerarse la línea base, se veía, también pintado, un círculo. Chris se situó adecuadamente, hizo una flexión de piernas para aflojar sus atirantados músculos, y lanzó bajo mano una pelota a un punto que quedaba en medio de la pared, a unos treinta centímetros por encima de la ancha tira blanca.

La pelota regresó quedando demasiado corta y separada de él. Repitió la acción, dando esta vez en el blanco. La pelota volvió con fuerza; él giró entonces suavemente para alcanzarla con su raqueta del revés, volviendo a lanzarla contra el muro con gran potencia. El ángulo del retorno había sido medido perfectamente. La pelota volvió con toda precisión a su raqueta, y él giró para dispararla como un proyectil, plantándola en el círculo marcado. Así se inició un potente e inalterable ritmo a base de un golpe normal, un giro, un golpe del revés y otro giro... Cada disparo era directo y duro; cada pelota era recogida en el instante en que abandonaba el suelo, moviéndose la raqueta sólo a unos milímetros del mismo, yendo directamente al encuentro del rebote.

Era un método de auto-hipnosis, sí. A consecuencia del húmedo ambiente, y por el hecho de haberse elevado el sol ya suficientemente en el cielo, hacía mucho calor. Chris se notó pronto empapado de sudor. Gotas de éste saltaban de su cuerpo con cada giro, con cada enérgico movimiento de su brazo. La pelota iba y venía implacablemente, produciendo un martilleo rítmico al chocar con la raqueta. El golpe de respuesta al llegar al muro, combinado con los otros, hacía pensar en el batir de un tambor. Después, Chris empezó a sentir los primeros indicios del calambre en su pierna. El encanto había quedado roto. Cortó el siguiente rebote con un gesto de perverso resentimiento, y la pelota acabó su trayectoria muerta, sin vida, en la mano con que la esperaba.

—Ha sido estupendo, verdaderamente estupendo.

Volvió la cabeza. Elizabeth Jones se hallaba tras la malla protectora de la pista, con los dedos introducidos en los alambres. Chris consultó su reloj. Tenían que haberse visto los dos en las pistas de tenis a las ocho, una hora que realmente quedaba ya muy atrás.

Movió la cabeza, como apesadumbrado, y la joven le dijo, apresuradamente:

—En realidad, no tiene importancia. Ni siquiera debiera haberle molestado mientras usted se entrenaba, pero me atrajo el golpe causado por su juego y no pude resistir la tentación de venir hasta aquí para verle. Ha sido magnífico. Después de ver esto me siento desesperada...

Nada de eso, pensó el joven. ¿Cómo iba a sentirse desesperada cuando se encontraba en trance de entrar en posesión de un millón de dólares? Lamentó no sentirse capaz de decir tales palabras en voz alta. Hubieran podido constituir perfectamente una especie de prólogo del asunto que tenían que discutir.

—Entre por ahí —dijo Chris.

Mientras ella salvaba el obstáculo de la cerca protectora y se le acercaba, Chris la estudió detenidamente, sin disimulos, y de una manera objetiva. Había estado dándole lecciones de tenis a diario, por espacio de dos semanas, pero solamente se había fijado entonces en su complexión física, calibrando que la suya era la clásica del jugador de aquella especialidad: una buena talla, un cuerpo delgado, unas piernas largas. Había juzgado también, guiándose por la propensión de la muchacha a inclinarse habitualmente, que se sentía un tanto acomplejada por su altura.

Ahora descubrió que tenía unos rasgos faciales correctos y unos ojos más bien grandes, oscuros y brillantes. Sin embargo, en su persona se advertía que algo no era atinado. Sus cabellos, que eran un matiz del color castaño, quedaban recogidos hacia atrás, muy pegados a la cabeza, reuniéndose hacia la nuca en un gran moño que dejaba sus orejas demasiado al descubierto. No llevaba maquillaje, por lo que él pudo advertir, cuando en realidad necesitaba valerse de alguno, especialmente en la punta de la nariz, quemada por el sol. Su vestido de jugadora de tenis le colgaba un poco desmañadamente, pareciendo antes que eso un uniforme de enfermera más bien.

Todo parecía estar equivocado en ella.

La hija de su jefe, la rubia de ojos azules, la empalagosa y menuda señora Hilary Prendergast Talbot, tenía fijadas sus lecciones para las once —una hora preferente—, llegando siempre a las pistas con retraso, sin mostrarse jamás apesadumbrada por ello. Aparecía en cada ocasión impecablemente maquillada, luciendo algo destinado a atraer la atención de los demás. Al lanzarse tras una pelota que a su juicio valía la pena alcanzar, sus pechos y nalgas solían quedar peligrosamente casi al descubierto. («Está en posesión de todo el equipo —había señalado agriamente Frenchy, quien sobre las pistas se comportaba como un riguroso hombre de negocios—, sólo que no para jugar al tenis»). Sin embargo, aquella historia le hubiera ido mejor de haberse

aproximado Elizabeth Jones al tipo de Hilary Talbot. Aunque hubiera sido por poco.

La chica permanecía en actitud de espera, con la raqueta en las manos, y él le arrojó la pelota, señalándole el círculo pintado en el piso.

—Pruebe —le dijo.

Ella obedeció, esforzándose por mantenerse invariablemente en el círculo. Pero si bien sus golpes eran buenos, con cada rebote la pelota se iba apartando más y más de la marca, hasta que se vio corriendo desesperadamente hacia atrás y hacia delante... Finalmente, la joven hizo un alto, jadeante. Tenía la faz enrojecida; el moño le colgaba un poco.

—¡Diablos! —exclamó, disgustada—. Nunca llegaré a ser una jugadora de tenis.

—¿Por qué no? Tiene usted la complexión física necesaria y se halla pendiente de la pelota. A la mayor parte de las mujeres no les sucede esto. ¿Se ha fijado en el aspecto de la señora Talbot cuando juega?

—¿Y quién no?

—Usted ya sabe lo que quiero decir —manifestó Chris—. Anda demasiado preocupada por la idea de ofrecer siempre una estampa bonita. A veces es necesario presentar una figura que carece de gracia si se quiere jugar bien.

—Tal es mi caso —afirmó la chica—. Juego sin gracia aunque ponga buena voluntad.

—No es eso. Debe poner más energía. Ha de ser en todo momento dueña de la pelota; no debe dejar que ésta la domine. Ahora saldrá correcto todo. Plántese en el círculo de nuevo.

Hallándose ella ya en posición, Chris se apostó muy cerca, rozando casi su cuerpo. Colocó una mano sobre su cadera izquierda y asió el mango de su raqueta con la otra. Era la primera vez que se valía de este método de instrucción con ella, debido a que había sido rigurosamente *verboten* por Frenchy en público, y por buenas razones. Hubiera resultado el procedimiento flagrantemente deshonesto con una persona tan complaciente como Hilary Talbot, por ejemplo.

Elizabeth Jones no era una mujer así. Instantáneamente, se quedó rígida al entrar su cuerpo en contacto con el del joven.

—Relájese —dijo él.

Pero la muñeca de Elizabeth se notaba flácida al sujetar su raqueta.

—Bien. Ahora haga el servicio y recuerde que yo estoy en el círculo. Es usted quien ha de hacer el desplazamiento.

Elizabeth obedeció, procurando que su brazo se moviera con todo su ímpetu. La pelota rebotó casi a sus pies, y ella retrocedió apresuradamente a fin de disponer de espacio para el siguiente golpe, yendo entonces a dar contra Chris. La pelota fue a parar al cercado de alambre, quedándose allí, muerta, sin efecto.

—Ahí está —señaló Chris—. Ha dejado usted que la pelota la dominara. Retrocedió pensando en un rebote alto cuando hubiera debido efectuar el voleo cerca de sus pies.

—Ya lo sé, pero ocurre que esta clase de golpes suponen demasiado para mí. Es que no me atrevo con ellos. Supongo que soy una criatura muy cobarde.

De repente, Chris se sintió harto ya de aquel constante autodesprecio por parte de la chica, formulado en un tono remilgado e irónico a medias. Soltó a la muchacha, encaminándose al sitio en que dejara su bolsa, de la que sacó una toalla, con la que se secó el sudor.

Elizabeth permaneció quieta, observándolo.

—¿Es esto todo por hoy? —inquirió finalmente.

—Sí. Olvidaremos el importe de la lección.

—En consecuencia, yo no puedo abrigar esperanza alguna como jugadora de tenis, ¿verdad? Tengo la idea de que usted ya llegó en un momento u otro a formularse tal conclusión.

—No se trata de eso ahora, señorita Jones. Es que me gustaría mucho que dejase de una vez de descalificarse a sí misma. En este mundo siempre damos con personas espontáneamente dispuestas a hacer tal cosa por nosotros.

—Tomaré nota de ello —respondió la joven, gravemente—. Se acabó mi arrogante modestia.

—He ahí un excelente propósito. Bueno —continuó diciendo Chris, teniendo que hacer un gran esfuerzo para seguir hablando—, he estado pensando en el asunto que tratamos anoche... Durante la próxima hora voy a estar libre. ¿Qué le parece si nos sentáramos a solas en algún sitio para ocuparnos de todos los detalles a él concernientes?

—Ahora mismo no me es posible. El correo del señor Prendergast debe de haber sido entregado ya. Se supone que ésta es la tarea a la que he de dar preferencia.

Chris se sintió divertido.

—¿Quiere decir que continúa con su empleo?

—Sí. Después de todo, a mis manos no ha ido a parar ninguna herencia todavía. Además, me siento tremendamente obligada con el señor

Prendergast. Me preguntó si podría seguir con él durante unos cuantos días más, hasta que encontrara a mi sustituta... No podía contestarle negativamente. Ha sido muy bueno conmigo. Sí, él y toda su familia.

Chris se sintió algo extrañado al oír estas palabras, ya que había podido ver cómo trataba aquella gente a la joven. En realidad, para el señor Prendergast la señorita Jones venía a ser una esclava por todo el día además de una secretaria abrumada de trabajo.

—¡Oh! Ya sé que esas personas son todo corazón —respondió Chris—. Bien. Continúo pensando que tendremos que reunirnos para arreglar nuestras cosas lo antes posible.

—Podemos hacerlo a las once. A la señora Talbot no le importará perderse la lección con usted, si le explico la causa. Podríamos reunirnos con el abogado en mi habitación.

—Conforme. Usted se encarga de explicárselo todo a la señora Talbot y yo me presentaré en el sitio indicado.

—Por mi parte, será mejor, antes de ponerme a trabajar, que me meta en mi cuarto para arreglarme un poco. —La chica sujetó su moño, desintegrado a medias—. ¡Vaya facha que debo ofrecer!

Cualquier otra muchacha, pensó él, habría pronunciado aquellas palabras buscando el cumplido masculino. Cualquier otra muchacha, pero no ésta.

Bueno, al menos ya descubriría allí una variante.

Su habitación, cargada a la cuenta de Joseph Prendergast, era una de las más pequeñas del edificio principal. Cuando Chris llegó allí, recién duchado y adecuadamente vestido, fue la joven quien le abrió la puerta, y lo que vio al mirar por encima de uno de sus hombros lo dejó parado. La noche anterior, ella había insistido mucho en hacer resaltar que el convenio matrimonial era un asunto estrictamente privado. El señor Warburton, el abogado de Inglaterra, la había apremiado en ese sentido, dijo Elizabeth. Ahora, y desde la puerta, vio Chris que la joven tenía una extraña idea sobre aquel concepto de privado. El distinguido caballero de la habitación tenía que ser Warburton, desde luego. Ahora bien, allí se hallaban presentes, además los Prendergast, esposo y esposa.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

La joven se llevó expresivamente un dedo a los labios, guiándole por el pasillo.

—No hay nada extraño en esto —explicó ella—. Los invité yo. No tiene usted por qué adoptar una actitud recelosa por tal motivo.

—¿Qué fue lo que le hizo invitarlos?

—El hecho de que en lo tocante a una conversación de tipo legal, señor Monte, yo soy estrictamente *non compos*. Al mencionar el asunto al señor Warburton, éste me dijo que debía contar con un buen amigo como intérprete de mis palabras, por si tenía necesidad de él, y yo no tengo en el mundo un amigo mejor que el señor Prendergast. Incluso telefoneó a Londres ayer, a su costa, sólo para comprobar si el señor Warburton es persona de buena fama, para asegurarse de que no se trata de ningún tipo aprovechado.

—¿Y qué resultado dio el chequeo?

—Fue perfecto. Parece ser que se trata de un abogado que goza de excelente reputación en su ciudad. Ahora entre y conózcalo. Es un individuo fuera de lo común en este ambiente.

Simon Warburton respondía a este avance de descripción. Era un sujeto enorme, de largos y plateados cabellos, graciosamente ondulados. Su nariz era un aristocrático pico entre unos ojos brillantes e ingenuos, de azulada tonalidad. Su manera de vestir sugería que unos minutos antes debía de haber estado caminando por el *Strand*, en el curso de una fría mañana londinense.



En aquel peso pesado todo inducía a concebir tal idea: su traje negro, de severo corte, con su fina rayita, la deslumbradoramente blanca camisa, con su alto y ajustado cuello, la preciosa corbata, y, aparcados ya en una silla, como toques perfectos y definitivos del conjunto, el sombrero hongo negro, el bien plegado paraguas y la cartera de mano, en un discreto estado medio de uso.

A pesar de su formidable y rotundo estilo, Warburton demostró ser una persona jovial y de buen carácter, en contraste con los Prendergast, cuya estampa era menos fiel al carácter de la gente de Nueva Inglaterra que la de Warburton al de los naturales de la vieja patria. La fría pareja se había hecho notar en Cobia por su radical tipo de conducta a la hora de tomar el sol, de bañarse en la piscina o de jugar al tejo por las tardes, dando a todos la impresión de que habiendo pagado lo que valían aquellas cosas se proponían obtener de las mismas los máximos rendimientos, como compensación por su dinero.

No constituyó una sorpresa para Chris conseguir de ellos una mirada indiferente y un vago gesto de reconocimiento, esto es, lo mismo que hubiera podido lograr un simple botones respondiendo a una llamada suya para complimentar algún servicio. Esto hizo que el saludo de Warburton le resultara más satisfactorio.

—Es un placer para mí, señor Monte. Siento un gran interés por el tenis, cuyo deporte he practicado de una forma abominable, siendo de él, sin embargo, un devoto espectador... Tuve ocasión de verle jugar hace cuatro o cinco años, cuando dio una espléndida exhibición en Wimbledon.

—De eso hace ya siete años.

—¿Tanto? ¡Santo Dios! Me cuesta trabajo creer que haya pasado tanto tiempo desde el día en que vi jugar a Fred Perry en la pista central. Usted me recordaba su juego. Siempre pensé que se debe ser británico para dar a este deporte el toque estilístico preciso, pero usted viene a ser una rara excepción.

—Quizá no. En fin de cuentas, yo soy medio británico.

—¿Sí?

Chris advirtió que todos, además de Warburton, lo miraban con una expresión de sobresaltado interés en sus rostros.

Un poco molesto, explicó:

—Mi padre era británico. Se hallaba incorporado a la Royal Air Force en las Bermudas, de servicio, cuando empezó la guerra. Habiendo conseguido un permiso de catorce días, vino a Miami, conoció a mi madre y contrajeron matrimonio en el curso de la segunda semana. Luego, él regresó a su patria, muriendo en la Batalla de Inglaterra.

—Al igual que muchísimos otros hombres excelentes —comentó Warburton, formalmente—. Que Dios los haya acogido en su seno... Vamos a ver: ¿podiera yo haber conocido a su padre, por casualidad? —Permaneció en actitud reflexiva—. Un aviador apellidado Monte...

—No se apellidaba Monte, sino Walker. Frederick Walker. Victor Monte fue el hombre con quien mi madre se casó después. Él me adoptó legalmente.

—Bueno, pues entonces mi teoría queda desmentida a medias por usted —admitió Warburton—. Me refiero a lo del estilo británico de los jugadores destacados de tenis. Pues sí... Ahora, esto es más bien una digresión, ¿no? Hemos de atenernos a nuestro asunto antes de que me lance a hablar de tenis y pierda toda noción del tiempo.

»He de señalar que en cierto modo nuestro asunto, el relativo a los cornos y porqués del testamento de Clive Valentine, es, verdaderamente, un tema intrigante. —La mirada de Warburton fue pasando de un rostro a otro—. Auténticamente intrigante, señores. Supongo que al igual que todo lo relacionado con Clive. Les ahorraré el *de mortuis*. Fue un hombre detestable, completamente detestable. Fue un sujeto violentamente excéntrico, que abrigaba intenciones capaces de erizar el vello a cualquiera.

»Sinceramente, opino que su fanatismo religioso lo llevó al desastre. Siempre he pensado que el hombre civilizado debe tomar su religión como quien toma un buen té, con su poco de leche y azúcar, para prepararlo adecuadamente. Clive, en cambio, tomaba el suyo como si hubiese sido ginebra de la más fuerte. El hombre se dedicó a rendir culto a alguna horrorosa deidad del Antiguo Testamento, que, ceñudamente, consideraba toda diversión humana como un pasaporte para el infierno.

»Sin embargo, lo importante para nosotros es que el hombre no fue siempre así. Después de haber vivido una juventud disoluta, durante un viaje que realizó a este país se verificó en él una conversión desconcertante. En Boston, conoció a cierto clérigo, un hombre joven llamado Lucas Jones... —Warburton hizo un gesto de asentimiento en dirección a la chica—, el padre de nuestra damita aquí presente, quien obró en él una especie de milagro. Cuando Clive volvió a Inglaterra era ya otra persona. Se había transformado en un radical puritano.

—No obstante, todo eso es muy raro —manifestó la joven—. Quiero significar que mi padre fue un ser muy comedido y tolerante. Todo esto lo hace aparecer como una especie de evangelista, de los que sólo hablan de azufre y de los fuegos del infierno.

Prendergast se inclinó en su silla, en dirección a la muchacha, elevando un dedo índice largo y huesudo.

—Mira, Elizabeth...

—Tú siempre dijiste que te había resultado difícil hablar con tu padre —apuntó la señora Prendergast, suavemente—. Es posible que existiera en su carácter una faceta de la que tú nunca tuvieras conocimiento...

—Por favor, no me interrumpas —dijo Prendergast a su esposa—. Escúchame, Elizabeth. Tú me pediste que estuviera aquí presente para actuar como consejero tuyo, ¿no?

—Sí.

—Conforme, pues. Mi consejo es que no hagas observaciones estúpidas. Utiliza tu cerebro, muchacha. Tu herencia asciende a un millón de dólares, en efectivo. ¿Tú te das cuenta de lo que significa esto? A este Valentine le van a salir misteriosos parientes de debajo de la tierra, falsos aspirantes a su fortuna venidos de nadie sabrá dónde... Y toda esta gente tomará como objetivo personal el de anular tus derechos al dinero para imponer los propios. Cuando te expresas en los términos que has empleado, cuando tú, prácticamente, discutes el derecho de tu padre a mencionarte en su testamento, lo único que haces es facilitar a tus enemigos argumentos en contra tuya, precisamente los que ellos tratarán de conseguir.

El rostro de la joven pareció encenderse.

—Pero, señor Prendergast... Yo no discuto nada de lo contenido en el testamento. Lo único que he dicho es que...

—Dejémonos de disputas. Warburton es el albacea testamentario. Él entiende de estas cosas. Pregúntale si tengo o no tengo razón.

—Bueno... —balbuceó el aludido, titubeante.

—¿Tengo o no tengo razón? —inquirió Prendergast.

De pronto, Chris pensó en lo mucho que el hombre de la camisa hawaiana se parecía a la figura de una ilustración titulada *High Camp*, que Dom utilizara para la revista del colegio: una fotografía de Calvin Coolidge vestido con traje de calle, pero luciendo un tocado indio completo, con unas plumas que le llegaban hasta los mismos zapatos de charol. Pero Prendergast tenía un aspecto todavía más hosco e inflexible que Calvin Coolidge.

Warburton se aclaró la garganta.

—En las palabras del señor Prendergast hay algo de cierto —comunicó a la joven en tono de disculpa—. La cuantía del patrimonio de Clive Valentine, así como sus conocidas excentricidades, invitan al planteamiento de reclamaciones y otras perturbaciones, en suma. Cualquier observación

descuidada que usted haga sobre el testamento, cualquier declaración imprudente formulada sobre nuestro asunto fuera de esta habitación, podría llevarnos ante los tribunales de justicia, originándose así un terrible embrollo.

»Puesto que ha surgido esta cuestión, me ocuparé de ella con entera franqueza. Nuestra consigna debe ser el secreto. Hasta ahora, hemos tenido suerte al mantener la reserva. El testamento es hológrafo, es decir, fue escrito por el propio Clive, de su puño y letra, no figurando en el mismo testigo alguno... El único ejemplar del documento que existe obra en mi poder. Hasta ahora, por otra parte, no he realizado las gestiones necesarias para que quede declarada oficialmente su validez. Ello significa que para el mundo exterior, de momento, Clive murió sin testar. Me propongo hacer entrega del testamento al juez en el último momento, con el fin de que usted, señorita, pueda cursar su reclamación antes que cualquier forjador de intrigas se disponga a poner reparos a las condiciones especificadas en el documento. Éste es realmente el único camino sensato que se puede seguir.

La chica movió la cabeza, dudosa.

—Bueno, supongo que soy una estúpida, ya que todavía no he acertado a comprender por qué... Me atengo al testamento. Si yo soy la única heredera...

—El heredero era su padre —la corrigió Warburton—. En el testamento se especifica concretamente que él es el heredero del patrimonio de Clive Valentine, a modo de recompensa por la beneficiosa influencia ejercida sobre éste. En caso de muerte, quienes heredan son los descendientes casados, entre los cuales debe dividirse el patrimonio. Al menos, nosotros no tenemos que enfrentarnos con rivalidades familiares en este caso. Usted, como única persona descendiente de Lucas Jones, se convierte en heredera universal de sus bienes, siempre y cuando esté casada.

»Pero permítame que le advierta algo, señorita Jones: los herederos universales vienen a ser a menudo como las ovejas que se mueven en el redil... en tanto que los lobos acechan por las intermediaciones. Un pequeño ejemplo, solamente. Clive, torpemente, redactó su testamento sin buscar asesoramiento legal, por cuya razón incurrió en un desliz: no cayó en la cuenta de especificar que los herederos universales suyos deberían haber nacido en el seno del matrimonio. Dé usted publicidad a la cuantía del patrimonio y a las condiciones establecidas en el testamento y se quedará atónita al enterarse de la cantidad de hijos ilegítimos que pudo haber tenido su padre. Y todos ellos ahora casados y cualificados para compartir la herencia

con usted. Todos ellos falsos herederos, por supuesto, pero dispuestos a causar todo género de perturbaciones.

La chica asintió.

—Sí, me hago cargo de eso, si bien he de decir que a usted mismo se le antojaría todo muy chocante, de haber conocido a mi padre. Bueno, ¿y a qué se debe la condición del vínculo matrimonial?

—¡Oh! Para explicarla habría que remontarse a las manías religiosas de Clive. Se había centrado obsesionadamente en el tema de la moderna inmoralidad. Señalaba como principal culpable de ella a las mujeres, sobre todo a las mujeres solteras, a las que pensaban y vivían libremente, sin ataduras de ningún tipo. Se refería, en suma, a la mujer joven y moderna. A mí solía decirme que el mundo de la mujer había de ser limitado a los niños, la cocina y la iglesia, que era lo más adecuado para ella. Y el hombre joven y moderno, lo que tenía que hacer, a su vez, era proporcionarle todo eso en lugar de ir de un lado para otro sin rumbo, como el muchacho equivocado que él mismo había sido.

»No podía ser una sorpresa, pues, que exigiera a cualquier aspirante a la herencia, dentro del año siguiente a su muerte, la exhibición de la licencia matrimonial, y la presencia de un cónyuge. Lo sorprendente fue su locura al no proceder a entregarme una copia de su testamento tras haber fijado una fecha límite en éste. Verdaderamente, su golpe de suerte mayor ha sido el hecho de que yo fuese capaz de localizar el documento y a usted antes de la fecha de expiración fijada. Ahora disponemos de menos de tres semanas para comparecer ante la autoridad judicial correspondiente.

—Pero, bueno —medió Prendergast—, no hay nada que se oponga a que Elizabeth herede si hace acto de presencia ante el juez dentro del plazo requerido y debidamente casada, ¿verdad?

—Nada, en absoluto —le aseguró Warburton—. No obstante, hemos de evitar a toda costa que se divulgue que ha habido por en medio un *mariage de raison*. Podría surgir alguien alegando que el matrimonio en cuestión tenía un carácter fraudulento. Quien así procediera no tendría nada que hacer legalmente, por supuesto, pero podría ser causante de una dilación más. Esto quiere decir que hemos de eludir el riesgo que sería un compromiso por escrito entre la señorita Jones y el señor Monte, referente a la compensación a percibir por éste por el asunto del matrimonio. Inexcusablemente, las condiciones exactas del acuerdo deben ser un asunto de buena fe.

—Ni hablar —dijo Chris, llanamente—. La señorita Jones me ha ofrecido cincuenta mil dólares por mi participación en este asunto, pagables cuando

consiga ella el dinero, y deseo que exista un papel que lo exprese así.

—Mire, joven —saltó Prendergast—, si usted se dispone a provocar algún conflicto...

—¡Oh, por favor! —medió la muchacha, apurada—. Si el señor Monte quiere que le firme un contrato...

—¡Elizabeth!

—Señoras y caballeros —cortó Warburton, enérgicamente—. Por favor. Antes de que sus voces puedan oírse en todo el edificio, permítanme decirles que están llegando a una conclusión errónea. El señor Monte tiene derecho a poseer una garantía, por su colaboración. Y puede serle dada una temporalmente que no tenga el menor atisbo del *mariage en raison*.

—¿Cómo? —inquirió Chris.

—Simplemente, haciendo cada uno de ustedes un testamento, por el cual se designen uno al otro heredero. Los testamentos serán destruidos cuando el matrimonio se disuelva. De este modo, el patrimonio de la señorita Jones se convierte en su garantía. Y aun, desde mi punto de vista, el legal, hay algo más importante: eso significa, y dispensen que me muestre tan crudo, que si uno u otro de ustedes dos fallece antes de que el matrimonio se haya disuelto, el patrimonio no es arrojado al caos.

—Un millón de dólares para garantizar un pago de cincuenta mil —comentó Chris. Apreció la expresión del rostro de Prendergast al pronunciar estas palabras—. ¿Quién podría rechazar la propuesta?

—¿Y usted qué dice, señorita Jones? —preguntó Warburton.

—Bueno, yo...

La joven miró a Prendergast con un gesto de súplica. Pero el hombre se limitó a hacer un encogimiento de hombros, desentendiéndose de ella.

—Es tu dinero —fue todo lo que dijo.

Elizabeth Jones vaciló.

—Bien. Si el señor Monte desea que se haga este arreglo...

Esto fue todo lo que Prendergast necesitaba. Bruscamente, se puso en pie.

—Por lo que veo, a mí nadie me necesita aquí —manifestó fríamente—. Ven a verme a la cabaña cuando hayas terminado con este asunto, Elizabeth. Tú y yo debemos tener una charla en privado.

—Sí, señor Prendergast.

La puerta de la habitación se cerró ruidosamente tras los Prendergast. El portazo se oyó seguramente en el extremo opuesto del pasillo.

Warburton movió la cabeza, expresivo, ante aquella demostración de mal genio.

—Se equivoca por completo, desde luego —aseguró a la chica—. El arreglo, aparte de ser justo para el señor Monte, salvaguarda al mismo tiempo el patrimonio. A pesar de lo que he dicho sobre los herederos universales, si cada uno en su testamento designa al otro como tal se llega a cubrir completamente el imprevisible futuro. Ni siquiera hay necesidad de que los propios legatarios sean informados que han sido citados por ustedes.

—El mío lo sabrá —manifestó Chris—. Es mi hermano. Mi hermanastro. La señorita Jones dijo anoche que no había inconveniente en que fuera puesto al corriente del trato, y esto es lo que hice. Él sabe callar.

—Confío en que no se equivoque usted —contestó Warburton—. ¿Y usted qué, señorita Jones? ¿Ha pensado en alguien?

—Sí. Será el señor Prendergast.

—Magnífico. Pues entonces podemos ocuparnos ya de todo sobre la marcha. Estableceré el oportuno documento por el cual uno se nombra al otro heredero universal, citando también un legatario de su elección. Todo lo que necesitarán ya, después, será copiarlo. La estenógrafa pública aquí presente es un notario. A continuación, buscaremos a alguien abajo para que los papeles sean adecuadamente atestiguados, firmados y sellados. Con tal proceder, daremos a nuestros documentos un carácter como de cosa blindada y hermética, para establecer una comparación. Sí, verdaderamente —Warburton sacó unas hojas de un pupitre que se encontraba en un rincón del cuarto, elevándolas para exponerlas a la luz— este papel es en realidad de primera, ¿no le parece?

—El mejor, sin duda —declaró Chris.

Se sintió curiosamente molesto mientras él redactaba la prescrita fórmula. Era la suya (se daba cuenta de ello) una sensación de culpabilidad, por haberse dejado llevar hasta el cierre de un trato tan crudo como aquél con la joven. Si al menos no hubiera visto en su radiante faz una especie de criatura perdida en pleno bosque, por causa de aquellos cabellos ahora cuidadosamente recogidos en trenzas, rodeando su cabeza, con los labios apretados infantilmente al garabatear su firma... Y, heredera o no, había revelado mansamente su disposición a entrevistarse con Prendergast para recibir, seguramente, una reprimenda verbal tras aquello. Era irritante la forma en que la joven se dejaba dominar por este individuo. Había incluso algo enfermizo en ese proceder.

Realizada la tarea, habiendo sido despedidos los testigos, Warburton recogió sus papeles, y después de leerlos cuidadosamente una última vez, los

depositó en su cartera de mano con un gesto que, evidentemente, era de profundo alivio.

—Vayamos con el detalle del matrimonio —dijo—. Tal trámite ha de ser cubierto lo antes posible. Luego, ustedes dos volarán a Londres, donde se entrevistarán conmigo, a fin de dejarlo listo todo, para que no haya nadie que no se sienta a gusto. Insisto de nuevo en que hay que proceder con las máximas reservas al dar estos pasos. —El hombre reunió todas sus pertenencias—. Me quedaré aquí hasta que haya sido celebrada la ceremonia del enlace, para poder llevarme una copia de la licencia matrimonial. Entretanto, no perderé el contacto con ustedes.

Tan pronto como Warburton se hubo marchado, Chris preguntó a la joven:

—¿Habló este hombre en privado en algún momento con Prendergast?

—No. Bueno, sí, anoche, cuando nosotros dos..., cuando fui a verle a usted para hablar del asunto. Los dejé juntos, tomando unas copas en la cabaña. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque estoy figurándome que Warburton le dijo a Prendergast algo que no le ha revelado a usted. Hay otra persona que aspira a heredar el patrimonio, desde luego. Anda alguien por en medio que le preocupa. Apostaría lo que fuese a que no me equivoco. Lo he deducido de la forma en que ambos han estado remachando todo lo concerniente a ese punto.

—¿Y por qué na de ocultármelo?

—Probablemente, porque no quiere que pierda el sueño por culpa de esto. Usted parece invitar a la gente a que la traten de forma paternal. Creo que a la dulce Alicia del cuento le ocurría lo mismo.

Los ojos de Elizabeth se hicieron más pequeños; las aletas de su nariz palpitaron.

—He de decirle que su salida no tiene la menor gracia...

—¡Ah! Tiene su genio, ¿eh? —manifestó Chris enarcando las cejas—. ¡Diablos! ¿Por qué ha de hacer mal uso de él haciéndomelo ver a mí? Guárdese para Prendergast, para la próxima vez que le mande castigada a un rincón por haberse comportado como una chica traviesa.

Chris salió de la habitación, satisfecho por haberse permitido aquel desahogo, esperando oír el ruido de algo estrellándose contra la otra cara de la puerta al cerrar la misma. La expresión del rostro de ella le había hecho concebir tal idea. Pero el silencio no fue alterado por nada a raíz de sus palabras. A continuación, vio al hombre apoyado levemente en una de las paredes del pasillo, cerca de la puerta del cuarto que acababa de abandonar,



encendiendo premiosamente un cigarrillo. Era un tipo descarnado, que vestía un traje algo ajado a rayas. Llevaba el sombrero, de paja, colocado horizontalmente sobre la cabeza, de manera que parecía descansar de un modo grotesco en las salientes orejas.

Aquel cigarrillo estaba siendo encendido demasiado premiosamente.

Aquellas orejas parecían estar hechas para aplanarse contra los paneles de las puertas.

—¡Eh! ¡Oiga! —dijo Chris.

No tuvo ocasión de pronunciar una sola palabra más. El desconocido le lanzó el cigarrillo a la cara, echando a correr hacia la escalera, al extremo del corredor. Lo perdió de vista y dejó de oír el rumor de sus pasos al llegar a ésta. Chris se quedó quieto, con la mirada perdida en el oscuro vacío, asaltado de pronto por unos indefinidos presagios.

Abajo, en el vestíbulo, vio a Augie Bloom, el director, de pie junto a la ventanilla del cajero.

Le hizo una seña para hablarle aparte, fuera del alcance de los oídos ajenos.

—Augie: ¿has contratado en el curso de los dos últimos días a alguien más?

—Estamos casi al final de la temporada, Chris. Estamos despidiendo a la gente y no buscando nuevos trabajadores. ¿Por qué?

—Por ahí arriba vi que rondaba un sujeto menudo y flaco cuya cara me resultó desconocida. Pensé que podría tratarse de un peón o lavaplatos. Cuando me disponía a preguntarle qué hacía por los pisos salió disparado como una flecha. Es posible que ande por estos alrededores todavía.

—Me pondré al habla con el servicio de seguridad, a ver si lo ven. Gracias por la advertencia.

—No hay de qué. ¡Ah! Si localizaran al desconocido, di a esa gente que se ponga al habla conmigo. ¿Lo harás?

—Por supuesto, Chris. ¿Qué es lo que haría yo para complacer a mi campeón favorito de tenis, esto es, desde luego, el campeón favorito de Marty McClure?

Camino de la tienda, Chris vio que todas las pistas de tenis estaban ocupadas, y que en la terraza del establecimiento se encontraban unas cuantas personas esperando el momento de firmar para disfrutar de su turno. Dio la vuelta al local para dirigirse a la puerta posterior, evitándose así conversaciones al paso. De todas maneras, topó allí con alguien que parecía aguardarle. Era Hilary Talbot, quien se había montado de lado sobre el asiento trasero de la Harley-Davidson.

—Hola, señor —dijo ella, gravemente, con voz apagada y juvenil—. ¿Me aceptaría usted como pasajera de su moto?

No era la primera vez que aquella mujer le acechaba de esta forma, pero una experiencia inicial con aquel tipo de turista, el tipo aburrido, inquieto, patentemente a mano, le había hecho vivir un desastroso conflicto emocional. Desde entonces, Chris se había mostrado muy cauto a la hora de emprender tal clase de juego.

—Lo siento, señora Talbot, pero esta máquina está destinada al transporte y no al paseo. ¡Ah! Gracias por haber dejado a un lado la lección. Ha sido muy amable.

—Por debajo de este cuerpo especial late un apasionado corazón, profesor. ¿Cómo fue la reunión? ¿Está listo todo ya para que sean lanzadas las campanas al vuelo, anunciando la celebración de la boda?

—Pues sí. Sin embargo, prescindiremos de las campanas.

—Buena idea. Hay siempre cierta nota seria en su tañido. —Hilary Talbot pasó una mano por el manillar de la motocicleta—. ¿Qué potencia tiene esta máquina? ¿Es de 500 centímetros cúbicos? Yo he montado una de 500 centímetros cúbicos en cierta ocasión, pero ésta se me figura de más potencia.

—No se equivoca. Es una 1200.

—La moto de verdad, nada menos. La grande. Bueno, ¿qué sabe por fin?

Hilary Talbot no llevaba nada debajo de su corto vestido de algodón. Se dio cuenta de ello al verla bajarse del asiento. Y a diferencia de Elizabeth Jones, quien estando los dos frente a frente le había envuelto en un ambiente de jabón y agua, esta mujer saturaba su olfato con un perfume maravillosamente huidizo, de elevado precio, sin duda.

—Hablo en serio —dijo la mujer, y él comprobó que no mentía—. Salgamos de aquí en su moto. Me debe un paseo, de todos modos.

—¿Por qué?

—Para empezar: ¿quién supone usted que...? No —dijo Hilary Talbot al tiempo que se dibujaba en su rostro un gesto de astucia—. Se lo diré al final de nuestro desplazamiento.

—¿Es algo que tiene que ver con el trato del legado?

—Ciertamente. Soy una pequeña mina de información con respecto al asunto. Marche fuerte, Jack, y entonces es probable que ponga en su conocimiento todo lo que sé.

Existía una leve posibilidad de que ella tuviera algo que notificarle sobre aquello.

—Hasta la noche no puede ser, de todas maneras —declaró el joven—. Tengo que dar un par de lecciones bajo los proyectores, así que serán más de las diez cuando quede libre. Además, tendrá usted que procurarse un casco.

—Ya encontraré uno. Nos veremos aquí mismo a las diez y media.

Chris se quedó mirándola mientras ella empezó a alejarse, sin volver la cabeza una sola vez. Cada uno de los movimientos de aquellas bien torneadas piernas, de sus redondas caderas, revelaba que la mujer estaba perfectamente impuesta de que él no la perdía de vista en aquellos momentos.

Frenchy, irritado, le esperaba en el despachito de la tienda.

—Sería estupendo, muchacho, que te acordaras del sitio en que trabajas. Y ahora *donnez plein gaz*. Ponte en marcha. A las doce y media tenemos ese encuentro con los señores Leroy y Slade. Dentro de diez minutos, ¿me oyes?

—¡Diablos! Hoy todavía no he probado bocado. Además, no estaba previsto ningún partido en la agenda para las doce y media.

—Todo ha sido repentino. Toma un poco de chocolate, entretanto. El señor Leroy será tu compañero. Ya sabes lo que hay que hacer.

Lo sabía perfectamente. Aquellos encuentros se desarrollaban siempre de la misma manera. En ellos, su socio solía ser un fino operador de la *Ivy League* con algo que vender, en tanto que el compañero de Frenchy era el tipo ligeramente flácido y canoso, amante del tenis, que podía comprar. Los viejos se enfrentaban con los jóvenes, y los primeros eran quienes dominaban en el encuentro, de forma que llegara a producirse una actitud receptiva, típicamente de compra.

Chris abrió su armario, sacando del mismo su equipo. Sentóse desnudo frente al mueble para colocarse el vendaje elástico en torno a la rodilla.

—¿Cuánto paga Leroy? —inquirió.

Cualquiera que fuese la cantidad ajustada, necesitaba su cincuenta por ciento inmediatamente. No llegaba a un dólar lo que tenía en el bolsillo, y había que dar por descontado que Hilary no se echaría al bolsillo su talonario de cheques para realizar su excursión.

—Cincuenta —respondió Frenchy. Lo cual quería decir, probablemente, cien—. Se ha quedado bajo el tipo en cuestión, de forma que procederemos rápidamente. Tienes que valerte del primer gran saque, pero siempre fuera. El segundo lo harás fuerte, sin giro. Cuando juegues junto a la red golpea con fuerza la pelota, pero no la lances en ángulo. *Maintenant allons*.

Todo ello daría lugar a que por la noche Slade pudiera pasar su endeble brazo afectuosamente en torno a los hombros de Leroy para decirle:

—Pues sí, amigo mío... Usted es testigo de que aún queda un poco de vida en el cuerpo del viejo león. Usted y Chris Monte, nada menos, contra mí y Frenchy Barbeau... ¿Y qué? ¿Quién diremos que se ha llevado la copa?

Leroy, al escuchar estas palabras, movería la cabeza con el gesto característico, entre compungido y admirado, del buen perdedor. Al mismo tiempo, acariciaría el contrato caldeado por uno de sus bolsillos, listo para ser firmado, después de haber hecho los honores a unas cuantas copas más.

Nada menos que Chris Monte.

Hilary no se había presentado jamás con puntualidad a la hora de las lecciones de tenis, así que él se sintió agradablemente sorprendido al verla en la tienda a las diez y media de la noche, tal como le prometiera. Si ofrecía un buen aspecto vestida con las prendas mínimas, todavía resultaba mejor embutida en unos estrechos pantalones y un jersey de cuello alto de un número inferior al que requería su talla. Calzaba unos zapatos de lona con suela de goma, simplemente, y era portadora de unas grandes gafas de motorista y el casco prescrito.

—Bueno, yo la veo muy bien —declaró Chris.

—Más que eso, muchacho. Estoy altamente inflamatoria, diría yo. ¿A dónde vamos a ir?

—A Naples, por Tamiami Trail.

—¿Naples? ¿No queda eso en el Golfo?

—Naples está a unas cuarenta millas de aquí y Tamiami Trail es una vía desierta a esta hora de la noche. Una vez salgamos de la ciudad podremos marchar fuerte, realmente. Me uniré a usted dentro de un minuto. He de cerrar la puerta de la fachada.

Cerró aquella puerta y las ventanas del establecimiento, apagando la luz del techo, pero antes de que pudiera regresar al sitio en que dejara a Hilary oyó unos golpes en la entrada, dados seguramente con los nudillos. Con un gesto de resignación, abrió la puerta y encendió la luz de nuevo. Delante de él se encontraba Elizabeth Jones.

—Me alegro de cogerle todavía aquí —dijo ella—. Estuve hablando por teléfono con el señor Warburton...

Su voz se desvaneció. Estaba mirando a un punto situado a espaldas de Chris.

—¡Oh! ¡Es Hilary! —exclamó—. Pero, Hilary, tú me habías dicho...

—Le pedí a Chris que me diera un pequeño paseo, Elizabeth. Pensé que si respiraba un poco de aire fresco me sentiría mejor.

—Ya, sí, claro...

La muchacha retrocedió con torpeza, como si se hubiera dispuesto a emprender la huida, y hubiera llegado a caerse de espaldas si Chris no la

hubiese asido por un brazo en el momento preciso. Apresuradamente, se libró de la mano de él.

—Gracias. Me parece que soy una persona muy torpe en más de un sentido. ¡Ah! —Rebuscó en el fondo de su bolso, del que sacó un sobre que entregó bruscamente a Chris—. Será mejor que guarde usted esto, antes de que se me pierda. El señor Warburton me dijo que le gustaría comer con nosotros dos mañana, a la una, en el Columbus.

—De acuerdo. No faltará —Chris la siguió mientras ella se retiraba en dirección a la escalera de acceso—. No le importará que nos saltemos la lección de la mañana, ¿verdad? Hay algo que yo...

Pero Elizabeth había dejado atrás los últimos peldaños, perdiéndose en la oscuridad.

Hilary movió la cabeza, muy seria.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿Verdad que esta muchacha posee el don de la inoportunidad?

—¿Por qué? No nos ha sorprendido desnudos, precisamente.

—La cosa cambia, desde su punto de vista. Yo le había dicho que me dolía mucho la cabeza y que deseaba acostarme pronto, con el fin de librarme del compromiso de participar en la habitual partida de bridge con ella y los otros y poder llegar aquí a tiempo.

—¡Oh! ¿Por qué hemos de empeñarnos en armar estos líos? —inquirió Chris—. ¿Por qué no se limitó usted a decirle la verdad?

—¿Haciendo caso omiso de los sentimientos que usted le inspira? Bueno... ¿Está sugiriéndome que no está al tanto de ellos? —Hilary escudriñó la faz de su interlocutor—. ¡Santo Dios! Creo que no sabe nada...

—Y está en lo cierto. ¿Qué es lo que le hace estar tan segura de lo que acaba de decir?

—El hecho de que ella me los confió, tímidamente. Bien, ¿qué es lo que contiene ese sobre?

El sobre que la chica arrojara a sus manos no estaba cerrado. Estudió su contenido. Había allí un par de pasajes aéreos para el trayecto Miami-Londres y destinados a ser utilizados en la siguiente semana. Uno estaba extendido a nombre de Christopher Monte y el segundo al de la señora de éste. Y lo que era más satisfactorio: allí vio también un cheque certificado por importe de mil dólares, a nombre del señor Christopher Monte. Lo examinó atentamente. El cheque en cuestión estaba firmado, no por Simon Warburton, sino por Joseph Prendergast.

Enseñó la firma a Hilary.

—¿Sabe usted algo acerca de esto?

—¡Oh, sí! Warburton metió a papá en el asunto. Se trata de una entrega para desembolsos. Elizabeth no será considerada heredera mientras esté soltera, de manera que no puede conseguir ningún anticipo sobre su patrimonio. Papá dijo que se ocupará de esto.

—Es hombre de palabra, por lo que veo. Y ahora que me acuerdo... Usted dijo que yo le debía el paseo de esta noche. ¿Fue usted quien...?

—También le hice saber que le facilitaría mis explicaciones al término del viaje. Cuanto antes salgamos de aquí antes llegaremos a nuestro punto de destino.

Montada sobre el portaequipajes de la moto, Hilary le hizo el cumplido de mostrar una relajada confianza en su persona. Chris se tomó su tiempo para recorrer la primera parte del camino y dirigirse al sur, en busca de Tamiami Trail, y en la sección despejada e inicial de aquella vía, con su enorme despliegue de gasolineras, cementerios de automóviles, restaurantes y tiendas, continuó acomodándose al ritmo imperante allí del tráfico, teniendo presente en todo momento que los policías de servicio se habrían sentido muy felices ante la posibilidad de echarle mano por cualquier motivo, por causa de la coartada de McClure. Pero una vez fuera de la ciudad, habiéndose adentrado en la desolación de Everglades, cuando el haz luminoso delantero no permitía ver ante ellos más que un gran vacío, Chris metió la cuarta velocidad y dejó que el motor funcionara a toda potencia.

—Agárrese bien —recomendó entonces a Hilary, hablando por encima de su hombro.

Ella asintió, deslizándose hacia delante en el asiento para eliminar la pequeña separación existente entre los dos. Luego, ciñó el cuerpo de Chris con sus brazos. Mientras la moto ganaba en velocidad, el joven sintió el almohadillado contacto de sus senos contra la espalda, en tanto que los muslos de Hilary vibraban contra sus nalgas. Muy grato todo ello. Era la velocidad lo que le hacía gozar a uno, lo que realmente le hacía a uno liberarse de sí mismo. Ahora bien, aquel pasajero era una especie de premio, algo que mejoraba toda sensación.

A lo largo de aquellas cuarenta millas de vía recta, Chris mantuvo la aguja del velocímetro por encima del cien. El denso y húmedo aire se convertía en sopro de temporal a veces, golpeándoles como un puño, y los ocasionales insectos que atraía la luz del faro se clavaban en sus rostros con la fuerza de unos proyectiles de escopeta de aire comprimido. En Dade County, y para entrar en Collier y la parte del noroeste, Chris redujo la velocidad, hasta dejar

atrás la apagada barahúnda de Ochopee, volviendo a deslizarse de nuevo aceleradamente por el tramo final, para adentrarse en Naples. Un sitio pequeño y tranquilo aquél. Toytown, EE.UU. Avanzó hasta las inmediaciones de la playa, en la parte más alejada de la población, parando el motor de la Harley-Davidson. Estaban solos allí. Eran solamente las doce y media de la noche y los habitantes de la ciudad parecían hallarse ya en cama.

Hilary se apeó, rígida, quitándose el casco y las gafas. Miró a su alrededor, en la oscuridad.

—Estamos en Naples y no hay un solo napolitano a la vista. Y ése es el Golfo de México, supongo. Bueno, ¿qué va a ser esto? ¿Un simple remojón o una zambullida en regla? Lo que llevo debajo de estas prendas podría tomarse por un bikini en caso de que se presentara alguien aquí animado por malos pensamientos.

—Lo siento, señora. No va a haber remojón ni zambullida. A menos que posea usted la facultad de ver a las medusas en la oscuridad de la noche. En vez de eso, hablemos.

—¿Es así como quiere malgastar esta estrellada noche?

Hilary se quitó el calzado, echando a andar hacia la playa. Él la siguió, y cuando la joven se dejó caer sobre la arena, Chris se sentó a su lado.

—Usted fue la persona que aconsejó a Elizabeth que me escogiera como marido de trámite, ¿verdad?

—Efectivamente.

—¿Porque sabía que ella abrigaba ciertos sentimientos hacia mí?

—No. Yo sólo fui la ejecutora de una idea. Fue papá quien pensó en usted primeramente, cuando Warburton dio la gran noticia. Él vino a hacerme la indicación y yo me limité a dar traslado de aquel pensamiento a Elizabeth. Ésta hará cuanto papá le diga.

—Ya lo he advertido. ¿Por qué?

—Supongo que es por gratitud.

—¿Por qué causa? —insistió Chris.

—Oiga, señor: es ella quien tendría que contestar a eso.

—Pero es que yo le he hecho la pregunta a usted.

—¡Oh! Está bien, está bien. Pero recuerde que si alguna vez hace saber a mi padre que estuve hablándole de todo esto me apresuraré a degollarlo. Papá es un hombre anticuado en lo que respecta a algunas cosas. Por ejemplo: lo de dar publicidad a sus buenas obras.

—¿Se refiere a Elizabeth?



Hilary extrajo un arrugado paquete de cigarrillos de debajo del cinturón de los estrechos pantalones, procediendo a encender uno para ella y otro para su acompañante.

—¿Se acuerda de ese personaje que a veces aparece en *Li'l Abner* —dijo la joven—, yendo siempre de un lado para otro con una pequeña nube negra sobre su cabeza? Pues así es Elizabeth. La mala suerte la persiguió siempre, desde no sé cuándo, hasta que entró Warburton en escena.

—¿Cuándo conoció a Elizabeth?

—Hace unos ocho años. Las dos cursábamos el primer curso en la Universidad de Boston. Ella solía ayudarme cuando nos enfrentábamos con los exámenes, y yo disponía de coche, de manera que correspondía a sus favores llevándola a su casa después de las clases, a diario. ¡Diablos, qué casa tan triste la suya! Sobre todo, triste. Su padre era ministro de no sé qué rara congregación con pocos seguidores, así que allí entraba poco dinero y el poco que entraba había que destinarlo a atenciones para la madre, que siempre estaba enferma. No exagero, aquella vivienda parecía haber sido extraída de un relato de Dickens.

—Tuve la impresión de que tenía a su padre en gran estima.

—Pues sí. ¡Pobre muchacha! Yo, en cambio, lo odiaba. Era uno de esos caracteres santurrones que se hallan en posesión de la Gran Verdad en lo que sea, aparte de tener un cerebro que es una especie de enciclopedia. Era capaz de anular a cualquiera con una sola palabra, y esto hacía con Elizabeth en todos los aspectos. La última vez que lo vi le hablé de llevarme a Elizabeth para ir las dos de compras. Había que comprarle un nuevo vestido, ya que siempre lucía unos modelos que hacían pensar en Annie, la Pequeña Huérfana. Aquel hombre se limitó a esbozar su sonrisita de santurrón para decir mirando a la pared: «Vanidad, vanidad y nada más que vanidad». Así se saldó la cuestión del nuevo vestido. La verdad era que a él le disgustaban las mujeres femeninas, atractivas, *sexy*, en suma, y Elizabeth se esforzaba constantemente por hacer de ella la joven que podía ser de su agrado. En ocasiones, me la llevaba a casa para que pudiera observar la otra cara de la luna, y mi gente se sintió profundamente interesada por ella y su problema. Me imagino que para los míos lo suyo fue como un episodio de serial dramático. Luego, su padre falleció de un ataque cardíaco, en las inmediaciones del fin de aquel curso. Elizabeth abandonó los estudios para buscarse un empleo, y entonces nos separamos.

—¿Qué fue lo que volvió a unirlos?

—Una o dos veces por año, animada por una especie de remordimientos, me ponía en contacto con ella, y hace unos seis meses, habiéndola hecho ir por casa, para comer con nosotros, vi que se sentía desesperada realmente. Su madre había ido de mal en peor, hallándose en una institución de carácter público, donde el tratamiento médico dejaba mucho que desear. De otro lado, no disponía de dinero para llevársela a otra parte, a una clínica privada. Papá debió de pensar mucho en ella; nos dio la impresión de no poderse quitar a la joven de la cabeza aquella semana, y luego se le ocurrió la idea de nombrar a Elizabeth secretaria particular. Al venirse a vivir con nosotros, ella se ahorra todos sus gastos personales, y además dispondría de dinero para instalar a su madre en un establecimiento sanitario decente. Esto de decente quiere decir caro. Cuesta unos mil por mes, como mínimo.

—¿Quiere decir que todavía vive su madre?

—Es lo que da a entender cuanto acabo de hablar. ¿Qué ha podido hacerle pensar lo contrario?

—Es que en el testamento que Warburton le hizo extender hoy, ella nombró al padre de usted, señorita Talbot, como heredero universal, no a su madre. Ya veo por qué. Tendré que admitir que él es mucho más caritativo de lo que da a entender a primera vista.

—Incluso mucho más de lo que usted ha podido vislumbrar hasta ahora —repuso Hilary—. ¿Tiene alguna idea acerca de la razón de nuestra presencia actual en Miami Beach?

—Claro que sí. Se hallan en Miami Beach porque en Revere Beach hace frío en esta época del año.

—No. Estamos en Miami Beach por Elizabeth. He aquí la parte más fantástica de la historia referente a este legado que se le ha venido a las manos, a la necesidad de que se case, y todo lo demás. Mi familia siempre pasa sus vacaciones en algún tedioso lugar, de los que frecuenta la gente mayor, en Maine, donde pueden dedicarse durante toda la jornada a jugar al bridge y a vestir de limpio a la nueva generación. Recientemente, se le ocurrió que en la vida de Elizabeth no había ningún hombre. Ni uno solo había habido nunca. Elizabeth tiene ya veinticinco años. Ha sonado la hora de que vaya por ahí cogida de la mano de alguien, por lo menos. Por eso viajamos hasta aquí, para buscarle novio. Y después, ¡fíjese en lo que ha pasado!

—¿Quiere decir que ha podido encontrar algo más que un novio?

—Enfrentémonos con el hecho, Christopher. Usted va a figurar como esposo.

—Temporalmente.

—Eso es lo que dice ahora. Y no pierdo de vista los cincuenta mil dólares que va a obtener por convertirse en su marido. Sin embargo, ¿qué va a pasar cuando se despierte usted una mañana, regularizado todo lo del testamento, y se dé cuenta de que se ha casado con un millón de dólares? ¿Y qué pasará cuando compruebe que su esposa es una criatura inocentona que está tan prendada de usted, de su persona, que prácticamente puede considerarse propietario del millón de dólares en tanto siga siendo su marido?

—Ya. ¿Es ésa la causa de que usted se casara con Talbot? ¿Por el hecho de tener un millón de dólares?

—No. Él se casó conmigo porque se figuró que mi padre lo tenía, perdiéndose de vista cuando averiguó que sucedía todo lo contrario. Ahora que me acuerdo: fue un buen jugador de tenis, también. No de su clase, desde luego, pero de los buenos. Y un tipo irritable también, como todos los buenos jugadores de tenis. ¿Qué es lo que les hace ser así? Fíjese en los jugadores de golf o de pelota base, o de cualquier otro deporte. La mayor parte de las personas que los practican se comportan como auténticos seres humanos. Los jugadores de tenis no son nunca así. Todos son unos arrogantes bastardos.

—¿Incluido yo?

—Especialmente usted, con su aire de desafío permanente, aunque de menor cuantía. Supone una gran oportunidad para usted que haya mujeres de débil mentalidad, en grado suficiente como para dejarse dominar por el tipo. Como yo, por ejemplo. ¡Oh! —exclamó Hilary al ver que la playa era barrida por las luces de unos faros de coche—. Más pecadores que andan en busca de refugio.

Se equivocaba. Tratábase de un coche policíaco, que se detuvo junto a la Harley-Davidson. Su luz roja parpadeaba rítmicamente; la luz de los faros les cegó al volver la cabeza en dirección a los dos hombres que avanzaban por la arena hacia ellos.

—Al parecer, hay una redada en marcha en el local —comentó Chris.

Se puso en pie, colocándose de espaldas a la luz, pero cuando la pareja llegó a su altura uno de los hombres enfocó una linterna encendida sobre sus ojos, cegándolo de nuevo.

—No se mueva de donde está, Monte —dijo el otro hombre—. Las manos sobre la cabeza.

Sufrió una fuerte impresión al oír su nombre. Luego, la sorpresa se convirtió en ira. Los policías de Dade County le habían advertido que le harían sudar sangre por haber contribuido a librar a McClure de la acusación

de asesinato. Ahora, esta historia debía de haber pasado desde Dade a Collier, siendo la matrícula de la moto el medio de identificación utilizado. Aquello era «asar» materialmente a una persona. Iban a estar sobre él hasta que abandonara el territorio e hiciera algo que permitiera su detención.

Apretó los dientes, llevándose ambas manos a la cabeza. El hombre procedió a cachearlo con todo detenimiento, extrayendo cuanto llevaba en sus bolsillos: la cartera, las llaves, el pañuelo, unas monedas, un paquete de cigarrillos, y el sobre que contenía los pasajes aéreos, así como el cheque extendido por Prendergast. Todo ello fue metido después en uno de los bolsillos de su chaqueta, con la excepción de la cartera y el sobre.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó Hilary.

—Ya se enterará. Dé la vuelta, Monte.

Obedeció. Ahora recibió en pleno rostro la luz de los faros.

—Quédese así —le ordenó el hombre que parecía mandar allí.

Se fue hacia el vehículo. Al cabo de unos momentos, se oyó el ruido de la portezuela al cerrarse, y él reapareció.

—Siéntese y proceda a quitarse las botas —dijo.

Una vez se las hubo quitado, el otro metió la mano en cada una, arrojándolas a los pies de Chris, en unión de la cartera y el sobre. No, pensó Chris, aquello no tenía nada que ver con McClure. Los dos hombres no efectuaban presión alguna sobre él. En realidad, iban en busca de algo.

—Y ahora escuche esto —dijo el de la voz cantante—: en ese coche hay un sujeto que afirma que hace una hora, al salir de un restaurante de Ochopee, una pareja como la formada por ustedes, que viajaba en una moto, se hallaba en las inmediaciones del local. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, se vio apaleado y desposeído de su dinero. En este momento no está seguro de que fueran ustedes los autores del acto, pero si se empeña en llevar este asunto por las malas, se mostrará segurísimo en sus afirmaciones. Como para que los dos puedan ser detenidos bajo la acusación de atraco y robo. ¿Está eso claro?

—¿Que si está claro? —saltó Hilary, muy enfadada—. ¡Señor: nosotros no hemos hecho en ningún momento...!

—¡Cállese! —la interrumpió Chris—. Sí, está claro —añadió, mirando al hombre.

—Perfectamente. Y por si acaso quiere más tarde formular alguna reclamación sobre todo esto en mi distrito, le notificaré que me llamo Cox. Soy el teniente Thomas Cox. Lo malo es que —ahora el policía se expresó con lentitud, recalcando sus palabras— podría echar a perder la oportunidad

que se le depara de entrar en posesión de una fuerte cantidad de dinero cometiendo una estupidez. ¿Se da cuenta de lo que quiero decirle? ¿Me ha comprendido?

Experimentó un estremecimiento. Aquello fue como si a Chris hubieran acabado de asestarle un puñetazo en el pecho.

Permaneció quieto, sentado en la arena, pensativo, viendo a Cox y a su subordinado alejarse. El coche se puso en marcha rápida y silenciosamente.

—No habrá hablado en serio, ¿eh? —saltó Hilary, furiosa—. No iré a permitir que ese bastardo se quede sin un correctivo adecuado por todo esto, ¿verdad?

—Ya oyó lo que dijo. Si yo muevo esto, él me corresponderá debidamente.

Hilary rumió tales palabras en silencio.

—Resulta demasiado para mí —concluyó—. El hombre está enterado de su trato con Elizabeth, ¿eh?

—Sí.

—Y también sabe quién es usted. Pero, ¿cómo se ha informado? Y si alguien ha sido atracado y robado...

—No ha habido nada de eso. Sabe quien soy porque debieron seguirnos desde Cobia hasta la salida del Trail; luego, mediante una llamada telefónica, la gente de aquí habrá sido mantenida al acecho, aguardando nuestro paso. Es fácil imaginárselo. Lo que no comprendo es lo otro, lo de mi relación con Elizabeth. A menos que su padre, señorita Talbot, cambiara de opinión con respecto a mi matrimonio con la chica y hablara con alguien...

—No existe la menor probabilidad de que sucediera tal cosa —rechazó Hilary, llanamente—. Nunca procede así. Mi padre siempre optaría por decirle a la cara lo que pudiera pensar.

—Es la impresión que tengo de él. Pero entonces la cuestión queda en el aire. De lo que estoy seguro es de que la persona que se encontraba dentro del coche, sea quien sea, tenía a los agentes en el bolsillo, utilizándolos para echarme un detenido vistazo y descubrir qué era lo que llevaba encima. Es posible que haya sido un conocido mío, incluso, ya que hizo cuanto estuvo en su mano para impedir que yo le viera.

—Sin embargo, ¿qué es lo que usted podía llevar encima para suscitar tanto interés por su parte?

—Es lo que me pregunto. Desde luego, nada de hierba ni bebida, puesto que entonces habríamos llegado a tener un intercambio más íntimo nosotros dos...

—¡Uf! Me está poniendo nerviosa —replicó Hilary, quien se levantó, asiendo al joven de una mano para tirar de él—. Vámonos de aquí. No me gusta nada este sitio.

Al llegar a la Harley-Davidson vieron que las carteras habían sido abiertas, yaciendo esparcidos por el suelo los mapas de carreteras y las herramientas, normalmente contenidas en aquéllas. Chris procedió a recoger las cosas, guardándolas en las mismas. A continuación, montó en la moto, quedándose por unos instantes como paralizado. En su mente, de un modo vago, se iban juntando los fragmentos de un rompecabezas, componiendo una figura.

La del enano de las orejas semejantes a las asas de un jarrón, que viera apostado cerca del cuarto de Elizabeth.

El misterioso pasajero del coche policíaco.

El fallecido y no llorado Clive Valentine...

—Bueno, ¿qué estamos esperando ahora? —inquirió Hilary.

Él volvió la cabeza.

—Quiero que me haga un favor. Tengo que dar un par de lecciones mañana por la mañana, de manera que ha de ser usted quien se encargue de esto. En la calle 21 de Miami Beach hay una librería que posee una sección de referencias muy completa. Deseo que se presente allí tan pronto abran el local, buscando cuantos datos puedan existir acerca de Clive Valentine. Una persona que deja tanto dinero ha de figurar en algún registro de un tipo u otro. Luego, vaya a la tienda, hacia las once, y dígame qué ha podido conseguir. ¿Hará esto por mí?

—Por supuesto —respondió Hilary—. Pero todo esto, ¿por qué?

—No pregunte nada. Haga lo que acabo de indicarle y resérveselo en unión de lo que ha pasado aquí esta noche.

—Eso va a ser lo más difícil para mí —declaró Hilary.

—¿Un favor? —dijo McClure, débilmente—. ¿Qué clase de favor? ¡Oiga! ¿Y qué hora es a todo esto?

McClure era un tipo rechoncho, macizo, de rojos cabellos, con una maraña de rojizo vello sobre su redondeado pecho. Bostezando ruidosamente, sentado medio adormecido todavía sobre el borde de la cama, embutido en los pantalones de su pijama, componía una figura que impresionaba, en igual medida que puede impresionar un oso gris repentinamente sacado de su sueño invernal.

—Alrededor de las cuatro —replicó Chris.

—¿Las cuatro de la madrugada? Usted debe de haber cogido una borrachera impresionante. Vamos a dejarlo, ¿eh? Vuelva a verme a una hora más sensata.

—Tiene que ser ahora —insistió Chris.

Nadie solía dirigirse a McClure empleando aquel tono. Estaba metido en negocios de altura, tenía un temperamento que andaba acorde con sus rojizos cabellos, y no se sentía a disgusto en el caso de verse obligado a ordenar a sus guardaespaldas que le rompieran los brazos a cualquier sujeto inoportuno o impertinente. Pero no todo en él era de índole animal. Había en su carácter un rasgo de humana curiosidad.

—¿Por qué tiene que ser ahora? —preguntó—. ¿Por qué no más tarde?

—Porque si bien aquí son las cuatro solamente, en Inglaterra son en estos momentos las nueve ya. Usted, Marty, me dijo en una ocasión que poseía excelentes relaciones en Londres, que sus amigos me enseñarían la ciudad si alguna vez iba por allí, llevándome de un sitio para otro. No necesito eso de ellos. Lo que sí necesito es que me faciliten cierta información dentro de las próximas seis o siete horas. Si usted les telefonea ahora, puede ser que se encuentren en condiciones de complacerme.

—¿Información acerca de qué?

—Acerca de un millonario llamado Clive Valentine, de Inglaterra, ya fallecido. Especialmente, deseo poseer noticias sobre los parientes o socios que pueda haber hecho figurar en su testamento.

—¿Por qué se interesa usted por el hombre?

—Esto es parte del favor. Tiene usted que hacérmelo sin saber por qué.

—Tengo algo que decirle, hijito: en tales condiciones no le haría un favor ni al papa en persona.

—¿Ni siquiera en el caso de que le hubiese facilitado la coartada que necesitaba para eludir toda responsabilidad sobre la muerte de Zucker, quedando marcado malamente por ello desde aquí hasta Jacksonville?

La sonrisa que esbozó McClure hacía pensar en una faz cadavérica.

—Todo lo que usted hizo fue decir la verdad —manifestó con aquel gesto como petrificado.

—Todo lo que yo hubiera tenido que hacer era decir lo que los policías deseaban oír de mis labios: que estaba demasiado bebido para poder recordar en qué momento nos dedicábamos a golpear la pelota aquella noche, que lo mismo me hubiera dado afirmar al día siguiente que yo era el alcalde de Miami Beach.

McClure miró al joven con unos ojos inyectados en sangre. Era como para dar la vuelta e irse de allí. La cuestión, pensó Chris, quedaba reducida a esto: ¿le enseñaría modales McClure personalmente o se valdría para ello de cualquiera de los individuos que tenía a sueldo? Finalmente, McClure señaló el teléfono que había sobre la mesita de noche.

—Póngame con la operadora de conferencias —ordenó.

Cualesquiera que fueran sus contactos en Londres, éstos demostraron ser rápidos y eficientes. A las diez, Chris fue llamado al teléfono, en la tienda de artículos de tenis. Por fortuna, Frenchy estaba fuera, atendiendo a unos clientes. Chris cerró la puerta del establecimiento, a su espalda, cogiendo el receptor.

—He hecho lo que he podido —le comunicó McClure—. Para empezar, le diré que hay una cosa en la que está equivocado. El hombre no falleció recientemente. Murió en el mes de mayo pasado, esto es, hace un año casi. Y no se ha encontrado ningún testamento todavía. Sí, en cambio, una nota en su diario sobre el proyecto de redactarlo, así que todavía andan buscándolo. Entretanto, el patrimonio está siendo administrado por la Chancillería... No sé qué diablos es esto. Probablemente, equivaldrá al juez de testamentarías de aquí.

—¿Fueron sus amigos de Londres capaces de dar con socios o parientes del fallecido?

—Estuvo asociado con dos personas, las cuales le originaron muchos quebraderos de cabeza. Una de ellas, un abogado. La otra fue una mujer.

—¿Una mujer? ¿Una amiga?



Chris trató de encajar tal dato en la puritana imagen de Clive Valentine.

—Sí. Su nombre: Katia Danska. Vive todavía en su casa, situada en una zona rural... ¿Tiene lápiz y papel a mano?

—Sí.

—Pues entonces anote sus señas. El pueblo se llama Monkshood. Está en Sunningdale, condado de Berkshire. El abogado se llama Simon Warburton. Tiene su bufete en Middle Temple Court, en Londres. ¿Ha tomado nota de todo?

—Sí.

—Hay algo más. Si quiere localizar al abogado ahora mismo, diríjase al Columbus Hotel, en Miami, ya que en el bufete han dicho que ésa es su dirección actual. Y ahora no vaya a contestarme que esto constituye una sorpresa para usted. ¿A qué viene toda esta historia? ¿Pretende quedarse con una tajada de la pasta de Valentine?

—Hago esto para servir a un amigo, Marty. Algún día se lo contaré todo. Entretanto, confío en que sabrá ser reservado y guardar para sí lo que sabe del asunto.

—Desde luego. Siempre que lo estime conveniente.

—Marty: hasta ahora he juzgado conveniente seguir aferrado a cuanto referí a los policías acerca de la noche en que Zucker murió. ¿Quiere que continúe todo igual o no?

Hubo un largo silencio.

—Bueno, mantendremos las cosas así —profirió McClure por fin, colgando con un clic metálico casi inaudible, más amenazador incluso que el golpe ensordecedor que Chris había estado esperando.

Una hora más tarde, Hilary se presentó para darle cuenta de sus indagaciones.

—Este Clive fue un sujeto misterioso, realmente —declaró la joven—. Pese a la detenida búsqueda que llevaron a cabo esos amables libreros, sólo pudieron hacerse con dos datos sobre su persona. Lo tenían relacionado, en primer lugar, como propietario de la Valentine Enterprises, una firma dedicada a la impresión y edición de libros. El dato en cuestión figura en un directorio de hace cinco años. Miraron entre los editores británicos y averiguaron que figuraba como Honorable Tesorero de The Valentine Society. La única información sobre la sociedad aludía a su condición de empresa editora de libros.

—¿No se han localizado en ninguna parte artículos que hubiesen sido publicados en periódicos diarios o revistas?

—Ni uno tan sólo. Todo hace pensar que cada vez que un reportero llamaba a la puerta de su casa para preguntar por Clive, éste le echaba los perros. Lo siento.

—Lo ha hecho muy bien, señorita Talbot.

—Me alegro de oírle hablar así. ¿Qué le parece si correspondiera a mis desvelos llevándome esta noche a dar un paseo por ahí nuevamente? Podríamos ir a Key West. Quizá se nos deparara la oportunidad de topar con unos cuantos policías más.

—Yo prefiero por ahora no enfrentarme con más oportunidades de tal clase. Otra cosa... ¿Ha visto a Elizabeth esta mañana?

—Sí.

—¿Estaba seria?

—¿Por lo de anoche? ¿Por habernos sorprendido juntos y en el instante en que nos íbamos? La vi pálida y sombría. Va a resultar interesante ese almuerzo que tiene concertado con ella y Warburton. Le dije que fue usted quien se empeñó en que los dos realizáramos nuestro desplazamiento.

—Pues gracias.

—Querido Christopher: no pierda su sentido del humor ante la situación. En fin de cuentas, si ella va a tomarse este matrimonio en serio, lo más leal es hacerle ver las cosas claras desde el principio, ¿no cree?

—Es que, de momento, quien va a comer con ella soy yo —repuso Chris.

La sede principal de la Miami Library se hallaba en Bayfront Park, en una calle que quedaba delante del Columbus Hotel. Chris pasó una hora allí, realizando algunas averiguaciones por su cuenta antes de adentrarse en el hotel.

Dio por fin con lo que buscaba: en la sección de esquelas mortuorias del *Times* de Londres correspondiente al día 5 de mayo del año anterior, leyó la noticia de la muerte de Clive Valentine. Y no lejos de la misma, en una gacetilla, figuraban unas palabras de recuerdo, a modo de personal tributo, de sus colegas en la T.V.S.: Henry Gardenhire y Anton Teodorescu.

Aquellas iniciales, que sugerían algo que parecía tener que ver con la televisión, le dejaron desconcertado por un momento. Después, comprendió lo que significaban. En consecuencia, si Valentine había sido el Honorable Tesorero de The Valentine Society, parecía muy probable que Henry Gardenhire y Anton Teodorescu hubiesen integrado su más o menos honorable cuadro de directores.

Entró en el Columbus bien preparado ya para su encuentro con Warburton.

Se puso en comunicación telefónica con la habitación de Warburton desde el vestíbulo, y éste le contestó que había sido reservada una mesa en el comedor de la planta más elevada, donde se presentaría enseguida. Chris vio a Elizabeth, sentada ya a la mesa. El sol había tostado su rostro durante la estancia en Miami Beach, por lo que difícilmente podía vérsela pálida, pero en cambio la expresión sí que era sombría.

Desde el recinto acristalado del comedor se veía la mayor parte de Miami Beach, al otro lado de la bahía. Cuando Chris tomó asiento frente a la chica, Elizabeth concentró su atención en aquel panorama.

—¡Oh! —exclamó Chris—. ¿Quiere hacerme el favor de olvidarse ya de eso, Elizabeth?

La joven le miró sobresaltada. Luego, su cara volvió a tomar la expresión de antes.

—Hablo en serio —manifestó él—. Esto ya está bastante complicado para que usted lo ponga peor.

—¿Yo? Mire: todo aquel que vive una aventura con Hilary no tarda en averiguar...

—Me estaba refiriendo a su relación con el patrimonio de Clive Valentine. Aguarde un momento... ¿Le dijo Hilary acaso que estábamos viviendo una aventura amorosa?

—Sí —Elizabeth lo entendió todo de pronto al advertir la amplia sonrisa de Chris. Ella misma sonrió débilmente—. Es como lo de decirle Hilary que a mí..., me parecía usted muy atractivo. Claro que esto me tiene sin cuidado ahora, siempre y cuando no piense que lo hice para que llegara a sus oídos la información.

—Me hago cargo. Seguramente, esa joven es una de esas personas eminentemente competitivas. Uno escoge el juego y ella se apresura a triunfar como sea.

—Y no le cuesta trabajo lograrlo —señaló Elizabeth con amargura—. Cuando se tiene su aspecto físico...

—Señorita Jones: ¿se ha detenido a pensar alguna vez en el que presentaría usted si se decidiera a abandonar su eterna actitud de lirio marchito para erguirse y mostrarse sinceramente tal como es? Aunque fuera sólo para variar, sí...

Involuntariamente, la chica se puso más derecha en su asiento, levantando los hombros. Luego, el tostado de su epidermis pareció enrojecer ligeramente.

—Si a usted le disgusta tanto mi disposición para acatar las órdenes del señor Prendergast —manifestó, forzando la voz—, ¿qué es lo que le hace pensar...?

No acabó la frase. El señor Warburton acababa de llegar, mirando con un gesto radiante a los dos.

—Bien, bien —dijo, animadamente—. Ni el menor rastro de alcohol en la mesa del festín. Clive habría aprobado su conducta. —El hombre se instaló confortablemente en una silla—. ¡Qué vista tan espléndida se disfruta desde aquí! Recorrí a pie parte de Miami esta mañana. Es éste un lugar sorprendentemente españolizado, ¿eh? En sus calles he oído hablar en español más que en inglés.

—Hay refugiados —explicó Chris—. Una atención de Fidel Castro.

—Eso es verdad, ahora que pienso en ello. Pero dejemos a un lado la política, ¿eh? Esta pequeña reunión a la hora de comer es simplemente una oportunidad de carácter social, y la política no figura para nada en el menú. Además, la buena fortuna de Elizabeth ofrece un tema de conversación más agradable.

—En ciertos aspectos —declaró Chris.

Warburton levantó una mano, como en señal de protesta.

—Mire, joven: si usted va a elaborar ahora toda una teoría filosófica acerca de la forma en que la riqueza corrompe...

—Nada de eso —le atajó Chris—. Voy a mostrarme mucho menos grandilocuente.

Procedió a referir el episodio del pasillo del hotel, aludiendo al tipo menudo que sorprendiera cerca de la habitación de Elizabeth, contando después su encuentro con la Policía en la playa y hablando del misterioso ocupante del coche. Warburton correspondió a sus palabras con un gesto de asentimiento.

—Ahí parece haber algo más que una simple coincidencia —admitió.

—Mucho más, sí. Esto fue la causa de que me decidiera a realizar algunas averiguaciones sobre la figura de Valentine, haciéndome de una información que usted no se molestó en facilitarnos ayer. No es demasiado lo que sé, pero basta, quizá, para apreciar que usted está jugando sus cartas con excesiva reserva.

—¿En qué aspecto? —preguntó Warburton, muy rígido.

—Diré, para empezar, que usted no ha notificado todavía a las autoridades la aparición del testamento de Valentine...

—El testamento fue hallado hace dos semanas, tan sólo, señor Monte. De haber sido sometido a la Chancillería enseguida, habríamos inducido a provocar dificultades para Elizabeth. El breve retraso las elimina.

—Todo eso lo sé ya. A lo que apunto es a este hecho: usted es el poseedor del único ejemplar existente del testamento. ¿Qué pasaría si le ocurriera a usted algo y el documento desapareciera?

—Es una probabilidad muy remota.

—No tanto, habiendo un millón de dólares en juego. Alguien pagó al hombre del pasillo para que ayer se dedicara a espiar en la habitación de Elizabeth; ha habido alguien también que anoche se encargó de lanzar a la Policía sobre mí. Tengo la impresión de que se trate de quien se trate, esa persona conoce el motivo de su presencia aquí, señor Warburton. Debe de ser alguien que estuvo muy próximo a Clive Valentine y que se crea en posesión de ciertos derechos sobre la herencia en el caso de que el testamento no aparezca... O que no aparezcan Elizabeth y su esposo.

—Señor Monte: pocas veces sirve la intuición para...

—Usted nos previno ayer, aludiendo a otros reclamantes.

—Los habituales chiflados y perturbadores de siempre.

—Ya. No se trata de gente como Henry Gardenhire, Anton Teodorescu y Katia Danska, ¿verdad?

Warburton parecía ahora estar literalmente aturdido. Su mandíbula inferior se abatió. Sus ojos se quedaron fijos, como vidriados, en Chris. Luego, el hombre se recobró.

—¿Cómo se enteró de su existencia?

—Eso no importa. Éstas fueron las personas a las que usted aludió veladamente, ¿no?

—En efecto.

—¿Poseen las tres derechos susceptibles de ser mantenidos ante la justicia si Elizabeth no se hace con el patrimonio?

Warburton se encogió de hombros.

—El punto vital es que ellos creen que sí.

—Lo cual —observó Elizabeth— supone una convicción más fuerte que la mía misma. Todo este asunto continúa antojándoseme algo irreal. Especialmente ahora, al pensar en personas que llevan nombres como el de Katia Danska.

—¡Oh!, pues es una criatura muy real, mi querida niña —manifestó Warburton, con una forzada sonrisa—. Terriblemente real.

—¿Quiere usted decir —inquirió Chris— que por su condición de novia de Valentine ella se imagina que es quien más derecho tiene a heredar su fortuna?

En los labios de Warburton flotaba en estos instantes un levísimo asomo de sonrisa.

—Katia podría ser clasificada muy difícilmente como novia de alguien, señor Monte. Por sus años podría ser su madre... ¡Ni hablar de eso! De otro lado, se halla en posesión de todo el encanto que podría evidenciar una cobra irritada. Ella y Clive se aborrecían mutuamente.

—Pues entonces, ¿qué clase de relación era la suya?

—Buena parte del valor de la herencia corresponde a obras de arte. Se cuenta con varias docenas de hermosos lienzos pertenecientes a las escuelas impresionista y postimpresionista. Estos cuadros van desde los primeros Monet hasta los últimos Van Gogh. Fue Katia quien, al correr de los años, actuó como consejera de Clive y agente para conseguir su adquisición. Una consejera y agente que no percibía sueldo alguno, señalaría yo. Una vez me dijo la mujer, en presencia de él, que toleraba que Clive la explotara así porque al final los cuadros acabarían por pertenecerle. Él no la contradujo. Clive no abrigó nunca el proyecto de legarlos a un museo. Entre unas cosas y otras, en suma, ella actualmente está convencida de poseer válidos derechos sobre los lienzos.

—¿Y qué me dice de Teodorescu y Gardenhire? Ya sé que pertenecieron a The Valentine Society, fuera lo que fuera esta empresa.

—Fue la versión plutocrática de un club del libro. A Clive le había obsesionado siempre la idea de llevar a cabo las mejores ediciones posibles de sus obras favoritas. Inmediatamente después de la guerra, decidió hacer realidad tal proyecto. Él aportó las máquinas de imprimir y encuadernar. Henry Gardenhire fue el director artístico, el encargado del diseño de los libros. Y Anton Teodorescu se ocupó de que las obras fuesen ofrecidas a los apasionados bibliófilos de todo el mundo. Dejando aparte sus cosas estrictamente personales, lo cierto es que compusieron un equipo de trabajo formidable, espléndido. En el curso de los diez años siguientes a la guerra, The Valentine Society produjo seis libros por año, efectuando tiradas de doscientos ejemplares. Éstos se vendieron, créase o no, a precios que oscilaban entre las doscientas y trescientas libras.

—¿Por volumen? —preguntó Elizabeth, incrédula.

—Por cada libro, sí. Lo cual, si efectuamos un sencillo cálculo aritmético, vemos que representa una renta para la Sociedad de trescientas mil libras por año, aproximadamente. Incluso deduciendo el elevado importe de los gastos, quedan unos asombrosos beneficios.

—Pero, ¿dónde podían ser vendidos esos libros, a tan altos precios? —inquirió Elizabeth—. ¿Quién los compraba?

—Los ricos y fanáticos coleccionistas de todos los continentes. No puedo citar ningún nombre porque todos, invariablemente, se valían de agentes para efectuar sus compras, y la única persona que conocía a tales agentes era Teodorescu. Había hecho de sus identidades respectivas un celoso secreto. En cierto modo, demostró ser muy prudente al obrar así. En suma, todo lo que poseía de aquel negocio era su lista de clientes. Clive era despiadadamente rudo. Habría expulsado a Teodorescu de la Sociedad en cuanto se hubiese hecho con la lista en cuestión, y aquél estaba bien impuesto de ello. Los estatutos de la Sociedad favorecían plenamente a Clive. Cuando los otros exigieron su participación en los beneficios, Clive puntualizó que las cláusulas de su asociación le otorgaban, como tesorero, el derecho a disponer de su dinero, añadiendo que los dos hombres podían darse por satisfechos con la consecución de lo que buenamente se les había ido viniendo a las manos.

—¿Por qué no recurrieron a los tribunales? —preguntó Chris—. ¿Eran pornográficos los libros que editaban?

En la maciza y rojiza faz de Warburton aparecieron unas arrugas, cobrando la misma expresión de regocijo.

—No, señor Monte. A menos que usted considere pornográficos libros como *The Pilgrim's Progress* o *The Swiss Family Robinson*. Cuando se encuentren ustedes dos en Inglaterra ya verán la obra de Clive que me agenció como pago parcial por mis servicios a la Sociedad. Es un tratado del siglo dieciséis escrito por John Knox, titulado *Blasts of the Trumpet Against the Monstrous Regiment of Women*, siendo de una moralidad a toda prueba. Pero es que, además, el libro fue impreso a mano, por cajistas, y encuadernado en cuero labrado, grueso como un cojín. Constituye uno de los más espléndidos ejemplos de la manufactura del ramo, y difícilmente habrán tenido ocasión de ver una cosa semejante, como ya comprobarán... La verdad es que los socios de Clive no recurrieron en su momento a la justicia porque no disponían de los elementos suficientes para apoyar el pleito.

—¿Los tienen ahora?

—No, debido a que existe un testamento por el cual se adjudica el patrimonio —Warburton movió la cabeza, muy convencido—. Pero ya

advierto lo que usted apunta... Usted se pregunta si Gardenhire, o Teodorescu, o Katia, están en condiciones de impedir la legalización del documento, de su verificación oficial. O bien, si cubierto ya tal trámite, podrían aquellos evitar que Elizabeth reclamara para sí el patrimonio.

—Voy a ser más concreto —explicó Chris—. Me estoy preguntando si alguna de esas personas se hallara detrás del espía de ayer o de los policías de anoche.

Warburton se quedó pensativo.

—Bueno —dijo por fin—, de considerar la posibilidad de una acción sucia, yo descartaría a Gardenhire. Es un hombre violentamente emocional, pero siempre dentro de los términos de la mayor honestidad.

—¿Y qué opina de los otros dos?

—Son una auténtica pareja de hienas. Lamento tener que expresarme así. Me refiero a Teodorescu, especialmente. Conozco su historia desde la época en que era nacionalista rumano, por los años de apogeo del régimen nazi. Se dedicó a la busca de coleccionistas de libros, igual que otros, como Hermann Goering, buscaban a los coleccionistas de obras de arte. Los detalles que revelan la forma en que se apoderó de determinados libros raros componen una narración verdaderamente repulsiva. Clive cerró los ojos ante esto, pero no perdió de vista jamás que Teodorescu era el más peligroso de los asociados que pudiera tener. Katia le inspiraba unos sentimientos semejantes. Creo que a esto se debe que hiciese de su testamento un secreto, ni siquiera a mí revelado. Y he aquí por qué resulta imperativo arreglar este asunto con la mayor rapidez posible. De todos modos, pensando en el plazo límite, disponemos para eso solamente de unas pocas semanas. En el mejor de los casos, andaremos rozando la fecha máxima permitida.

—Y tanto —contestó Chris—. Hasta el punto de que esto me lleva a formular otras consideraciones.

—¿Cuáles?

—¿Dio usted con el testamento hace un par de semanas? ¿O bien lo tuvo guardado desde el fallecimiento de Valentine, el año pasado, hasta que pudo localizar a Elizabeth?

La faz de Warburton parecía ahora de piedra.

—Tales cuestiones, señor Monte, no son de su incumbencia. Lo único de que tiene usted que ocuparse es de todo lo concerniente al rápido enlace matrimonial y la obtención del pasaporte para Inglaterra. —Cortó bruscamente el tema de conversación ocultándose detrás de la carta del restaurante—. Bueno, ¿y si almorzáramos ya? Yo estoy hambriento.



A juzgar por la forma en que el hombre había eludido sus preguntas, conjeturó Chris, lo más seguro era que hubiese estado en posesión del testamento desde la fecha en que fuera redactado, habiéndoselo reservado hasta el momento de dar con Elizabeth y ofrecer a ésta el premio. En tal caso, Warburton tenía más de un motivo de preocupación por la forma en que había estado recortando los ángulos legales. Si Katia y Teodorescu, aquella peligrosa pareja, se enteraban de lo que había hecho —o bien llegaban a sospecharlo—, tenían pendiente con él una cuenta importante.

Fue aquél un almuerzo silencioso, e incómodo. Finalizado el mismo, cuando se hallaban en el ascensor, Warburton dijo a Chris:

—Una cosa más... Cuando someta los documentos a la Chancillería será necesaria una prueba de identidad. En esto entra su condición de hijo adoptado. Procúreme, junto con los papeles relativos a la adopción, un ejemplar de su certificado de nacimiento. Confío en que dispondrá de todos esos documentos.

—En efecto. Y también dispongo de un pasaporte.

—Igual que yo —declaró Elizabeth—. Por suerte para mí, los Prendergast se proponían llevarme con ellos en su viaje de este verano a Europa.

—De este modo, sólo un documento nos queda por conseguir —informó Warburton—. Procedan rápidamente, por favor.

La ceremonia matrimonial fue celebrada un sábado por la mañana, en el hogar de un juez de paz de Miami Norte, a alguna distancia de los sitios más concurridos, según esperara Chris, a fin de que aquello no trascendiera. Como una medida más de seguridad, él alquiló un coche, encontrándose con Elizabeth en la casa del juez. Chris ya había preparado las cosas para evitar cualquier acción notificando a Frenchy con toda naturalidad que iba a dejar su trabajo, ausentándose por breve tiempo. También habló con Dom, que continuaba en su papel de hermano menor triste y desilusionado, optando por mostrar una violenta desconfianza con respecto a Elizabeth, aun sin conocerla.

Contando a Dom cuanto podía referirle sobre ella y la herencia Valentine, no consiguió hacerle cambiar de actitud.

—¿Y qué? —dijo Dom, acaloradamente—. Esta historia va a traer complicaciones, por la forma en que está desarrollándose, y tú te estás viendo cada vez más metido de lleno en ella. Primeramente, todo lo que tenías que hacer era casarte con la muchacha, para que pudiera coger la herencia. Ahora eres escogido para procurar que nadie pueda impedir esto. Si quieres que te diga la verdad, a mí esa muchachita no me parece tan desvalida como tú me la quieres hacer ver. No hay más que fijarse en su modo de manipularte.

—Te equivocas, chico. Soy yo quien lo ha decidido todo. Si Elizabeth no cobra, yo también me quedo sin el dinero acordado.

—Lo tuyo es el tenis, no esto de casarte a cambio de una comisión.

—¡No me digas! ¿Tú crees que jugar partidos de tenis a cincuenta dólares por tongo, cuando salen, es mejor que lo que llevo ahora entre manos?

—Pues sí. Mucho mejor.

La actitud de Dom era una de las negras preocupaciones que Chris llevó consigo a la boda. Otra más fue la llamada telefónica de Hilary, que tuvo que atender estando ya en la puerta.

—Alguien me telefoneó anoche, alrededor de las doce —le hizo saber la joven.

La ligereza de su tono era claramente falsa.

—¿Quién?

—No lo sé. Un hombre. Bueno, creo que se trataba de un hombre. Su voz resonó en mis oídos de una manera extraña. Era una voz de soprano infantil,

desfigurada como por un pañuelo que se hubiese colocado frente a los labios. Era difícilmente identificable.

—¿Qué fue lo que le dijo?

—Me dijo: «¿Es usted la señora de Christopher Monte?». Y entonces, yo respondí: «No. Soy la señora de Robert Talbot». El otro comentó: «¡Qué afortunada es usted, joven señora!». En esto quedó todo. Ya no hubo más. He de decirle, Chris, que la cosa no tiene la menor gracia.

—Ya me lo figuro —Chris cerró los ojos, tratando de imaginarse cómo encajaba este elemento en el cuadro ideado—. ¿Y dice usted que no reconoció la voz? ¿No tiene la menor idea sobre la posible identidad del autor de la llamada?

—Ni la más remota idea. ¿Qué es lo que ocurre, Chris? ¿Por qué ha de salir alguien confundíendome con la esposa del señor Monte?

—Porque usted era la joven que me acompañaba la otra noche, en Naples, cuando aquel policía me cacheó. Los pasajes aéreos hallados en uno de mis bolsillos estaban extendidos a nombre de señor Monte y señora.

—Entonces, lo sucedido esa noche es algo que realmente tiene relación con su casamiento con Elizabeth, ¿no?

—Efectivamente. El tipo que se escondió en el coche no es ningún estúpido, además. Seguramente, ha comprobado por partida doble si es usted la auténtica señora de Monte. ¿Ha hablado de tal llamada telefónica con Elizabeth?

—No.

—Bien, pues no lo haga.

—Entendido. Procure no echar a perder su día de boda. Porque usted se casa hoy, ¿verdad?

—Sí, pero no se lo diga a nadie.

—Descuide. Ahora, esto significa que sólo está comprometido para las horas del día. Mi familia cuenta conmigo para el desplazamiento que piensa realizar, pero si existe alguna posibilidad de que usted y yo esta noche...

—No hay ninguna posibilidad —respondió él, confuso por la fría malicia de su invitación.

Camino de Miami Norte, se formuló, dudoso, una pregunta: ¿debería procurarse unas flores para que Elizabeth las llevara en la ceremonia? Había dejado a la chica el encargo de comprar el anillo, pues lo de ir de compras los dos se le antojaba algo demasiado parecido a una broma de mal gusto. Un poco de esto también tenía la aportación de las flores en ocasión tan particular, pero su ausencia podía hacerse notar y la idea era hacerlo todo lo

menos llamativo posible. Mas su aparición ante ella con las flores podía hacer caer en un error a la muchacha. Finalmente, decidió comprar un ramillete de violetas, proyectando una explicación adecuada para tal acto, fría, como correspondía a la ceremonia que iba a seguir.

Se encontraba en la acera, esperando, frente a la casa del juez de paz, cuando Elizabeth se apeó de un taxi al otro lado de la calle, haciéndole enseguida una seña. Al acercársele ella, Chris vio que era portadora de un ramo de rosas. A medio camino, la chica hizo como si un invisible dedo, de repente, se hubiera apoyado con energía en su espalda. Cuadró los hombros e irguió la cabeza; su forma de andar dejó de ser descuidada para tornarse graciosa, fácil, natural. No estaba mal Elizabeth, pensó él en aquellos instantes. No estaba nada mal...

Elizabeth le enseñó el ramo de rosas.

—Me lo regaló la señora Prendergast —manifestó, en tono de excusa—. Pensó que podía parecer raro que yo no llevara unas flores. Pensaba, claro, en el juez de paz, y en los testigos.

Silenciosamente, él exhibió las violetas, que hasta aquel momento había mantenido ocultas, a su espalda, entregándole el ramo. La expresión de Elizabeth al hacerse cargo del mismo le complació y le alarmó al mismo tiempo.

—¡Qué amable! —exclamó la chica, radiante—. Son muy bonitas. Y no sé por qué se me antojan unas flores más reales que las rosas.

—Le van bien a su figura. He de decirle que me gusta su porte de ahora, su manera de andar.

—Lo hago con agrado. Recuérdemelo siempre que me descuide.

En el momento de celebrarse la ceremonia de la boda, ella lucía las violetas, y Chris no llegó a explicarle por qué se las había llevado.

El coche, cuando los dos volvieron a él, se había calentado como un horno bajo los despiadados rayos del sol. Chris cerró las ventanillas, poniendo en marcha el acondicionador de aire.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elizabeth.

—Primeramente, el anillo de boda... Hay que procurar que no lo vea nadie. —Él aguardó un momento, en tanto que la joven, sin protestar, se quitó el anillo, dejándolo caer en su bolso—. Hay algo que debe tener presente... Puede ser que la llamen por teléfono, preguntándole si es la señora Monte. No se quede pensativa, no vacile. Conteste que no con voz alta y clara. Luego, cuelgue.

—Conforme. Sin embargo, ¿quién puede llamarme? ¿Teodorescu?

—O bien otra persona que trabaje para él. Tengo la sospecha de que él y Katia Danska saben acerca de las condiciones que figuran en el testamento más de lo que Warburton cree, pero no las conocen todas. Esto significa que están dispuestos a recorrer un largo camino, de ser preciso, para averiguar las restantes.

—¿Ambos?

—Los dos o uno cualquiera de ellos. En este aspecto, para nosotros, es lo mismo. Sea lo que sea, tanto si la cosa se debe a que Warburton es tan listo como ellos, o solamente un tipo afortunado, la verdad es que me ha expuesto a su atención como la persona capaz de contestar a sus preguntas. Siendo así, mi esposa, trátese de una mujer u otra, se convierte en su objetivo real. No hay esposa, no hay objetivo.

—Ya —replicó Elizabeth, plácidamente—. ¿Sabe usted, señor Monte? Si intenta asustarme, no lo está haciendo demasiado bien hasta ahora.

—He aquí algo malo de por sí, porque lo que yo quiero es que se mantenga realmente en guardia hasta que le haya sido entregado su dinero. Warburton es demasiado caballeroso para adoptar este proceder. Sin embargo, se equivoca. Piensa, al parecer, que todo lo que se proponen Teodorescu y Katia es apoderarse del testamento para destruirlo. Yo opino que si no pueden desembarazarse del documento insistirán en seguir adelante para desembarazarse de usted.

—¿Cree usted sinceramente, de corazón, que tratarán de hacer una cosa semejante?

—Usted misma puede formular la respuesta a su propia pregunta. Por lo que oyó, ya sabe de qué gente se trata.

—Pero es que un crimen...

—¡Diablos! Ellos no serán tan tontos como para intentar algo que pudiera comprometerles. Para eso suelen ser contratadas otras personas.

Elizabeth movió la cabeza, haciendo un gesto de extrañeza.

—Ha llegado a pintar todo un cuadro sobre el mundo que nos rodea, señor Monte. Un cuadro escalofriante, he de admitir, pero poco verosímil...

Chris se sintió enfadado.

—Sea verosímil o no, hágame el favor de proceder de acuerdo con lo que le vaya diciendo, de momento. Dejando a un lado las personas que están metidas en esto, no revele a nadie que nosotros estamos casados, no confíe en ningún desconocido que de pronto se muestre amistoso, y no se cite con ninguna antigua compañera del colegio que le haya comunicado que acaba de llegar a esta ciudad, deseando reunirse con usted. ¿Me ha comprendido bien?

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Hay algo más, sí. Cuando se encuentre sola en su habitación, no se olvide de echar el doble cerrojo. Antes de abrir la puerta a alguien habrá de asegurarse perfectamente acerca de la identidad de su visitante.

Elizabeth suspiró.

—Ha de saber que cuando le pregunté qué íbamos a hacer ahora no me estaba refiriendo al papel que me ha asignado en esta comedia de capa y espada. Lo que quería averiguar era si usted había elaborado algún programa para celebrar el acontecimiento.

—¿Usted cree que un matrimonio como el nuestro merece ser celebrado como se celebran normalmente estos actos? —inquirió Chris con deliberada crueldad.

—Pues sí que lo creo —repuso Elizabeth sin el menor resentimiento—. Tal vez piense yo así porque no lo haya tomado todo tan lúgubremente como usted. O quizá se deba esto a que carezco de orgullo. Bueno, no importa. Lo que sí importa es que estamos casados, y que yo me siento como esposa, y muy feliz como tal.

—No está mostrándose muy sincera consigo misma, ¿eh?

—Está usted en un error. Me siento completamente sincera conmigo misma. De otro modo, me comportaría de la forma que al parecer ha estado esperando. Quiero decir que me mostraría embarazada, o cínica, o algo por el estilo. No, espere... —La muchacha dejó caer una mano sobre el brazo de él, queriendo impedir que hablara, fuese lo que fuese lo que se propusiera decir

—. Déjeme terminar, por favor. De lo contrario, no podré contener mis nervios ya y nunca lograré explicarme. Estoy muy enamorada de usted, de veras. Esto lo sabía ya, con seguridad. También estoy segura de que le preocupa que yo pueda sufrir algún daño en esta clase de trato unilateral. No tiene por qué preocuparse, pues estoy dispuesta de buen grado a correr los riesgos que sean necesarios. Es más, me alegro de aceptarlos.

—Entonces, hay que pensar que está loca. Los tratos unilaterales son ponzoñosos, créalo. Se lo dice alguien que aprendió esto por el camino de la dura experiencia.

—¿Cuándo?

—¿Y qué más da cuándo?

—Todo cambiaría para mí si tal cosa datara de la última semana. ¿Cuándo sucedió eso?

—¡Oh! ¡Demonios! Cuando yo era una figura deslumbrante en el circuito tenístico. Tras haber sido eliminado del mismo, la mujer de mis sueños ni siquiera se detuvo para decirme adiós al marcharse.

—¿Es algo que todavía le duele?

—Sólo cuando me río.

—¿Quiere decir que si la mujer de sus sueños volviera...?

—Ella tiene en la actualidad dos niños, disponiendo además de un jugador de la clase tres que mide más de dos metros de estatura y es quien se encarga de pasearlos en su yate por enfrente de Palm Beach.

—Pero, entonces...

—Olvidémosla —cortó Chris, secamente—. Atengámonos a nuestro negocio. Cerca del Columbus hay una papelería en la que puedo obtener fotocopias de la licencia matrimonial, mi certificado de nacimiento y los documentos relativos a mi adopción, para Warburton. Las haré llegar enseguida a sus manos, con objeto de que pueda regresar a Londres esta noche. He aquí otra cosa. ¿Ha hecho ya todas sus compras pensando en Londres? Londres no es Miami. Allí hace mucho frío.

—Lo sé. Ayer salí de compras en compañía de Hilary. —Bueno, pues yo he de adquirir todavía algunas cosas. La dejaré en cualquier sitio que quede dentro del camino hacia el Columbus. Usted puede tomar a continuación un taxi que la lleve a Cobia.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth—. Para encerrarme inmediatamente en mi habitación, supongo, ¿no? ¿Qué podría pasar si yo le siguiera de cerca mientras usted hace sus compras? Incluso podría ayudarle, con mis sugerencias.

—Correríamos el peligro de que fuera identificada como la señora de Monte por las personas que estén interesadas en saber a qué atenerse en tal sentido. La idea queda desechada. Hasta el lunes, por lo menos, cuando nos juntemos en el aeropuerto. Con ello dejamos zanjada la cuestión.

—Sí, señor —Elizabeth dedicó a Chris una mirada de soslayo cargada de malicia—. ¿Ha advertido ya que acaba de procurarse una buena esposa? —preguntó gravemente.



A juzgar por el aspecto de su habitación, Warburton se disponía a abandonarla. Eran solamente las doce del día. Su vuelo estaba fijado para las nueve de la noche, pero en la maleta que se encontraba abierta sobre la cama había acomodado ya casi todos sus efectos personales.

—He pensado que debía hacer un poco de turismo por aquí, hasta la hora de salida del avión —dijo a manera de explicación de aquello—. No he visto todavía sus famosas Everglades. He alquilado un coche con conductor para visitarlas.

«Por el hecho de que un blanco móvil siempre es más difícil de alcanzar que uno fijo», pensó Chris.

—¿Cree usted hallarse bajo vigilancia? —interrogó bruscamente.

Warburton se encogió de hombros.

—Sospecho que desde el momento en que salí de Londres. En ocasiones, me ha parecido ver en varios sitios distintos la misma cara. Al intentar cerciorarme de no estar equivocado, siempre que se me ha antojado tal cosa el rostro familiar se ha esfumado.

—¿Era el de Teodorescu?

—No. Su cara es demasiado peculiar para este tipo de trabajo. Es una cara la suya de rasgos sorprendentemente correctos; es una criatura típicamente continental. Por otro lado, él ha de sentirse más inclinado a permanecer tras los postigos y las cerraduras, con el fin de no perder de vista a Katia. Ninguno de ellos tiene motivos para confiar en el otro.

Chris se preguntó cómo debía exponer la cuestión que había deseado plantear. Finalmente, decidió que el mejor método era el directo.

Y dijo:

—El tiempo pasa y a ellos se les va acortando rápidamente el que necesitan para lograr su propósito. Cuanto más cerca se esté del plazo límite más probabilidades existen de que intenten emprender una acción peligrosa. ¿No sería una excelente medida de precaución obtener una fotocopia del testamento, tal como he hecho yo con mis papeles aquí? Si usted y yo disponemos de copias...

—Lo siento —la voz de Warburton se tornó de pronto tan fría como el hielo—. No hay ni que pensar en tal cosa.

—¿Por qué? A usted no puede preocuparle la idea de un eventual trato por mi parte con esos oponentes, ¿verdad? Yo quiero tanto como usted que Elizabeth se haga con su dinero.

—Indudablemente. Pero prefiero dejarlo todo como está.

Warburton era un antagonista demasiado cauteloso. Y también excesivamente evasivo, cuando Chris intentó escrutar sus ojos.

—Ya veo —manifestó Chris—. Teodorescu y Katia no son en este asunto las únicas personas animadas por una mutua desconfianza, ¿eh?

—Señor Monte: creo no haberle dado motivos para no tener una absoluta confianza en mi persona.

—De acuerdo. ¿Y qué piensa usted a su vez de mí?

Warburton se plantó ante Chris, mordiéndose un labio.

—Le hablaré con brutal franqueza —respondió por fin—. Acabo de tener una conversación con Joseph Prendergast que me ha dejado profundamente disgustado. Estuvo aquí por espacio de una hora. Se pasó la mayor parte del tiempo hablando mal de usted, denunciándole como granuja sin escrúpulos ni principios, que se halla animado muy probablemente por la idea de apoderarse del dinero de Elizabeth. Por añadidura, me ha acusado de haber sido yo quien le indujo a forjarse tal proyecto, si bien reconoce que obré inocentemente.

—Está loco. ¿No se habrá creído eso, eh?

—Digamos, señor Monte, que yo, ciertamente, no quiero creerlo.

—Pero, ¿qué pruebas razonables puede aportar en contra mía?

—Su misma historia personal en el curso de los últimos años. Se sintió muy contrariado cuando dispuse lo necesario para que usted y Elizabeth suscribieran sus respectivos testamentos, nombrándose herederos mutuamente. Ello le llevó a investigar su vida, y lo que resultó de tal paso parece haberle dejado completamente atemorizado.

—¿De qué se enteró mediante sus indagaciones?

—Supo, entre otras cosas, que estuvo usted jugando de una manera temeraria, habiéndose entregado también a la bebida.

—¿Dónde obtuvo la información?

—Los señores Barbeau y Bloom, de Cobia Spa, aunque a disgusto, fueron quienes se la proporcionaron. También le dijeron que a veces desaparece en su motocicleta para ir de un lado para otro durante semanas enteras, conviviendo con los personajes más tirados de varias ciudades que quedan lejos de Miami: tocadores de guitarra callejeros, tipos sucios, y demás. Tiene

usted una marca en lo que a arrestos por parte de la Policía se refiere, en San Francisco y Nueva York, por haber provocado alteraciones del orden público.

»Pero lo más grave de todo esto es que, según se cree, está usted estrechamente relacionado con Martin McClure, un reputado chantajista. Sus relaciones son, en efecto, tan estrechas que cuando este individuo necesitó sacarse del sombrero un conejo, como por arte de magia, hace varios meses, a fin de librarse de la acusación de asesinato que pesaba sobre él, usted resultó ser el conejo imprescindible. Joseph Prendergast se siente hombre plenamente responsable cuando piensa en la fortuna de Elizabeth. Estudie su historial desde el punto de vista de él y verá entonces si tiene o no motivos para sentirse atemorizado.

No venía a cuento descargar su ira sobre Warburton, comprendió Chris. Era Prendergast quien la había provocado.

—Supongo que lo que Prendergast deseaba era que usted rompiera el testamento suscrito por Elizabeth a mi favor —manifestó.

—Efectivamente —contestó Warburton—. Desde luego, le hice saber que no podía proceder así sin contar con el consentimiento de ella. Luego, resultó que había solicitado el mismo a la chica, la cual se lo negó.

—Entonces, ¿está informada la muchacha de todo? Me refiero a mi terrible historial...

—Sí. Y en vista de esto, Prendergast piensa que se ha dedicado a enamorar con perversas intenciones a Elizabeth, habiendo conseguido al final su propósito. Al llegar aquí, tengo que hacer punto y aparte. Después de todo, yo me encontraba presente cuando a él precisamente se le ocurrió la idea de que Elizabeth contrajera matrimonio con usted para hacer válida su demanda, su aspiración a la herencia Valentine. En cierto modo, sin embargo, el hecho de que fuese él quien lo señalara a usted como el candidato adecuado para el *mariage de raison*, empeora las cosas ahora. Prendergast es muy especial y si ve que ha incurrido en un error de juicio acabará por ser vengativo, no se limitará a dejarse atormentar por los remordimientos. En la actualidad tiene un buen motivo para estimar que ha cometido un error de juicio garrafal. Lo demás ya puede usted deducirlo.

—Esto quiere decir, ¿no?, que si a Elizabeth le sucediera algo se apresuraría a culparme a mí de ello...

—Fue muy explícito acerca de eso. Dijo con entera claridad que si a Elizabeth le pasara algo desagradable iría inmediatamente en busca de la Policía con su historial personal y la prueba de que tenía un «móvil» de un

millón de dólares para deshacerse de la joven. He utilizado sus mismas palabras.

—¿Le habló usted de Teodorescu y Katia Danska?

—Sí. No se sintió impresionado. Me imagino que lo único que le impresionaría de verdad es que usted convenciera a Elizabeth de que debería hacer pedazos su testamento. En tal caso, contaría únicamente con su promesa de obrar de buena fe, entregándole en su momento la cantidad estipulada por la celebración del casamiento.

—Lo siento, pero me noto demasiado solo en este asunto, al ver que soy el único que ha de demostrar que obra de buena fe.

—¿De veras? En ese caso —dijo Warburton, concretando—, en su lugar, yo procuraría asegurarme de que no iba a sucederle nada malo a Elizabeth. — El abogado examinó los documentos que Chris le había entregado, deseoso francamente de dar fin a aquella conversación—. Estos papeles parecen estar en orden. Su llegada a Londres ha sido fijada para el ocho, el martes por la mañana. Tendré un piso preparado para usted y Elizabeth, y me encontraré en la ciudad para recibirles en el aeropuerto. Hasta entonces...

Hasta entonces, pensó Chris mientras bajaba en el ascensor, Warburton no iba a desestimar las advertencias de Prendergast. Nunca sería el amigo de Christopher Monte ante un tribunal de justicia.

Y considerando que Frenchy Barbeau y Augie Bloom ya habían formulado testimonios en contra suya, todo parecía indicar que lo mejor sería para él no tener necesidad de unos amigos que tuviesen que declarar ante un juez.

Se pasó la mayor parte de la noche desmontando y limpiando su Harley-Davidson, pieza por pieza, sirviéndose cuatro pequeñas raciones bien medidas del coñac de McClure, para apreciar con claridad su trabajo. Pero entre lo tedioso de la tarea y la irritación que se apoderaba de él cada vez que se acordaba de Joseph Prendergast, aquellas raciones desaparecieron antes de tiempo. Se fue sirviendo otras cuatro, atacando después lo que quedaba en la botella. Cuando finalmente logró encaminarse a la cama, se desplomó sobre ésta antes de que pudiera desnudarse.

Un minuto después (esto se figuró él), fue sacado de su sueño por el timbre del teléfono, que sonaba en la cocina. A continuación, oyó los pasos de Dom, quien, descalzo, iba a atender la llamada. Hundió el rostro en la almohada para evitar que le diera en los ojos la luz reflejada de la otra habitación.

De pronto, notó que Dom lo cogía por los hombros, sacudiéndolo.

—Por lo que más quieras, Chris, despiértate de una vez. —¿Qué ocurre?

—¡Despiértate, hombre! Te llaman al teléfono. Es tu esposa. Se trata de la chica con la que te casaste ayer. ¿Es que no te acuerdas?

Chris rechazó la mano de Dom, logrando por último sentarse aturdidamente en el borde del lecho. En la oscuridad del cuarto, las manecillas fosforescentes del reloj despertador le permitieron ver que eran las dos. Avanzó trabajosamente hacia el teléfono.

—¿Elizabeth?

—¿Eres Chris? ¡Oh, Dios mío! ¡Cuanto me alegro de oír tu voz! ¿Te acuerdas de que tú querías que me sintiera espantada? Pues bien, ya lo estoy, de veras. Pienso ir en busca tuya ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Alguien estuvo aquí, en el cuarto, conmigo. No se encuentra aquí ya, pero lo visitó.

—¿Qué estuvo haciendo tu visitante? ¿Quién era?

—No lo vi, así que no sé quién era. Debía de encontrarse escondido aquí cuando me retiré a descansar, a eso de la medianoche. No pudo entrar después porque yo, nada más entrar, cerré la puerta con llave, echando el cerrojo, tal como tú me dijiste, y no hay ninguna escalera de salvamento frente a mi ventana. Hay en el cuarto un gran armario empotrado, cuya bombilla está

fundida. Dentro de él fue donde estuvo, es decir, junto a mí, mientras yo colgaba de las perchas mis prendas. Supongo que huyó en cuanto me quedé dormida.

—¿Se llevó algo?

—No. En cambio, dejó una cosa: un disco de gramófono. No lleva etiqueta alguna, de modo que ignoro su contenido. Iré a verte enseguida.

—Aguarda un momento...

Agradecido, vio que Dom, guiado por su experiencia, estaba vertiendo unos cubitos de hielo sobre una toalla. El frescor que notó en la nuca al serle aplicada ésta, junto con los hilillos de agua que resbalaban por su espina dorsal, atenuó la presión que sentía en la cabeza, despejando su cerebro. Había que comenzar las cosas por el principio. A la chica no le había ocurrido nada malo. Simplemente, se sentía, eso sí, asustada, es más: terriblemente espantada. Bueno, esto era lo que ella le acababa de decir. Guiándose por el tono de su voz, Chris no la había juzgado presa del pánico. ¿No sería todo aquello un truco, una treta para lograr pasar la noche de bodas al estilo tradicional?

—¡Chris! ¿Estás ahí, Chris? —La voz de la muchacha tenía ahora una inflexión de miedo—. ¡Chris!

—Estoy aquí, sí. Escucha... Quédate ahí. Me reuniré contigo inmediatamente. No hay nada...

—¡Ni hablar! Me quedaré en esta habitación sólo el tiempo que necesite para vestirme. Luego, me iré. En recepción haré que pidan un taxi para mí.

—¿Y tú crees que es correcto que una mujer como tú ande por ahí a estas horas de la noche? ¿No has llegado a pensar en Prendergast? Su cabaña queda cerca de ahí, en la misma zona. ¿No le llamaste?

—No se encuentra en su cabaña. Se fueron todos esta tarde, para hacer uno de esos cruceros de tres días de las Bahamas. Además, nunca le llamaría para una cosa como ésta. Se limitaría a contestarme...

La joven se interrumpió. Probablemente, se dio cuenta en aquellos instantes de lo que se disponía a decir.

—Sigue, sigue... ¿Qué es lo que te habría contestado? ¿Que soy yo quien está detrás del incidente? ¿Que es un ardid de que me he valido para inquietarte, uno más entre los que planeo llevar a la práctica para acabar contigo y quedarme yo con toda la herencia?

—¡Oh, por favor! Él no te conoce, eso es todo.

—¿Y tú sí?

—Sí. Por eso es por lo que pienso presentarme ahí en cuanto pueda.

Después de colgar, Chris vio que Dom lo observaba fríamente.

—¿Qué es lo que pasa?

Chris lo puso al corriente de lo sucedido.

—No parece tener mucho sentido la cosa, ¿verdad?

—Podiera ser que sí.

—¿Tú crees? De todos modos, si ella viene hacia aquí, yo me voy. Uno de mis condiscípulos me aceptará en su casa durante un par de días. Y no trates de disuadirme de mi propósito. En la luna de miel la única compañía que necesita uno es la de su mujer.

—No estoy planeando luna de miel alguna.

—Bueno, a mí se me antoja que ella sí la planea, por cuyo motivo me marchó de aquí, para regresar solamente cuando los dos estéis en el avión. Entretanto, vale más que hagas lo posible por mejorar tu aspecto. ¡Ah! Si papá hubiera llegado a sorprenderte alguna vez medio bebido y durmiendo en la cama sin antes haberte desnudado...

—Él habría enfocado este asunto de una manera más inteligente que tú. Lo único que vas a hacer, Dom, es instalarte en mi habitación. Elizabeth puede utilizar la tuya el resto de la noche, y mañana me la llevaré de nuevo a Cobia.

En el momento de detenerse el taxi ante la puerta de la casa, Chris acababa de ducharse y afeitarse. Embutido en su pijama, vistiendo su bata y calzando sus zapatillas ya estaba presentable. Al contemplarse en el espejo del cuarto de baño, sin embargo, pensó que sus ojos, hinchados y enrojecidos, revelaban indiscretamente cómo se sentía en realidad en aquellos instantes.

Él y Dom se encontraban en el porche cuando Elizabeth emergió del taxi.

Dom dio un expresivo codazo a Chris al ver que el conductor del vehículo abría el portaequipajes para sacar del mismo un par de voluminosas maletas.

—Todo hace pensar que llega aquí para quedarse —comentó—. Ya tenemos compañía.

—Más de la que tú piensas. Fíjate en ese coche de ahí abajo.

En la porción central de la manzana se estaba deteniendo en aquellos momentos un automóvil, para aparcar en doble fila. El haz luminoso de sus faros daba de lleno en el taxi. Luego, los faros se apagaron, pero nadie se apeó del coche. Se destacaba, amenazador, en la desierta calle, sugiriendo, sin que se supiera por qué, que estaba aguardando algo y listo para emprender una acción.

Elizabeth subió por los peldaños del porche.

—Ese coche... —dijo la joven, señalándolo—. El taxista cree que ha estado siguiéndonos.

—Ya —contestó Chris—. No te preocupes. Entra en casa y ponte cómoda.

La cogió del brazo al cruzar el umbral, dejando la entrada despejada para que Dom la siguiera con las maletas. Después, cerró la puerta tras ellos, manteniéndose quieto, a la expectativa, en las sombras del porche, sin apartar los ojos del vehículo parado en la zona central de la manzana. El taxi se alejó del lugar, pero el vehículo misterioso continuó inmóvil.

Era enervante aquella situación de acecho, de acecho mutuo, sin duda. Aquello venía a ser algo así como jugar al ratón y al gato. Chris sintió la tentación de acercarse al vehículo para averiguar quién se hallaba en su interior, pero tuvo enseguida el presentimiento de que tal paso podía ser demasiado peligroso. Por otra parte, se dijo, si cruzaba la calle y daba unos cuantos pasos hacia abajo, probablemente podría distinguir las letras y números de la matrícula a la luz de la farola pública.

No había hecho más que llegar al centro de la vía cuando el automóvil, de repente, se puso en marcha. El rumor de su motor se convirtió de súbito en un rugido. Los faros no habían vuelto a ser encendidos. Notó como si se precipitara sobre él una ruidosa masa de acero, un negro Thunderbird, advirtió cuando el coche se hallaba casi a punto de aplastarlo... Entonces, Chris emprendió una alocada huida, lanzándose finalmente con los brazos y las piernas extendidos sobre el capó de una «rubia» aparcada en las cercanías, con tal violencia que se quedó casi sin aliento. A continuación, giró sobre sí mismo a tiempo de ver los rojos pilotos del Thunderbird alejándose por la avenida Collins, perdiéndose seguidamente de vista.

Plantóse en la acera, donde se quedó como paralizado por unos momentos al considerar por qué pequeño margen había logrado salir indemne de aquel ataque. Se sentía furioso, por su estupidez. Había supuesto desde el principio que el conductor de aquel coche era un enemigo y que buscaba algo. No obstante, obrando como un idiota, se había adentrado en su camino. Podía considerarse afortunado al haber salido de aquella peligrosa escaramuza sólo con el familiar dolor de su rodilla dañada.

Sus zapatillas caseras se encontraban en el centro de la calle. Una de ellas había ido a parar a mucha distancia. Las recobró, calzándose las. Entró en la casa cojeando.

Elizabeth y Dom se hallaban en la cocina. El tocadiscos portátil había sido colocado ya sobre la mesa, y el chico estaba pasando la yema de su dedo



pulgar por la aguja, tanteándola.

—He oído arrancar un coche ruidosamente —dijo Dom a Chris—. ¿Era el que vimos afuera?

—Sí.

El gesto de Dom era de curiosidad.

—¿Es que pasó por encima de tu zapatilla?

Era fácil de apreciar bajo la lámpara de luz fluorescente de la cocina: en la zapatilla señalada había quedado impreso el dibujo de un neumático.

—Mi pie no estaba dentro de ella cuando sucedió eso —explicó Chris.

—Han intentado matarte —consideró Elizabeth, pensativa—. Esto es cierto, ¿eh? Y la culpa es mía. Yo no hubiera debido venir aquí jamás. Esto es exactamente lo que ellos deseaban que hiciera.

—Lo que ellos querían realmente era verte echar a andar por la calle. Lo que han hecho fue un sustitutivo de su objetivo principal. Por suerte para mí, porque si tú llegas a morir frente a esta casa tu amigo Prendergast se hubiera pasado el resto de su vida moviéndose para asegurarse de que a mí por ello me esperaba la silla eléctrica.

—Chris: ya le he explicado...

—Bueno, pero no has conseguido convencerlo de nada. En consecuencia, tú has de esforzarte en el futuro por no pescar un resfriado siquiera, y mucho menos aún te expondrás a ser atropellada, a que hagan fuego sobre ti o a ser blanco de cualquier acción susceptible de hacernos llegar a un desenlace fatal. Ahora, ocupémonos del disco que te dejó el misterioso visitante —sugirió Chris para acabar bruscamente con los gestos de protesta de la joven.

Elizabeth puso en sus manos un pequeño disco de 45 revoluciones, carente de etiqueta. Sólo aparecía grabada una reducida franja en una de las caras.

—¿Dónde lo dejó el hombre? —inquirió Chris.

—Encima de mi cama. Fue lo primero que vi al despertarme la luz del televisor.

—¿Te dejaste el televisor encendido?

—No. Debió de encenderlo el desconocido poco antes de marcharse, dando por seguro que la claridad me despertaría.

—¿Recurriste a los regentes del hotel? ¿Les pediste que te enviaran al hombre que se ocupa de la seguridad del establecimiento?

—Sólo pensé en llamarte a ti. Te ruego que no seas así, Chris... ¿Es que piensas que he estado exagerándolo todo?

—No. Lo que ocurre es que me siento extrañado de que te hayan dejado viva para contarlo. Quienquiera que fuese el que estaba en tu habitación, pudo haberse desembarazado de ti en cualquier momento. Sin embargo, todo lo que hizo fue tomarse muchas molestias sin otro fin que el de dejarte un disco. ¡Diablos! Tal vez en él esté la respuesta.

Lo colocó en la platina, ajustando la aguja al primer surco. Esperaba oír una voz dando cuenta de algún mensaje. Lo que oyó fueron los primeros sonos de la *Marcha Nupcial* de Mendelssohn. La ejecución, por un piano, no era demasiado buena. Luego, de pronto, sorprendentemente, las notas fueron interrumpidas por una fuerte explosión: un disparo de arma de fuego. Ya sólo se oyó el leve siseo de la aguja sobre unos surcos mudos.

—¿Eso es todo? —preguntó Elizabeth, desconcertada.

—¡Diablos! —exclamó Dom—. A modo de final se ha oído un disparo. O una explosión preparada para que pareciera eso. En nuestros días hay que mantenerse atentos a los simbolismos.

Volvió a colocar la aguja sobre el disco. Era inconfundible la melodía. *Dum da di-da. Dum da di-da. Dum da di-da da...* Chris estaba preparado para oír lo que siguió instantáneamente. No obstante, el ruido de aquella arma tuvo para él una especie de enfermizo impacto.

Dom paró el tocadiscos.

—Este disco no figurará nunca a la cabeza de los *hits parade* —comentó burlonamente.

—¿Sabes tú de algún sitio de las intermediaciones donde pudieran grabar un disco así? —preguntó Chris.

—Hay un par de establecimientos. Uno de ellos está en Beach, y el otro queda en Miami, en la calle Flagler.

—Pues entonces hazme un favor. Llámalos el lunes y pregunta si saben algo sobre el particular. No los visites. Limítate a llamarlos.

—Naturalmente. Así evitaré que las ruedas de los coches me pasen por encima de los pies.

—Pero, bueno, ¿qué significa esto? —preguntó Elizabeth—. ¿Qué sentido tiene hacer una cosa así?

Chris contestó:

—Pienso que alguien intenta darle a entender que esto de contraer matrimonio puede ser peligroso. Y el coche que la siguió puso de relieve la misma idea, sólo que de una manera más ruidosa y clara.

—Entonces, ¿es que esa gente no sabe que nos casamos ayer?

—Ellos lo sabrán con toda seguridad el lunes, cuando el juez de paz archive el certificado.

—Lo de saberlo con seguridad es cosa que no parece preocuparles demasiado —objetó Elizabeth.

—En efecto. Pero todo esto revela con claridad una cosa ahora. Indudablemente, nuestros adversarios saben con exactitud qué fue lo que el chiflado de nuestro amigo Valentine hizo figurar en su testamento. ¿Y era un chiflado, realmente? ¿Y si todo queda reducido a que odiaba a tu padre? Esto es lo que induce a pensar la forma en que van desarrollándose las cosas, a causa del célebre testamento.

Elizabeth movió la cabeza, dubitativa.

—Nunca supe de nadie que odiara a mi padre.

—¿Qué me dices de Hilary?

—Hilary menos que nadie. Ella le profesó el más fuerte de los cariños.

—Bien, bien —repuso Chris—. Vivir para ver.

Los acontecimientos de la noche, comprendió de repente, habían supuesto una carga excesiva para él. Rápidamente, su cuerpo se convertía en una maciza masa que acumulaba dolores; la cabeza le pesaba como si hubiera sido de plomo. Cuando Dom les propuso hacer un poco de café, advirtió que no se le ofrecía más salida que la de encaminarse directamente a la cama enseguida si no quería quedarse dormido en la mesa. Por tanto, se fue hacia el lecho sin formular excusa alguna, dejando a su esposa y a su hermano batallando con la cafetera. Recordando que Dom no abrigaba ninguna simpatía por la joven, sintióse inquieto ante la idea de dejarlos solos, pero esta inquietud no era nada en comparación con la angustiosa necesidad que experimentó de pronto de entregarse al sueño.

Se despertó lentamente, con profundo disgusto, experimentando la sensación de que estaba ahogándose y exponiéndose a morir. Y aunque no podía, al parecer, llegar a entreabrir los párpados, percibió la pálida luz de la lámpara brillando sobre ellos. Esto significaba que Dom, en un arrebato de seriedad, puesto que ahora había una compañía femenina en la casa, cerró la puerta tras él al salir del dormitorio, empeorando la ventilación del cuarto. Y también quería decir que se había propuesto, quizá, pasar el resto de la noche entregado a la lectura.

Chris abrió un ojo, descubriendo entonces a unos centímetros de distancia las finísimas venas, la lechosa blancura de un turgente, de un redondo seno femenino.

Ahora abrió los dos ojos. Elizabeth, con las gafas puestas, y nada más encima, estaba tendida junto a él. Sobre su desnudo vientre descansaba un libro de grandes dimensiones. Esto constituía una sorpresa. Una sorpresa tan grande como la derivada de la contemplación de su bien torneado busto, de la redondez de sus caderas, que hasta el momento no se había detenido a considerar. Su forma de vestir, indudablemente, acentuaba una línea muchachil en su cuerpo. Pero ahora nada había en lo que contemplaba que la hiciera recordar.

Intentó hablar, mas de su garganta sólo salieron unos cuantos sonidos inexpresivos.

Elizabeth se volvió a un lado para mirarlo.

—¿Qué? —inquirió plácidamente.

—¿Qué hora es?

—Las seis, casi. —Al incorporarse en el lecho ella, Chris pudo apreciar que sus cabellos, sueltos, le llegaban casi hasta la cintura—. ¿Te encuentras bien? Todo parecía indicar que sufrías una pesadilla tras otra.

—No me acuerdo de nada. ¿No protestó Dom cuando tú te acostaste aquí?

—No. Y me entregó esto para que me entretuviera.

Le mostró el libro grande, y entonces él vio que se trataba del álbum de los recortes periodísticos, que Dom había ido coleccionando fielmente durante su época de grandes triunfos en el tenis. A pesar del tiempo transcurrido, de vez en cuando, al escribir algún comentarista sobre la historia de aquel deporte, solía aludir a Chris Monte, y su hermano se apresuraba a hacerse con el recorte para pegarlo en el álbum. Cierta día, Chris había dicho a Dom que nada más ver el álbum en cuestión se ponía enfermo. Inmediatamente, éste se perdió de vista. Ahora volvía a verlo por primera vez desde aquel hecho.

Se incorporó, teniendo que hacer un gran esfuerzo para ello. A consecuencia de haberse derrumbado tan aparatosamente sobre el capó de la «rubia» estacionada en la calle, le dolían todas las costillas. Cogió el álbum que le alargaba Elizabeth y lo arrojó al suelo. Ella no formuló ninguna protesta. Era desconcertante su actitud. Limitábase a estar quieta, mirándole con fijeza.

—Hace mucho tiempo le dije a Dom que se desembarazara de esto —manifestó Chris.

—Lo sé. Junto con los trofeos tenísticos tuyos que ha ido guardando en su armario.

—¡Vaya, hombre! Se ve que los dos os lleváis bien, ¿eh?

—¿Por qué no? Después de todo, cuando los familiares se reúnen...

—Elizabeth, querida, ¿quieres escucharme con atención? Si te empeñas en hacer algo serio de este enlace matrimonial, realizado con unos fines concretos, lo único que puedes conseguir es acumular bastantes pesadumbres.

—Chris, querido —contestó la joven en el mismo tono—: si sigues compadeciéndote a ti mismo sólo lograrás incrementar tus pesares.

Chris se sintió muy afectado por estas palabras.

—¿Y tú qué diablos sabes acerca de mis cosas? —inquirió.

—Creo tener una idea muy aproximada de ellas. Y lo que no sabía me lo ha dicho ahora Dom. No tienes por qué enfadarte con el chico por ello, Chris. Dom no se siente feliz porque ve que tú tampoco lo eres. Y sabe el por qué. Tarde o temprano, tenía que confesárselo todo a una persona capaz de comprenderle, a su juicio.

—¿Por qué había de confiarse a ti? Hace unas horas nada más te suponía un ser desaprensivo por causa de la propuesta de matrimonio.

—Sí. Me lo hizo saber, para empezar. Todo cambió una vez comprendió la clase de sentimientos que tú me inspirabas.

—¿Incluso después de haber diagnosticado tú que yo era un caso agudo de auto-compasión?

—Sí —contestó Elizabeth, desafiante—. Le repugnaba oírme decir eso, tanto como puede repugnarte a ti, pero tuvo que admitir que era la verdad. ¿Quién se atrevería a obrar de otro modo si se sentía honestamente asustado por lo que te estabas haciendo a ti mismo?

—Yo, por citar a uno, cariño. Bueno, y ahora, ¿por qué no te largas de aquí y terminas de leer mi historia clínica sobre el diván del cuarto de estar?

—Chris, no me hables así. ¿Tú crees que podría mostrarme tan sincera contigo si no te amara? Intento ayudarte para corresponder a lo que hiciste conmigo.

—¿Una tarea de reparación sobre un espíritu doliente? Lo siento. Esto no ha quedado nunca dentro de mi línea de actuación.

—No es cierto, Chris. ¿Es que no te acuerdas de la mañana en que estuvimos en la pista de tenis, enseñándome tú la forma en que debía tratar las medias voleas? Tú hiciste un auténtico trabajo de reparación en mí entonces. Quiero decir que operaste sobre mi doliente espíritu, sí.

—¿De qué manera?

—Me dijiste que tenía que dejar de mostrarme humilde, condenadamente humilde. Te hubiera matado en aquellos instantes; tus palabras parecían injustas, y, sobre todo, ¡me dolieron tanto! Pero al pensar detenidamente en

aquello llegué a la conclusión de que tenías razón. Seguro que existía una razón para que fuera así —yo siempre he sido la pobre, encontrándome con quien me encontrara— pero esto no justificaba todavía que me transformara en una especie de Urias Heep. Y a esto era a lo que apuntaba, porque mi humildad no fue nunca auténtica, de naturaleza santa. Era una cosa falsa. En el fondo de mi corazón y desde la niñez, yo me sabía tan buena como cualquier otra persona, o mejor incluso. Pero era un ser cobarde. Me rebajaba sólo para gustar a la gente.

»El hecho de entrar en posesión de una gran suma de dinero no alteró tal estado de cosas. Y creo que no hubiera habido nada capaz de producir esa alteración, de no haberme dicho tú lo que me dijiste. Tú lograste que me sintiera brutalmente honesta conmigo misma por vez primera. Por esto, después, aun sabiendo cuánto le debo al señor Prendergast, he podido plantarme ante él, por primera vez también. Y he hecho frente asimismo a Hilary, por primera vez igualmente, cuando intentaba influir en mí para que adquiriera unas prendas de vestir que ella jamás pensaría en incorporar a su *trousseau*...

—Ésa no es la palabra correcta —objetó Chris.

—*Trousseau* —insistió Elizabeth, tercamente—. Y lo que es más importante: te estoy haciendo cara a ti ahora. Me siento espantada, pero es igual, lo hago.

Chris aplicó la palma de una mano a su frente, oprimiendo la misma con fuerza.

—Frankenstein —dijo—: he aquí lo que soy yo. Aquí tengo a la agradable señorita Jones, a la que estaba enseñando a jugar al tenis, a darle bien a la pelota... De pronto, accidentalmente, alguien hizo circular una corriente eléctrica y... véase qué es lo que tengo ahora en mis manos.

—Por favor, no bromees, Chris. Antes que esto, prefiero verte enfadado conmigo.

—Bueno, pues entonces me pondré serio. Voy a contarte algo sobre mí que debes conocer. El año pasado me trasladé a la Costa, a San Francisco, en la motocicleta. Al llegar a la línea fronteriza de Texas, di con todo un club de motoristas que viajaban en la misma dirección. No se trataba precisamente de una especie de «Angeles del Infierno», sino, simplemente, de una docena de muchachos, más o menos, a algunos de los cuales acompañaban sus chicas, en plan de efectuar un gran desplazamiento. Viajé con ellos a lo largo de todo el camino, hasta la Costa, donde el grupo se dirigió a Los Ángeles, yéndome yo hacia el norte, a San Francisco. Pese a la larga distancia que recorrimos

juntos, ellos no me preguntaron nada, ni yo les di la menor explicación. Me mantuve en medio de los motoristas, deteniéndome donde se detuvieron para comer o dormir, pero siempre sin pronunciar una sola palabra. Así era cómo deseaba yo que se deslizase nuestra relación, y mis compañeros de ruta fueron suficientemente sensibles como para entenderlo.

—Pero, ¿con qué fin querías estar con ellos si era eso lo que pretendías?

—Porque corrían mucho no sé por qué, y en un largo viaje uno llega a sentirse muy solo si no ve a alguien a su alrededor. Pero esto es todo lo que necesitas en tales casos: ver gente en torno a ti. No hay por qué inmiscuirse en las vidas de los otros, ni por qué invitarlos a inmiscuirse en la propia. Y esto es lo que a mí me gusta.

—Estás muy equivocado, Chris, terriblemente equivocado, total, peligrosamente equivocado. Tratas de ser un solitario porque te imaginas que eres un fracasado. Estás en un error, sin embargo. Son muchas las cosas que posees todavía. No es que parezcas fuerte, capaz de emprender algo. Es que realmente eres así. Mira: por espacio de dos semanas te he visto llevar el negocio de Frenchy en Cobia. Lo has estado abarcando en su totalidad, incluido el papeleo. Si tú te hallases alguna vez al frente de una empresa semejante...

—Ya. Y contigo al lado, ¿eh?

—¿Por qué no? —preguntó Elizabeth, gravemente—. Puede ser que la cosa te agradara mucho más de lo que te imaginas. De todas maneras, no tienes que ir muy lejos para averiguarlo.

La invitación no dejaba lugar a dudas. Y estudiándola con una atención y detenimiento casi insultantes, Chris tuvo que admitir que la chica venía a ser una seductora tentación. La tenía a su lado, sentada en la cama, ofreciéndosele con toda sencillez, con las gafas puestas aún. Y tuvo la impresión de que las gafas prestaban un toque picante a su imagen.

—Te expones mucho, ¿no? —inquirió Chris.

—No soy virgen, si es a esto a lo que quieres aludir. Viví tan sólo una pequeña aventura, pero ésta sirvió para que aprendiera algunas cosas acerca de mí misma que me alegré de conocer.

—¿Por ejemplo?

—Soy una mujer carente por completo de inhibiciones y sumamente divertida en la cama.

—¿Y qué más tienes que decirme?

—Que hago desaparecer las gafas si tú lo prefieres así.

Chris se maravilló al pensar en la forma en que Elizabeth, temporalmente al menos, había ido suprimiendo todas sus rutas de escape. Y se compadeció de ella por lo mal que la había juzgado.

—Será mejor que te quites las gafas —dijo el joven.



Al salir del dormitorio, a última hora de la mañana, Chris cerró la puerta cuidadosamente tras él, llevándose consigo el álbum de los recortes periodísticos. De pie ante el fogón, a la espera de que la cafetera comenzase a dejar oír el ruido característico que le haría retirarla del fuego, descubrió que era capaz de pasear la mirada por los amarillos recortes de prensa —homenajes personales, fotografías suyas en el momento de recoger trofeos, escenas en que aparecía estrechando la mano, sobre la red, a un jugador derrotado— sin sentir el menor remordimiento.

La puerta que daba al porche se abrió con un chirrido, cerrándose luego ruidosamente, y Dom entró en la cocina, portador en una mano de una bolsa llena de artículos comestibles y llevando en la otra la edición dominguera del *Herald* de Miami. Colocó la bolsa y el periódico sobre la mesa.

—Aquí hay panecillos y otras cosas de las que a Beth le gustan para desayunar —anunció el chico.

—Gracias.

—¿Duerme todavía?

—Sí.

Dom se quedó plantado ante su hermano, sumido en un embarazoso silencio.

—¿Te ha hablado de la conversación que tuvimos anoche? —preguntó por fin Dom.

—Sí.

—¿Estás enfadado por ello?

—Digamos que me siento confuso. Me figuré que no te caía bien.

—Me equivoqué, Chris. La verdad es que me parece toda una mujer.

—Cuando tú cambias de bando lo haces a lo grande, ¿eh?

—No intentes mostrarte tan testarudo. Elizabeth es toda una mujer, la suya es una postura muy equilibrada y, además, está loca por ti. Sabe, por otro lado, comunicarse con el prójimo. Con ella hay una comunicación real porque no tiene nada de rígida, ni de convencional. ¿Cuántas veces se le depara a un hombre la oportunidad de expresarse con entera franqueza con una mujer?

—Casi nunca. Mientras estuviste fuera, ¿llegaste a ver a alguien que te llamara la atención vagando por los alrededores?

—No. ¿Tú te das cuenta, Chris, de lo que pienso acerca de ti y Elizabeth?

—Sí.

—¿Y estás de acuerdo conmigo?

—No estoy seguro de ello todavía. Serás el primero en tener noticia de ello cuando sepa a qué atenerme. Entretanto, puedes guardar esto entre tus recuerdos. —Chris entregó a su hermano el libro de los recortes periodísticos—. ¿No es hora ya de que te vayas al trabajo?

Durante los fines de semana, Dom trabajaba en el restaurante, en los turnos del almuerzo y la cena.

—Me marcho enseguida —replicó, irritado—. ¡Demonios! Hablando contigo me figuro que vuelvo a estar discutiendo con papá. El muro de hormigón tradicional... Sin embargo, dame una buena razón para...

—Vas a llegar tarde al trabajo, muchacho.

Después de haber salido de allí bruscamente, cuando ya se encontraba solo junto a la mesa, con una taza de café al lado y un cigarrillo entre los dedos, se arrepintió un tanto de haber sido tan duro con el chico. Pero tenía que ser así. Ya era bastante irritante que Dom, al igual que cualquier universitario, con sus elevadas miras clásicas, estuviera seguro de que en materia de política o libros, por ejemplo, se hallaba en posesión de todas las respuestas. Y todo parecía resultar aún más enervante cuando Elizabeth figuraba como tema de discusión.

Bueno, ahora que caía en la cuenta: nada de Elizabeth, sino Beth.

Ella le había dicho a Dom que la llamara así, según la joven le había contado en el transcurso de su intercambio amoroso. Ayer había sido la pobre Elizabeth. Ahora era la rica Beth. ¿Y qué era lo que había previsto la pobre Elizabeth para el futuro cuando le formulara la oferta de casamiento? ¿Hasta qué punto había planeado moldear aquello a su gusto? Y en el caso de que ella le hubiera dicho desde el principio que en el trato quedaban incluidos los servicios de un semental, ¿se habría avenido él a sus deseos, aun habiendo por en medio cincuenta mil dólares?

No. No hubiera podido, ni habría querido. Hubiera sido difícil obtener tal cosa de una persona como él...

En consecuencia, atando todos los cabos, se veía que la pobre Elizabeth se hallaba en posesión de un misterioso talento a la hora de lograr que las cosas se acomodaran a sus propósitos. Todo había empezado antes incluso de que Chris Monte entrara en su vida. Cuando se hallaba desesperadamente necesitada de dinero, surgió de repente aquel hombre brusco y terco de Nueva Inglaterra, Joseph Prendergast, que lo hizo todo por ella, hasta adoptarla. Y este individuo, además, le abonaba mil dólares mensualmente para que

podiera estar debidamente atendida aquella madre enferma de la que la joven no hablaba nunca. Pero bastaba con echar un vistazo a Prendergast para descubrir que no era precisamente el hombre que iba por el mundo adoptando niñas víctimas de la pobreza y dejándose guiar por la bondad de su corazón.

Entonces, ¿cuál era su móvil?

¿Sería posible que hubiese descubierto o presentido, de una manera u otra, a la lujuriosa Beth oculta bajo la relamida Elizabeth? La noche anterior había reconocido haber vivido una aventura amorosa. ¿Era eso lo que esperaba Prendergast a cambio de su inversión?

Chris dejó su taza con todo cuidado sobre la mesa. Muy parsimoniosamente, aplastó lo que quedaba de su cigarrillo en el platillo. La brasa de la colilla llegó a quemarle la yema del dedo, pero apenas pareció sentirlo.

¿Su esposa y Prendergast? Imposible. Lo malo era que sólo así quedaba perfectamente explicada su relación. Sólo así se explicaba uno el aire salvajemente posesivo del hombre y la suave aceptación de la muchacha.

Sonó el timbre de la puerta. Volvió a sonar con fuerza, insistentemente, sacándole de pronto de sus reflexiones. Al abrir la puerta, Chris vio a un policía uniformado. Frente a la casa había aparcado un coche policíaco, del servicio de patrullas. Se acordó de aquel día del mes de enero en que le obligaron a meterse en el vehículo, a fin de interrogarle acerca de la muerte de Zucker. Se hallaba delante de él el mismo policía de entonces, Frank House, que había sido uno de sus condiscípulos en los años del colegio.

Era evidente que a House no le importaba humillar a Chris Monte, el nombre más conocido en Miami Beach High en cierto tiempo, el chico a quien se le habían dado permisos en mitad del curso para jugar en torneos que se celebraban en Nueva York, Londres o París, el chaval rubio que era entrevistado constantemente por los presentadores de la televisión, de quien se escribían artículos a diario en los periódicos.

—Me envía el teniente Greenberger, Chris —dijo House, muy satisfecho—. Desea charlar un rato contigo.

—¡Caramba! Zucker murió hace tres meses. Pero, ¿es que Greenberger no tiene otra cosa en que pensar?

—Lo ignoro —replicó House, sonriendo—. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

Lo cual significaba, pensó Chris con amargura, que se trataba del asunto Zucker de nuevo, y que la acción de importunarle por su intervención al facilitar a Marty McClure una coartada que lo libraba de toda acusación por la

muerte de Zucker iba a surgir en su vida con la regularidad de un dividendo trimestral.

Dejó escrita una nota para Beth sobre la mesa de la cocina. *Quédate aquí. Regresaré pronto.* Después, salió en compañía de House, casi bendiciendo la oportunidad que se le deparaba quizá de dejar zanjada aquella cuestión con Greenberger de una vez y para siempre. Ésta iba a ser la última de las impertinencias de que había sido víctima. Sería claro y terminante. De aquí en adelante tendrían que dejarlo en paz.

Greenberger era un individuo de cabellos grises, corpulento, y un buen detective, que había tenido que ver con la mayor parte de los grandes robos de joyas perpetrados en la zona, los cuales constituían un mal endémico en Miami Beach. Era también un refinado diplomático cuando tenía que tratar con los explotadores de los hoteles de lujo y edificios de muchos pisos, quienes, en el ambiente democrático de Miami Beach, eran entre sí un poco más iguales que los miembros de otras colectividades de la zona.

En lo tocante a Chris Monte, sin embargo, optó por despojarse de sus guantes de diplomático.

Cerró la puerta de un fuerte golpe, señalando al joven la silla situada delante de su mesa de trabajo.

—Siéntese —dijo secamente a Chris.

Él se acomodó sobre el borde de la mesa. Estaba en mangas de camisa y parecía sentirse irritado y dominado por el cansancio.

—¿Conoce la noticia ya? ¿Le contó algo House? —añadió.

—No.

—Bien. Voy a ser yo quien se la dé. Marty McClure fue asesinado anoche. Fue atropellado por un coche, concretamente. Apareció muerto en una calle situada frente a la Vía Española, hace un par de horas. — Greenberger clavó la mirada en Chris—. Ya veo que no sabía usted nada. ¿Le gustaría echar un trago?

—Sí —respondió Chris.

El whisky de Greenberger era de los baratos y de mal sabor, pero le agradó aquella especie de sacudida que le produjo. El licor no había sido ofrecido por pura amabilidad. Chris estaba seguro de ello. El detective se lo había dado para estimularlo, con vistas a lo que llevaba entre manos. Al joven le habría gustado otro trago, para reforzar el primero, pero Greenberger no repitió su ofrecimiento. Cuidadosamente, guardó la botella en uno de los cajones de la mesa, arrojando el vaso de papel ya vacío a la papelería.

—¿Se siente mejor? —inquirió.

—Sí.

Pero era difícil hacerse a la idea de que McClure había muerto. Había sido un hombre demasiado duro para que cualquiera hubiese podido quitárselo de encima sin más. Resultaba excesivamente fuerte y poderoso aquel pelirrojo para poder imaginárselo uno sin vida, tirado en cualquier calle.

—Muy bien —dijo Greenberger—. Vayamos al grano. Hemos podido averiguar que usted tiene una buena idea en cuanto a la identidad del asesino.

—Pues están en un error. ¿Y qué es lo que les hace estar tan seguros de que se trata de un crimen? Cualquiera persona puede morir así, atropellado por un coche que se da luego a la huida.

—La verdad es que no suele ocurrirles eso a las personas que luego son halladas atadas de pies y manos. Ha sido un crimen, y como tal ha sido presentado porque representa el ajuste de cuentas por la muerte de Zucker. Lo que yo quiero que usted me diga es quién se figuraba el hombre que podía vengarse de este modo. Puesto que usted era un camarada más para él...

—¡Un camarada!

—No haga tantos aspavientos, Monte. Me consta de fuente segura que les unía una buena relación. McClure no solía pedir a nadie que subiera a su habitación a las cuatro de la madrugada para charlar en privado con su visitante. Tampoco se hubiera dirigido a ningún desconocido para pedirle que le facilitara una coartada cuando se cargó a Zucker. Está bien, olvidemos lo de la coartada. Dígame, al menos, quién se imaginaba McClure que podía ser el número uno en un probable intento de que lo eliminaran. Con esto, nosotros dos habremos quedado en paz.

—Teniente: McClure jugaba al tenis de la misma forma que otras gentes, de las que vienen por aquí, se dedican a practicar el golf. Por tal motivo, de lo que nosotros hablábamos exclusivamente era de tenis. Por cierto que no entendía mucho de esto, dicho sea de paso.

—Pero sabía que a algunos hombres hay que pagarles sus favores, ¿no? Y él los pagaba de una forma espléndida.

—¿Está usted aludiendo a los cien dólares que me regaló por jugar al tenis con él aquella noche?

—¿Cien dólares tan sólo? —preguntó Greenberger, suavemente—. ¿Qué le parece? ¿Y disponiendo únicamente de un miserable centenar de dólares se propone casarse y llevar a su mujercita a Europa? Esto es lo que yo llamo un *tour* auténticamente económico, Monte.

Por tanto, los policías de Naples habían informado a los de allí de la existencia de los pasajes aéreos y del cheque de Prendergast. Chris

comprendió que la cosa estaba en no aludir para nada en el curso de la conversación a la herencia Valentine, evitando al mismo tiempo no complicar su situación personal. De sincerarse con Greenberger existía la posibilidad de que éste fuese reservado, guardando para sí la información sobre toda aquella historia, pero había muchas probabilidades más de que refiriera ésta a todo el mundo si con ese proceder salía ganando. Desde luego, haría esto último, en efecto...

—Déjese de rodeos de una vez, Monte —manifestó Greenberger—. Ese Prendergast que paga, supuestamente, sus pasajes para Europa, es la tapadera de McClure, ¿no? Él le daba el dinero de McClure, ya que éste era demasiado listo para firmar cheques. ¿Es ésta la verdad?

—Mire, teniente: si usted conociera a Prendergast...

—Bien. Hábleme entonces de él.

—Claro que lo haré. Es un tipo de Boston, un hombre envarado donde los haya, como el que más. Está pasando una temporada en Cobia con su familia.

—¿Y qué es él para usted? ¿Cómo es que se muestra tan dispuesto a cederle casi doscientos dólares, sólo con objeto de que lo pueda pasar bien?

Chris se dispuso a hablar. Pero optó enseguida por guardar silencio.

—Supongo que tendré que hacerle esa pregunta al propio Prendergast —determinó Greenberger, inexorable—. ¿Dónde podría encontrarlo?

—No lo encontrará ahora. Está haciendo un crucero por las Bahamas.

—Sí, eso es lo que me dijeron en Cobia. Pero la información era errónea. Su esposa y su hija figuran en la lista de pasajeros redactada por la compañía armadora del vapor, pero él canceló su pasaje en el último momento. Un asunto de negocios de carácter urgente, alegó. En estos instantes, nadie conoce su paradero.

—¿Entonces?

—Entonces nos encontramos con esta situación: eliminado McClure, este Prendergast desaparece, se pierde en la nada, y usted actúa con celeridad para largarse cuanto antes a Europa, utilizando unos pasajes aéreos que él le sacó hace una semana, casi. Esto significa que los dos tuvieron la corazonada de que McClure iba a ser quitado de en medio. Usted está aquí para contarme todo lo que hay sobre el asunto.

—¡Santo Dios! —exclamó Chris, cansado.

Greenberger se apartó de la mesa, dirigiéndose a la ventana del despacho. Permaneció quieto, mirando afuera, y al girar después en redondo Chris vio que su rostro se había oscurecido, a causa del odio que sentía en aquellos momentos, que no se molestaba en ocultar.

—Voy a decirle a usted algo, Monte. En esta ciudad hay algunos delincuentes de altos vuelos. Los ha habido siempre. ¡Cielos! Si yo recuerdo haber visto de niño al propio Al Capone, pescando tranquilamente en la bahía, e su casa... Pero hay una cosa en la que todos están de acuerdo. Aquí, en este lado de la bahía, no tiene que haber nunca ninguna muerte por homicidio. Me refiero a Miami Beach, ¿comprende? De haberlo querido ellos, Miami Beach hubiera podido volver a ser un trozo de selva dominado por los caimanes.

»¿Qué es lo que ha pasado ahora? Pues que su camarada McClure mató a Zucker, y ahora alguien de la pandilla de Zucker se ha cargado a McClure, lo cual revela que está en marcha un auténtico propósito de venganza. ¿Quién es el siguiente en la lista, entonces? Usted, Monte, porque usted fue quien facilitó a McClure la coartada que le permitió librarse de la acusación de asesinato. Todo se habría saldado bien de haber detenido yo a McClure por homicidio, ya que la gente de Zucker se habría dado por satisfecha con ello, pero se cruzó usted en mi camino, y en el de ellos también. ¿Sabe qué vale en estos momentos su vida? Debe de saberlo perfectamente, ya que de lo contrario no se esforzaría por salir del país con tanta rapidez.

»No obstante, téngalo presente, Monte: antes o después volverá, y esa pandilla estará esperándole. Éste es el punto que deseo poner de relieve: si usted me ayuda a detener al asesino de McClure, yo le garantizaré personalmente su seguridad. De otro modo, queda levantada la veda por lo que a mí respecta.

Chris pensó que quizá se tenía todo esto merecido. Una hora antes, Dom había dicho que hablar con él era como hablar con un muro de hormigón. Ahora, enfrentado con la férrea incredulidad de Greenberger, estaba comprobando personalmente qué significaba con toda claridad aquello.

Respondió, impasible:

—Si usted ha dicho cuanto tenía que decir, teniente, podré irme ya, ¿no? Todavía no he leído las tiras de la historieta del domingo. Ni siquiera la de Dick Tracy.

Greenberger le miró con ojos centelleantes.

—Está bien, Monte. Váyase a casa y léalas. Pero tómeselo con calma, ya que quiero que continúe en la ciudad hasta que le diga otra cosa. Esto significa, de momento, que puede recuperar el dinero que han costado los pasajes aéreos. Y cuídese. Recuerde que hasta que se ponga a bien conmigo es usted una especie de blanco móvil.

—No lo olvidaré —contestó Chris.

En el mes de enero, cuando fue llevado a la comisaría de Policía, había sido designado Frank House para trasladarlo a su casa, tras el interrogatorio. Esta vez, como para demostrarle que la Policía lo consideraba menos aún que antes, no vio ningún coche aguardándole, de modo que tomó un taxi, preguntándose por el camino cómo se las iba a arreglar para subir al avión que había de conducirlo a Londres si la Policía deseaba impedirselo. Una nota suya dirigida al servicio de aduanas y de inmigración del aeropuerto era cuanto se requeriría por parte de ella para inmovilizarlo.

Buscando la respuesta a aquella pregunta, vio que todo se le complicaba al caer en la cuenta de otra cuestión que iba tomando cuerpo en su mente. En estos instantes, más que nunca, parecía terriblemente importante saber con exactitud qué era lo que había sido su flamante esposa para el repentinamente desaparecido Joseph Prendergast.

Finalmente, decidió que nadie mejor que ella para aclarar este asunto, de forma directa.

Entró en la casa, viendo entonces que era ya demasiado tarde para hacerle aquella pregunta.

Su esposa se había ido, llevándose consigo sus efectos personales.



Vivió un par de minutos de miedo, de pánico, casi, al ir de una habitación a otra en su busca, dando sucesivos portazos. No podía tranquilizarle el hecho de que su equipaje no estuviese allí tampoco. Esto no probaba decisivamente que ella no hubiese sido sorprendida en la vivienda y sacada de allí por la fuerza.

Finalmente, vio las palabras que con lápiz rojo había añadido la joven a la nota que él le dejara sobre la mesa de la cocina.

*Intentaré llamarte por teléfono a las dos, querido. Espero que estés de vuelta para entonces. Te amo.*

Estas palabras habían sido garabateadas apresuradamente. Y no había firma. Pero parecían ser obra suya, desde luego.

La última de las botellas de «Hine V.S.O.P.», de McClure, se encontraba, sin abrir, en uno de los estantes de la despensa. La sacó de allí, sopesándola pensativamente, luchando contra la tentación. Después, irritadamente, volvió a dejarla donde la encontrara. En la forma en que se estaban produciendo los acontecimientos, no podía permitirse ir en busca de la familiar y consoladora niebla de siempre, refugiándose en ella hasta que sus problemas se hubiesen desvanecido. Estos problemas de ahora eran de diferente índole. Ya era bastante malo saber que tenía que rebasar una línea peligrosa si quería cobrar sus cincuenta mil dólares. Y lo que empeoraba su situación era verse dominado por una implicación de tipo emocional con la joven. En cierto modo, la calmosa aseveración de la chica, en el sentido de que su matrimonio era algo más que un trato comercial, había comenzado a ser compartida por él. En buena medida, reconoció, resentido, hasta el punto de que su imaginación se había desbocado ya.

Faltaban unos minutos para que fuese la una, según vio en el reloj de pared de la cocina. Cogió el teléfono, llamando a Cobia. Le dijeron que la señorita Jones no se encontraba allí, que se había ido por la noche, no habiendo regresado desde entonces. A continuación llamó al Picciolo's Restaurant, y al cabo de una interminable espera consiguió que se pusiera Dom al habla.

No se anduvo con rodeos.

—Vuelve aquí enseguida. Me veo obligado a tener el teléfono colgado para poder recibir una llamada, así que no puedo ser más explícito. Invéntate

una excusa para que esa gente te permita regresar a casa lo antes posible.

El restaurante estaba en las calles Collins y Segunda, a cinco minutos de distancia recorriendo el trayecto a buen paso. Dom lo cubrió, al volver a su casa, en tres. Estaba bastante asustado.

Reaccionó acaloradamente ante la noticia.

—No hubieras debido dejarla sola. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque McClure ha acabado sus días de la misma manera que terminó Zucker. Nada más marcharte tú al trabajo apareció la Policía. Deseaban interrogarme a causa de tal suceso.

—¿Quieres decir que el hombre murió atropellado por un coche? Entonces, el coche de anoche, ahí fuera...

—No te preocupes por ello. Sé cuidar de mí mismo. Pero no puedo hacer nada por Beth, a menos que sepa dónde está. Para eso te necesitaba aquí. Tengo que permanecer junto al teléfono, esperando su llamada. Tú lo que vas a hacer es visitar la pensión de Levy, esa que queda al otro lado de la calle, para preguntar a los viejos que suelen pasar el rato sentados en el porche si alguno de ellos vio salir de aquí a la chica.

—¿Y luego?

—Luego, si averiguas que hizo venir hasta aquí un taxi, telefonarás a las dos firmas del ramo, para preguntar a dónde se encaminó. Todo lo que tienen que hacer es ponerse en comunicación por radio con el coche que le mandaron.

Chris, inquieto, vio después que Dom regresaba demasiado pronto para ser portador de noticias tranquilizadoras.

—No fue un taxi —informó el muchacho—. El único taxi que han visto por aquí últimamente es el que te trajo a ti. Pero la vieron salir. Hace cosa de media hora, se detuvo ante la casa un vehículo, y ella salió con sus maletas, subiendo al mismo. Un par de esos viejos se fijaron en el conductor. Piensan que el hombre podía ser su padre. Era, aseguran, un tipo de cabellos canosos y aire respetable, habiendo reparado en que daba la impresión de mirarlo todo con expresión de enfado.

—Prendergast —concretó Chris.

Dom asintió.

—Yo pensé igual tan pronto lo hubieron descrito. Pero no puede tratarse de él, ¿verdad? Se ausentó con motivo de uno de esos cruceros de fin de semana que se organizan para el Caribe... ¿No es lo que Beth dijo?

—Greenberger afirma que eludió el crucero en el último momento.

Dom frunció el ceño, intentando comprender aquello.

—Pero, ¿por qué había de marcharse Beth con él? ¿Dijiste tú algo a Beth que hubiera podido...?

—No —replicó Chris, llanamente.

- ahora le era imposible controlar su imaginación, francamente disparada. Prendergast, finalmente, lograba desembarazarse de su familia por unos días. A lo largo de Motel Row había toda una serie de lugares gratos, ideales para celebrar una reunión de despedida... Papá Prendergast se gastaba un millar de dólares mensuales en su secretaria, había explicado Hilary. ¿Quién podía reprocharle que deseara conseguir un satisfactorio pago final merced a su inversión?
- a todo esto, Elizabeth Jones Monte no se había excedido en sus declaraciones la noche anterior. Era una mujer totalmente carente de inhibiciones, como dijera, y sumamente agradable en el lecho.

Chris contuvo su imaginación antes de que lo que estaba imaginándose se tornara demasiado patente. ¡Diablos! Después de todo lo que la chica había dicho y hecho hasta que el sueño la rindiera al amanecer, quizá estuviese cometiendo con ella una injusticia. No podía jurar siquiera que hubiese sido Prendergast quien se hallara al volante de aquel coche. Cuando Beth llamara, lo más probable sería que tuviera una explicación lógica, convincente y consoladora, que lo explicara todo. Si llegaba a llamar...

Y llamó. ¡Demonios!, pensó él. ¡Y cómo se sintió al oír su voz!

—¿Eres Chris?

—¡Beth! ¿Dónde estás? ¿Con quién estás? ¿Qué...?

—Chris, querido, no tengo tiempo para hablar ahora. Pero nada ha cambiado... Sólo que nos veremos en Londres. El miércoles, al mediodía, en la entrada del Museo Británico.

—¡Al diablo todo eso! Lo que quiero saber inmediatamente es con quién estás y qué haces.

—Chris... —Una voz tronante y mecánica produjo unos sonidos ininteligibles, ahogando brevemente las palabras de Elizabeth... completamente bien. De veras que estoy bien. El miércoles, al mediodía, en el Museo Británico. Te quiero, Chris.

El teléfono se quedó mudo. Por su manera de asirlo, comprendió, cualquiera habría pensado que deseaba exprimirlo para sacarle unas cuantas palabras más.

—¿Dónde está Beth? —preguntó Dom.

—No lo ha dicho, pero debe de encontrarse en el aeropuerto, a juzgar por los altavoces... Llevaba mucha prisa. Quizá esté subiendo en este momento a

su avión...

—¿El que ha de llevarla a Londres?

—Sí.

Chris se sintió mejor después de haber dado a su hermano esta respuesta. Al menos, habíase esfumado de su mente aquel incongruente y obscuro cuadro en el que figuraba ella acompañada por papá Prendergast buscando un refugio en Motel Row. Pero no quedaba explicado por qué razón la joven deseaba llegar a Londres antes que él. ¿Y por qué motivo, de atenerse él a lo planeado y llegar allí el martes por la mañana, Elizabeth quería aplazar su encuentro por espacio de todo un día?

A menos que Londres no fuese su destino inmediato.

El sobre que contenía los dos pasajes aéreos había quedado guardado en el primer cajón de su cómoda. Tuvo la impresión, incluso antes de abrir aquél y localizar el sobre, de que su pasaje había desaparecido de allí.

No estaba, en efecto.

Al telefonar al despacho de la BOAC, en el aeropuerto internacional de Miami, no tuvo que fingir que se sentía preocupado. Explicó que era Christopher Monte, añadiendo que él y su esposa habían quedado registrados como pasajeros del vuelo del martes por la noche para Londres, vía Nassau. Luego, la señora Monte había decidido salir un día antes, llamándole para despedirse desde el aeropuerto, olvidándosele, sin embargo, mencionar el número de su vuelo. ¿Podrían facilitárselo, por favor?

—Sí, desde luego, señor Monte. —La chica que lo atendía era fría, dulcemente británica—. Precisamente fui yo quien se encargó del cambio del pasaje de la señora Monte. Aquí tengo el número del vuelo. Es el 55. La salida está fijada para las nueve de la noche del martes, desde el Aeropuerto Internacional Logan, en Boston.

Si bien se hallaba preparado para aquello, sintióse dolido. Y a juzgar por la forma de mirarle Dom, éste podía apreciar su reacción claramente.

—¿Señor Monte? —inquirió la fría voz británica—. ¿Está usted ahí, señor Monte?

—Sí. Así pues, hemos hablado del vuelo de la noche del martes, que sale de Boston. A propósito, supongo que no habrá ningún inconveniente en cambiar mi pasaje para el mismo vuelo, ¿eh?

—No. Estoy segura de que no.

Dom siguió a su hermano al entrar éste en el dormitorio, observándolo con atención mientras sacaba su maleta de un armario.

—¿A dónde te propones ir? —preguntó el chico.

—A Boston.

—Eres un estúpido sin remedio. ¡Cielos! No eres ni siquiera medio calabrés, pero te estás comportando en este asunto como cualquier extraviado *paisano*. Y no tienes derecho a proceder así. Tú ya sabes cómo es Beth.

—Abre los ojos, pequeño. Existen muchas posibilidades de que Prendergast sepa también cómo es ella, bajo la bata de guinga. Y la muchacha ya debe de haber recibido de él diez mil dólares por lo menos. En este mundo, Dom, no se consigue ninguna cosa a cambio de nada.

—¡Pero hombre! —exclamó Dom, asombrado—. Si tú piensas así es que deliras, realmente. Dentro de poco tiempo, ella dispondrá de un millón de dólares en efectivo. Tendrá dinero de sobra para poder pagar su deuda. ¿Es que no confías para nada en Beth?

—No. O es demasiado astuta para que uno pueda confiar en ella o resulta excesivamente tonta para dejarla andar por ahí sola. De una manera u otra, viene a ser una paloma cándida al alcance de quien quiera capturarla. Tengo una inversión que proteger. Y la mejor forma de lograr esto consiste en permanecer cerca de ella, hasta que haya sido efectuado el pago.

—Conforme. Ahora bien, no actúes con tanto acaloramiento. Escúchame, Chris. Recobra la serenidad primero. Si no procedes así, lo único que puedes conseguir es lamentarlo más tarde.

Lo lamentó todo mucho antes de lo que Dom hubiera podido imaginarse. En efecto, esto sucedió cuando enfiló el coche que alquilara hacia el norte, penetrando en Ocean Drive para dejar atrás el complicado tráfico de la avenida Collins.

Al sentir una fuerte, suave y metálica presión en la nuca, supo instantáneamente de qué se trataba, experimentando un estremecimiento de terror a la altura del estómago. Luego, este terror se convirtió en un arrebato de ira contra sí mismo. ¡Mira que haber llamado tonta a Beth, para a continuación caer descuidadamente en una trampa como aquélla!

—Poco a poco —le dijo al oído una voz que por su inflexión parecía española—. No pares el coche. Lo que tengo en la mano es una pistola, no un juguete. Es un arma muy peligrosa. Y está dotada de silenciador. Nadie miraría hacia aquí si yo apretase algo más el gatillo. ¿Me has comprendido?

—Sí —respondió Chris.

Echó una mirada al retrovisor para contemplar el rostro que tan confiadamente se había aproximado al suyo. Descubrió unos duros rasgos faciales, unas orejas salientes, que se veían exageradamente despegadas del cráneo por efecto del sombrero de paja, colocado horizontalmente, como

descansando en ellas... Era el hombrecillo a quien sorprendiera en el pasillo al que daba la habitación de Beth, en Cobia.

—Y ahora —añadió aquel individuo— a no hacer nada que pueda traernos complicaciones, ¿eh? Nos limitaremos a dar la vuelta, dirigiéndonos sin prisas al muelle de las embarcaciones «charter», por el camino elevado, y una vez allí nos ocuparemos de nuestro asunto.

Según rezaba el rótulo de la popa, aquella embarcación era el *Chirica II*, de Grand Bahamas. Chris pensó que si bien estaba equipada con un puente volante y un par de sillas giratorias a popa, amén de las grandes cañas insertas en las bandas de babor y estribor, todo ello pensado para la pesca, la embarcación había sido preparada para otras actividades muy distintas. El gracioso casco, de unos doce metros de eslora, era demasiado estrecho a proa si se tenía en cuenta su longitud. Y en un sitio en que, habitualmente, todas las embarcaciones eran blancas, aquélla, al igual que el pequeño bote abierto que colgaba de unos pescantes, había sido pintada con un negro de ébano.

Estaba en una embarcación de gran tamaño, hecha para correr. Seguramente, era capaz de desarrollar cuarenta o cincuenta millas por hora cuando las motoras patrulleras de la Policía marítima se lanzaran de noche tras ella. Chris se acordó de la escena nocturna vivida en la playa de Naples. Los policías, al cachearlo, habían actuado como si alguien les hubiera ido con el soplo de que él se encontraba allí para entregar artículos de contrabando a una embarcación anclada frente a la costa. ¿Sería posible que el *Chirica II* se hubiese hallado allí, en la oscuridad, esperándole?

Pero esto era solamente una conjetura. Lo que sí podía considerarse seguro era que la embarcación había estado aguardándole ahora, y que nada más saltar él a bordo se separó del muelle con un rumor que delataba la fuerza de sus motores, dirigiéndose hacia la mar abierta por Government Cut. Su secuestro, advertía, había sido un trabajo propio de un profesional, desde el principio hasta el fin. Había aprendido por el procedimiento más tajante que no existía nada en el mundo más convincente que una pistola apoyada primero en la nuca y luego en la espalda —su presión le daba a entender que cualquier impulso a la resistencia parecía suicida—, y el arma del hombrecillo no había cesado ni por un momento de estar en contacto con su cuerpo, incluso durante el delicado proceso de sacarle del coche en unión de su maleta, para guiarle por entre unos turistas que curioseaban por el muelle. La pistola estaba oculta entonces bajo la prenda de vestir que se había echado sobre el brazo el hombrecillo, pero el extremo de su silenciador siguió oprimiendo la espina dorsal de Chris hasta que el *Chirica II* hubo soltado amarras y enfilado su rumbo.

Las únicas personas que había a bordo, al parecer, aparte de ellos, eran el apuesto joven que vestía una chaqueta caqui naval y se tocaba con una gorra de patrón, manejando la rueda del timón en el puente, y el fornido marinero, con la nariz partida, que estaba adujando una estacha sobre la cubierta. Más tarde, cuando Fisher Island quedó a popa y la proa de la embarcación empezó a cortar las aguas del mar abierto, con un golpeteo y siseo característicos, abrióse la puerta de un camarote, emergiendo de éste una pareja de aspecto nada corriente.

El hombre era pequeño y grueso, moreno, de pelo liso, hallándose en posesión de unos ojos inmensamente grandes, negros, acuosos. Vestía una elegante chaqueta de marino de yate, llevando en los brazos un diminuto perrito de Yorkshire adornado con una cinta amarilla en la cresta. La joven, alta y de cuerpo ágil y flexible, podía haber pasado por una atractiva ninfa pelirroja, con la cara cubierta de pecas, de los pantanos irlandeses, de no lucir el atuendo de que era portadora, consistente en un sari de colores turquesa y plata que se extendía desde su cuello hasta los tobillos. Iba descalza, y, estropeando la impresión general que producía, mostraba en cada uno de sus pulgares sendos trozos de esparadrapo.

El hombre contempló con el rostro radiante a Chris. Las palabras salieron de entre sus labios precipitadamente, con una inflexión de embeleso y una nota aguda y jadeante.

—Mi querido señor Monte: ¡qué alegría poder verle por fin! Sin embargo, ¿qué estará pensando de mí, por haberle traído hasta esta embarcación en la forma en que lo he hecho? Valiéndome de un arma. Valiéndome de un hombre armado, nada menos; por un tipo rudo, brusco. Pero está en un error. De haber existido otros medios para asegurarme de que usted se avendría a reunirse conmigo, habría recurrido a ellos con mucho gusto.

—Puedo pensar en un par de medios —replicó Chris.

—No, no. Una invitación cortés no habría sido atendida. Tenía que ocuparse de asuntos más importantes. Usted anda empeñado solamente en lanzarse hacia el desastre. Ni obligación es salvarle de él. Lo más malo de todo es que usted viene siendo seguido de cerca, y nosotros, para tener una pequeña charla, necesitábamos hablar en privado verdaderamente. ¡Ay! ¿Y dónde hallar el aislamiento apetecido en la época electrónica en que nos ha tocado vivir si no es aquí fuera, en las inmensidades marinas? Aquí, al menos, estamos libres de espías y curiosos.

—Lo siento —repuso Chris—, pero lo cierto es que aquí yo no me siento seguro. No puedo sentirme seguro mientras me apuntan con una pistola.



El hombre asintió solemnemente.

—Nadie podría reprocharle que piense así. Verdaderamente, su situación no puede ser más siniestra. Y si conociera la reputación de León, el hombre que le está apuntando, creo que la juzgaría todavía peor. Pero quizá podamos resolver este problema haciendo que León le ate a esa silla giratoria como si usted se dispusiese a pescar un pez de enormes dimensiones.

Esto constituía una orden y no una sugerencia, comprendió Chris. Y los resultados no fueron demasiado malos. De momento, sus brazos quedaron libres. Por otro lado, observó que una vez el cinturón de la silla quedó cerrado, abrazando su cuerpo, León dejó de apuntarle con el arma, haciendo que colgara de su dedo índice, que introdujo en la guarda del gatillo. De ahora en adelante, una presión accidental sobre el gatillo significaba un orificio en uno de los pies de León y no en la cabeza de Christopher Monte.

La silla giratoria estaba orientada hacia la proa. Chris vio que el *Chirica II* se dirigía al sudeste. Notó que la velocidad de la embarcación iba incrementándose al cabecear sobre las olas del Gulf Stream.

—¿A dónde diablos nos dirigimos? —preguntó el joven a su anfitrión—. ¿A Cuba? Y a todo esto, ¿quién es usted?

—¡Oh! Preguntas y más preguntas. —Él hombre le correspondió con una atractiva sonrisa—. Sin embargo, tiene usted derecho, señor Monte, a conocer la identidad de quienes le acompañan. ¿De qué otro modo podría esperarse que usted de buen grado se asociara con nosotros? Le airé, por tanto, que yo soy Gosala Mookerjee, y que esta encantadora joven dama es Baby. Estoy convencido de que no le sorprenderá que fuera, no hace mucho tiempo, una de las más dignas aspirantes al título de *Miss Florida*.

—Quedé en segundo lugar —dijo Baby—. Las pecas oscurecieron todo lo demás.

—Sin embargo, cada una de esas pecas lo que hace es incrementar tu belleza —le aseguró Mookerjee, galantemente—. Y este fiel perrito —dijo a Chris— se llama Pet. Estuvo a punto de ser un campeón también. Por lo que respecta a los demás, señalaré que la embarcación se halla al mando del capitán Arseniegas. Ese forzudo marinero es Bates, y ya conoce a León. Ahora, para acabar con las presentaciones, usted me hará el favor de permitir a León que coja su cartera y sus papeles, con objeto de que podamos examinarlos.

El hombre dejó el perro, sentándose ante Chris para estudiar cada una de sus cosas detenidamente. El pasaje del avión pareció desconcertarle.

—¡Qué curioso! —exclamó—. Una salida para Londres para mañana por la noche. Y sin embargo, ha embalado sus efectos personales y está listo para viajar ahora, pasaporte incluido. ¿Por qué, señor Monte?

—Tendrá usted que hacerme saber antes a qué viene todo esto.

—Mi querido amigo. —Los grandes y acuosos ojos de Mookerjee parecieron ir a desbordarse con su repentina expresión de ansiedad—: creo que no debiera utilizar ese tono. Lo mejor es que evite hacer el papel de héroe de película. Seguramente, está enterado de que en el cine se sangra con pintura roja, en tanto que usted lo haría aquí con auténtica sangre.

—Lo que él quiere decir —explicó Baby— es que si usted no habla Bates se apresurará a darle un pequeño vapuleo.

Bates volvió la cabeza al oír su nombre. Fijándose en el macizo corpachón del hombre de la nariz partida, Chris decidió aplazar toda sangrienta violencia durante el tiempo que le fuera posible.

—Me disponía a cambiar el pasaje para hacer el viaje hoy —manifestó.

—¿Es eso lo que la señora Monte hizo ya? —inquirió Mookerjee—. ¿Viaja ahora camino de Londres?

—Se anticipa usted un poco. La señora Monte no existe.

—Quizá se le ha olvidado que hay una señora Monte desde ayer por la mañana. ¿Le gustaría que se la describiese?

Aquella voz aguda espoleó su memoria. ¿Qué era lo que había dicho Hilary del desconocido que la telefoneara? *Una voz masculina de soprano con un pañuelo ante la boca...*

Chris contestó:

—¿Fue usted la persona que llamó por teléfono a una amiga mía hace un par de noches, preguntándole si era ella la señora Monte?

—Yo fui, sí.

—¿También fue usted quien dejó un disco fonográfico anoche en la habitación de otra amiga?

—Fue León quien se ocupó de tal cosa, obrando de acuerdo con mis instrucciones. —Mookerjee se encogió de hombros, pesaroso—. He de admitir que tal paso constituyó una equivocación. Lo calculé con la intención de lograr que la señora Monte recogiera las fichas y se retirara del juego. Logré el efecto contrario, ya que se metió más de lleno en el asunto que nunca al ir precipitadamente en busca de usted a hora avanzada de la noche. Subestimé groseramente su determinación e inteligencia. Pero, claro, es que ella se juega mucho en este asunto.

—¿Sí? Es posible que fuera en busca mía sólo para averiguar lo que contenía el disco.

—¿Disponiendo como disponía en su alojamiento de un tocadiscos listo para ser utilizado y rendirle tal servicio? No, no, mi querido amigo. No incurra en el mismo error que yo. Respete su inteligencia. Ha de saber que es tan perversa como una serpiente. Créame si le digo que ha estado engañándole y a fondo hasta ahora.

—¿Cómo?

Lo peor era la inflexible sinceridad que advertía en aquella chillona voz. Mookerjee daba la impresión de creer fervientemente en cada una de las cosas de que hablaba.

—¿Cómo? —repitió como un eco—. ¡Ay! Tengo que negarme a contestar a eso. Me enfrento con un dilema enloquecedor. No puedo decirle más de lo que le he dicho ya. De lo contrario, me expongo a perder toda mi parte del premio que nos aguarda.

—El dinero de Valentine —dijo Baby, impacientemente—. ¿Y por qué no se atienden ustedes al negocio?

—¿Al negocio de quién? —contestó Chris—. ¿Al de Anton Teodorescu?

—¡Ah! Ese hombre —dijo Mookerjee, con un gesto de desagrado. Movié la cabeza—. No, señor Monte: al nuestro. Al suyo y mío. Usted estaba dispuesto a aceptar una parte ridículamente pequeña de la herencia Valentine. Con mi colaboración, recibirá diez veces más. En suma: medio millón de dólares, una cantidad muy sugestiva.

En suma, pensó Chris, sólo tenía que dar a aquel menudo y sonriente asesino la orden de eliminar a Beth en cuanto ésta hubiera heredado el patrimonio Valentine. En virtud de los términos consignados en el testamento de la joven, todo su dinero sería heredado entonces por Christopher Monte, para ser repartido al cincuenta por ciento entre él y su socio, Gosala Mookerjee.

Esto, al menos, tenía sentido, por la vía de lo criminal. Lo que no resultaba sensato eran los fervientes comentarios del hombre sobre la perversidad de Beth. Puesto que no estaba enterado de su salida de Boston con Prendergast, debía de estar refiriéndose a algún otro juego que la chica tuviera entre manos. ¿Cuál, concretamente?

—Vamos, vamos —medió Baby, expresiva—. ¿No le agrada la idea de ganarse medio millón de dólares en lugar de esos miserables cincuenta mil que esperaba obtener?

—¿A quién podría desagradarle esa perspectiva? —preguntó Chris.

—Entonces, ¿qué es lo que le incomoda a usted?

—Supongo que es la idea de tener que ir al funeral de la señora Monte para poder cobrar.

Baby pareció experimentar un sobresalto al oír estas palabras. A continuación, dijo severamente:

—¡Diablos! Usted no se casó con ella para andar por ahí preocupándose por sus cosas, ¿verdad? Olvídense de esa mujer y piense exclusivamente en la faceta comercial del asunto. Esto significa que es preciso llevar el trato al papel, para formalizarlo. Mookerjee es abogado. Todo lo que tiene que hacer es firmar un documento en virtud del cual le nombra su abogado, encargándole la administración de sus intereses por lo que se refiere al patrimonio Valentine. Y la faceta aritmética es todavía más simple. Él trabaja para usted sobre una base contingencial, es decir, le pagará la mitad de lo que obtenga. De esta forma todo es rigurosamente legal.

—Tiene usted una idea muy chocante acerca de lo que es o no es legal, ¿eh?

—Oiga: le he dicho que Mookerjee es abogado, así que...

—Está bien, Baby. Entonces, hágame un favor. Si su amigo es abogado, tendrá unas respuestas muy rápidas para las preguntas que puedo hacerle. Pregúntele qué validez tiene un contrato que ha sido firmado a la fuerza. Pregúntele qué pasaría si yo compareciese ante unos jueces para decirles que firmé un documento mientras alguien mantenía apoyado en mi cabeza el cañón de una pistola.

—Pero, mi querido amigo —intervino ahora Mookerjee—, usted no comparecerá nunca ante ningún juez para denunciar nuestro contrato. Uno debe comparecer ante los jueces con las manos limpias. Y usted nunca superará el «test».

—¿Qué quiere darme a entender con eso?

—Esto quiere decir —recitó Baby con el tono de un estribillo de canción infantil, abriendo mucho los ojos— que yo estaba en mi coche, aparcado en La Gorce, cuando usted y McClure mataron a Jack Zucker. Lo vi todo. Vi cómo usted y Marty McClure lo sacaron de su vehículo, tirándolo a la calzada. Luego, volvió usted al coche, deslizándose por encima del cuerpo. ¡Oh, sí! Lo vi todo. De no haberle tenido tanto miedo a Marty, habría ido en busca de la Policía inmediatamente. Pero ahora, muerto Marty, ya no tengo por qué temerle, ¿verdad?

—Si usted cree que la Policía va a dar crédito a algo de esa...

—¿Quiere probarme? —repuso Baby, burlona—. ¿A quién piensa usted que creerán antes? ¿A usted o a mí? Vamos, vamos, respóndame.

En medio de aquel desierto líquido de color verde pálido, la zona costera de Miami Beach era como una deslumbrante pincelada contra un azulado y vasto firmamento. Chris sintió de repente que la puerta de la jaula caía ante él con fuerza. Estaba encerrado, atado, inmovilizado.

Sonrió.

—En todo este asunto, Baby, hay una sola cosa engañosa.

—¿Cuál?

—Deme mi cartera y los otros efectos y se la haré ver.

La expresión del rostro de la joven era burlona al acercarse a él con lo que acababa de pedirle. Estuvo observándole atentamente mientras Chris iba guardándose todo en sus bolsillos. Mookerjee, relajado en su asiento, con las manos descansando en su pequeño y saliente vientre, dejó ver el mismo gesto que ella en su faz.

—¿Y bien? —inquirió Baby—. ¿Cuál es esa objeción que a usted le gustaría inventarse?

Con sus cabellos brillando bajo el sol, igual que una roja llamarada, y los hilos de plata del sari centelleantes en la deslumbrante claridad, Chris consideró su figura casi obscenamente atractiva. Y, al igual que Hilary Talbot, la joven se movía envuelta en una nube de perfume de alto voltaje.

Chris señaló los trozos de esparadrapo que Baby llevaba en los pulgares de sus pies.

—Esto está claro. Sus zapatos le vienen demasiado estrechos.

—¿Qué? —preguntó ella, completamente desconcertada.

Al inclinar la cabeza, Chris se encontraba ya preparado para su ataque. La palma de su mano se abatió con un brutal impacto contra la curva de su mandíbula. Al mismo tiempo, él le propinó un fuerte empujón. Baby retrocedió profiriendo un grito salvaje; sus brazos se movieron en el aire, en busca de algo a que asirse; sus piernas estaban demasiado retenidas por la estrechez del sari para poder recobrar el equilibrio. La borda de la embarcación era baja, quedando a la altura de su rodilla. Baby se precipitó por encima de ella, oyéndose inmediatamente el fuerte chapoteo producido por su cuerpo al caer al agua.

Antes incluso de entrar la chica en contacto con ésta, Chris manipulaba frenéticamente la hebilla del cinturón que le retenía en la silla giratoria. En estos momentos, todos se precipitaron hacia la borda. Mookerjee repetía

como un eco los gritos de la joven. Chris dispuso, por tanto, de unos segundos de ventaja.

Saltó disparado de la silla, con los ojos fijos en el arma, y logró asestar al descuidado León un fuerte golpe en una sien, en el instante en que el patrón del *Chirica II*, atendiendo las histéricas súplicas de Mookerjee, hacía girar bruscamente la rueda del timón. La enérgica guiñada de la embarcación, así provocada, junto con el golpe, fueron la causa de que León se desplomara. La pistola se le escapó de entre los dedos, deslizándose a lo largo de la cubierta. El hombre se puso en pie inmediatamente, lanzándose tras ella, rápido como un felino, pero Chris había conseguido adelantársele.

León no debía ser de las personas que anteponen el valor a la discreción. Con los ojos fijos en el cañón que se apoyaba ahora en su pecho, retrocedió con las manos en alto. Bates, en cuyos ojos se reflejaban deseos asesinos, le imitó. Solamente Mookerjee parecía estar ciego ante la amenazadora pistola. Se aferró a la borda mientras la embarcación se movía rápidamente y su adorada Baby era juguete de las olas. En su angustia, estaba casi a punto de llorar, y suplicaba que alguien, cualquiera, se lanzara al agua para salvarla.

—Se va a ahogar —balbuceó, gimoteante—. ¿Es eso lo que todos ustedes desean? ¿Quieren ver a Baby ahogada? ¡Mírenla!

Chris miró. Baby braceaba en el agua, a unos seis metros de distancia del *Chirica II*, ahora parado. Llevaba los cabellos sueltos; el sari flotaba a su alrededor. Intentaba quitarse el sari, al parecer, sin dejarse dominar por el pánico. Lo abandonó al lograr su propósito. Seguidamente, empezó a avanzar hacia la embarcación mediante unas brazadas regulares y seguras.

—No le pasará nada —dijo Chris—. Ahora ordene que el patrón baje aquí. Con las manos en alto, también.

Habiendo visto que Baby estaba ya fuera de peligro, Mookerjee iba recobrando rápidamente su aplomo. Echó un vistazo de un lado a otro de la cubierta.

—¿Y si me niego? —preguntó con un gesto de astucia—. Somos cuatro contra uno...

—Fíjese en esto —repuso Chris.

Le sorprendió la violencia del retroceso del arma cuando apretó el gatillo, principalmente porque el ruido producido por su disparo no fue mayor que el que produciría un balón al desinflarse repentinamente. Pero no había apuntado mal. El proyectil dio en uno de los brazos del pescante, a unos treinta centímetros de la cabeza de Mookerjee, rebotando, para producir una especie de amenazador y convincente quejido.

—¡Ya está bien, ya está bien! —gritó Mookerjee.

El joven y apuesto capitán Arseniegas fue quien se ocupó de que fuera arriado el bote auxiliar que pendía de los pescantes, ordenando la acomodación de todos a bordo del mismo. Baby, entretanto, se había aferrado a la popa del *Chirica II*, profiriendo maldiciones continuamente, con la rabia de un gato mojado. Cuando, con Bates en los remos, el bote se le acercó, con el fin de que sus ocupantes la ayudaran a salir del agua, se descubrió que la joven no había llevado nada en ningún momento bajo el sari. Anunció furiosamente que prefería pasarse el resto de su vida pudriéndose en agua salada a exhibirse involuntariamente ante aquella pandilla de monos ineptos con quienes le tocaba navegar. Incluido Gosala Mookerjee.

Al final, Chris ordenó a los del bote que se alejaran de ella, procediendo a coger una sábana de una de las literas del camarote, junto con Pet, que había estado durmiendo tranquilamente encima de ella. Entregó el perro y la sábana a Mookerjee cuando el bote se aproximó a uno de los costados del *Chirica II*, gracias a lo cual se vio recompensado con la visión de Baby en el momento de ser sacada del agua completamente desnuda, siendo apresuradamente cubierta con la tela. Chris experimentó la lúgubre impresión de que aquélla no era la última vez que veía a Baby y a sus acompañantes. Ahora bien, lo más probable era que la próxima vez que se enfrentara con la joven, ésta no se le ofreciese a la vista con unas perspectivas tan interesantes.

Chris vio que Bates remaba con fuerza, y el bote inició su aburrido desplazamiento hacia la costa. Debido al exceso de carga, se había hundido mucho en el agua, pero como el tiempo era bueno y había a bordo de la embarcación un par de experimentados marinos, no era probable que llegasen a verse en peligro de zozobrar. Pero, claro, tampoco sería para nadie una pérdida irreparable si el bote acababa hundiéndose..., con todos sus ocupantes.

Subió al puente del *Chirica II*, haciéndose cargo de su gobierno y apartándose de la embarcación menor, a fin de que su estela no la hiciera cabecear.

—¡Estúpido! —gritó Mookerjee mientras iba aumentando la distancia que les separaba de la nave—. ¡Vuelva! ¡Debe confiar en mí! ¡Todavía está a tiempo! Esa otra gente le está engañando, ¿me oye?

«Perfectamente, con toda claridad», pensó Chris. Había querido arrojar la pistola por encima de la borda, al mar. Pero lo que hizo, en vez de eso, fue desenroscar el silenciador, que hacía el arma tan poco manejable, guardandoselo en uno de los bolsillos. El arma la insertó entre su cuerpo y el

cinturón, bajo la camisa, que abotonó sobre ella. Era aquél un bulto pesado y engorroso, pero le resultaba confortante.

Con las manos apoyadas en la rueda del timón del *Chirica II*, una embarcación dotada de potentes motores, enfiló la zona de Government Cut absorto en sus pensamientos, nada confortantes por cierto.



La maniobra de atraque del *Chirica II* al muelle estuvo informada por una gran torpeza. La embarcación dio de proa contra los bloques de aquél bruscamente, con peligrosa fuerza. No perdió tiempo. Metióse en su coche y se alejó de allí. Al dirigirse ya hacia Alton, advirtió hasta qué punto se hallaban a punto de saltar sus nervios al comprender que se esforzaba por batir a los demás en las vías por las que discurría el tráfico en lugar de integrarse prudentemente en éste. En tales prácticas caían los forasteros por aquellos lugares. El extremo sur de Miami Beach era una zona en la que residían muchos jubilados, hallándose llena de estúpidos e incompetentes conductores, todos ellos dotados de un instinto que los llevaba a la autodestrucción.

Habiendo actuado en él tal pensamiento como impulso disuasorio, logró dominar sus nervios y redujo la velocidad de su vehículo. Y entonces supo que Mookerjee le había dicho la verdad, con referencia a una cosa, por lo menos. Estaba siendo seguido.

El primer indicio delatador de tal hecho le fue revelado por el comportamiento del conductor del Chevrolet azul, en muy mal estado, que se detuvo a su lado cuando el semáforo de Lincoln Road se puso en rojo: el hombre no intentó adelantarle al encenderse el verde. En lugar de proceder así, el coche, poco a poco, fue moviéndose hasta colocarse inmediatamente detrás de él. La matrícula del Chevrolet era de Virginia. Viajaban dos hombres en su interior, dos individuos de rostros sanos, del tipo de los ejecutivos segundones. Chris no hubiera podido imaginarse nunca una cosa semejante de unas personas como aquéllas. Sin embargo, al lanzarse por Dade Boulevard, para dirigirse a Pinetree Drive, tuvo la certeza de que aquellos hombres iban a continuar siguiéndole, cosa que le produjo un gran desaliento. Chris les había facilitado media docena de oportunidades para que le adelantaran, oportunidades que habían sido rechazadas sucesivamente. Fuera cual fuera el giro que hiciese, fuera cual fuera la velocidad a que se desplazara, allí los tenía invariablemente, centrados en el espejo retrovisor.

Fue un pequeño consuelo para él figurarse que no eran policías, ya que viajaban en un coche que llevaba una matrícula de otro estado. Por el mismo motivo, no era probable que fuesen investigadores privados, que le siguieran por orden de Prendergast. No podían ser pandilleros de Zucker, ya que sus

tiburones asesinos no tenían el aspecto de aquellos hombres, que recordaban a los jefes de las secciones de *boy-scouts*, sobre todo por sus sobrios cortes de pelo. De esta manera, sólo una posibilidad cabía contemplar. Los desconocidos tenían que ser agentes de Teodorescu y Katia.

Pero, ¿por qué habían de estar entregados a su persecución, se preguntó, cuando era Beth la persona que realmente podía importarles? Lo más seguro era que hubiesen perdido el rastro de la muchacha, al marcharse ésta repentinamente a Boston, y a ellos les constaba que Chris Monte no tardaría en localizarla, sirviendo así, al mismo tiempo, a su propósito. Una vez localizada, alguien dotado para aquella clase de trabajo especializado podría hacerse con el contrato en que se estipulaba la eliminación de la joven en el momento oportuno.

Consultó su reloj. El vuelo más rápido a Boston requería unas tres horas, aproximadamente, de modo que ella y Prendergast no estarían allí todavía.

En la calle 41, jugándose con ello el tipo, fingió un giro hacia la izquierda, en dirección a la bahía, para, de pronto, enfilarse la vía opuesta, rumbo a Collins, por entre el ensordecedor concierto de claxons de los automóviles que se acercaban. Los neumáticos chirriaron de una manera impresionante, el coche osciló a un lado, y Chris se figuró por un momento, presa del pánico, que iba a dar la vuelta. Finalmente, la masa del vehículo pareció enderezarse. Pero el chirrido de otros neumáticos a su espalda, como un eco, le hizo ver que el conductor del *Chevy* no se había dejado engañar por su maniobra. Echó un vistazo al retrovisor. Un par de coches se habían interpuesto ahora entre él y el *Chevy*, pero allí seguía éste, invisiblemente aferrado a él, como la muerte al cuerpo mortal.

Allí donde el tráfico se dirigía hacia Collins, tornó a separarse del automóvil, introduciéndose en el camino interior del Laverne Hotel, que quedaba en una esquina, pisando el freno con fuerza frente a la entrada. Chris volvió a sentirse esperanzado al ver que el *Chevy* pasaba de largo en el laberinto del tráfico, pero se desalentó enseguida, al observar que el coche se detenía junto a la acera, un poco por encima del hotel.

El cañón de la pistola presionaba su muslo al moverse para apearse del automóvil, y efectuó una breve comprobación para cerciorarse de que el bulto bajo su camisa no era visible. Se le acercó un joven botones para hacerse cargo de su maleta y guiarlo hasta el servicio de recepción. El chico tendría la edad de Dom, más o menos, pero ya se hallaba en posesión de unos ojos de expresión astuta, y de un rostro enérgico de auténtico tirador. Se trataba de un buscavidas que se estaba forjando, precisamente lo que había querido evitar

que fuera Dom, por todos los medios. Sin embargo, no estaba nada mal disponer de un sujeto como él en aquellas circunstancias.

—Ocúpate de este equipaje —le ordenó Chris.

Inmediatamente, se dio cuenta de que el muchacho comprendió que allí había algo que hacer.

En el mostrador del servicio de recepción dijo que no, que no había reservado ninguna habitación, que sólo pretendía pasar allí la noche. La cuenta había de ser abonada por adelantado. En la ficha de registro escribió cuidadosamente *Señor Christopher Monte y señora*, en letras grandes, en mayúsculas fácilmente legibles. Después echó a andar, siguiendo de cerca al botones, quien, portador de la maleta en una mano y de la llave de la habitación en la otra, lo condujo hasta los ascensores. Aguardando allí, volvió la cabeza y escudriñó el vestíbulo. Ninguno de sus perseguidores se hizo visible en éste.

Dentro de la habitación, mientras el botones dejaba la maleta sobre un bastidor y procedía a comprobar el aparato de aire acondicionado, Chris cerró la puerta, sacándose del bolsillo la cartera, atestada de billetes. Se había repartido con Beth, por partes iguales, los mil dólares del cheque de Prendergast, y su asignación no había sido tocada, casi.

El botones permanecía plantado ante Chris, calibrando la cartera que tenía en las manos.

—¿Queda la entrada de servicio del hotel en esa calle lateral? —preguntó al chico—. ¿Se puede ver desde la puerta de acceso principal?

—Está ahí, sí, pero no se puede ver.

—Muy bien. Pues ahora llévate mi equipaje al ascensor auxiliar y sácalo por la puerta de servicio. Métele en un taxi y dile a su conductor que me espere junto a esa entrada. Seguidamente, tú regresarás aquí, guiándome por el mismo camino. —Chris tendió una mano—. Veamos tu tarjeta de identificación.

—¿Para qué?

—Para mayor seguridad, hijito. Veámosla.

Devolvió la tarjeta al botones, uniendo a ella las llaves del coche.

—El vehículo ha sido alquilado a Apex, de la Calle Quinta —dijo—. Déjalo en la zona de aparcamiento del hotel toda la noche, y mañana lo devolverás a la agencia. Ellos cargarán el alquiler en mi cuenta. Conozco el kilometraje, igual que conozco ahora tu nombre y las señas de tu casa. Si quieres tomarte la ventajilla de acercarte a la ruta de Pompano esta noche, serás tú quien pague el combustible.

—Yo soy de las personas en quienes se puede confiar, señor. Y tal vez debiera decirle que con todo esto va extendiendo una buena factura.

—Todavía no he terminado —manifestó Chris, gravemente—, así que punto en boca y escucha. Aparecerá alguien por aquí, probablemente, preguntando por mí. Tú habrás de decir a ese individuo que mi esposa y yo nos reunimos en el vestíbulo de este hotel... Aclararás que te imaginaste que la mujer que supuestamente me acompañaba era mi mujer, simplemente, y que luego nos trajiste a esta habitación. Refiérete siempre a los dos. Dile que a ella la llamé Beth.

—¿Cómo es la mujer?

—No destaca de un modo especial. Es muy alta, y lleva sus cabellos, de color castaño, recogidos en una especie de guirnalda.

—¿Y eso qué es?

—Dos trenzas que le rodean la cabeza. ¿Lo has comprendido todo bien?

—Sí. Ahora, aquí se sigue siempre la tónica de que todas las reservas sean confirmadas.

Tal confirmación le costó a Chris cincuenta dólares. Mientras entregaba el dinero al botones, le dijo:

—Recuerda, hijito, que yo soy un artista de la localidad. Mis amigos y yo estamos vagando constantemente de un lado para otro. Si algo marcha mal sabremos enseguida quién tiene la culpa y qué determinación hemos de tomar.

Estimó que hubiera valido la pena invertir otros cincuenta dólares, por si sus perseguidores pretendían a su vez comprar al chico.

Esperó a que el botones hubiera salido con la maleta. A continuación, Chris llamó a Dom al restaurante.

—¿Más complicaciones? —preguntó Dom inmediatamente, receloso.

—Ése parece ser el nombre del juego, muchacho. Ahora escúchame atentamente. ¿Tienes algún amigo en la Universidad en cuya casa puedas vivir durante una semana, aproximadamente?

—Puedo dar con alguno. ¿Por qué? ¿Se está poniendo peligrosa la zona de Miami Beach?

—Me figuro que el termómetro registrará una temperatura considerablemente inferior por Coral Gables, de manera que esta noche coge las cosas que necesites y trasládate allí. Deja el trabajo, también. Si he de ponerme en contacto contigo, te escribiré a las señas de Augie Bloom, en Cobia. Cada mañana, lo primero que harás es ver si hay alguna carta o

telegrama para ti. ¿Dispones de dinero suficiente para vivir así durante algún tiempo?

—Para una semana, creo. Y lo pasaré mal después, si he de prescindir del trabajo.

—Te enviaré dinero dentro de dos días. Manténte alejado de Beach, excepto para coger las cartas que pueda haber en Cobia. Cierra la casa y permanece apartado de ella, hasta que yo te diga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Chris...

—¿Qué?

—Procura que no te pase nada.

—No va a pasarme nada.

—Y cuida de Beth.

—Ésta es la misión que tengo entre manos.

Colocó suavemente el receptor telefónico en su sitio, cruzó la habitación silenciosamente y abrió de pronto la puerta. No había nadie fuera. Se asomó para inspeccionar el corredor de un extremo a otro. Estaba vacío. Cerró la puerta y echó la llave, volviendo al teléfono.

La voz de Augie Bloom, habitualmente, resultaba untuosa. Ahora, al preguntar quién llamaba, Chris la juzgó demasiado fuerte e irritada. Augie Bloom era un tipo que se alteraba difícilmente, pensó, pero el asesinato de McClure debía de haberle impresionado profundamente.

—Soy Chris. ¿Estás solo, Augie?

—En este momento, sí, pero hay un montón de policías rondando por las inmediaciones. Ha sido terrible, Chris. Terrible. ¡Pobre Marty! No se había enfriado todavía su cadáver y ese miserable de Greenberger ya había venido en mi busca con un mandamiento de prisión y todo lo demás. ¿Se han lanzado detrás de ti también?

—Esto es lo que ha motivado mi llamada. Augie: sé sincero conmigo. Greenberger afirma que ese individuo llamado Prendergast se hallaba relacionado con Marty. ¿De dónde sacó tal idea?

—¿De dónde? Eso es cosa de los policías. Pregúntaselo a ellos.

—También es asunto mío, Augie. Lo mismo que los contubernios realizados con ciertas personas en relación con partidos de tenis cuyo resultado podía predecirse de antemano. Cosa tuya es, en cambio, la participación de que disfrutabas en las ganancias cuando se concertaban grandes partidas de póquer y otros juegos equívocos en la planta superior del edificio. Todo esto para no hablar del completísimo fichero de chicas tipo colegiala que posees, para satisfacer discretamente las demandas de ciertos

clientes exigentes. La verdad es que el *Herald* hincharía una buena información con todas estas suciedades, ¿no crees?

—¡Chris! ¡No es posible! —La voz de Augie se tornó ahora chillona, a causa de la indignación que sentía—. Tú no eres de esa clase de tipos... Tú no puedes ser tan bastardo.

—No lo seré si te portas bien conmigo. ¿De dónde sacó la Policía su idea acerca de una posible relación entre Marty y Prendergast?

—Está bien, está bien —contestó Augie, con un dejo de cansancio en la voz—. De los papeles de Marty. Revolvieron su habitación. Encontraron algunos cheques cancelados que demostraban que Prendergast se encontraba en manos de Marty por treinta de los grandes.

—¿Quieres decir que figuraba en la nómina de Marty con la cantidad de treinta mil dólares?

—¿Qué nómina? Marty prestaba dinero, y ese Prendergast andaba muy necesitado a lo largo de los últimos meses, así que ya puedes figurarte lo que ocurrió.

—¿Estamos hablando del mismo Prendergast? Yo me estoy refiriendo al de Boston, que ocupaba la cabaña 4.

—No hay ningún Prendergast más.

—¿Tú sabes si tenía algo que ver con una pelirroja de buen ver que dice llamarse Baby?

—No. Te doy mi palabra, Chris, de que no sé acerca de ese hombre más que tú.

—Hablemos de Marty. ¿Lo viste alguna vez por ahí con una pelirroja como la que acabo de decirte? De verla una vez, no la hubieras olvidado.

—Te doy mi palabra, Chris...

—¿Quieres que te diga una cosa, Augie? Creo que voy a visitar ahora mismo la redacción del *Herald*, aunque sólo sea por reírnos todos un poco.

—Conforme, conforme. Si esa barracuda pelirroja te habló de ello, no voy a pasar yo en estos momentos por embustero. La mujer le acompañaba, a veces. Iba con él... ¿Comprendes lo que quiero decir? Pero no por aquí. Era en las Bahamas, donde él posee esa casa tan grande, en una playa. Yo la vi allí en una ocasión, cuando Marty y yo estuvimos en el casino de Lucaya, para emprender cierta acción.

Alguien llamó en aquel instante a la puerta. Chris dijo:

—Espera un momento, Augie.

Procedió a abrir la puerta. Era el botones.

—¿Todo listo? —inquirió Chris.

—Todo listo —respondió el muchacho, con viveza. Al posarse su mirada en la camisa de su interlocutor, aquel gesto fue sustituido por otro de grave respeto—. Encantado de poder servirle en lo que esté a mi alcance, señor.

Chris inclinó la cabeza, fijando la vista en la culata de su arma, que asomaba por entre dos botones de la camisa. La echó a un lado para ocultarla.

—Me ocuparé de ti inmediatamente, hijito. Ahora cierra la puerta y espérame abajo, en el vestíbulo. No te importará tener que esperar, ¿eh?

—No, señor —dijo el chico, reverente.

De vuelta al teléfono, Chris preguntó:

—¿Sigues solo, Augie?

—No será por mucho tiempo. Es terrible estar aquí hoy. Es terrible.

—Eso ya lo dijiste antes. Bueno, hazme un favor. Puede ser que escriba a mi hermano, pero valiéndome de tus señas. Ocúpate de que reciba las cartas, ¿eh? No se las envíes. Límitate a guardarlas en tu mesa. Con este motivo, te visitará por las mañanas.

—Chris: tengo tantas cosas en la cabeza...

—Yo también, Augie. Esto nos enseñará que debemos estar atentos, fijándonos bien en las personas que se mueven alrededor de nosotros.

Se recostó exageradamente en el asiento del taxi, esforzándose por mantenerse oculto allí dentro hasta que el vehículo hubo cruzado Collins, ya camino de Tuttle Causeway y la carretera del aeropuerto existente más allá. En cierto momento, había vuelto la cabeza para distinguir brevemente al Chevrolet azul, aparcado cerca del hotel.

De momento, al menos, llevaba mucha ventaja en el juego.

Al cruzar el pasaje del Aeropuerto Internacional de Miami, treinta minutos más tarde, comprobó que nada había cambiado. Podía muy bien haberse ahorrado sus cincuenta dólares. Simon Warburton había hablado de aquello en su reunión de despedida. *Dondequiera que uno va, asoma siempre el mismo rostro, y nada más volver la cabeza para contemplarlo bien, aquél desaparece.* Lo cual, pensó Chris, venía a referir toda la historia. Al apearse del taxi, una cara de rasgos afilados, cercana a él, se había escondido demasiado apresuradamente tras un periódico. Más adelante, comprobando su reloj con el de la arcada, había visto fugazmente aquel mismo perfil de verdugo al volver la cabeza, antes de que, bruscamente, se perdiera de vista.

Al aproximarse al mostrador de la BOAC, desechó definitivamente la sospecha de que aquello podía ser debido a una jugarreta de sus nervios. Tenía el convencimiento de que no se trataba de eso, reconoció con un estremecimiento. En alguna parte, cerca de él, el rostro se había vuelto hacia su persona; unos ojos le seguían. Ya frente al mostrador, miró de repente a su alrededor. La entrada estaba atestada de gente. Era lo que ocurría todos los domingos por la noche, con el fin de temporada; pero los rostros que contemplaba estaban atentos a las cosas de sus dueños, que nada tenían que ver con Chris Monte. Esto era peor que verse seguido yendo en coche. El vehículo había sido una especie de envoltura protectora. Allí se sentía completamente vulnerable.

Tenía la seguridad de que aquello no guardaba relación con la Policía. Ésta no tenía por qué acecharle cautelosamente; podía jugar con sus cartas abiertamente. La Policía sabía que pretendía ir a Londres, y todo lo que tenía que hacer para impedirlo era dar su nombre a las oficinas de las líneas aéreas trasatlánticas. En efecto, el hecho de que aquella estuviera informada acerca de su reserva en la BOAC, le favorecía, porque cuando recobrar el dinero de su pasaje, Greenberger vería que su advertencia había sido atendida. Bien. Acordado esto, tendría que correr sus riesgos al aprovechar el vuelo del martes por la noche, de Boston a Londres, ya que no dispondría de reserva. El simple intercambio de su pasaje por otro a bordo de ese vuelo dejaría un rastro demasiado visible tras él.

No tuvo problemas al hacer efectivo el pasaje, pero todo marchó de manera distinta al aproximarse a los mostradores de las compañías aéreas que



ofrecían vuelos sin escalas a Boston. Resultó que los de primeras horas de la noche estaban todos reservados, así que decidió tomar un asiento para el último vuelo, que le permitiría llegar a Boston a la una de la madrugada. El tiempo se le acortaba peligrosamente si no establecía contacto con su esposa y Prendergast tan pronto llegara, pero sintió una perversa satisfacción al pensar en las expresiones respectivas de sus rostros cuando se acercara a los dos a aquella hora.

El nombre que dio a la empleada que le extendió el pasaje fue el de Frederick Walker, el de su padre, quien, se dijo, podía haber sido el suyo de haber vivido el capitán Frederick Walker, de la *Royal Air Force*, el tiempo necesario para poder asistir a su bautizo. Como señas propias dio un número de la avenida Jefferson en Beach que de haber sido cierto le hubiera presentado viviendo en el centro del Flamingo Park. Pagar al contado tiene sus ventajas. La carta de crédito, pensó, da categoría. El dinero en efectivo, proporciona el anonimato.

Comunicó a la chica del mostrador que deseaba de momento retener su maleta. Luego, ya con el pasaje en el bolsillo, se dirigió a una batería de taquillas de consigna, guardando la maleta en una de ellas, mediante el pago correspondiente. Era mejor esto que dar lugar a que su equipaje estuviera camino de Boston si al final él no podía utilizar su vuelo. La maleta era un residuo de los años buenos: hacía mucho tiempo que se había perdido la llave que correspondía a sus cierres gemelos, uno de los cuales saltaba siempre que se producía el menor traqueteo. La dejó como estaba, irritadamente convencido de que cuando volviera a sacarla de allí sucedería de nuevo lo que otras veces. Después esperó a que no hubiera nadie por las inmediaciones, deslizado el arma y el silenciador en otra taquilla. Respiró más tranquilo, hecho esto. El avión despegaría del aeropuerto a las diez. Eran en aquellos instantes las seis. Así pues, había de permanecer allí por espacio de cuatro horas. Pasara lo que pasara a lo largo de ellas, no podría ser hallado con el arma encima.

En un puesto de periódicos cambió un par de dólares en monedas de plata, encerrándose en una cabina telefónica. Beth había utilizado para la licencia matrimonial las señas de Prendergast en la avenida de la Commonwealth, como su dirección de Boston, y no le costó trabajo recordar tal dato. El número de teléfono era ya otra cuestión. Se puso en comunicación con el servicio de información de largas distancias para conseguirlo, preguntándose cuál sería su siguiente paso si no figuraba en la guía. Su esposa y Prendergast debían de haber llegado a la casa ya entonces, pero ¿y si se habían

encaminado a diferente destino en Boston? ¿Y si habían pensado en otro lugar, donde no hubiera vecinos entrometidos que pudieran verles?

La suerte estaba de su lado. Le dieron el número y procedió a marcarlo. Las monedas, al caer en la caja metálica del aparato, sonaron en sus oídos como una melodía anunciadora de los mejores presagios.

—¡Diga, diga!

Era la voz de Prendergast, desde luego. Y a juzgar por la inflexión ansiosa de su voz, estaba aguardando una llamada urgente.

Chris colgó. En consecuencia, la dirección de la avenida de la Commonwealth era correcta, y Prendergast estaba allí. Lo cual significaba que Beth también se encontraba en aquel lugar. No quedaba compuesto así un bonito cuadro, se dijo el joven. Ahora bien, esto y además cincuenta mil dólares era esperar demasiado.

Había varios bares por las inmediaciones del pasaje. Se dirigió al más cercano, y luego hizo un gran esfuerzo de voluntad para pasar de largo. Todo habría sido distinto de haberse sentido capaz de contentarse con un par de copas. Pero sabía que la cosa no quedaría en eso, y no tenía por qué engañarse a sí mismo. Con la bebida sucedía lo mismo que con las apuestas. Uno iba a Hialeah con un par de centenares de dólares en el bolsillo, ganados con gran trabajo, destinando la mitad a la inversión de la jornada, y regresaba a casa sin un centavo encima, dejando a la espalda, quizás, un pagaré.

Pasó junto a otro bar, más intranquilamente seguro que nunca de que alguien situado más allá de su visión periférica le estaba vigilando. Después, volvió sobre sus pasos, entrando en el local. Al menos, sentado contra la pared, en aquella semioscuridad del establecimiento, podía desechar el temor, que parecía encoger dolorosamente su estómago, de que alguien le clavara una navaja en la espalda en cualquier momento.

Cuando la camarera le atendió, Chris pidió una botella de cerveza, admirando su propio dominio. A continuación, preguntó a la chica:

—¿Tiene otra salida este bar?

—No, señor. Ésa de ahí es la única. ¿Sólo quiere una cerveza?

—De momento —contestó Chris.

Dos horas más tarde, amodorrado por una sucesión de cervezas, salió de allí, parpadeando, deslumbrado, ante las luces del pasaje. La edición del *Herald* para la mañana se hallaba apilada en el quiosco de periódicos. En el diario, en grandes titulares, se daba cuenta de la muerte de McClure. Debajo, en letras más pequeñas, se leía: *¿Guerra de delincuentes en Beach?*

Grandes o pequeños, esos titulares —lo sabía bien— habían sido pensados para lograr que Greenberger se hiciera con algunas sangrantes úlceras.

Compró el periódico. La información, como esperara, sugería la existencia de una acción vengativa por parte de la pandilla de Zucker, pero el reportero no mencionaba para nada allí a Chris Monte, ni a Joseph Prendergast. Esto era bueno en un sentido, y malo en otro. Él disponía ya de bastantes cargos contra Prendergast, para ser formulados cuando llegara el momento, pero cualquier información adicional sobre el hombre daría mucha más fuerza a su mano. La pistola era un efecto teatral. El chantaje cortés era el arma verdadera, y se le ocurrió decirse entonces que estaba aprendiendo rápidamente a pensar como algunos de aquellos huéspedes de alta categoría de Cobia, que siempre hacían que la política de quienes acompañaban a los ejecutivos pareciera una serie de felices aventuras en el campo del chantaje.

Cuando volvió a entrar en el bar, la camarera (su generosa propina no se había «enfriado» todavía en su bolsillo) le saludó como si hubiese sido un viejo amigo, dejando a su cuidado una última y solitaria botella de cerveza, que había de durarle hasta que su vuelo fuese anunciado. Aguardó allí hasta el último minuto. Era mejor llegar con el tiempo justo que permanecer ociosamente en una cola, dejando que el desconocido de la cara afilada lo calibrara bien.

Al faltar un minuto, rápidamente, se encaminó a las taquillas de la consigna, donde guardara la maleta y el arma. Sacó la maleta primeramente, y como no podía esperar a que se alejaran de allí unas personas que se desplazaban lentamente, pasó un mal rato al tratar de volver a colocarse el arma bajo la camisa sin que nadie lo viera.

Había apurado tanto el tiempo disponible que su equipaje fue el último en pasar por el mostrador para ir a parar a la cinta de transporte. La maleta comenzó a alejarse lentamente, y él salió disparado hacia la puerta de salidas.

Se quedó en ésta inmóvil, preparado para hacer frente a cualquier desastre, cuando una gentil empleada, de uniforme, tocada con el sombrero de las azafatas de vuelo, examinó su pasaje. Ésta era la prueba definitiva. Sabía a qué atenerse. Si había alguna anotación contra el nombre de Frederick Walker en la lista de embarque, daba lo mismo que aquella puerta de acero que tenía delante hubiera quedado a cinco mil millas de distancia en lugar de estar a cinco pasos. Cuando la azafata recorría con un limpiamente manicurado dedo índice los nombres relacionados en la lista, llegó a sentir casi el peso de una mano oficial sobre su hombro. Luego, de repente, todo terminó. Cruzó la puerta y subió al avión. Ya ocupaba su asiento. Sonaba una música suave, y la

azafata le estaba pidiendo con más solicitud de la habitual que se sujetara el cinturón. Guiándose por el tono de su voz, Chris adivinó su propio aspecto. La joven, probablemente, se figuraba que se hallaba ante un hombre presa de ese pánico que asalta a algunos pasajeros de los aviones.

Se sujetó bien el cinturón, recostándose en el asiento, con los ojos cerrados. Su respiración todavía era agitada. Cesó la música, siendo sustituida por el creciente rugido de los motores del aparato. Éste se movió, giró, empezó a rodar por el suelo, yendo en busca de su pista de despegue.

La maleta.

¿Qué era lo que le preocupaba de ella?

En el momento del despegue comprendió de qué se trataba. Al dejar caer la maleta sobre el mostrador de báscula incorporada, unos cuantos minutos atrás, había notado con satisfacción que el cierre estropeado permanecía con la tapa de muelle en su sitio.

Y aquél no había estado así, en absoluto, en el momento de guardar la maleta en la taquilla alquilada.

## TERCERA PARTE

El avión se quedó nivelado, apagándose el rótulo de *No fumar*. Su asiento era el central de tres situados a un lado, para alcanzar el pasillo hubo de empujar con una rodilla las piernas del hombre que ocupaba el de al lado, un individuo muy tostado por el sol, quien refunfuñó levemente. Juntando el bronceado solar y las malas maneras, pensó Chris, se obtenía el auténtico turista, varón o hembra, que se dirigía a la Gold Coast. Mientras avanzaba hacia los servicios, fue fijándose en todos los pasajeros, pareciéndole que eran de la misma clase. Sin embargo, estaba seguro de que uno de ellos —uno, por lo menos— se encontraba allí con un objetivo distinto al de los otros. Chris era ese objetivo.

Una vez en los servicios, cerró la puerta a su espalda, sacó la pistola y miró el cargador. Cosa sorprendente: tenía todavía sus proyectiles. Momentos antes habría jurado que lo encontraría vacío. Si el enemigo le había visto guardar la maleta, pudiendo llegar a ella con tanta facilidad, parecía lógico suponer que habría marcado también la taquilla en que se encontraba la pistola, procediendo a extraer las balas. El hecho de que el cierre defectuoso de la maleta hubiese quedado correctamente encajado después de haber sido registrado el contenido de ella constituía un raro incidente. Hubiera podido decirse de esto que era una auténtica casualidad. Haber permitido que él siguiese armado podía considerarse una estupidez.

¿Una estupidez? Abrió el cargador, haciendo caer en la palma de su mano los proyectiles. Uno de ellos había sido disparado; el empleado para intimidar a Mookerjee. Y cinco eran inofensivos. Servían para hacer ruido, no para realizar acciones violentas. De haberse producido una escaramuza, se habría visto desarmado y reducido a la impotencia sin darse cuenta, casi.

Y no era León quien había cargado el arma con aquellos proyectiles inútiles. No existía la menor probabilidad de que hubiera sido él. El autor de eso debía de ser un personaje más peligroso y de mayor capacidad.

Los proyectiles falsos eran lo básico en aquella historia. No entendía mucho de calibres, pero juzgó que el arma que tenía era, como mínimo, del 38, y el tipo de balas de aquella clase que se podía conseguir más fácilmente para armas de tiradores principiantes correspondía al calibre 22. Aquellos proyectiles, pues, venían a ser una mercancía especial, y gente especial había

de ser quienes los llevaran encima para emplearlos en determinadas circunstancias o que fuesen capaces de obtenerlos sobre la marcha.

¿Quiénes, concretamente?

¿Y por qué inspiraba él un interés tan apasionado?

Si todo lo que querían de él era que los guiase hasta Beth, no tenían más que seguirle de cerca, pisándole los talones, hasta el momento en que estableciera contacto con la joven. ¿Por qué, entonces, actuar sobre él mientras avanzaba en tal sentido?

Renunció a su empeño de buscar una respuesta para lo que no tenía contestación. Volvió a poner los proyectiles en el cargador, abotonándose la camisa una vez introducida el arma tras su cinturón. Seguidamente, hizo correr el agua del inodoro para justificar su ocupación del recinto, emprendiendo el regreso a su asiento. La tenue luz ambiental resultaba fúnebre con la mitad de los pasajeros dormidos a medias, y cuando la azafata que iba recogiendo peticiones de bebidas llegó por fin a su altura, le pidió, reconocido, que le sirviera whisky en lugar del coñac que ella no podía proporcionarle.

Fueron dos los whiskys de que dio buena cuenta nada más servidos. No tenía que molestarse fingiendo estar sediento para que le llevaran más, debido a que, como sabía, las normas en las líneas aéreas, en tal aspecto, eran rígidas al imponer unos límites cuando la conciencia de uno no gozaba de tal condición.

Si se exceptuaba a los pasajeros congregados ante la sección de equipajes, el aeropuerto terminal de Boston era un vasto desierto a aquella hora terrible de la madrugada. Su maleta llegó entre las primeras aparecidas sobre la cinta transportadora, pero él se mantuvo detrás de todos, dejando que sus compañeros de viaje fuesen cogiendo sus efectos para alejarse de allí presurosamente. Las gentes del Aeropuerto Internacional de Miami habíanle ofrecido una excelente cobertura frente a quienes pudieran estar siguiéndole. Con aquel proceder, podía deparársele una oportunidad de localizar al hombre.

Su maleta, solitaria, se hallaba sobre la cinta transportadora. También él estaba solo allí. Lo cual, se encontraba seguro de ello, no significaba que se hubiese librado de su perseguidor. En Beach, habían atraído su atención dos personas que recordaban a los jefes de un grupo de *boy-scouts*; luego, había visto fugazmente al hombre del rostro afilado, cerca de él, a su espalda, en el aeropuerto de Miami; a continuación, había habido un individuo, uno por lo menos, que había registrado sus efectos en las taquillas... Tenía que añadir a esto la circunstancia de que el enemigo poseía una misteriosa habilidad para esfumarse, dondequiera que se hallara.

Cogió la maleta y se encaminó al mostrador de la agencia de coches de alquiler. Dentro del vehículo, encaminándose al tráfico que fluía de East Boston, no dejó de consultar continuamente el espejo retrovisor, para ver si los faros del automóvil que le seguía de cerca se orientaban siempre hacia él, con una amenazadora insistencia. No sintió ningún alivio al disminuir la velocidad peligrosamente, con el fin de efectuar una comprobación. En efecto, una vez le hubo adelantado el coche observado, inevitablemente, éste fue sustituido de modo inmediato por otro que se le antojó tan amenazador como el precedente.

Flotaba en el aire una niebla que iba espesándose al acercarse a un túnel. Emergió de éste para entrar en la zona portuaria de Boston, cuya fría humedad enturbiaba el cristal del parabrisas, recorrido continuamente por gotas de agua, donde todo eran sombras contra sombras, y farolas callejeras de luces reducidas a pálidas aureolas cruzadas por la grisácea neblina.

Se le deparaba allí, por todo esto, una ocasión de despegarse de cualquiera que pudiese estar siguiéndole, y la aprovechó enseguida introduciéndose por



calles secundarias como para atajar camino una y otra vez, y también dando una o dos vueltas a la misma manzana de casas antes de lanzarse decidido en una dirección determinada. Para sacar el mayor partido posible de tan simples tretas, comprendió, hubiera tenido que conocer Boston mejor de lo que realmente lo conocía. De nada podía servirle avanzar demasiado por una calle de segundo orden cuando corría el riesgo de haberse metido en una vía carente de salida.

Por lo que pudo apreciar, el golpe de suerte para él consistía en el hecho de que la dirección buscada radicara en la Commonwealth, ya que tenía una idea aproximada del emplazamiento de tal vía. Igual que conocía las calles de Beacon y Boylston. Estas tres y ninguna más. Se debía ello a que las tres cruzaban Boston, llevando al Longwood Cricket Club, donde se jugaban los partidos de tenis. Donde había jugado él. Una u otra era la ruta seguida para eso cada mañana, durante la celebración de un torneo, regresando de dicho punto cada tarde, en tanto se actuaba en plan de ganador.

En su época triunfal, y hasta aparecer su lesión de rodilla, había llegado a conocer por tal procedimiento un puñado de ciudades, desde Miami a Melbourne. Una ciudad era un lugar con un hotel en un extremo y una pista de tenis donde se celebraban los torneos en otro. Y en torno a estos puntos se veían esparcidos lujosos apartamentos y viviendas unifamiliares, cuyos dueños acogían amablemente a los granados talentos de todo el mundo, haciéndoles asimilar costosos gustos, así como la forma de utilizar correctamente los tenedores y el modo de hablar con los ricos. Con los muy ricos, que tenían coches con chófer, e hijas recién salidas del colegio. Malo era que uno se decantara hacia los costosos gustos. Y peor resultaba aún inclinarse por una de las hijas. El puñal que la de turno conservaba a mano para usarlo cuando llegara el momento oportuno, daba la medida clara de la distancia que separaba la porción delantera del cuerpo de la espalda.

Por encima de todo, una ciudad era un lugar para el sufrimiento, un lugar donde uno permanecía tendido en la cama, despierto, por la noche, acosado por crispantes angustias, volviendo a vivir mentalmente las jugadas erróneas, incluso en el caso de que aquel día se hubiera ganado. Era, además, un sitio en el que con el nada melodioso rumor de fondo de los ronquidos de Frenchy, uno veía las diabólicas imágenes de Fraser, de Hoad, de Cooper, de Olmedo, mostrando unos dientes centelleantes con su sonrisa de vencedores, y sus raquetas preparadas para el remate final.

A Frenchy le gustaba aquello. Tenía que ser todo así, solía señalar. Así había que reaccionar. Los nervios formaban parte del equipo de los jugadores.

Lo de estar intimidado en la cama significaba mostrarse desenvuelto sobre la pista de juego. Si los adversarios lo mantenían a uno despierto, *eh bien!*, un buen vaso de vino serviría para arreglar eso. O, si pasaba el tiempo y el vino no producía ningún efecto, un buen trago de coñac. Y si a la mañana siguiente se estaba un poco embotado a causa del coñac, una píldora serviría para ganar alguna energía. Con otra más, ingerida disimuladamente entre *set y set*, en el curso de un duro partido. Y una tercera, quizá, para asegurar el efecto. Luego, a medianoche, cuando las píldoras le habían perjudicado a uno tanto como para experimentar la sensación de que estaban arrancándole la piel lentamente a trozos, con un escalpelo, no venía mal una dosis extra de coñac para eliminar los efectos de aquéllas y atraer al sueño.

Longwood y las píldoras en un extremo; una habitación de hotel y el coñac en el otro. Esto era, sí, la avenida de la Commonwealth para Chris.

Dio con la vía después de un par de vueltas equivocadas, identificándola por el corredor de árboles que discurría a lo largo de ella, como elemento divisor, pero era imposible distinguir desde el coche los números de las casas, por culpa de la niebla. Tuvo que apearse del vehículo un par de veces para comprobar la numeración, y cerca de la esquina de la calle Exeter, cuando estimó que se hallaba a una manzana, más o menos, de distancia de su punto de destino, aparcó el coche. Inmóvil en su asiento, esperó durante cinco tediosos minutos, según su reloj, pero ningún otro vehículo fue estacionado por las cercanías durante aquel rato.

Luego, echó a andar hacia la casa y nada más verla pensó que se había procurado unas señas equivocadas. Prendergast era un hombre que daba la impresión de manejar dinero, mucho dinero, y la casa en cuestión no se correspondía con él. Era una construcción de madera, grande, pero en mal estado, con un deterioro general aparente, de aspecto casi ruinoso. Y en la extensión de césped que tenía delante, a diferencia de las que había a uno y otro lado, se descubrían calvas, y una amplia falta de cuidados. Sin embargo, aquélla era la casa que buscaba, sin lugar a error, como apreció al subir por los peldaños del porche. Junto a la puerta, en una pequeña y discreta placa de latón, figuraba el nombre y la dedicación del propietario. *Joseph Prendergast. Bienes inmuebles.*

Para ser un hombre que se ocupaba de asuntos relacionados con tales bienes, reflexionó Chris, aquella casa no constituía precisamente una buena propaganda.

Oprimió el botón del timbre, decidido, sin levantar el dedo. Hasta que, por fin, Prendergast abrió de golpe la puerta y se quedó plantado ante él,

mirándole, estupefacto.

El hombre le dio la impresión de hallarse al borde de la parálisis. Su gesto hubiera podido ser el de una persona que acabara de ver un cadáver irguiéndose en su féretro. Después, mientras Chris lo inspeccionaba fríamente desde la cabeza hasta los pies, estudiando su charro pijama, tan poco congruente, y su precioso batín japonés, Prendergast fue recobrándose, estrechando el escote de éste, como una mujer que hiciera una petulante demostración de recato.

—¿Qué está usted haciendo aquí, Monte? ¿Qué quiere? —Visito a mi esposa, Joe.

—¿Aquí? ¿A las dos de la madrugada? Está usted bebido, Monte, ¿no es eso? Yo vi por última vez a Elizabeth...

—Apártese, Joe.

Chris se abrió camino adelantando un hombro y dejando a un lado al otro. A continuación, cerró la puerta. La luz del vestíbulo era débil y no se veía otra allí abajo. Pero una faja luminosa en la parte inferior de una puerta hacía visible el comienzo de la escalera, en el primer piso.

—¿Dónde está ella? ¿Ahí arriba?

—Me encuentro solo aquí, Monte. Y esto es un atropello. Si no sale de esta casa dentro de un minuto, sin más, llamaré a la Policía.

—Claro que lo hará. Seguidamente, yo diré a los agentes que se pongan en contacto con sus colegas de Miami Beach. Hasta es posible que el teniente Greenberger me conceda un premio por ello. Precisamente se está preguntando dónde para usted.

—¿Por qué? —Prendergast era todo cautela ahora—. ¿Qué es lo que puede tener que ver ese hombre conmigo?

—¿De qué otra cosa puede tratarse si no es del asesinato de Marty McClure? Greenberger averiguó que usted pidió prestados treinta mil dólares a Marty en el curso de los últimos meses. Se imagina que cuando Marty se puso pesado al reclamarle su dinero usted se decidió, quizás, a quitárselo de en medio.

—¡Eso es una locura!

—Desde su punto de vista, no, Joe. Él cree probablemente que la Policía de Boston no se ha lanzado sobre usted todavía, pero que cuando lo haga descubrirán todos que se las tienen que haber con un respetable hombre de

negocios centrados en los bienes inmuebles, exactamente igual que Marty fue considerado un respetable propietario de hotel. Un tipo muy moral el tal Greenberger. Daría su brazo derecho por oírme decir que yo me encontraba en el sitio preciso cuando usted amenazó a McClure de muerte. Seguidamente, podría hacerle comparecer ante la justicia y dejar zanjado este asunto.

—Usted no podría hacer eso —contestó Prendergast—. Sería un perjurio, usted lo sabe.

—Por supuesto. Pero ocurre que soy un individuo duro de pelar, Joe, y usted lo sabe.

La relamida fachada de Prendergast se desmoronó aparatosamente. Sus ojos brillaron con furia; sus labios se entreabrieron, enseñando los dientes. Parecía un hurón hostilizado.

—Es usted un necio, Monte —dijo como mordiendo las palabras—. Si es dinero lo que desea obtener de mí, debe saber que estoy hipotecado hasta las orejas. ¿Cree que hubiera recurrido a un bastardo como McClure, de no haber sido así? De todas maneras, va a conseguir ganarse cincuenta mil dólares por casarse con Elizabeth. ¿No le basta con este dinero?

—Claro que me basta. Pero es que yo cobraré esa cantidad únicamente en el caso de que a ella no le ocurra nada. He aquí lo que motiva mi presencia en esta casa. No es cuestión de dinero. Sólo quiero asegurarme de que no le pasa nada malo.

—Pues entonces ha errado el blanco. Le he dicho que no se encuentra aquí. No sé dónde para. ¿Por qué he de conocer yo su paradero?

—Porque fue usted la persona que la recogió en mi casa de Miami, trayéndola aquí. —Chris levantó la voz para ser oído en aquella puerta parcialmente abierta del principio de la escalera—. ¿Se ha dado cuenta, Joe, de que ella es realmente una chica de muy buen ver? Apuesto lo que sea a que sí. Su caritativa actitud podría proporcionarle muchas satisfacciones en los momentos en que no hubiera nadie más en casa.

Prendergast lo miró con la boca abierta.

—¿Habla usted en serio? —preguntó, con un gesto de incredulidad—. ¿Cree que he estado entendiéndome con ella?

—Buscaré la prueba. Echemos un vistazo por ahí.

—¿Por qué no?

Su tono al hablar, la seguridad con que le guió escaleras arriba, dieron a entender a Chris, incluso antes de que la puerta de la habitación brillantemente iluminada se abriera, que ésta se encontraba vacía. Así fue, en

efecto. Chris vio unos macizos muebles de dormitorio, todos ellos de buena calidad, pero mostrando las mismas huellas de largos años de uso, como la casa misma, y un receptor de televisión con el volumen al mínimo, silencioso, en cuya pantalla varios vaqueros e indios estaban enzarzados en feroz pelea. No había nada más allí. Y los armarios sólo contenían prendas de vestir.

—¿Dónde está su habitación? —inquirió Chris.

—Yo no me dedico a hacer de guía, conduciendo a los turistas por los dormitorios de las gentes. Bueno, ¿por qué no opta ahora por disculparse por haberse metido aquí y se larga inmediatamente con viento fresco a la calle?

—Escúcheme con atención. No estoy dispuesto en modo alguno a tomarle por una especie de diácono, ¿sabe, Joe? —Chris se desabotonó la chaqueta, dejándola entreabierta. Después, introdujo sus pulgares en el cinturón, enseñando a su interlocutor el arma—. ¿No le dice esto, Joe, que no bromeo precisamente?

—No me asusta, Monte —replicó Prendergast, si bien sus palabras no fueron convincentes. Tenía los ojos fijos ahora en la pistola y, evidentemente, no le agradaba tal visión—. Usted no es como la gente de McClure. Usted no es más que un jugador de tenis fracasado. Jamás tendrá arrestos suficientes para utilizar esta arma.

—¿Está seguro? —le preguntó Chris, sin alterarse.

Sacó el arma y unió el silenciador al cañón. Cuidadosamente, la apuntó a Prendergast. El clic metálico que produjo al ser amartillada fue seco y claro, resonando expresivamente en el silencio del cuarto.

Prendergast adelantó bruscamente una mano, como si hubiese intentado parar un proyectil que llegaba...

—¡Arriba! —exclamó angustiado—. ¡Vamos arriba!

El techo de la habitación de Beth, en el segundo piso, ofrecía una pronunciada inclinación, como correspondía a la línea de los tejados de la casa. De no haber habido allí una estantería atestada de libros, el cuarto hubiera podido ser tomado por la celda de un convento. El mobiliario quedaba reducido a una cómoda, una silla de respaldo recto, la cama y una mesita de noche. Nada de cuadros ni adornos. A menos que el cenicero de vidrio colocado sobre la mesita de noche fuese considerado ornamental.

Sobre la cama había una maleta abierta, con el contenido desordenado. Sin embargo, ella había entrado con dos en la casa de la calle Quinta. Allí no se veía la segunda maleta por ninguna parte.

—Ella llegó aquí con usted —dijo Chris—. Después, cogió una de las maletas, la grande, y se marchó a un sitio u otro. ¿A dónde, concretamente?

—Fue a ver a su madre.

—¿Dónde se encuentra ella?

—En un sanatorio privado —informó Prendergast, con un gesto de cansancio—. Es una enferma mental. Hace mucho tiempo que está así. Yo di los pasos necesarios para que pudiera permanecer en el mejor sitio de por aquí, donde se halla perfectamente atendida.

—Cuesta mucho dinero tenerla allí, ¿verdad?

—Cuesta un ojo de la cara y algo más. No creo que esto vaya a interesarle, Monte, pero sucede que ésa es una de las causas fundamentales de que yo me encuentre tan entrampado.

—Entonces, ¿por qué ha procedido de ese modo con ella? Tales palabras parecieron reavivar la irritación de Prendergast de momentos antes.

—Mire usted, Monte: si un sencillo acto caritativo...

—Vamos, vamos, Joe, no se esfuerce por presentarse ante mí como un buen samaritano. Usted no responde a este tipo.

—Debo reconocer que esto es cierto. En circunstancias normales. Pero es que cuando vi lo angustiada que se sentía la muchacha por no poder atender debidamente a su propia madre, me sentí afectado. Fue un error, pero entonces no lo sabía. Y cuando empezaron a salir billetes y más billetes, y me di cuenta de que me había metido en un lío, era ya demasiado tarde para dar marcha atrás. Yo cuando hago una promesa la cumplo.

—¿Vale esto también por lo que respecta a Elizabeth? ¿Qué le prometió ella a cambio de su actitud de buen samaritano?

—Nada. Absolutamente nada. Al menos, Monte, trate de meter en su cabeza la idea de que no hay nada sucio entre la chica y yo.

—Lo estoy intentando. Y me resultaría la cosa más fácil si supiera por qué la traje apresuradamente aquí desde Miami en la forma en que lo hizo. No fue para ver a su madre, ya que no lo necesitaba a usted para eso. ¿Cuál fue la razón?

—La razón fue usted, Monte. Iba a participar con la familia en un crucero que comenzaba el sábado a mediodía, pero poco antes de zarpar la embarcación tuve noticias de que se me ofrecía la oportunidad de cerrar un importante trato aquí. Lo malo era que no sabía dónde había archivado Elizabeth la documentación correspondiente. Cuando establecí contacto con ella, en su casa, sólo acertaba a hablar del peligro a que lo había expuesto a usted. Parecía pensar que cierta gente le seguía los pasos por causa de la herencia, con ignorados fines —quizá se tratara del grupo de que nos habló Warburton—, y al trasladarse la joven a su casa comprendió que lo había

expuesto a un peligro. Me dijo que había tomado la decisión de permanecer lo más alejada de usted que le fuera posible, hasta el momento de reunirse ambos en Londres. Insistió en que la trajera conmigo a Boston, para dirigirse a Londres en un vuelo que partiera de aquí. No pude hacerla desistir de sus propósitos. Y lo intenté, créame.

Chris consideró, pensativo, estas palabras. Era frustrante la experiencia de no lograr encajar los distintos fragmentos de un rompecabezas. Pero descubrió que no se experimentaba una sensación más placentera precisamente por el hecho de que, como ocurría en aquel caso, los distintos elementos de aquél, al parecer, encajasen entre sí a la perfección.

—Usted tiene el despacho aquí, en esta casa, ¿verdad? —preguntó por fin.

—Sí.

—Veámoslo.

El despacho era la habitación situada más allá del dormitorio principal, en el segundo piso, donde, gracias a estar abierta la puerta, podía todavía verse a vaqueros e indios atacándose mutuamente en silencio en la pantalla del receptor de televisión. Era un despacho auténtico. Contaba con los muebles normales, con sus filas de cajones de archivo... Al menos, todo lo que se veía allí daba la impresión de ser auténtico.

Mientras Prendergast procedía a sentarse en el sillón giratorio situado tras la mesa, observando ceñudo a Chris, éste abrió uno de los cajones de archivo, sacando del mismo una carpeta al azar, que comenzó a hojear. Vio un folleto correspondiente a un nuevo edificio de apartamentos, correspondencia relacionada con la venta de un almacén, recibos por el alquiler de una vivienda. Todo parecía estar en orden allí, sí. Dejó aquella carpeta y cogió otra. La misma historia.

Volvió a sus sitios respectivos las dos carpetas, en el cajón, cerrando éste de un golpe.

Prendergast sabía ahora que acababa de ganarle la partida.

—Si me dice usted qué intenta encontrar —dijo con descarada malicia—, puede ser que esté en condiciones de ayudarle en sus indagaciones.

—No lo creo, Joe. Lo que yo intento es descubrir qué clase de negocio se trae usted entre manos realmente, pero, claro, esto es algo así como un secreto entre usted y Elizabeth, ¿eh?

—Yo me dedico a efectuar operaciones con bienes inmuebles, Monte. Y esto no es ningún secreto.

—Usted se ocupa de algo más, compañero. Es algo especial, que a los policías les gustaría conocer. Esto sucede siempre con la gente que recurre a



tipos como Marty McClure.

—Cuando se anda escaso de dinero...

—Ni aun en tales circunstancias la gente buena va en busca de sujetos como Marty McClure. Lo que pasa es que esa clase de gente ni siquiera sabía que él se dedicaba al negocio de prestar dinero al cincuenta por ciento de interés. Y esto es solamente la mitad de su problema. La otra mitad consiste en llevarme al convencimiento de que se enteró del asesinato de Marty por la radio o la televisión.

—Nunca afirmé tal cosa.

—Me lo supongo, sin embargo. Es ya demasiado tarde para decirlo ahora. Usted no se sorprendió lo más mínimo cuando le dije que él había muerto, Joe, así que estaba enterado del hecho. Ahora bien, usted salió de Miami antes de que los policías hubiesen divulgado la historia. Usted, claro, dispone de unos medios misteriosos para enterarse de las cosas, ¿eh? O quizá todo sea debido, simplemente, a que es tan afortunado que siempre se encuentra en el sitio exacto cuando se produce el suceso. De una manera u otra, usted es de la calaña de Marty y su gente.

Bruscamente, Prendergast volvió a ser el hurón de minutos antes.

—¿Y de qué calaña puede ser un chantajista, un hijo de perra y cazafortunas como usted, Monte?

—He aquí una buena pregunta, Joe. ¿Dónde para ese sanatorio en el que Elizabeth está de visita a las dos de la madrugada?

—Queda al otro lado del río, en Watertown, cerca del club de campo que hay por allí. Y no lo está visitando a esta hora de la noche. Tras las horas de visita, se quedó en casa de una familia que habita en las proximidades, la del doctor Francis Degan. Éste es quien dirige el establecimiento sanitario. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Piensa presentarse allí ahora mismo, para amenazar a la muchacha con su pistola, por haber intentado alejarle de un posible peligro?

—No. Digamos que voy a presentarme allí porque cuido de sus cosas con el mismo interés que ella cuida de las mías. ¿Cuáles son las señas exactas?

Prendergast necesitó un poco de tiempo para localizarlas en una agenda. Luego, nada afable, facilitó a Chris instrucciones para el desplazamiento.

Sus palabras de despedida, en la puerta principal, reflejaron claramente su actitud.

—Entiéndalo bien, Monte. Usted y yo hemos terminado. Elizabeth será siempre bien acogida aquí. Esto, por supuesto, no reza con su persona.

—Todo parece indicar que de los dos yo soy el más afortunado —replicó Chris.

Al abandonar la casa observó que la neblina se había disuelto en forma de fina lluvia, que iba cayendo ingravidamente. Se subió el cuello de su chaqueta para protegerse contra ella, y echó a andar a buen paso, en dirección al sitio en que dejara aparcado el coche.

Las instrucciones de Prendergast eran claras. Tenía que cruzar el Charles por el puente de la Universidad de Boston, dirigiéndose por la Ruta 3 hacia los suburbios.

Todo lo que había obtenido de Prendergast, aparte de aquellas instrucciones, era la confirmación de que el hombre había venido invirtiendo una gran cantidad de dinero en Beth, parte del cual resultaba altamente peligroso por proceder de McClure. Pero, ¿por qué se comportaba así si no conseguía en compensación satisfacciones de tipo carnal? Chris pensó que con esta pregunta tendría que enfrentarse la señora Monte muy pronto.

Vio que se estaba aproximando a una vasta extensión de terrenos despejados, en los que se levantaban algunos edificios de aspecto institucional. Debía de ser la Universidad de Boston. El *alma mater* de Beth durante un breve año. Ella y Hilary Talbot —no, entonces sería Hilary Prendergast, la reina del *campus*, si había existido una alguna vez— solían recorrer aquella avenida en el coche de la segunda, a diario tras las clases. Podía ser, incluso, que hubiesen adelantado al Cadillac de Frenchy, en su viaje de regreso al hotel después de haber jugado un partido en Longwood, yendo Frenchy, como siempre, al volante. A Frenchy no le gustaba que condujera, a Frenchy no le gustaba que él mirara a las chicas, Frenchy no le dejaba hacer nada: solamente quería que viviese concentrado en el negocio del tenis. Esto era lo malo: había sido escogido para que Frenchy pudiera revivir su gloriosa juventud. Pero cabía la posibilidad de que él hubiera adelantado a las dos chicas, ya camino del hogar, provenientes del colegio, echándoles un vistazo. Existían muchas probabilidades, indudablemente, de que hubiese llegado a ver a aquella morena de aire intimidado sentada junto a la muñeca rubia. Y ahora, ¡que Dios se apiadara de él!, estaba casado con la primera.

De todos modos, ¿qué estaba haciendo él allí, lanzado tras ella, bajo aquella llovizna, a las tres de la madrugada? Beth le había dicho donde la localizaría en Londres. Si el único interés que le guiaba era la obtención de

los cincuenta mil dólares, sólo tenía que preocuparse por una cosa: estar en el lugar convenido en el momento oportuno, con lo cual quedaría saldada la cuestión. Sin embargo, allí estaba él ahora: cruzando el puente de la Universidad de Boston y lanzándose a buena velocidad por la Ruta 3, a unos dos mil cuatrocientos kilómetros de Miami y a tres mil millas de Londres, porque, progresivamente, iba sintiéndose más y más atraído por una mujer que se había convertido en su esposa. Temía que pudiera pasarle algo desagradable. Y lo que resultaba más desconcertante: ansiaba reunirse con ella, verla, oír-la, sentirla tendida con todo su peso encima de él, sobre la cama, mordiéndole con fuerza en el hombro y confesándole que él mismo sabía a carne cruda, pero que ésta era deliciosa.

Ensimismado, se frotó el hombro. Beth le había mordido allí con fuerza. Todavía le dolía un poco...

Lo que sigue siempre a esas cosas son rumores de menudos pasos.

*Ahora, hijo, recuérdalo bien: procura sacarle ventaja en los primeros momentos. Fíjate en cómo lo hizo papá en Wimbledon...*

*Madonna mia*, se preguntó Chris silenciosamente mientras contemplaba la extensión desierta y lluviosa que quedaba más allá de su parabrisas, *¿es que esta peculiar chica con la que estoy casado me está volviendo ya tan torpe como es ella?*

La Ruta 3 era la calle Mount Auburn, y después la Belmont. Aquí vio unos terrenos que debían de ser los del club de campo. Al fondo, más allá del domicilio social de éste, se veían unas manzanas de casas. Allí quedaba la vivienda de Degan. Una luz sobre la puerta le permitió ver claramente el número. Era una gran casa, preciosa, de estilo pseudo colonial.

Una tarjeta con letra manuscrita limpiamente decía: *Dr. Francis Degan*. Chris oprimió el botón del timbre y esperó. Luego, volvió a apretar el botón. Por muy tiernos que fueran los sentimientos que aquella gente albergara hacia Beth, nadie se mostraría feliz al verse sacado del lecho por su culpa a aquella hora de la madrugada. Sin embargo, él no podía evitarlo...

Una luz se encendió al otro lado de la puerta. Y ésta se entreabrió unos centímetros, quedando retenida por la cadena de la cerradura.

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—¿Es usted el doctor Degan?

—Sí, yo soy.

—Me llamo Christopher Monte. Siento molestarle a esta hora de la noche, pero si está ahí Elizabeth Jones...

—¿Jones? —Se oyó el metálico ruido de la cadena y la puerta se abrió del todo. El hombre que apareció en el umbral, someramente vestido, de grisáceos cabellos, con un torso poderoso, inmenso, el vientre saliente y la nariz deformada debía de haber sido veinte años antes en la Universidad un gran defensa futbolístico—. ¿Es usted el Monte que yo me figuro? —interrogó en tono afable—. Es usted el esposo de la chica, ¿no?

—¿Le habló ella de nosotros dos?

Degan se encogió de hombros, en un gesto de disculpa.

—Supongo que nos ha contado casi todo lo que puede ser contado acerca de los dos. Puede echarme la culpa a mí por ello. La vi tan atormentada al entrar aquí que yo, en plan de psiquiatra, insistí en que me debía referir toda la historia. Pero estoy seguro de que ella no esperaba verle aparecer aquí y en estas circunstancias. Si quiere que le diga la verdad, Monte, me alegro de que haya venido. La chica se sentirá mejor cuando compruebe personalmente que sigue estando de una pieza.

—Me agrada saber que ella se encuentra con personas como usted, que tan bien la cuidan —manifestó Chris.

—¡Bah! Es una muchacha que se lo merece. —Degan se movió por el pasillo que conducía a la parte posterior de la vivienda—. Acompañeme. Le enseñaré el camino y usted mismo se encargará de presentarse.

Al fondo del corredor había una puerta abierta —la puerta de un sótano, entendió Chris al pasar junto a ella y sentir en la cara la fría bocanada que salía de allí— y unos segundos después comprendió que algo se cernía, amenazador, en las sombras sobre él. Algo había en aquel lugar preparado para matarlo, en el rellano con que se iniciaba la escalera de bajada.

El golpe iba dirigido a su cabeza. En el último instante, Chris intentó apartarla, pero ya era demasiado tarde. Su movimiento evitó que le partieran en dos el cráneo, pero el peso le alcanzó en la porción lateral del mismo con un fuerte impacto, deslizándose devastador hacia el hombro. Las rodillas se le doblaron y entonces Degan le pasó los brazos en torno al cuerpo, en un auténtico abrazo de oso gris, levantándole sin más para bajarlo por los peldaños del sótano. A Chris le pareció que daba ruidosa y dolorosamente contra todos sucesivamente, en una caída en la que rodó, saltó y sintió unos profundos vahídos. Todas las partes de su cuerpo se habían sentido afectadas por aquella sucesión de impactos, y la rodilla lesionada años atrás llevaba la peor parte en éstos.

Quedó por fin tendido boca arriba, medio ofuscado, esforzándose por no perder del todo el conocimiento. Se encendió la luz del sótano y vio

borrosamente la figura que se había plantado al principio de la escalera. El arma continuaba siendo mantenida en alto por el hombre, para asestar un segundo e innecesario golpe. Era alguien que se asemejaba a Degan, que tenía sus rasgos faciales, su misma altura. Ahora bien, este individuo vestía un impermeable.

Chris cerró los ojos cuando el hombre empezó a descender pesadamente por la escalera. Era el momento oportuno para hacerse el dormido. Prendergast había encargado a aquella pandilla la misión de que lo librasen de él para siempre. Así pues, tenía suerte al seguir con vida. Lo que había de procurar ahora era continuar vivo hasta el momento de poder pasar a la acción, sacándose la pistola del cinturón. Era una pieza inútil, pero quizá fuera aún una amenaza convincente.

Fue como si Degan hubiese leído en su mente.

—Vigílalo, Larry —avisó desde lo alto de la escalera—. Lleva un arma encima.

Un zapato fue descargado con fuerza sobre sus costillas.

—No suda —manifestó Larry—. Se ha quedado frío.

—Quítale el arma de todos modos.

Unas manos recorrieron el cuerpo de Chris. La pistola salió de debajo de la camisa.

—Joe dijo que estaba dotada de un silenciador —advirtió Degan—. Debe de llevarlo en algún bolsillo. Dame las llaves de su coche también.

Las manos pasaron de un bolsillo a otro, localizando el silenciador y las llaves mencionadas.

Larry dijo:

—Si lo liquidáramos valiéndonos de este cañón haríamos un trabajo mucho más limpio que si utilizamos un trozo de tubería. ¿Tú qué crees?

—Se supone que vamos a dar a la cosa la apariencia de un accidente automovilístico, ¿no? Y si lo sacan del coche con una bala en el cuerpo, ¿quién se lo va a creer? Tú procederás tal como indicó Joe. Ahora, tírame esas llaves. Voy a acercarme al coche ahí al lado, para que podamos echarlo dentro algo lejos de la calle. Remátalo antes de que vuelva.

—Eres un bastardo, un cobarde.

—Sí que lo soy. ¡Diablos! Yo soy también el que ha de conducir el coche a lo largo de treinta y tantos kilómetros, por el campo, y esto ya es bastante como trabajo de una noche. Tú dame esas llaves y ocúpate de cumplir con tu obligación.

Chris, cautelosamente, abrió un ojo. Vio las llaves brillar fugazmente al ser arrojadas a la mano extendida de Degan, y vio asimismo que Degan abría la puerta que daba al camino vecino. Midió la distancia que separaba su mano del tobillo de Larry. Si Degan se iba, la lucha sería uno contra otro. Lo que hizo que el estómago se le revolviera, angustiosamente, fue la certeza de que si lograba aferrarse a aquel tobillo y no podía derribar a Larry, todo terminaría para él en el acto.

—¡Larry!

Había gritado Degan. Seguidamente, entró en el recinto de nuevo, intentando cerrar la puerta que abriera momentos antes, pero ésta giró, yendo a dar casi contra su cara. Bajó atropelladamente por los peldaños del sótano, llevándose una mano al bolsillo posterior del pantalón, donde seguramente llevaba un arma. Un hombre apareció en lo alto de la escalera. Otro cruzó el umbral de la entrada situada a su espalda. Los dos iban armados.

—¡Maldita sea! Vas a tropezar conmigo —aulló Larry.

Y Degan salvó los últimos peldaños de un salto, yendo a parar al suelo, quedándose en él a gatas. En tal instante, los hombres de la escalera venían a ser figuritas de feria en el tiro al blanco, blancos claramente pintados para el arma que empuñaba Larry. Ésta rugió dos veces. Los disparos sonaron como unas cargas de dinamita dentro del sótano, de pétreos muros y techo muy bajo, y luego se percibió el tableteo frenético de un arma automática, una ametralladora, desde la escalera, un tartajeo dramático que ahogó todo otro ruido, todo otro pensamiento.

El cuerpo de Larry, lentamente, se dobló hacia delante, como si hubiese tratado de apoyarse en los proyectiles que se hundían en él. Finalmente, se quedó tendido en el suelo, boca abajo. El cuerpo de Degan aparecía como si hubiera sido machacado contra el piso, hasta quedar plano. Sus vidriados ojos se habían quedado fijos en Chris. Un hilo de sangre salía de la entreabierta boca del muerto.

Chris, sin fuerza, apartó la mirada de los cadáveres, incorporándose hasta quedarse sentado. Debía haber sido aquélla, para él, una escena en la que recrearse complacido, pero sin saber por qué no sentía la menor satisfacción.

—No se mueva —le avisó uno de los hombres de la escalera.

La luz del sótano se apagó, siendo reemplazada por un haz luminoso que se detuvo en la cara de Chris, cegándolo. Una repetición de la escena nocturna en la playa de Naples, pensó. Alguien pretendía examinarlo sin ser visto.

—¿Se encuentra bien? —inquirió el desconocido.

—Sí, creo que sí.

—Yo no, en cambio —dijo el segundo hombre, quejumbrosamente, dirigiéndose a su compañero—. Todavía me dura el susto. ¿Viste la forma en que me tuvo encañonado con su arma ese hijo de perra, al hacer sus dos disparos? En esos instantes me parecía estar mirando en el interior de un túnel. ¿Cómo demonios consiguió fallar los tiros? —Otro haz luminoso descendió y subió por el muro del comienzo de la escalera—. ¿Ves eso? Ni siquiera llegó a dar en la pared. ¿Cómo te lo explicas?

—Tú eres como Superman —replicó el primer hombre—. Las balas rebotan en tu cuerpo.

Mientras bajaban por la escalera, la luz continuó fija en la cara de Chris. Éste se sintió dolorido cuando le ayudaron a ponerse en pie. No se trataba de personas atentas, afables, sino metódicas, diligentes, como pusieron de relieve al cachearle a fondo, de la cabeza a los pies, llegando incluso a examinar las plantillas de sus zapatos. Que él hubiese pasado ya por esta experiencia era cosa que no le hacía sentirse mejor.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Chris cuando dieron señales de haber terminado con él—. ¿Por qué siguen mis pasos? ¿A qué viene todo esto?

—¿Quién le ha dicho que seguimos sus pasos, señor Monte? Nosotros no somos más que unos buenos ciudadanos. Y no nos importa meternos en lo que sea cuando vemos que alguien se encuentra en apuros.

—¡Bah! Tonterías.

—No sea usted desagradecido, señor Monte. Fíjese en esto. —El hombre dirigió el haz luminoso sobre el objeto—. Unos treinta centímetros de tubo de plomo listo para ser utilizado. Un minuto más y habríamos tenido que extraérselo del cráneo.

Lo más impresionante de aquello era que la voz tenía un tono plácido, que los modales de su interlocutor eran suaves. A aquellos hombres parecía tenerles sin cuidado la nube de humo que flotaba en el sótano y la presencia de los destrozados cuerpos, tendidos sobre un suelo manchado de sangre. No parecían seres humanos. Tal vez, de ser abiertos, uno hubiera podido encontrar en su interior un puñado de transistores y alambres.

—¿Y ahora qué? —inquirió Chris, fatigadamente.

—Ahora va usted a meterse en su coche para irse de aquí, encaminándose a donde quiera. Excepto a la Policía, señor Monte. Se lo digo para evitarle muchos males. Si usted va a la Policía, ya verá cómo un techo terminará por abatirse sobre su esposa o su hermano. No sobre usted. Usted ha de seguir

viviendo para saberlo. Esto sólo con ellos va. Usted se da cuenta de que le hablo con toda claridad, ¿eh?

—Sí —repuso Chris.

—Aparte de eso, he de decirle que dentro de cinco minutos no quedará aquí nada que pueda servir para respaldar la historia que pudiera cantar. Desaparecerán esos dos fiambres, yo, hasta Superman. Todo se habrá desvanecido en el aire, como por arte de magia. En consecuencia, ¿por qué exponer a ciertos peligros a su bella esposa, a su simpático hermano? No tendría ningún objeto. Sería todo una terrible estupidez por su parte, señor Monte. Que no se le pase siquiera por la cabeza tal idea. ¿Comprendido?

—Sí. ¿Puedo echar un vistazo por la casa antes de irme? ¿Podría haber aquí alguien a quien yo deseara ver?

—Aquí no hay nadie más ya. Ni arriba, ni abajo, ni en torno a la vivienda.

—¿Cómo lo sabe?

—Eso es un secreto profesional, señor Monte. Sin embargo, le doy mi palabra de que es así. Y ahora, en marcha.

Las llaves de su coche se encontraban en el suelo, cerca de la mano extendida de Degan. Se las entregaron, subió la escalera del sótano, recorriendo el pasillo, hasta la puerta. Ya fuera, y antes de que pudiera volver la cabeza para echar un vistazo al rostro de su guía, oyó un portazo y el ruido de la cerradura al ser echada la llave.

Una vez en su coche, se alejó de aquel paraje lo más rápidamente posible.



Lo peor de aquello era ver cómo estaba dispuesto todo.

Él era un diminuto organismo observado a través del microscopio. Un organismo diminuto, pero importante. Quienquiera que fuese el que le estaba observando con el microscopio, deseaba que siguiera vivo, que se mantuviese en movimiento. Si surgía algo que amenazara con detenerle, quedaba indefectiblemente destruido. Larry había señalado que ya no sudaba, que se había quedado frío, a todo esto acariciando su trozo de tubo, y a continuación el hombre era destruido. Fuera cual fuera el camino que Chris Monte decidiera enfilar, éste era mantenido despejado, todo él poblado de luces verdes, con objeto de que pudiera seguir moviéndose.

Y no era Teodorescu ni Katia Danska quienes se hallaban al otro extremo del microscopio. Lejos de proceder a despejarle el camino, ambos habrían preferido verle muerto. A Beth le resultaría imposible reclamar su herencia de morir él, porque en el curioso testamento redactado por Clive Valentine se requería la presencia de ella ante la justicia en compañía de su esposo vivo.

Tampoco había que buscar allí la mano de la gente de Zucker. No había que pensar en tal cosa en aquella especie de juego del ratón y el gato.

Asimismo, no andaba por en medio Greenberger. Ni la Policía de Miami Beach. Lo último que ellos deseaban era verle salir de su jurisdicción.

«Así pues, todo lo que tú sabes, Monte —se dijo—, todo lo que se supone que sabes es que hay alguien al otro lado del microscopio, alguien armado con ametralladoras, dispuesto a impedir que seas quitado de en medio antes del momento planeado».

¿Cuándo había empezado aquella historia? Una semana atrás, la noche en que visitara Naples acompañado de Hilary.

¿Qué era lo que la había iniciado?

No había respuesta. No hacía más que escuchar distraídamente el rítmico sonido de los limpiaparabrisas al deslizarse por el cristal. Aún le parecía percibir el fuerte olor a pólvora; recordó los vidriados ojos de Degan, la sangre que fluía de sus entreabiertos labios.

En la Ruta 3, cuando se aproximaba al puente, divisó un coche de modelo deportivo, con una capota de lona, que se hallaba parado en el arcén de la carretera. Delante del vehículo había otro, un coche de la Policía, con la luz

interior encendida. Un agente se inclinaba sobre el deportivo, con su bloc y lápiz en las manos, hablando con el conductor en tono de enfado.

Chris se detuvo junto al coche policíaco. Se inclinó de lado, abatiendo el cristal de la ventanilla.

—¡Agente!

—Sí. Dígame.

Chris hizo una profunda inspiración. No le fue fácil esto, por la forma en que su diafragma, según sintió de pronto, se hallaba comprimido, de un modo casi insoportable.

*En consecuencia, le susurró al oído la voz amonestadora, ¿por qué exponer a ciertos peligros a su bella esposa, a su simpático hermano? No tendría ningún objeto.*

—La avenida de la Commonwealth, agente... —dijo—. Sólo quiero saber cómo puedo llegar a ella.

Esta vez, Prendergast no atendió al sonido del timbre. Con el pulgar apretado contra el botón, Chris oyó el insistente tintineo, resonando algo apagadamente en las profundidades de la casa. Pero en esta ocasión no se encendió ninguna luz, no pareció animarse nada dentro de la vivienda.

Se deslizó junto al porche, tanteando las ventanas. Habían sido cerradas.

La lluvia había cesado. El porche era ahora demasiado visible bajo la luz de la farola callejera. Avanzó al lado del muro no iluminado de la casa, chapoteando en los charcos que habían ido formándose en su estrecha acera. De vez en cuando, le azotaba el rostro una de las ramas de los arbustos necesitados de poda que crecían junto a la acera. En la porción posterior de la vivienda se veía una especie de pequeña prolongación, y pensó que debía de tratarse de una despensa o un almacén. Allí estaba, evidentemente, la entrada de la cocina.

Quitóse un zapato, valiéndose de su tacón para romper el cristal que había junto al tirador. Ansiosamente, introdujo una mano por la abertura así practicada, bordeada de puntiagudos trozos, a fin de correr el cerrojo interior. Ya abierta la puerta, se aventuró por la oscuridad, deslizándose junto a unos armarios y estando a punto de caer en el umbral del cuarto que venía a continuación.

Permaneció inmóvil, consciente de una presencia cercana a él, consciente de que había allí alguien que respiraba suavemente en su oído. Prendergast, pensó, sintiéndose poseído de una gran irritación. El hombre había oído el ruido del cristal al romperse y se mantenía al acecho, esperándole. Al igual que McClure, Prendergast prefería que fuesen otros los que matasen por él. Ahora bien, al igual que una rata acorralada —un hurón acorralado venía mejor a su imagen—, él podía ser, personalmente, un animal terriblemente peligroso.

Pero no, no era Prendergast, comprendió de repente. Estaba percibiendo su propia respiración. Cautelosamente, dio un paso adelante, de nuevo valiente, y luego, al sentir que algo frío rozaba una de sus mejillas, retrocedió violentamente y faltó poco para que profiriera un grito. Adelantó una mano y alcanzó entonces la cadena oscilante de una lámpara que quedaba por encima de su cabeza. Al diablo con el juego, decidió, irritado, y tiró de ella. La

habitación quedó de súbito brillantemente iluminada. Aquello era la cocina, y estaba vacía.

—¡Prendergast! —llamó. Seguidamente, alzó más la voz—: ¡Eh! ¡Prendergast!

Estaría muerto, se dijo. Se encontraría tendido, sangrando, embutido en su raro pijama, en su bata de fantasía. No había llegado a saber que Chris Monte era como el Ángel de la Muerte. Quien lo tocaba, estaba listo para siempre. Y por no saberlo, había hecho algo más que tocarle, había intentado acabar con él. Eso, como hubieran reconocido Larry y Degan, de haberles sido posible, constituía un error fatal.

Pero arriba, en el dormitorio principal, halló su pijama y su batín, tirados sobre la cama. Los cajones de los muebles habían sido abiertos descuidadamente. Todo hablaba allí de una partida apresurada, para conseguir la cual el dueño había hecho su equipaje a toda prisa. Chris se afirmó más en tal idea después de haber registrado la vivienda, desde el sótano hasta el ático, sin hallar el menor rastro del desaparecido. Lo más probable era que Prendergast hubiese telefoneado a Degan para enterarse de cómo había cumplido la misión que le confiara. Al no recibir respuesta alguna, o bien sospechar lo sucedido, había optado inmediatamente por ocultarse en algún sitio. Prendergast era de los hombres que pensaban deprisa y actuaban aún con más rapidez. Si su intento de asesinato había fracasado, no iba a continuar donde estaba, preguntándose qué determinación tomaría la presunta víctima.

De todas maneras, decidió Chris, habiéndose ido de allí Prendergast, tomaría posesión, sin estar autorizado para ello, de la casa, en la que Beth acabaría por presentarse cuando regresara del sitio en que estuviese en aquellos momentos. Carecía de motivos para pensar que podía haberle pasado algo desagradable, sobre todo teniendo en cuenta que, al parecer, era a él a quien casi todo el mundo intentaba llegar. Y a la joven le esperaban un millón de dólares en Londres. Fuese cual fuese el papel que desempeñara en los negocios de Prendergast, la chica querría estar allí antes del plazo límite, en compañía, además, del indispensable esposo. Entretanto...

Entretanto, se duchó entre continuos tiritones con agua fría, ya que no la había caliente en el depósito. Era ahora consciente de todos los dolores y molestias acumulados durante la noche. Una parte lateral de la cabeza, desde el mismo borde de los cabellos, no resistía, por hallarse en carne viva, siquiera el roce de sus dedos; su hombro, a causa de la contusión sufrida, era una pura mancha azul-negra; la rodilla lesionada se veía muy hinchada. Le servía de consuelo en la medida de lo posible, una pequeña medida, la idea de

que al menos estaba vivo, lo suficientemente vivo como para sufrir sus dolores.

Los estantes de la cocina se hallaban casi vacíos. Se preparó un desayuno a base de café solo y galletas nada crujientes, que untó de mermelada, y más adelante, cuando las primeras y nada prometedoras luces del amanecer se hicieron notar más allá de las corridas cortinas de las ventanas, subió al despacho de Prendergast, a ver si daba con algo que le sirviese de pista para descubrir a qué clase de negocios se dedicaba realmente el hombre. Cuanto más se fijaba en la casa, más arraigaba en él la convicción —guiándose por la calidad y condiciones del mobiliario— de que a Prendergast le habían ido en otra época muy bien las cosas, y que después había iniciado irremediablemente el descenso. No se requería ser un experto para apreciar que aquellos muebles antiguos eran auténticos, que no se trataba de imitaciones, que las ahora deshilachadas, pero todavía hermosas alfombras orientales, habían costado una fortuna en su tiempo. Pero por dentro y por fuera, la vivienda era un puro desastre. Todo daba a entender que había sido utilizada durante años sin gastarse nada o casi nada en su mantenimiento.

No era probable que los negocios inmobiliarios hubiesen dado la prosperidad a muchos en el curso de aquellos años, viniendo a suponer una catástrofe para Prendergast. Lo más seguro era que hubiese tenido él otras actividades, cuyos beneficios le habrían permitido la adquisición de aquella casa con sus extravagantes muebles. Tales actividades debían de ser realmente las que acabaran mal para Prendergast. Y después, a juzgar por la forma en que actuaba, aquéllas habían cobrado vida repentinamente de nuevo.

¿De qué índole eran aquellas actividades? ¿Tenían algo que ver con la misteriosa mercancía del tamaño de un zapato normal, la que motivara por dos veces un registro o cacheo completo de Chris Monte?

Se instaló cómodamente ante la mesa, y en esta ocasión inspeccionó a conciencia unas carpetas elegidas al azar, relacionadas con bienes inmuebles, mostrándose tan detallista como un contable. Fue para él al principio una decepción comprobar que todos los papeles consultados se referían a aquel sector de los negocios habituales. Luego, tal decepción se atenuó. Había allí unos cuantos recibos correspondientes a pequeños alquileres y a ventas de escasa importancia. En conjunto, sólo veía papeles desechables: cartas comerciales, agendas, folletos y puñados de impresos que no servían para nada. Era, simplemente, material para relleno de las carpetas. Y las cifras que figuraban en un diario rotulado *Registro de Impuestos* eran igualmente inútiles, casi. Vio que Prendergast tenía varios, limpiamente colocados en uno

de los cajones de archivo, pertenecientes a los últimos ocho años. Estos libros no se diferenciaban en nada, en cuanto a su aspecto.

En consecuencia, Prendergast había estado obteniendo dinero de otra fuente que había dejado de manar, pero que prometía ser fructífera de nuevo. Bueno, había más que una promesa. Existía una garantía. De otro modo, el hombre no hubiera recurrido jamás a McClure en demanda de los treinta mil dólares. Nadie que tuviera la cabeza en su sitio habría recurrido a McClure, pidiéndole dinero, con la idea de defraudarle.

Todo lo cual no revelaba todavía cuál era la otra fuente...

Chris volvió a poner en sus sitios respectivos las carpetas, concentrando la atención en la mesa. Había cinco cajones abiertos y uno cerrado. Los primeros sólo contenían papel de escribir, artículos de escritorio y otras cosas similares. El cajón cerrado lo forzó valiéndose de un formón y un martillo que sacó del banco de trabajo del sótano. En el cajón, lo único que había era un sujetapapeles oxidado. Al cerrarlo con un fuerte golpe, enojado, se le pasó por la cabeza el pensamiento de que aquel cajón podía tener algo que no tuvieran los cajones convencionales. No era posible que hubiese sido utilizado solamente para guardar aquel sujetapapeles herrumbroso. Sacó de nuevo el cajón, estudiándolo. Y entonces advirtió que era más corto que la mesa, en unos quince centímetros. Debía de tener un compartimiento secreto en el extremo. No cabía otra explicación.

El compartimiento quedó al descubierto cuando sacó el cajón del todo. En él encontró unos papeles y lo que le pareció enseguida un paquete de naipes sujetos con una goma de legajos. Un tanto animado por su descubrimiento, vació el cajón, dejando aquellas cosas encima de la mesa.

Los naipes resultaron ser tarjetas que componían en conjunto un índice alfabético. La goma que las sujetaba había acabado por quedarse pegada a las exteriores, haciéndose pedazos al introducir él un dedo para separar aquéllas. La letra que figuraba en las fichas, de tipo preciso, pasado de moda, era idéntica a la de las anotaciones encontradas en las cartas guardadas en los cajones de archivo.

Ninguna de las fichas contenía una fecha que permitiera descubrir su antigüedad, pero sus amarillentos bordes revelaban que lo escrito en ellas databa de hacía largo tiempo.

En la primera, y como en clave, se leía:

*BOTT*  
*9 Wash, DC*  
*17 NYC*

*Tampa*

Y en la segunda:

*SFR*  
*2 Phila.*  
*22 Wash. DC*  
*Atlanta*  
*71 Miami*

Todo era por el estilo, ficha tras ficha.

Finalmente, Chris se desentendió de ellas. Si contenían algo secreto, Prendergast era el único que debía de estar al tanto del mismo. Y, probablemente, Beth. Al juntar las fichas ordenadamente, observó que cada una de ellas tenía el tamaño exacto para poder ser colocada en el interior de un zapato. Podía ser interesante ver qué sucedería en el caso de que sus ángeles guardianes o demonios —no sabía a qué atenerse con respecto a esto — encontraran sobre su persona alguna de aquellas fichas, de deparárseles la oportunidad de cachearlo de nuevo.

Podía ser interesante, sí. Como podía serlo la acción de intentar afeitarse con una navaja barbera mientras se viajaba por un tramo de las montañas rusas.

Dejó las fichas a un lado y examinó, extendiéndolos, los papeles que hallara, muy apretados, en el compartimento secreto. También se notaba en éstos el paso del tiempo. Los papeles eran recortes de periódicos, diarios y revistas, y al ser aplanados saltaron como menudas escamas con letras impresas de algunos de ellos. También había allí unas cuantas fotografías pequeñas, con mucho grano, seguramente debidas a un aficionado.

Pese a sus defectos, era fácilmente identificable el tema de siempre. Y éste se repetía una y otra vez. Christopher Monte en los días de sus triunfos. Chris aproximándose al palco real en Wimbledon. Y a orillas del Támesis, rehuyendo la luz del sol, que le daba en los ojos. Y hablando con Frenchy Barbeau, frente al Estadio Roland Garros, en París.

Los recortes periodísticos se referían también a Christopher Monte. Una entrevista con Frenchy, tratando del ofrecimiento de Kramer para convertirse en profesional, especificándose los motivos del rechazo. Una información del *Sun* de Miami Beach acerca de la aceptación por su parte del empleo, con Frenchy, en Cobia. El asunto de Cobia era el trabajo periodístico de fecha más reciente. Lo más antiguo era un artículo acerca de él que había aparecido diez

años antes en *The Queen*, una revista británica lujosa, de altos vuelos. Para ilustrar el artículo había sido utilizada una fotografía suya muy profesional. La estudió, fascinado, maravillándose de que él hubiese sido alguna vez, en su vida, aquel joven de sano aspecto de la foto.

Pero todo esto había que dejarlo aparte. Lo esencial era que Prendergast lo sabía todo acerca de su persona antes de que él se quedara en Cobia. Existía allí algún secreto asunto que le afectaba. Luego, cuando Warburton había hecho acto de presencia con las noticias relativas al patrimonio Valentine, Prendergast había aconsejado a Beth que se casara con él, probablemente con motivo de dicho asunto.

¿Qué asunto, concretamente?

Chris se recostó pesadamente en el sillón giratorio, cerrando los ojos, tratando de desenredar aquella enmarañada madeja. ¿La herencia Valentine? No. El hecho de que Prendergast acabara de tomar parte en el intento de asesinato de que había sido víctima, eliminaba ese móvil automáticamente. Prendergast figuraba como heredero universal en el testamento de Beth, pero si bien podía pasarle por la cabeza la descabellada idea de apoderarse del patrimonio también tenía que asegurarse de que no iba a sucederle nada malo a Chris Monte, con el fin de que Beth pudiera hacerlo suyo antes.

¿Marty McClure? Prendergast había estado en buenas relaciones con McClure, como para lograr obtener de este hombre una importante suma de dinero. Cuanto más cosas se averiguaban sobre Prendergast, más posibilidades se descubrían de que habiéndose visto acosado por McClure, por causa de la deuda contraída, fuera él —y no la banda de Zucker— quien estuviera detrás del asesinato de Marty.

¿Y qué tenía eso que ver con Chris Monte? Nada.

La madeja continuaba tan enmarañada como antes.

¿A quién más se encontraba atado Prendergast?, se preguntó Chris.

El timbre del teléfono le pareció una respuesta. El inesperado sonido le hizo saltar casi del sillón.

—¿Joseph? —preguntó el comunicante, nada más llevarse él al oído el receptor—. ¿Estás ahí, Joseph?

La voz era inconfundible. Era una voz fina y aguda, con una inflexión exótica. Perteneecía a Gosala Mookerjee.

Chris estuvo a punto de colgar silenciosamente el receptor telefónico. Luego, se lo pensó mejor. Acercóselo a los labios.

—¿Sí? Dime, dime. —Abrigaba la esperanza de que resultase convincente su imitación de la voz agria de Prendergast—. ¿Qué pasa?



—¿Por qué eres siempre tan impaciente, Joseph? Ahora, más que nunca, te ruego que tengas paciencia, mucha paciencia. Acabo de pasar los peores momentos de mi vida. Nuestro pez había quedado enganchado en mi anzuelo, lo tenía a bordo ya, y se me escapó. —La voz de Mookerjee se tornó más aguda que nunca—. Te juro que no fue culpa mía. La culpa fue de esa chica, de ese monstruo. Yo creo que se prendó de él. Nada más volver yo la espalda, le ayudó a escaparse. Tenías razón, Joseph, al opinar lo que opinabas sobre ella. Es tan mala como hermosa. Y también es una traidora. Pero ten paciencia. Yo me ocuparé de ella, y proseguiremos después nuestra pesca. Conozco su proyecto de volar a Londres, de manera que iré pisándole los talones. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondió Chris, lacónicamente.

—¡Ah! Veo que tú también puedes ser comprensivo. —La inflexión de alivio que se advertía en la voz daba a la misma un tono tembloroso—. Te llamaré desde Londres cuando todo haya terminado. Nuestro pez puede darse por muerto, Joseph.

Bruscamente, colgó. Evidentemente, Mookerjee, en cuanto a la tolerancia de Prendergast, no estaba todo lo convencido que daba a entender.

Lentamente, Chris dejó en su sitio el receptor telefónico. Llegaba ahora a sus oídos, desde lejos, un rumor de bocinazos de automóviles, los sonidos del tráfico mañanero, el que se iniciaba como todos los días en la avenida. Eran aquellos sonidos tranquilizadores. Tenían su sentido exacto en un mundo por tantos otros conceptos alocado, absurdo.

Así pues, desde el principio, el móvil de las acciones de Prendergast con respecto a su persona había sido el crimen. Cuando se enfrentara con él, cuando Prendergast le contemplara con el mismo sobresalto de una persona que viera un cadáver surgiendo de la tumba, era porque Chris Monte, en cierto sentido, acababa de salir de ésta. Lo suponía muerto, en el Caribe, a mil quinientas millas de distancia, y he aquí que se presentaba ante él, lleno de vida, demasiado vivo.

Y eso sucedía no porque hubiese logrado de un modo tan brillante alterar la situación a bordo del *Chirica II*. Todo se debía a que Gosala Mookerjee y su amiga, quienes habían conseguido que se les confiara la misión de eliminarlo, pretendían engañar a Prendergast practicando un doble juego. Aspiraban a cerrar un trato con Monte, y no arrojarlo a los tiburones. Ahora, puesto al descubierto el engaño, Baby era la persona que iba a cargar con todo. Baby estaba destinada a ser pasto de los tiburones. Pero no de una manera real. Mookerjee nunca sacrificaría a su empalagosa compañera sólo para ocultar su mentira de largo alcance. Lo cual era una suerte para cualquiera de los tiburones o barracudas que hubieran podido enfrentarse hipotéticamente con Baby. Ella era tan dura y decidida, por lo menos, como esos animales.

Prendergast debía de haber empezado a pensar que se las había, al enfrentarse con Monte, con un hombre indestructible. Mookerjee había fallado al intentar desembarazarse de él; luego, gracias al Gran Hermano de la ametralladora, Degan había fracasado también. Contemplándolo todo desde ese punto de vista, el mundo podía ser brutal, pero no era en realidad absurdo, loco. Allí había un tablero gigantesco, sobre el cual, enfrentados, Prendergast y el Gran Hermano movían sus fichas. Y a juzgar por el interés que suscitaba, Chris Monte era la pieza vital del tablero. Era éste un símil perfecto. Tanto si se trataba del rey como de un peón, ninguna de las piezas del tablero sabían los móviles de los jugadores que las manejaban.

¿Hasta qué punto eran conocidos por Beth?

Subió a la habitación de la joven, registrándola metro a metro, sin poner mucho cuidado en lo que hacía. Los remordimientos de conciencia que sintió mientras escarbaba entre sus pertenencias quedaron apagados por la consideración espontánea de que él, a fin de cuentas, era su marido. Al saltar a su lecho la noche de bodas, la joven había renunciado a todos sus derechos sobre lo privado en relación con su persona.

El contenido de armarios y cajones estaba de acuerdo con la seria decoración del cuarto. Tanto los vestidos como la ropa interior tenían cualidades de las que estaba ausente lo insensato. No era que ellos no provocaran una reacción curiosamente sensual, peculiar. Imaginándose a la Beth real, a la Beth de carnes cálidas, ansiosa, asombrosamente imaginativa, de la noche de bodas, vestida con aquellas decorosas prendas, se llegaba a obtener una figura mucho más *sexy* que la de Hilary Talbot, por ejemplo, que era una mujer que vestía exclusivamente para eso.

Finalizada su labor de registro, la habitación presentaba el mismo aspecto que si hubiese sido azotada por un huracán. Como pensaba que cualquier esfuerzo por su parte para ocultar el registro vendría a ser una sucia jugada, dejó el cuarto deliberadamente en desorden, volviendo al despacho de Prendergast, donde se instaló cómodamente en el sillón giratorio, colocando los pies encima de la mesa y el teléfono al alcance de su mano. Los ruidos de la avenida se habían ido fundiendo, hasta componer una especie de amodorrador zumbido. La niebla y la lluvia de la noche anterior habían sido un presagio del cálido período posterior; la casa, al tener sus ventanas cerradas, se tornaba calurosa, sofocante. Ahora bien, una ventana abierta serviría para anunciar a quien estuviera fuera que la vivienda se hallaba ocupada. Por tanto, decidió dejar las cosas como estaban. Si Prendergast consideraba cautelosamente la idea de volver allí, estudiando de cerca la situación, cometería una estupidez al espantarlo. Prendergast era el hombre que se hallaba en posesión de las respuestas que a él le interesaba conocer.

A Chris le pareció el creciente calor, los adormecedores sonidos callejeros, el juego de la luz del sol en las cortinas de las ventanas, en conjunto, una especie de droga. Cerró los ojos, se esforzó por abrirlos... Finalmente, se dio por vencido.

¿Cuánto tiempo estuvo dormido a partir de este momento y hasta que oyó sonar el timbre del teléfono, interrumpiendo una pesadilla que tenía que ver con unas amenazadoras piezas de ajedrez? No lo sabría nunca. Lo único que sabía al despertarse era que le dolían todas las articulaciones, y que tenía las

piernas, por su colocación en la mesa, completamente entumecidas. Se tuvo que valer de las manos para hacerlas caer sobre el piso antes de lograr inclinarse hacia delante y atender la llamada telefónica.

—¿El señor Prendergast?

—No, soy Chris. Beth: ¿dónde estás? ¿Qué diablos te traes entre manos?

—¡Oh, no! —Sonó un gemido de desesperación—. ¡Oh, Chris! ¿Te encuentras bien? ¿Qué estás haciendo ahí? Tú no debieras encontrarte en esa casa.

Pensó él que esto coincidía demasiado perfectamente con el propósito de Prendergast.

—¿Qué hay de malo en que yo me encuentre donde estoy ahora? —preguntó.

—Eso es malo, en efecto. Puede ser terriblemente peligroso para ti.

Así que ella se hallaba al tanto de la situación. Todo parecía estar empezando a indicar que no habría necesidad de que aguardara la llegada de Prendergast para hacerse con algunas respuestas.

—Sea o no sea peligroso esto —contestó Chris—, tengo que verte inmediatamente. ¿Dónde estás? Iré en tu busca.

Beth vaciló.

—No. Preferiría que no obraras así.

—¿Por qué?

—No quiero explicártelo, de momento, querido. Por otra parte, lo sabrás todo pronto. —La voz de Beth revelaba su recelo—. Chris: he cambiado mi pasaje aéreo para un vuelo de mañana por la noche. ¿No podríamos vernos en el aeropuerto entonces?

—Yo te he dicho que ahora mismo, inmediatamente. Todo lo que tienes que hacer tú es indicar el sitio donde deseas que nos encontremos. —Se le ocurrió pensar que si Prendergast le enviaba otros emisarios del calibre de Degan, para que se ocuparan de él, sería una estupidez permanecer encerrado en aquella casa con la joven—. El Ritz queda cerca de aquí, ¿no? ¿Junto al parque?

—Sí. En el Jardín Público.

—Conforme. Nos veremos en el vestíbulo. —Recordaba con claridad éste. Era difícil imaginar que podía servir de marco a cualquier escena violenta—. ¿Cuánto tiempo tardarás en llegar? ¿Te encuentras cerca?

—Sí. Pero no podré presentarme allí antes de las tres.

Chris consultó su reloj, viendo que no habían dado todavía las doce del mediodía.

—Son tres horas de espera. ¿No puedes ir antes?

—No, no puedo. De veras que no me es posible. —La joven parecía estar a punto de echarse a llorar—. Chris...

—¿Qué?

—Cuando nos veamos, por favor, no te muestres enojado conmigo. Procura no decir nada tampoco, hasta que yo te lo haya explicado todo. Bueno, también es posible que no te enfades por nada... —manifestó Beth, confusa—. ¡Demonios! ¡Lo que daría yo por saber qué sienten los hombres ante ciertas cosas!

—Algunas cosas nos dejan muy afectados. ¿Dónde estuviste anoche?

—¿No se encuentra el señor Prendergast ahí? ¿No te lo explicó él?

—No, no se encuentra aquí en estos instantes. En efecto, me dijo que te hospedabas en casa de una familia apellidada Degan.

—Es cierto.

—Seguro, pequeña.

—Chris: no debes sentirte molesto, querido. Él es un médico muy respetable, como su esposa. Oye: no te sentirás celoso, ¿eh?

—Pues sí, me siento frenéticamente celoso.

—Muy bien. Eso me gusta. ¡Ah! Yo he llamado ahora porque quería decir al señor P. que no estaría de regreso hasta bien avanzada la tarde. Por tanto, encárgate tú de transmitir el mensaje.

—Puedes contar conmigo, querida —replicó Chris.

A las dos y media abandonó la casa, echando a andar hacia su coche a lo largo de aquella manzana. Instintivamente, mantenía los hombros rígidos, pensando en el proyectil que podía incrustarse entre ellos entonces. Pero la bala no llegó. Se enfrentaba con uno de aquellos engañosamente impecables días de Nueva Inglaterra —clima de un cálido verano hoy, nieve mañana—, informado por una dorada y placentera luz, por un intenso olor a frescos verdes. Evidentemente, se encontraba en el más pacífico y grato de los mundos, sin el menor vestigio de una amenaza.

Sabía, sin embargo, que desde cerca de él —desde un coche estacionado, desde una ventana, desde cualquiera de los gigantescos árboles—, estaba siendo observado cada uno de sus movimientos. Quizá Prendergast no se hallase en aquel escenario. Ahora bien, el Gran Hermano no había cubierto una distancia tan grande siguiéndole hasta allí para ahora renunciar a su persona. Sacó su maleta del coche, encaminándose a la casa nuevamente, tratando de comportarse de una manera natural, aunque no logró relajar sus rígidos hombros.

Se había impuesto ya de la disposición general de la zona contemplándola desde la ventana de la habitación de Beth, que permitía ver la parte posterior. Salió de allí por la puerta trasera, la del cristal roto, cruzando un patio y un seto. Finalmente, se deslizó por una vía que quedaba entre dos edificios situados uno frente al otro en la manzana siguiente. La calle Newbury. Aceras espaciosas atestadas de chicas tipo colegiala, de aspecto normal y *hippies* también. Pequeñas tiendas de artículos elegantes, sosegadas galerías de arte, deslumbrantes y antisépticos bares expedidores de hamburguesas. Un mundo de aspecto tan inofensivo como la avenida de la Commonwealth. ¿Quién en aquel medio podía ser sospechoso de llevar encima una ametralladora?

Unas cuantas manzanas más allá, Newbury terminaba en el Jardín Público. Una vez aquí, localizó el Ritz Carlton. Consignó en el registro el nombre de Frederick Walker y esposa. Al firmar la ficha pensó que tenía que agradecer a su padre poder disponer de un nombre tan neutro. Tenía, por otro lado, su poco de color. A diferencia de los apellidos Smith o Jones, siempre sospechosos, el utilizado ahora era de los que con toda garantía son pasados por alto por cualquiera entregado a la tarea de examinar unas tarjetas de registro.

Dio propina a uno de los mozos del servicio, para que trasladara la maleta a su habitación, instalándose después en el vestíbulo para esperar a su esposa. El hotel tenía dos entradas —la que daba a la calle Arlington quedaba delante del Jardín Público—, circulando mucha gente en los dos sentidos por ellas. Allí ya no se veían colegialas, al menos de la clase *hippie*. Casi exclusivamente, ciudadanos sólidos y permanentes que daban la impresión de haber salido de los vientres de sus madres con sus gafas de concha y carteras *attaché*, y cuyas mujeres, costosamente adornadas, casi no podían ser diferenciadas entre sí. Con una excepción. Era una rubia alta, captadora de miradas, que avanzaba por la larga tira de alfombra del centro del vestíbulo, resultando positivamente incandescente entre todas aquellas luces, débiles, como de velas. Era una rubia psicodélica, ataviada con mini falda; sus medias de malla revelaban una larga y atractiva zona de sus muslos, entre el remate de las altas botas y el bordillo de la reducida falda. Chris, que había advertido su presencia, situado en aquellos momentos en el extremo opuesto del vestíbulo, comprendió que no importaba mucho que mirara abiertamente, puesto que todos los hombres de las inmediaciones estaban haciendo lo mismo. Las mujeres también, pero los ojos de éstas eran fríamente apreciativos.

La joven se volvió hacia él.

—¡Chris! —exclamó.

Y aceleró el paso.

Chris se puso en pie, tratando de combatir su ofuscamiento, y su esposa se arrojó en sus brazos. Era una chica fuerte. Sus manos, contraídas en puños, golpearon su espalda con energía, hasta el punto de hacerle daño. Al volver la cabeza, Chris observó que los hombres de por allí le miraban a él ahora, con una expresión que podía juzgarse de cordial envidia. Pero, se dijo, ellos no sabían que la joven traía consigo graves problemas.

Finalmente, ella lo soltó.

—Has estado preocupada, pensando que yo podía sentirme irritado —dijo Chris—. ¿Por qué? ¿Era a causa de este atuendo?

—Me sentía espantada. Sí, ésta es la palabra, querido. Especialmente, me preocupaba el pelo. —Sus cabellos tenían ahora el tono del jerez, un rojizo dorado; en una brillante tira, quedaban recogidos parcialmente con una cinta en su nuca, derramándose el resto sobre sus hombros—. Las ropas son cosas de mi equipo de novia compradas en Miami. Sabía, por tanto, cómo me sentarían, más o menos. Lo de mis cabellos, no. He tenido que habituarme a esto, mientras caminaba hacia aquí, mirándome constantemente en los

cristales de los escaparates. Primeramente, fue terrible... Luego, me dije: «Estoy contemplando algo superior, y de ser yo el esposo de una chica así no la perdería por nada del mundo». Ahora, en cambio, vuelvo a sentirme espantada.

—Bueno, pues procura que se te pase eso. Al menos, en lo que a tu aspecto atañe.

—¿No te importa, entonces? ¿Te gusta lo que he hecho?

—Me gusta tu aspecto. Lo que no me agrada es no estar informado acerca de tus propósitos. Hay aquí una habitación reservada para nosotros. Subiremos a ella ahora mismo, para hablarnos los dos con entera sinceridad. ¿Dónde está tu maleta?

—La dejé en el aeropuerto ayer. Contiene mis efectos con vistas al viaje a Inglaterra, así que pensé que ya la cogería cuando saliera del país. Chris, tú estás enojado conmigo. Pero has de saber que el único motivo de que silenciara ante ti mi partida de Miami fue el deseo de que no me siguieras. Es peligroso para ti estar conmigo, pienses lo que pienses.

—Una vez arriba, te diré qué es lo que pienso —manifestó él, deslizando una mano bajo su brazo para guiarla hacia el ascensor.

Beth se echó un poco hacia atrás.

—¿No podría al menos comer mientras me hablas? —inquirió la joven, muy seria—. No he tomado nada desde el desayuno. Estoy hambrienta.

Probablemente no mentía, se dijo Chris. Pero era también más seguro que estuviese intentando aplazar la confrontación de los dos en privado. Sea lo que fuere, él se acordó entonces de que también había estado sintiendo un hambre rabiosa.

A aquella hora, el comedor de la planta superior estaba casi vacío. Cuando Chris rechazó el ofrecimiento del camarero, que le había mostrado una mesa con una situación privilegiada, desde la cual se dominaba el Jardín Público, señalándole otra emplazada en el punto opuesto, al fondo del comedor, en un rincón, el hombre pareció sentirse contrariado. Era evidente que la bella dama, colocada en el sitio adecuado, habría realzado el aspecto de la gran nave. Procediendo de otro modo, la joven era totalmente desaprovechada.

Beth miró a su alrededor.

—Me gusta esto. Es como me he imaginado siempre que sería Boston. Nunca estuve aquí. ¿Tú sí?

—Sí, cuando hacía el recorrido habitual de los torneos. A Frenchy le agradaba siempre lo mejor, en tanto los gastos corrieran a mi cargo. Bueno,



¿de qué gran peligro estabas tú librándome al partir de Miami tan rápidamente?

—¿No te lo dijo el señor P.?

—No.

—Ignoro por qué no lo hizo. Recibió un cablegrama de Warburton poco antes de que comenzara el crucero. En él se le notificaba que Teodorescu había salido para Miami en avión el día anterior y que había de tener mucho cuidado. En consecuencia, canceló el crucero y fue en busca mía para informarme del asunto. Creía que lo mejor que podía hacer era trasladarme a Boston con él inmediatamente, para salir de aquí hacia Londres, por avión. Esto ocurrió mientras tú te hallabas ausente de la casa. Me dije entonces que de esa forma tú no te encontrarías a mi lado si Teodorescu me localizaba de una manera u otra, siguiéndome a Boston, y el hombre nos ocasionaba algunas dificultades. Nosotros podíamos vernos más tarde en Londres, sin más obstáculos.

—¿Puso Prendergast el cable en tus manos? ¿Puedes enseñármelo?

—No. Se limitó a explicarme lo que decía.

—Así que tú no llegaste a ver el cable, ¿eh?

—No, pero ¿qué más da eso? —De repente, la joven comprendió que el detalle tenía su importancia—. ¿Intentas darme a entender que no hubo ningún cable de Warburton, que fue un cuento inventado por él?

—Eres tú quien lo dice todo. ¿Dónde estuviste anoche?

—Ya lo sabes, Chris. Ahí tienes a esa agradable pareja que ya mencioné, al señor y la señora Degan, quienes tienen su casa en los suburbios. Ocupé durante toda la noche su habitación de los huéspedes. Toda la noche. Y estuve sola.

—¿Por qué tuviste que pasar la noche allí?

—¿Hemos de ocuparnos de eso? —inquirió Beth, esforzándose por sonreír—. Te aseguro formalmente que fue una noche perfecta, carente de pecados.

—Tus pecados son cosa tuya, pequeña. Ocurre que me siento interesado por el tal Degan. Me gustaría saber más acerca de él.

—Está bien. Degan es un psiquiatra de prestigio, del sanatorio en que se encuentra mi madre. Al visitarla yo de noche, él y su esposa insistieron en que durmiera en su casa, ya que el viaje hasta la ciudad es largo, a menos que se disponga de coche. Lo siento, Chris. Supongo que esto es la causa de que te sientas enojado, el hecho de que no te explicara todo lo de mi madre antes de llegar a esto. Es que ni siquiera me gustaba pensar en ese problema. Y yo no

quiero que mis pecados sean cosas exclusivamente mías. Deseo compartirlos contigo.

—¿Qué fue lo que le ocurrió a tu madre?

—Siendo yo una niña tuvo un accidente de automóvil, produciéndose una lesión cerebral que fue de mal en peor. Es una catatónica sin esperanza en la actualidad. Vive totalmente concentrada en sí misma. Permanece quieta, sentada, mirándome, y no me reconoce. La visito porque estimo esto mi deber. Pienso en mi padre, porque fue él quien me hizo prometerle que procedería así. Cuando lo del accidente, ella se encontraba en el coche en compañía de un hombre, de regreso a su apartamento. Mi padre se enteró después de que ella había sostenido relaciones con varios individuos, aprovechando que él andaba muy ocupado con los integrantes de su congregación. Bueno, ya lo sabes todo. De todos modos, antes o después, lo habrías sabido.

—Yo suelo decir que cuanto antes mejor, siempre —señaló Chris—. A propósito... Estando en casa de los Degan anoche, ¿no advertiste nada fuera de lo corriente? ¿No oíste disparos o gritos? ¿No percibiste rumores de movimientos extraños?

—¿Disparos? —Ella frunció el ceño—. ¿Qué estás diciendo?

—No te sorprendas tanto, pequeña. —El camarero apareció junto a la mesa, procediendo a servirles con mucha ceremonia lo solicitado. Chris esperó a que el hombre se hubiera marchado antes de añadir—: Te estoy hablando de un rompecabezas gigante, cuyos distintos fragmentos sucede que estoy intentando ensamblar.

—Todo está empezando a parecerme más bien un interrogatorio en regla.

—No. Aquí lo que hay es uno de esos rompecabezas de fragmentos irregulares. Se coge una pieza aquí y otra allá, y van ensamblándose unas con otras, hasta componer un cuadro. Y no hay que ocultar pieza alguna en las manos. ¿Hubo movimiento en ese sitio en que ayer pasaste la noche? ¿Llegaste a oír ruidos semejantes a disparos?

—No.

—Perfectamente. Probemos con otra pieza. El sábado por la noche, cuando entraste en mi casa con el disco fonográfico que dejaron en tu cuarto de Cobia, no me dijiste que disponías allí de un tocadiscos que te hubiera permitido escuchar inmediatamente lo grabado. Tú me diste la impresión de que carecías de aquél, deseando reunirte conmigo para eso. ¿Por qué obraste así?

—Quería estar contigo como fuera. No era lógico que me quedara tan tranquila en aquella habitación, sola, haciendo funcionar el tocadiscos después de lo ocurrido. Salí de allí lo más rápidamente que me fue posible. Además, el tocadiscos no era mío. Pertenece a Hilary. Lo dejé sobre la mesa, para que se hiciera ella cargo del aparato.

—¿Y sigues sin saber todavía quién te envió el disco?

—¿Cómo podía yo averiguar eso, Chris? ¿Qué es lo que te hace pensar que eso es algo que estaba a mi alcance?

Chris respondió, complacidamente:

—Es que pienso que tú conoces a una persona llamada Mookerjee, Gosala Mookerjee.

En el rostro de la joven se leía claramente la respuesta: conocía a éste, efectivamente. Pensó Chris que ello hubiera debido proporcionarle una sensación de triunfo, pero la verdad es que lo único que experimentó fue una impresión de profundo desaliento.

La chica debió de comprender enseguida que se había delatado a sí misma por su expresión, y que no conducía ahora a nada el disimulo.

—¿Lo envió e7?

Beth movió la cabeza, como si aquella idea la hubiera dejado pasmada.

—Así pues, ¿lo conoces?

—Sí. Lo conocí encontrándome en la casa, hace varios meses. Sostenía relaciones comerciales con el señor P.

—¿De qué índole?

—Eran negocios que tenían que ver con bienes inmuebles, supongo. Pero, ¿cómo descubriste su existencia? —Beth se apresuró a corregirse a sí misma—. Quiero decir, ¿cómo descubriste que fue él quien me mandó el disco?

Se le había ido la lengua un poco, lo suficiente para indicar que estaba aturrullándose. Chris pensó gravemente que éste era siempre el objetivo de un Greenberger cuando sometía a un sospechoso a interrogatorio. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera poseer una de las habilidades del teniente.

—Conocí al hombre en Miami, ayer —explicó él—. Has de saber que piensa mucho en ti.

Beth hizo una mueca.

—Es lo que solía decirme cuando estuvo aquí. A diario, durante toda una semana. Llegué a pensar que tenía la intención de hacerme una proposición matrimonial. Esto era ridículo.

—¿Ridículo? ¿Por qué?

—Él era un tipo ridículo, un pequeño monstruo. Me tenía a todas horas cogida una mano, susurrándome al oído apasionados cumplidos. Yo me había figurado siempre que los hindúes estaban en lo más alto de la sofisticación sexual. Él era tan sutil como un desprendimiento de tierras. Lo único que puedo decir en su favor es que, al menos, siempre que se mostraba apasionado lo hacía en privado; se aseguraba invariablemente de que no había nadie por las inmediaciones cuando daba rienda suelta a sus sentimientos. Tenía que dar gracias a Dios por ello. Me imagino que el disco fonográfico no contenía más que un melodramático y pasajero lamento hindú de tipo amoroso... ¿No era así?

—Sobre lo de pasajero no sé qué decirte —manifestó Chris, serio—. Él parece sentirse todavía muy afectado.

—Probablemente, porque siente una inclinación irresistible por las chicas altas. A muchos hombres de su talla les pasa esto.

—O tal vez lo que le atraiga realmente sean las muchachas sorprendentes, ciertas chicas de aire abrumado, que se ocultan bajo trajes de lanilla y vestidos de Back Bay Boston.

Beth miró a Chris con fijeza. Luego, movió lentamente la cabeza.

—No me gusta este juego, Chris. Me refiero a tu rompecabezas. No resulta divertido.

—Quizá te resulte más divertido a medida que vayamos avanzando. Tú no desesperes, pequeña.

—¡Y deja de llamarme pequeña de una vez! —exclamó Beth, repentinamente acalorada—. Por tu forma de entonar las palabras, esto no hace pensar precisamente en la dulce charla de Tinpan Alley. *Es mejor que lo sepas, pequeña*. Esto suena cargado de desprecio; hace pensar en la forma de expresarse de los *hippies*, tanto si quieren dar a entender una cosa como si expresan otra. No te parecí una chica zafia la otra noche en la cama, ¿verdad? Ni tampoco ahora, al vernos hace unos minutos, ¿eh?

Chris respondió, con fría deliberación:

—Oye, pequeña: ¿por qué razón hasta ahora anduviste siempre vestida como si hubieses sido una especie de Annie, la huérfanita?

El rubor se acentuó en el rostro de ella.

—¿Cuál es tu talla? —preguntó.

—Un metro ochenta y ocho. ¿Qué tiene que ver esto con lo que estamos hablando?

—Mucho. Porque si cuando me encontraba cursando estudios de enseñanza media algún chico hubiese querido salir conmigo, es posible que

yo hubiese abrigado ideas distintas acerca de mi forma de vestir. Yo mido un metro setenta y cinco de talla ahora, y un metro setenta y cinco centímetros era mi talla cuando tenía quince años. A todo esto, me caracterizaba un acné galopante y unas inseparables gafas. Llevaba los vestidos que me señalaba mi padre, un hombre muy querido para mí, pero equivocado, que pensaba que de esta manera la hija no iba a tropezar con los problemas que complicaron la existencia de la madre. En consecuencia, no había salidas con chicos. Pensaba en éstos, diciéndoles mentalmente: «¡Qué idiotas sois! No acertáis a ver que debajo de estos atuendos hay una muchacha realmente agradable y divertida. ¡Estúpidos adolescentes!: no sabéis lo que os estáis perdiendo. Y voy a demostraros que me tenéis sin cuidado». Lo mismo me pasó en la enseñanza superior. Y más adelante, al empezar a trabajar. ¿Queda explicado todo?

—Tiene que haber habido un hombre, por lo menos, a lo largo de todo el camino —señaló Chris, agudo.

—No tienes que dártelas de astuto. Hubo algo más, sí, a lo largo de los años, algo más que una sola y simple relación casual. Hubo un hombre con sensibilidad suficiente para advertir que yo era algo especial. Al menos, durante algún tiempo lo apreció así. Pero tampoco a él le hice concesiones. Por tanto, tú has sido el que alteró el antiguo estado de cosas, aunque lo lamentes. Y la verdad es que lo lamentas. Quiero decir que al contemplar estas ropas, mis cabellos... al fijarte en mi persona, tienes la impresión de que ya no vas a sentirte capaz de rechazarme con la facilidad de antes, y lo sientes. Tal es el motivo de que ahora te estés comportando como un bastardo, ¿no?

A Beth parecían ir a flamearle las mejillas; le brillaban demasiado los ojos; parecía estar a punto de echarse a llorar. Lo de siempre, pensó Chris, molesto. Cuando una mujer no sabe cómo arreglárselas para salir de un aprieto prueba suerte con las lágrimas, con los sollozos, *ad miseracordia*.

Se tomó su tiempo para encender un cigarrillo.

—¿Qué clase de operaciones con bienes inmuebles efectuaban Prendergast y Mookerjee? —preguntó a la joven.

La amenaza de las lágrimas se había esfumado. Ella le miró con la boca abierta, en un expresivo gesto de incredulidad.

—Sólo eres capaz de pensar en eso, ¿eh? —inquirió Beth—. ¿Es que no has oído nada de lo que acabo de decirte? ¿Es que ni siquiera me escuchabas?

—Sí que te escuchaba. ¿A qué se dedicaban concretamente esos hombres?

—Déjame en paz, Chris. Quiero dejar de participar definitivamente en tu juego. Sólo cambiaré de proceder si me pones al corriente de todo, como es

debido.

Él se inclinó hacia Beth, seguro, confiado.

—Voy a explicártelo todo, entonces —dijo—. Simplemente: estoy tratando de averiguar por qué razón Joe Prendergast dispuso lo necesario para que tu admirador Mookerjee lograra matarme ayer por la tarde, una intentona que tu buen amigo el doctor Degan llevó a cabo también anoche. Me pregunto ahora quién será el que planea el golpe próximo contra mí.

Ella profirió un grito, y uno de sus brazos, en un convulsivo movimiento de protesta, derribó un vaso lleno de agua. Al saltar rápidamente de su silla, para despejar la goteante mesa, Chris pensó que constituía un tributo a la nueva imagen de Beth el hecho de que allí donde tiempo atrás se hubiera limitado a presentarse un camarero irritado, en su momento, para enmendar el pequeño desaguisado, ahora parecía haberse volcado sobre aquel rincón la mitad del personal del restaurante, desde el *maître d'hotel* hasta los botones, todo ello en un periquete, poniendo las cosas en orden con enorme solitud.

Y preguntándose, indudablemente, por qué la joven señora parecía ir a desmayarse cuando no había hecho más que derramar un vaso lleno de agua.

Gozaron de unos momentos de intimidad en su habitación, una vez él hubo explicado a Beth, brevemente, sin brusquedades, todo lo que había pasado a lo largo de las últimas veinticuatro horas.

Comprendió Chris que había sido injusto en lo tocante a lo esencial, puesto que fuera cual fuera el papel que la chica desempeñara en los negocios de Prendergast, nunca había pactado con nadie el asesinato de su marido. Era el temor que le inspirara su suerte lo que minara sus defensas, allí donde la habilidad de su patrono como abogado no consiguiera nada. Y habiéndolas visto minadas, el hombre no había abrigado en ningún momento la intención de dejárselas recomponer.

Esto le hizo recordar la lección que aprendiera un día, mucho tiempo atrás, en Palm Beach, en el curso de su primer gran torneo. Había hecho un servicio; el servicio le había sido devuelto como una bala, y él, inútilmente, subió con rapidez por la pista, viendo que la pelota tocaba el césped por la parte interior de la línea blanca, a unos milímetros de la misma tan sólo. Y entonces, no menos asombrado que su adversario, oyó la voz serena y segura del árbitro: «¡Fuera!». La mujer de sus sueños estaba entre el público aquel día, aquella que más tarde había de cambiarlo, a él y a su pierna lisiada, por un yate, así que en su honor, sintiendo lo mismo que Galahad, había fallado deliberadamente por dos veces en su siguiente servicio, cediendo al contrario su ventaja.

Después, se había ganado la reprimenda de Frenchy. Éste le habló con palabras fuertes, claras e inolvidables. Parte del discurso fue en inglés, otra parte en francés y una pequeña porción en vasco, lengua a la que iba a parar Frenchy cuando se sentía realmente rabioso, fuera de sí. Y lo que había de deducir de aquello entonces era que *la nature vicieuse* —el golpe duro, el instinto asesino— constituía un componente más del equipo del jugador profesional. Era un elemento esencial. «Nunca más vuelvas a hacer una cosa semejante», le había dicho Frenchy. Y no lo hizo.

Y no abrigaba la menor intención de proceder así con su esposa, en aquellos instantes acomodada, algo confusa, en un gran sillón. Nada de *ad miseracordia* para ella. Nada de esto en tanto Prendergast y compañía anduvieran sueltos por ahí.

Chris dijo, irritado:

—¿Quieres decir que estuviste trabajando para él durante seis meses, ocupándote de su correspondencia, atendiendo sus llamadas telefónicas, cuidando de su archivo, haciendo incluso anotaciones en su diario y que, sin embargo, nunca sospechaste que los supuestos negocios con bienes inmuebles eran una tapadera? ¿No te diste cuenta de que aquellas actividades no proporcionaban ni por aproximación el dinero requerido para pagar las facturas del sanatorio?

—Ya te he dicho que no. ¡Oh! Está bien... —manifestó ella, desesperada—. Quizá se debiera todo a que no quería sospechar nada, a que me aterrorizaba la idea de que él dejara de ser tan generoso. Independientemente de los sentimientos que pudiera inspirarme mi madre, me negaba a verla regresando al asilo público. Este lugar, sólo con evocarlo, me ponía enferma. Comencé a sentirme mejor el día que logré sacarla de él. Tendrías que ver el asilo... Entonces encontrarías justificado mi horror. Hay incluso varios políticos que exigen que se lleve a cabo una investigación sobre el establecimiento.

—Ésa es otra cuestión. ¿Tú sabías que Prendergast estaba pidiendo dinero en calidad de préstamo a un chantajista para pagar las cuentas del sanatorio?

—No.

—Vamos, haz memoria.

—Chris...

—Haz memoria, mujer. Tú eras quien abría su correo por las mañanas. Me da el corazón que algunas de tales cartas contendrían cheques de McClure.

—Así es, Chris. Ahora, yo ignoraba que se tratara de cantidades prestadas. Ni siquiera sabía quién era McClure, ni a qué se dedicaba, antes de ir a Cobia. Léí algo acerca de su persona en el periódico, allí. Fue la primera vez que tuve noticia de su existencia.

—¿Y qué te llevó a pensar eso con respecto a Prendergast?

—Supongo que me ocurrió lo mismo que te he dicho antes. No me permití pensar en ello. Fue antes de enterarme de que iba a hacerme cargo de una importante suma de dinero.

—Pero después de saberlo seguiste unida a él, ¿eh?

—¿Por qué no? Se mostraba fantásticamente generoso conmigo. Y tú y yo íbamos a casarnos, y todo marcharía bien. ¿Qué necesidad tenía de sacar a colación la figura de McClure?

—¿Qué me dices de Mookerjee? ¿Participaste en las conversaciones de negocios que celebró con Prendergast?



—No. Se me dijo que no entrara en la habitación en que se hallaban reunidos.

—Y a todo esto, tú eras la secretaria de Prendergast, su empleada de confianza. ¿No juzgas eso bastante raro?

—Puede ser que me lo pareciera. Chris: ¿es que no hay manera de meterte en la cabeza lo que he estado diciéndote una y otra vez? Yo me encontraba sin dinero y asustada. Cuando se está así nadie piensa en buscarse complicaciones. No soy hombre. No poseo ese valor que tú tienes.

Su valor... ¿Y qué clase de valor era el suyo? No le había faltado para jugar al tenis y favorecer a Frenchy con sus triunfos, para servir a McClure más adelante, para servir a cualquiera que hubiese estado dispuesto después a pagarle el alquiler de su casa del mes siguiente o a regalarle una botella de whisky y unos dólares para apostar en las carreras. Por añadidura, su matrimonio con Beth serviría para poder hacerla entrar en posesión de una fortuna y al mismo tiempo ganar él mucho dinero.

Decidió dejar aquella cuestión a un lado. En suma, la persona a juzgar era ella y no él.

—Ya sólo nos queda hablar de Degan —dijo, inexorable—. ¿Qué hay de él? ¿Dónde pasaste la noche ayer, realmente?

—En su casa. Chris: tú debiste de dar con otro hombre. Lo vi esta mañana. No estaba, por tanto, muerto, tendido sobre el piso de un sótano. Y le acompañaba su esposa y no un pistolero que respondiera al nombre de Larry. ¿Dónde quedaba la casa que visitaste anoche?

Chris le dio las explicaciones oportunas, y ella movió la cabeza, convencida.

—Ese sitio que me has dicho no es. Tú me has hablado de Watertown, y la vivienda del doctor Degan se encuentra en Dorchester, a una manzana de distancia del sanatorio. ¿Comprendes ahora lo que pasó? Prendergast llamó por teléfono a aquellos hombres tan pronto te marchaste, y todo lo que tuvieron que hacer éstos fue escribir el nombre del doctor en una tarjeta, ponerla sobre el botón del timbre de la puerta y esperar a que llegaras. Te he dicho la verdad. Puedes telefonar, si quieres, al doctor y hacerle las preguntas que desees.

—No. Te creo —mintió él.

—Me alegro mucho de oírte hablar así. Ante todo, pienso que deberías dirigirte inmediatamente a la Policía, por lo de Prendergast. Tú viste morir a dos hombres. Tendrías que informar a la Policía de ello.

—Si yo les refiriera toda la historia, sin poder aportar una prueba que la respalde, me tomarían por loco. No creerían una sola palabra de ella.

—Pero es que yo estoy aquí para respaldarla —protestó Beth.

—Nadie daría crédito a tus palabras, tampoco.

—¿Porque tú no me crees?

—No te des de lista conmigo, pequeña. La realidad es que Prendergast ha estado valiéndose de ti para llegar hasta mí, y tú no me ayudas en la tarea de averiguar por qué. Si me ocultas algo...

—No. Te juro que no.

La imagen de Mookerjee, plantado sobre la cubierta del *Chirica II*, surgió ante él. Pensó en Gosala Mookerjee, el resentido admirador de aquella muchacha.

*Subestimé groseramente su determinación e inteligencia*, había dicho Mookerjee, refiriéndose a ella. Y luego, con un encogimiento de hombros: *Pero, claro, es que se juega mucho en este asunto.*

Si no se trataba de la herencia Valentine, de la cual iba a entrar en posesión oportunamente, ¿en qué aspecto podía jugar ella fuerte?

—Quiero que me digas una cosa —Chris soltó la pregunta sin ningún rodeo preliminar, sin intentar dulcificarla de un modo u otro—: ¿Estabas acostándote con Prendergast?

La chica lo miró fijamente.

—Me estás decepcionando —contestó con una mueca de desdén.

—Él no se mostraba generoso contigo porque sí, por caridad. El dinero que le prestaba McClure estaba siendo invertido en ti para obtener algo en compensación. ¿Qué compensación? Tú debes de tener alguna idea sobre el particular.

—Bueno, pues no era mi hermoso y blanco cuerpo. —El color iba apareciendo de nuevo en las mejillas de Beth, pero esta vez no se descubría en sus ojos la amenaza de las lágrimas. Su gesto, era, simplemente, de rabia—. No confías en mí lo más mínimo, ¿verdad, Chris? Aparte de tu hermano, no crees que pueda existir en el mundo una persona que te quiera desinteresadamente, que no le importe no conseguir ventaja alguna amándote.

—Atengámonos al orden de los hechos en nuestra historia. Sólo cuando Warburton te habló del patrimonio Valentine...

—Yo estaba enamorada de ti antes de eso. Antes incluso de que hubieses terminado de darme la primera lección de tenis. Siempre, ya de niña, vi con claridad con qué clase de hombre me gustaría compartir mi vida. A mi alrededor, con el tiempo, fueron cambiando muchas cosas, pero esa imagen

persistió inalterable en mi mente. Y dos minutos después de que te plantaras en la pista de juego aquella primera mañana de Cobia —con tu resaca, necesitado de un afeitado, y todo lo demás—, me di cuenta de que tú eras mi hombre ideal. Todo fue así de sencillo. Llana y anticuada biología para la ginebra, y unas cuantas y viejas ideas románticas para el vermut. Te lo demostré, además, el sábado por la noche. Aquello no fue un intercambio carnal, y tú lo sabes. Aquello representó la comunión de dos almas.

—Beth: por poco orgullo que tú hubieras sentido...

—¡Oh! ¡Al infierno con esa clase de orgullo! ¿Quién tiene necesidad de él?

Beth abandonó de pronto el sillón, echando a andar hacia el cuarto de baño, donde se encerró dando un portazo. Un momento después, él la oyó gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Fue el suyo un grito taladrante, como para helarle a uno la sangre.

Chris ya no se acordaba de que su rodilla lesionada se había visto maltratada últimamente. Al girar, la punzada de dolor que sintió en la pierna fue tan fuerte que perdió el equilibrio, estando a punto de derribar la puerta del cuarto de baño o colarse por ella. Luego, vio a Beth plantada ante el lavabo, con las manos apoyadas en sus bordes y los ojos fijos en el espejo colocado encima.

—¿Qué te ocurre? —inquirió el joven—. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. —La muchacha no volvió la cabeza, sino que habló dirigiéndose serenamente a la imagen que reflejaba el espejo—. He gritado, eso es todo. He estado deseando gritar a lo largo de los últimos cinco minutos, así que por fin di rienda suelta a este impulso.

—¡Jesús! —Chris se sentó en la tapa del inodoro, moviendo la cabeza al mirarla, con un gesto de asombro—. Eres nada menos que toda una prima donna, un auténtico caso. Mira, pequeña, si tú recurres a esa treta nuevamente...

—Es posible que lo haga —Beth se volvió hacia él ahora—. Nunca hice antes de hoy nada semejante, pero es porque no era aún tu mujer. Ahora que lo soy, puedo verme a mí misma perfectamente profiriendo gritos hasta desgañitarme dentro del cuarto de baño con regularidad. Ésta puede ser una línea entre nosotros de un solo sentido, pero al menos tú oirás el sonido que produzca en mi extremo. —La joven se llevó las manos a los labios, en forma de bocina, girando hacia la abierta puerta, para gritar—: ¡Eh! ¿Hay alguien por ahí? ¿Me está escuchando alguien?

—¡Cállate de una vez! —ordenó Chris, furioso.

—¿Por qué he de hacerlo? Ahí fuera no hay nadie... Sólo la gente que intenta matarte. No te preocupan, ¿verdad? De no ser así, habrías tomado alguna determinación con ellos.

—Si no he dado tal paso es por una buena razón.

Chris hizo un esfuerzo para ponerse en pie, sujetándose la pierna dañada. Entonces, vio que su esposa, mudable como el clima de Nueva Inglaterra, lo miraba alarmada, pendiente de él. Todo lo demás había quedado borrado en el acto de su mente.

—¡Chris! ¡Estás herido!

—No, no es nada —contestó él, tanteando su pierna—. Fue la lesión...

Torpemente, Beth intentó sostenerle al entrar Chris cojeando en el dormitorio. A disgusto, enojado, hubo de admitir para sí que no le resultaba desagradable aquel brazo pasado por encima de sus hombros. En efecto, era peligrosamente agradable.

—Tiene que haber un médico en el hotel —dijo ella—. Lo llamaré.

—No. Sólo fue una punzada fuerte. Ya estoy bien ahora. —¿Estás seguro? Si lo hay...

—Estoy seguro de ello, sí.

Se la quitó de encima con un movimiento de impaciencia brusco, encaminándose al sitio en que estaba su maleta. La abrió, sacando de la misma el fichero alfabético de Prendergast.

—¿Qué sabes tú de esto? ¿Has visto estas fichas antes de ahora?

Beth examinó unas cuantas, leyendo las letras en voz alta tras estudiarlas de cerca, detenidamente.

—BOTT. SRF. ¿Qué significa esto?

—Es lo que yo te pregunto.

—Lo ignoro. Y es la primera vez que veo las fichas. ¿Dónde las encontraste?

—En uno de los cajones de la mesa de trabajo de Prendergast, el único que estaba cerrado con llave. ¿Nunca se te ocurrió echar un vistazo a su interior?

—Sí, pero todo lo que vi allí fue su talonario de cheques.

—Es que las fichas estaban colocadas en un compartimiento secreto, al final del cajón. Tómate el tiempo que necesites examinándolas. Mira si guardan relación con algo que tú recuerdes de Prendergast.

Al cabo de unos momentos, la joven movió la cabeza, desanimada.

—Estoy completamente segura de que no son iniciales de nombres. Quiero decir que no se refieren a personas con las que Prendergast sostuviera

relaciones comerciales. ¿Serán firmas de negocios?

—Es posible —manifestó Chris—. Voy a indicarte qué vamos a hacer... Como he de salir y estaré ausente algún tiempo, tú lo que podrías hacer entretanto es estudiar más a fondo las fichas. Pudiera ser que a mi regreso ya hubieras dado con algo.

—¿Que vas a salir? ¿A dónde piensas ir? Tú no puedes andar tal como estás, Chris. Saldré yo. Si hay algún recado que hacer...

—No, gracias. —Él abrió parcialmente la puerta que daba al pasillo, y mientras una de sus manos descansaba aparentemente en el tirador, por fuera, deslizó con disimulo la llave del cuarto en la cerradura, sin hacer ruido—. No estaré fuera más de una hora. Me las arreglaré perfectamente. No abras la puerta durante mi ausencia a nadie. Llame quien llame.

Salió al pasillo, cerrando con fuerza la puerta, a su espalda. Quedóse quieto, contando hasta diez. Luego, silenciosamente, hizo girar la llave en la cerradura, entreabriendo la puerta unos centímetros. Ella ya había cogido el teléfono, colocado sobre la mesita de noche, en medio de las dos camas gemelas. En la centralita debían de estar ocupados; pasó un rato antes de que Beth pudiera dar a la telefonista del hotel el número con que quería comunicar.

Aquel número era el de Prendergast.

Chris abrió la puerta unos centímetros más para verla bien, de pie, dándole la espalda, con el receptor telefónico pegado al oído, un dedo índice jugando nerviosamente con las fichas, situadas encima de la mesita de noche. La joven esperó unos momentos; luego, convencida, al parecer, de que no iba a obtener respuesta, colgó el receptor ruidosamente, malhumorada, desde luego. Se apartó entonces de allí, frunciendo el ceño, muy pensativa, mordiéndose el labio inferior. Fue en tal instante cuando descubrió a Chris plantado en la entrada.

Por unos segundos, dio la impresión de sentirse aterrorizada. Y enseguida, la expresión de terror quedó enmascarada por una de exagerado alivio.

—¡Oh, Chris! —exclamó la chica—. ¡Qué susto me has dado!

Él abrió la puerta del todo.

—¿A quién llamabas?

—¡Ah! Se trata de eso... Llamé al salón de belleza. Quería decirles...

—Es una pena que yo sepa cuál es el número de teléfono de Prendergast, ¿verdad? ¿Por qué lo llamabas?

—Chris...

—¿Qué es lo que motivaba tu llamada?

—Estaba haciéndola por ti, Chris.

—Ya. Todo lo que tú haces desde que entraste en mi vida es por mí, pequeña. Ésta es la causa de que yo me encuentre ahora en mi feliz situación.

—Sé cuál es tu situación actual. He aquí por qué pretendo intervenir en ella, dar ciertos pasos, intentar lo que sea... Voy a entrar en posesión de una gran cantidad de dinero. Un millón de dólares, y más. Voy a decirle a Prendergast que disponga de lo que quiera, dejándote a ti en paz a cambio de ello.

—¿Que disponga del millón completo y más? ¿Incluida mi parte?

—¡Santo Dios! ¿Qué más da que la suma de dinero sea una u otra si tú pierdes la vida?

—Para mí, ese dinero significa mucho. Son cincuenta mil dólares. Y creo que debes estar enterada de lo peor. Prendergast andaba interesado por mí antes de que se planteara todo el asunto de la herencia Valentine, y no creo que el intento de apartarlo sirviera para saldar las cosas entre nosotros. Ni siquiera comprándolo. Así pues, no hagas más llamadas telefónicas. —Chris mostró a Beth, después de sacarlos de uno de sus bolsillos, los recortes periodísticos—. Esto se encontraba en el cajón —manifestó—, con el fichero alfabético. Yo sé por qué Dom llevaba un álbum de recortes de prensa en los que se hablaba de mí. ¿Puedes explicarme tú ahora por qué Prendergast hacía lo mismo?

El aire de reto de la joven, de momentos antes, se había trocado en gesto de confusión al examinar los recortes.

—No, no. Ignoro la causa —respondió, por fin.

Chris tuvo la impresión de que en lo referente a aquella cuestión, al menos, ella estaba diciendo la verdad.

Le llevó menos de una hora comprar su pasaje aéreo para el vuelo a Londres del día siguiente por la noche, hacer un giro telegráfico de cincuenta dólares a Dom, dirigido a Augie Bloom, en Cobia, y buscar el número de teléfono del doctor Francis Degan en la guía. Había dos señas consignadas bajo su nombre: la de su casa y la de su consulta. Ambas, tal como le dijera Beth, correspondían a Dorchester. Cuando estableció comunicación con el primero, y fue atendido por la señora Degan, ésta le hizo saber que, en efecto, Elizabeth había pasado la noche allí, pero que ya no estaba, por haber salido hacia la ciudad a hora avanzada de la mañana. Para conseguir tal información, Chris se presentó como primo muy querido de la señorita Jones, recién llegado allí desde la Costa.

Colgó, experimentando una profunda sensación de alivio. Su esposa se engañaba a sí misma con facilidad, pero al parecer no se esforzaba por engañarle a él. Guiándose por las pruebas recogidas, tenía que pensar que era Prendergast quien había estado hasta ahora mintiendo de una manera más radical y constante.

De vuelta al hotel, se detuvo ante el quiosco del vestíbulo para comprar los periódicos de Boston, en su última edición. Al entrar en la habitación, vio que Beth se había sentado con las piernas cruzadas en el lecho, disponiendo sobre el cubrecama las cartulinas del fichero alfabético, desplegadas. La muchacha lo miró rápidamente como si hubiera querido cerciorarse de que seguía siendo de una pieza, concentrando luego su atención de nuevo en las fichas.

—¿Te dicen algo? —inquirió él.

—No mucho. —Era difícil decidir si con su encogimiento de hombros se desentendía de Chris o de las cartulinas—. Es mucha la actividad que parece haber tenido por marco Washington, si te guías por el número de veces que la ciudad queda consignada aquí, pero es que yo no tengo la menor idea acerca de la actividad de que se trata. Hay una docena de Miamis, también. Ahí debe de ser donde entras tú.

—Es posible. —Con su expresión sombría o sin ésta, ella componía allí una figura atractiva. Venía a ser una crisálida que acababa de convertirse en mariposa de pronto. Chris dejó los periódicos junto a la joven—. Ahora podrías repasar estos diarios. Si lo que ha quedado de los dos camaradas de

Prendergast aparece por alguna parte, ahí, probablemente, podríamos tener algo.

—Probablemente —Beth no supo resistirse a la tentación de examinarlo de nuevo al plantarse Chris delante de ella. Se quitó las gafas, estudiando con atención su rostro, escrutándolo—. Tienes un aspecto terrible, Chris. Das la impresión de hallarte completamente agotado.

—Y lo estoy. Esto se arreglaría con un poco de agua hirviendo, aplicada exteriormente, claro.

Cuando se despojaba de las ropas, Beth se puso en pie apresuradamente.

—¿Te has fijado en tu hombro? Está cubierto en su totalidad de manchas negras y azules...

—Mi atacante, más que hundirme el cráneo, lo que deseaba era poder dominarme. Lo pondremos en remojo.

Beth lo siguió al cuarto de baño, observándolo mientras él abría el grifo del agua caliente para, después, lentamente, muy condolido, acomodarse en la bañera. Seguidamente, la joven se sentó en el borde de ésta, cruzando las manos sobre el regazo y fijando la vista en Chris.

—¿Quieres que te diga una cosa? —preguntó Beth, por fin.

—Habla.

—Soy un caso. Debo de serlo, realmente.

—¿Por qué?

—Por el hecho de que en estos momentos eres una ruina y por haberte mostrado tan duro conmigo durante toda la tarde, lo cual no es obstáculo para que en estos momentos, aquí sentada, mirándote, me considere perfectamente feliz. Es algo obsceno. Finalmente, he descubierto mi verdadera identidad. ¿Y qué es lo que soy yo? Pues una especie de mujer india. ¡Dios me valga!

A Chris le costaba cada vez más trabajo sostener su mirada. Cerró los ojos, sumergiéndose progresivamente en el agua, resbalando pausadamente.

—Una cosa, Pocahontas —dijo, amodorrado—. Si me quedo dormido así, no me despiertes. La bañera es demasiado pequeña para que pueda ahogarme.

Chris se quedó dormido, y Beth lo despertó.

—Existe una prerrogativa oficial —dijo ella—. Han transcurrido dos horas, casi. Tengo derecho a mi turno. ¿Qué tal te sientes?

—No me siento mal. —Todavía se encontraba amodorrado. De pronto, pareció disiparse su adormecimiento—. Una prerrogativa oficial... —susurró.

—Por el hecho de ser la esposa, señor Monte. Oye: has de saber que el agua caliente te ha sentado muy bien. Ahora eres como si antes te hubiese estado deslumbrando, impidiéndote ver las cosas con claridad.



—Y eso fue lo que hiciste. —Chris se incorporó, en medio de un gran chapoteo, dándose una palmada en la frente—. ¡Jesús, José y María! Todo encaja. Todo cuadra, de esta forma...

—¿A qué te refieres, Chris?

—Al Gran Hermano. A los tipos que me seguían. He estado pensando en ellos en todo momento como gentuza de altos vuelos. Quizá esté equivocado.

—¿Qué pueden ser, entonces?

—Sé que ha de parecer raro, pero, ¿por qué no han de ser, por ejemplo, agentes del gobierno, de un tipo u otro? Podríamos juzgarlos agentes del FBI, por todo lo que sabemos... No, no acierto a ver a dos agentes del FBI abatiendo a tiros a dos pistoleros al actuar en defensa propia, para luego silenciar el hecho... Sin embargo, ¿y si pertenecieran a una organización como la CIA? Ésta se ha hecho famosa porque sus hombres se conducen de acuerdo con sus peculiares normas.

—Pero, ¿qué es lo que te lleva a pensar que una organización de tal clase pueda haberse lanzado sobre tus pasos?

—Todo lo que sé, si uno va atando cabos. La noche en que Hilary y yo estuvimos en Naples, los policías se presentaron como fieles colaboradores de un nombre misterioso que viajaba en su coche. Sólo con una organización grande, como la citada, podrían ellos colaborar, ¿no? Y la primera vez que descubrí que me seguía un coche, vi que su matrícula era de Virginia; acababa de salir de territorio gubernamental. Y recuerda la forma en que las taquillas de consigna del aeropuerto de Miami fueron registradas, siendo colocados en mi arma proyectiles inofensivos. Este trabajo habla de una actuación más refinada que la que unos tipos a sueldo de Zucker o McClure podrían desarrollar. Está por encima incluso de la de unos supuestos secuaces de Teodorescu, que éste hubiera contratado.

Beth parecía dudar.

—No acierto a ver a toda una agencia gubernamental silenciando un episodio como el de la muerte de los dos hombres. He ojeado los periódicos que compraste y no hay una sola información sobre el particular. Me niego a creer...

—Bueno, pues no lo creas. Frenchy y yo, en otra época, cultivamos amistades internacionales. Ya te puedes imaginar a qué se debía esto. Hicimos exhibiciones tenísticas al otro lado del Telón de Acero, en Polonia, Checoslovaquia, Rusia. En cierta ocasión, poco antes de despegar del aparato en que viajábamos, un par de hombres de la CIA nos abordó muy reservadamente, preguntándonos si podríamos ponernos en contacto

secretamente con personas situadas por aquellas tierras, quienes nos encomendarían informaciones verbales, para su oportuno traslado. Frenchy quiso saber después qué pasaría si cualquier integrante de la oposición existente en aquel lado del Telón de Acero averiguaba lo que estábamos haciendo, y entonces, el personaje de la CIA —te juro que tenía toda la cara del nuevo sacerdote llegado a nuestra ciudad— se sacó una navaja de la manga, contestándole que no nos preocupáramos, que cualquier individuo que pudiera acarrear una complicación sería eliminado rápidamente. Cuando, para apoyar su declaración, deslizó la hoja de la navaja suavemente a través de su garganta, la cara de Frenchy tomó un tono verdusco. Él sabía que aquel hombre no bromeaba, y el trato quedó cerrado. Esos individuos de la CIA siempre juegan sobre seguro. Y la forma en que los de las ametralladoras zanjaron el episodio nocturno nos habla de una manera muy particular de comportarse en determinadas circunstancias.

—Con tus suposiciones no haces más que incrementar el aspecto misterioso del suceso —arguyó Beth—. ¿Qué interés puede suscitar tu persona en los agentes de la CIA?

—Pues puede ser que se lo inspire, y grande. Todo esto empezó poco después de que Prendergast se dejara ver por Cobia. Quizá se hayan imaginado que estoy ligado a él y Mookerjee. Y si los dos andan metidos en algo de importancia, ya es suficiente para originar la intervención de la CIA. Con seguridad que la empresa es de carácter internacional. De otro modo, todo sería cosa del FBI.

—¿Un asunto de espionaje? —inquirió Beth.

—No, no creo. Tengo entendido que los espías se valen de microfilmes y de fotografías reducidas al tamaño de una uña, de material, en suma, que puede ser escondido bajo ésta, en cualquiera de los dedos. Ahora bien, las dos veces que fui cacheado no vi que nadie fuese en busca de algo tan pequeño.

—Dejemos la cuestión del tamaño a un lado —dijo Beth, con un gesto de impaciencia—. ¿Por qué no te diriges abiertamente a la CIA y se lo preguntas? Pregúntales si son ellos quienes van detrás de ti. Pregúntales qué es lo que ocurre.

—Es que yo no podría asegurar que son ellos. No poseo tanta certidumbre. Y en el caso de acertar yo, ¿cómo crees que pueden sentirse al advertir que los he descubierto? Mira, Beth: lo que tenemos que hacer nosotros es salir cuanto antes del país para que tú puedas presentarte en Londres dentro del plazo fijado. De lo contrario, tu millón de dólares volará. Yo no he llegado hasta aquí, ni he encajado los golpes que me han asestado

para quedarme sin mi parte de ese dinero. De todos modos, sea o no esa gente la que me figuro, lo cierto es que no andan detrás de mí con las intenciones de Prendergast.

—¡Oh, claro! —exclamó Beth, fatigada—. No nos olvidemos de corresponderles con nuestras bendiciones. Pero aun así...

—Nada, nosotros vamos a proceder en la forma que he dicho.

Chris vio, en el momento de entrar en el dormitorio, con una toalla pudorosamente rodeando su cintura, que durante su sueño ella se había comportado como una auténtica ama de casa. La habitación había quedado perfectamente ordenada, quedando hechas las camas; las cortinas habían sido corridas —afuera iba ya oscureciendo—, los efectos personales, una vez desembalados, habían quedado colgados de los percheros en los armarios o distribuidos por los cajones de algunos muebles.

Tuvo que tirar de varios cajones antes de lograr dar con unos pantalones de pijama.

—¿Todo esto para una sola noche? —preguntó.

—¿Te refieres al trabajo de desembalar las cosas? No me des las gracias por él. Lo hizo todo la doncella.

—¿La doncella?

—¡Hum! Insistió en hacerlo, así que al final me mostré conforme. ¡Qué mujer más activa! Me alegro de que no anduvieses por aquí cuando ella estaba atareada con todas estas cosas...

Pero Chris se había lanzado ya hacia el armario empotrado, registrando febrilmente los bolsillos de su chaqueta. El pasaporte, los otros papeles, la cartera... Todo continuaba allí. Así pues, todo se había reducido a efectuar una comprobación de la verdadera identidad de Frederick Walker. Además, las cartulinas del fichero alfabético... Se alejó del armario empotrado, viendo el paquete de fichas sobre la cómoda.

Su esposa le contemplaba con la boca abierta.

—¿Qué sucede, Chris? ¿Ha pasado algo?

Él hizo un esfuerzo para dominar su ira, lográndolo no sin alguna dificultad.

—Beth —dijo a la joven, en tono suave—: las doncellas no se encargan de desembalar los efectos personales de los huéspedes, ni siquiera en los hoteles de categoría, como éste. Y nunca se imaginan que uno va a acostarse antes de cenar, así que habitualmente esperan a que haya sido servida la cena para hacer las camas.

Fueron necesarios unos segundos para que ella captara la idea. Luego, se dejó caer, sentada, sobre el borde de su lecho.

—¡Oh, Chris! Soy una estúpida, una necia. En ningún momento se me pasó por la cabeza...

—Está bien. Hubiera debido caer en la cuenta de que el Gran Hermano podía tener una hermanita, poniéndote en guardia. Me imaginé que por haber salido de la casa como salí me los había quitado de encima para un rato. Éste es el motivo de que me haya mostrado descuidado. ¿Te fijaste en las fichas? ¿Fue aquí dónde las dejaste?

—Las dejé encima de la cama. La doncella se ocupó de ellas, como de todo lo demás. Chris: ¡me pareció tan natural! ¿Estás seguro de que era una agente?

—Con una certeza de hasta el noventa por ciento. Si alguien llama a la puerta dentro de poco y anuncia que va a hacer las camas, esta certidumbre llegará al cien por ciento. No creo que el hotel esté implicado en la cuestión.

Estaban haciendo los honores a los bocadillos llevados por el servicio de las habitaciones cuando sucedió aquello. Beth fue quien dio las gracias a la doncella, diciéndole que no se preocupara, que todo estaba ya en orden, despidiéndola. De vuelta a la mesa, manifestó con amargura:

—Así pues, ahora hay ya un cien por ciento de exactitud en tus afirmaciones.

—No te enfades. Las cosas no están por eso peor de lo que estaban antes.

—Tampoco quedan mejor. La verdad, Chris, es que debieras propinarme un buen puñetazo, por tonta. ¿Conoces a alguien más que pueda ser tan estúpida como para invitar a una astuta espía a realizar un registro en tus cosas? Incluso le di un dólar, como propina, por hacerlo.

—A juzgar por el aspecto que tiene ahora la habitación, se lo ganó.

—Esto no tiene nada de divertido. Me siento atemorizada al ver que estás siendo vigilado con tanta atención, y a todo esto sin saberse por qué. Chris — manifestó ella enérgicamente, con un repentino cambio de tono en la voz—: creo que no ha podido sucederte nada mejor.

Esto le recordaba a Dom. Uno quedaba atado de pies y manos por los lazos de un afecto descarriado y luego se incurría en el atrevimiento de otorgarle la libertad. Y lo más interesante era la rapidez con que ella había abandonado la idea de comprar a Prendergast, si es que cabía considerar la palabra interesante el vocablo más apropiado.

Eran las ocho, entonces. A medianoche, poco antes de apagar la luz de la mesita de noche, Chris consultó su reloj, experimentando un sobresalto al

darse cuenta de la rapidez con que había transcurrido el tiempo sin tener a su alcance una botella, un libro o el receptor de televisión en marcha. Durante cuatro horas, advirtió, se había dirigido a la joven expresándose con términos crueles, ahondando más y más en su propio ser y revelando cuanto en él iba hallando. Ni siquiera acertaba a recordar qué había sido lo que lo disparara de aquella manera, pero lo cierto era que por vez primera en su vida podía soltar cuanto llevaba dentro, desahogarse a sus anchas. No había existido una cronología en sus declaraciones, ni en este momento había sido todo lo coherente que hubiera querido ser, pero en cambio lo había dicho todo. Había seguido todo el camino que se iniciaba en la calle Quinta, cuando empezara, dentro de un cobertizo, a golpear una pelota con su raqueta, para discurrir por el circuito de los torneos anuales, diciendo lo que sentía un joven que a los veintiún años era eliminado de aquéllos, para acabar en Cobia, con sus lecciones de tenis y los partidos de resultados concertados en secreto previamente, justificando de paso por qué uno tenía que aferrarse a la botella de vez en cuando, o emprender la huida en la Harley-Davidson, componiendo la escena cada vez con una compañía distinta.

Lo había dicho todo, sí.

Y ella había apostillado sus declaraciones con comentarios, algunos de ellos increíblemente ingenuos, otros aún más increíblemente caústicos. Pero la mayor parte del tiempo, Beth había estado escuchándole atentamente. Aquella concentración de la muchacha en sus palabras había facilitado enormemente a Chris el mantenimiento del hilo de su discurso.

Cuando, habiéndolo dicho todo, deseó a Beth que pasara una buena noche, apagó la luz, pero ella dejó la suya encendida. Viéndola tendida en el lecho, con una novela de misterio en una mano y un cigarrillo en la otra, Chris se acordó de lo que le dijera Dom durante su acalorado intercambio verbal del domingo por la mañana. *Ella entra en comunicación contigo. Quiero decir que, realmente, sabe ponerse en comunicación con los demás.* Lo que el chico había querido darle a entender era que ella solía escuchar. Pero quizá él hubiera dado ahí con el quid de la cuestión. Tal vez el acto de escuchar fuese la parte importante de la comunicación. No la escucha ordinaria, pensó Chris, amodorrado, desdichadamente consciente de cada punzada, de cada dolor que sentía al cambiar de postura en la cama, sino la que ella practicaba...

No tenía la menor idea sobre la hora que podía ser cuando se sintió despertado por el peso que gravitaba sobre un lado del lecho. Percibió la voz de Beth.

—Droga —dijo la muchacha.

—¿Qué?

—He dicho droga, como marihuana, o LSD, o heroína. Chris, ¿es que no estás despierto? Acabas de decirme que sí.

—Ahora sí que lo estoy.

Chris abrió los ojos. La oscuridad era casi total, pero acertó a ver la figura de la joven silueteada contra el fondo algo aclarado de las cortinas en las ventanas. Allí, arrodillada, se le antojó una hermosa silueta.

—¿Qué decías acerca de la droga? —añadió.

—Que ése es el motivo de que te estén siguiendo. Pretenden cogerte con ella. Tiene que ser esto.

—No. Ya había pensado en tal posibilidad. Los hombres de los servicios de represión del contrabando de drogas no operan como esos sujetos, y las leyes locales no permiten su peculiar forma de conducirse. Esto está claro. Si el Gran Hermano hubiera deseado detenerme por hallarme en posesión de droga, no hubiera tenido más que depositar cierta cantidad de ella en mis bolsillos. Hace un par de años, encontrándome en la Costa de viaje, vi que solía procederse así.

—¡Oh! —Beth vaciló. Después, pareció hacer acopio de energía para continuar hablando—: ¿Fue ésa la causa de que te encerraran allí? ¿Lo mismo que en Nueva York? ¿Por haber llevado droga encima?

—Has de tener presente, pequeña, que mi debilidad es la bebida, y no la hierba o el ácido. He de agregar que no cumplí ninguna condena de prisión, como tú das a entender, sino que fui retenido durante toda una noche por haber observado una conducta desordenada, en ambas ocasiones. Hubo una pelea. Los abogados de McClure me sacaron de la comisaría correspondiente al día siguiente, sin más complicaciones.

—Eso es muy distinto de lo referido por Prendergast. Hubiera debido desconfiar. —Beth se estremeció bruscamente—. ¿Tú crees, Chris, que la señora Prendergast y Hilary están al tanto de sus actividades? ¿Qué va a ser de ellas? ¿Dónde te figuras que puede encontrarse él ahora?

—Procura mantenerse en la sombra, mientras idea la manera de asestarme otro golpe. Por lo que se refiere a su esposa e hija, he de decirte que eso es cosa suya. A mí no me preocupan, en absoluto. Oye, Beth: ¿eres realmente tan fría como te muestras en estos momentos?

—Pues no, no lo soy.

Inmediatamente, la joven se deslizó bajo las sábanas del lecho, apretándose contra él y colocando una de sus piernas sobre las de Chris.

—¡Santo Dios! Una maniática del sexo.

—Solamente contigo.

Chris comprendió que se le deparaba una oportunidad de traer a colación algo que había retenido en la memoria, produciéndole una leve irritación.

—Sin embargo, ha habido otras ocasiones antes de ésta, ¿eh? —inquirió—. A mí me parece que tú dijiste que un par de veces.

—No ha habido más que una, pero gracias por tu cumplido, de todos modos. Una solamente. Fue mi jefe, cuando tuve mi primer empleo. Te quedarás sorprendido cuando te diga quién fue él...

—¿Quieres decir que lo conozco?

—Sabes cosas acerca de él. Fue Bobby Talbot.

—¿Talbot? —preguntó Chris, con un gesto inexpresivo. Luego, el gesto fue de sorpresa, de desagradable sorpresa, concretamente—. ¿El marido de Hilary?

—Las cosas no pasaron como te imaginas. Ella se unió a él cuando yo lo rechacé.

Chris se sintió ahora mejor, pero no del todo.

—¿Cómo era él?

—El típico joven americano medio. Picante como la mostaza y casero como el pastel de manzanas hecho por mamá.

—En serio, Beth.

—Me cuesta mucho trabajo pensar en él seriamente. Por dentro, no ofrecía mucho. Por fuera, podía considerársele corpulento y de buen ver. Tenía los ojos grises, y unas pestañas largas y negras, que le habría envidiado cualquier muchacha. Los coches deportivos y el atletismo le enloquecían. Fue la primera persona que intentó enseñarme a jugar al tenis. Y a esquiar. Durante algún tiempo, le tomé mucho apego, si bien siempre me sentí en su compañía algo desmañada, torpe. No sé si sabrás lo que quiero decir... Lo pasamos muy bien por espacio de un año.

—¿Y después, qué?

—Más adelante, parece ser que fue víctima del síndrome de la revista *Playboy*. Esto hace pensar a algunos que las mujeres no son realmente personas, sino simples camaradas de juego, o una especie de pliegues animados en las puertas encogibles. Y cuando le notifiqué que yo no quería ser tal cosa para él, me contestó que era un ser raro. Me parece que esto es lo que más le había atraído de mí: mi condición de ser extraño, o curioso. Sea lo que fuere, gracias a mí ya había conocido por entonces a Hilary. Nada más romper nosotros dos, fue en busca inmediatamente de ella. Pero Hilary no se prestaba a ningún juego de no haber por en medio un anillo matrimonial.

—¿El mismo que tú habías esperado obtener de él?

—El mismo. En consecuencia, me quedé insensible cuando Bobby me hizo saber que los dos iban a casarse. Había allí demasiado cromo, demasiado brillo, por dentro y por fuera. Supongo que siempre pensé que si él se decidía a dar alguna vez el gran salto, sería con alguien que estuviera dotado de más cromo. Al aparecer tú en mi vida, comprendí que había sido una mujer afortunada al tomar las cosas el giro que tomaron. Debes saber que te miré como un hombre prácticamente perfecto. Te juzgué por fuera como una persona muy seca, muy brusca, y por dentro como un ser algo confuso, de ideas conflictivas, enmarañadas, que además sufría. ¿Qué más podía esperar encontrar en su cama una *fan* de Humphrey Bogart?

Él no supo si echarse a reír o mostrarse irritado. Su resoplido combinó ambas cosas.

—¡Maldita sea! Pues estabas en lo cierto —declaró él—. Eres un caso, Beth.

—Quizá lo seas tú más que yo todavía. Cuanto acabo de decirte es la verdad, Chris, la cual se ha manifestado esta noche. Al menos, yo me resigno a quedar expuesta a ciertos riesgos al amar y ser amada, independientemente de lo que resulte de todo. Tú quieres proceder igual, pero te da miedo. Bueno, pues ha llegado el momento de que abandones tus temores. Muéstrate como eres en realidad, hombre. Te encuentras en buenas manos.

—Ya. ¿Me despertaste para decirme todo esto?

—No. La idea acerca del contrabando de droga se me vino a la cabeza, y entonces comprendí que no lograría conciliar el sueño mientras no te la diera a conocer. Sabía, sin embargo, que acabaríamos como hemos acabado. Por tal motivo, me duché y me perfumé un poco antes de hablarte. En fin de cuentas, no soy más que un ser humano.

Chris sintió su mano, insinuándose por debajo de los pantalones del pijama, a la altura de la cintura.

—Y, por añadidura, te encuentras muy animada —manifestó él—. Olvídalo, rubia. No estoy en forma para tales intercambios.

—Puede ser que no estés o que estés en forma —dijo Beth, sin alterarse—. ¿Por qué no realizamos un esfuerzo honesto, a fin de saber a qué atenernos?

Cuando al fin lo hubieron averiguado, y descansaban, agradablemente saciados, Chris desenredó las ropas de la cama, ordenándolas cuidadosamente. Cubiertos de nuevo con ellas, se colocaron de lado, él con el



vientre apoyado en la espalda de Beth. De pronto, notó que la chica se agitaba, inquieta.

—Chris... Tengo que decirte algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre Bobby Talbot. Te mentí al referirme a él.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes? ¿Qué es lo que sabes tú?

Ella inició un movimiento de giro, con objeto de tenerle de frente, pero Chris ciñó más su brazo en torno a su cintura, impidiéndoselo y reteniéndola enérgicamente.

—Yo sé que tú no lo dejaste —contestó él—, que fue Bobby quien te dejó a ti. También sé que te sentiste muy afectada cuando te notificó que iba a casarse con Hilary. En efecto, aquello estuvo a punto de matarte. Y tú quisieras que él pudiera ver lo bien que te encuentras ahora.

El resentimiento hizo que el cuerpo de la muchacha adquiriera momentáneamente una gran rigidez. Luego, Beth fue relajándose, cediendo con naturalidad al abrazo de Chris.

—Después de todo, yo sólo soy un ser humano —repuso, satisfecha.

Abandonaron el hotel a las siete de la tarde siguiente, dos horas antes de la fijada para la iniciación del vuelo, tomando un taxi para cubrir la distancia que les separaba —varias manzanas— del punto en que dentro de la avenida de la Commonwealth quedara estacionado el vehículo que alquilara, cerca de la casa de Prendergast. Chris ordenó al taxista que se detuviera a unos metros del otro coche, avanzando a pie hasta éste y procediendo entonces a efectuar una comprobación por dentro y por fuera. Parecía no ofrecer ningún peligro, y existían escasas probabilidades de que Prendergast supiera que se trataba de su automóvil, pero Chris pensaba que sería ya demasiado tarde para él descubrir que había subestimado a aquel hombre si al girar la llave del encendido explotaba una bomba colocada bajo el capó.

Satisfecho al ver que no había nada amenazador bajo el capó, ni en ninguna parte del coche, depositó la maleta en el interior.

—¿Sabes conducir? —preguntó a Beth.

—Claro. Puedo hacerlo incluso teniendo este cacharro el cambio abarrotado.

Probablemente, tenía que darle a Bobby Talbot las gracias por ello, pensó Chris, irritado. Hubiera resultado divertido, se dijo, ver correr a un héroe como Talbot sobre una Harley-Davidson 1200 dotada de asiento de respaldo y con el cambio agarrotado. Beth hubiera visto entonces lo que era una broma. O bien obligarle a jugar un par de *sets* de tenis con la ventaja que él hubiese querido. Habría sido un partido acertado, por causa de la maldita rodilla, pero sin ningún riesgo de llegar más allá de los dos *sets*. Dos *sets* encantadores.

—Bueno —dijo Beth, quejumbrosa—, me has preguntado si sabía conducir, y me he limitado a responder que sí. ¿Quieres explicarme qué hay de lúgubre en esto?

—Nada. Colócate detrás del volante. Yo iré viendo qué pasa a nuestro alrededor.

—Pero es que incluso cuando veas que alguien nos sigue no podremos hacer nada, Chris...

—Ya lo sé. Lo único que pretendo es ver bien las caras de quienes puedan hacer eso. Es posible que las volvamos a ver en el avión, o en Londres. Avanza a poca velocidad, hasta que hayamos dejado atrás la casa.

A la altura de la vivienda de Prendergast, procedió a estudiar la misma con atención. Las cortinas de las ventanas continuaban corridas. No se veía ningún coche en el camino que conducía a la entrada, ni el garaje, cuyas puertas se hallaban abiertas. Todo parecía indicar que Prendergast no había vuelto todavía por allí. Chris se sintió profundamente aliviado al perder de vista la casa. Vacía o llena de gente, su sola visión le producía un gran terror.

Se mantuvo vigilante a lo largo del recorrido, pero llegados al aeropuerto reconoció, preocupado, que todo lo que sabía era que no habían sido seguidos por nadie, o bien que el hipotético perseguidor venía a ser un especialista en aquella clase de actividades. De un modo u otro, resultaba imposible afirmar todavía si el Gran Hermano se proponía abandonar el país. Era ésta una cuestión que sólo en el último instante podría ser aclarada, una cuestión enervante, y entonces comprendió que, emocionalmente, viviría de nuevo el episodio del aeropuerto de Miami. Ahora sería peor. Esta vez no bastaría con subir, simplemente, al avión. Mientras éste no despegara sus ruedas del suelo, pasaría muy mal rato.

Todo, a lo largo de su camino, parecía estar planeado para que marchara de mal en peor.

Una vez liquidada la cuenta del coche alquilado, advirtió que su cartera, tan tranquilizadamente repleta de billetes durante los últimos días, se encontraba ahora alarmantemente aplanada. Se había remontado demasiado en sus gastos. Su mitad del cheque regalo de Prendergast no había podido resistir aquello. Un cheque regalo... ¡Diablos! Un cebo. Pero, ¿por qué?

—¿Te queda mucho dinero de la entrega hecha por Prendergast? — preguntó Beth—. Me refiero al del cheque que nos dio.

—Mucho, sí.

Él comprendió que sus modales eran poco afables al tomar el dinero, sin darle siquiera las gracias, pese a que la joven se lo entregó sin formular pregunta alguna, pero no le fue posible, al parecer, adoptar otra actitud.

—¿Hay suficiente? —inquirió luego ella.

—De momento, sí. Si no nos llega, siempre cabe el recurso de que solicites de Warburton un préstamo. ¡Jesús! Se me había olvidado por completo. El nombre dijo que estaría esperándonos esta mañana en el aeropuerto. Debe de estar loco, preguntándose qué puede habernos ocurrido.

—Conozco las señas de su oficina. Podríamos cursar un cablegrama ahora mismo...

—No vale la pena. Mañana por la mañana estaremos en su despacho. Llegaremos, seguramente, antes que él. Y no nos dejemos cautivar por el

recurso de los cablegramas. Si tú no hubieses sido tan condenadamente confiada, creyendo a Prendergast cuando te dijo que había recibido uno de Warburton, ya nos encontraríamos en Londres a estas horas. ¿Por qué te decidirías a salir de Miami como si hubieses sido una liebre asustada, y todo porque un hombre te contó una mentira fácilmente detectable...?

—No seas injusto, Chris. Si hubieses estado conmigo a su llegada...

—Yo no me separé de ti para dedicarme a navegar en mi yate... ¿Es que no te acuerdas? Tuve que comparecer ante la Policía. Fui llevado a presencia de ésta. ¿Qué querías que hiciera? ¿Preferías que te hubiera despertado para invitarte a acompañarme?

—Por favor, Chris. Levantas demasiado la voz. Todos nos miran.

Y esto era otro detalle irritante: el hecho de que levantara o no la voz, todas las personas que se movían por las inmediaciones parecían estar pendientes de ellos mientras caminaban por la terminal. Los hombres, especialmente, como ocurriera en el vestíbulo del hotel el día anterior. Lo cual significaba que el Gran Hermano, si todavía andaba realizando su trabajo, disponía de una cobertura perfecta para lograr observarlos de cerca sin exponerse a ser localizado.

No era que no hubiese por allí otras atrevidas minifaldas que contemplar, apreció Chris, si esto venía a ser lo que un hombre requería para incrementar un tanto su temperatura normal. Las había, en efecto. Y a todo esto, un par de ellas eran lucidas por mujeres altamente atractivas. Pero su esposa, aquella esposa suya, repentinamente psicodélica, tenía unas piernas tan condenadamente largas que parecía un desafío todo intento de comparación con las otras. Y merced a aquella centelleante masa de largos cabellos rubios, derramados sobre sus hombros, y el color atezado de la piel, y los grandes, exóticos y negros ojos de largas pestañas, Beth producía la impresión de ser visionada en Technicolor donde las restantes jóvenes estaban siendo vistas en blanco y negro.

Habíala estado contemplando mientras, afanosamente, se colocaba las pestañas postizas sentada a la mesa del tocador, en el hotel, llevando la punta de la lengua a las comisuras, dando a su rostro una expresión concentrada. Y cuando la joven, finalmente, había abandonado el tocador, poniéndose en pie, volviéndose hacia él para regalarle con el efecto completo de su persona, de la cabeza a los pies, Chris descubrió, divertido, que todavía se sentía inseguro, que se mostraba aprensivo al pensar en lo que había hecho con la antigua Elizabeth Jones. Ahora, viéndola avanzar hacia el quiosco de periódicos, mientras él esperaba ser atendido ante el mostrador de los seguros aéreos,

tuvo que reconocer para sí que las mujeres se adaptaban misteriosamente a todo. No se notaba el menor rastro de timidez en sus movimientos. Por su aspecto, cualquiera la hubiera tenido por una mujer perteneciente desde la cuna a la *Jet Set*.

Una vez hubo dejado caer en el buzón el sobre que contenía su póliza de vuelo, dirigido a Augie Bloom, con el ruego de que fuera entregado a Dom, se unió a ella ante el quiosco de periódicos.

—Todavía tenemos por delante media hora que matar —le dijo—. ¿Qué te parece si tomáramos una copa entretanto?

—Bien pensado, hombre. —Beth se había hundido en un cauto silencio tras su último y enérgico intercambio verbal, sintiéndose feliz, evidentemente, frente a esta nueva abertura—. Estaba esperando que me lo propusieras.

Ya en el bar, Chris pidió para él un coñac doble, y para su acompañante uno sencillo. Luego, repitió. Al pedir un tercero, la sorprendió haciendo un leve movimiento denegatorio de cabeza dirigido a la camarera.

—Lo siento —dijo Beth a ésta, con naturalidad—, pero es que no disponemos ya de tiempo. ¿Quiere traernos la cuenta?

—Sirva otro doble —ordenó Chris en un tono de voz que hizo detenerse inmediatamente a la empleada cuando ya había iniciado el movimiento para alejarse.

Él aguardó a que la chica volviera con la copa y la cuenta, para separarse de ellos de nuevo. Luego, se inclinó de lado hacia Beth.

—Que sea ésta la primera y última vez que me haces eso —advirtió Chris, hablando con deliberada lentitud, dando un fuerte énfasis a sus palabras.

—Chris: éste no es el momento más indicado para excederte en la bebida.

—No vuelvas a hacérmelo más, ¿has oído? Y esto no significa que yo quiero que seas una especie de objeto animado. Todo lo que deseo decirte es que no se te ocurra nunca más dejarme en mal lugar ante la gente, comportándote como se comportan en Cobia muchas esposas, auténticas perras, con sus maridos. No vuelvas a hacerme eso ni nada semejante, ¿estamos?

Ella pareció quedarse sin habla, como atontada. Luego, se recobró.

—Te he oído con toda claridad, señor Monte. Eso no volverá a pasar, descuida.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. Primeramente, habrás de tomar nota de un par de prohibiciones dictadas por mí.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: que no se te ocurra volver a hablarme en ese tono de voz, Chris. Y no vuelvas a amenazarme nunca con tu real desagrado, como suelen hacer todos los hombres que he conocido con la mujer de turno, tanto si es padre, como si es esposo o jefe. Y no viene a cuento aquí que te muestres resentido por mi actitud, ya que tú eres el culpable de haber exorcizado a la Paciente Griselda que habitaba en mí. Ya que no en su totalidad, sí en buena parte.

—¿Quieres decir que el hecho de entrar en posesión de un millón de dólares no ha influido nada?

—Ese dinero no constituye una cosa real para mí. Tú sí que eres real, en cambio. De lo cual, me alegro mucho.

Tales manifestaciones, unidas a los tres coñacs dobles, produjeron en Chris una placentera sensación. Hicieron algo más que esto. El coñac estaba causando ahora su familiar reacción: sus nervios se calmaban, permitiéndole entonces una visión despegada, alejada, del mundo, que le permitía observar el mismo como algo divertido.

Poco a poco, fue recostándose en su asiento para contemplar a su esposa con dicho punto de vista. De «rara» la había calificado Bobby Talbot, palabra que no constituía una mala descripción de la antigua Elizabeth Jones. E incluso un bastardo de poca monta y calculador como Mookerjee había llegado a hablar a la chica de matrimonio. A todo esto, él se había dirigido a la rara y antigua Elizabeth Jones, por añadidura, no a la resplandeciente y etérea Beth que tenía delante. Desde luego, independientemente de lo que pudiera sentirse por Mookerjee, había que concederle cierto crédito por su comprensión acerca de las posibilidades.

Las posibilidades.

La idea tenía el tamaño de un grano de mostaza. Después, el grano empezó a desarrollarse, a hincharse, adquiriendo proporciones monstruosas. La simiente se abrió, pétalo a pétalo, floreciendo horriblemente. Era una planta devoradora de carne. Una atrapadora de moscas Venus, tan enorme que era difícil abarcarla en su totalidad. Cebada con un empalagoso jarabe, disparada con un leve toque. Las mandíbulas se cerraban de pronto, y la presa quedaba engullida, rumbo a su destrucción.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Beth.

Él la miró parpadeando, esforzándose por volver a tener de ella una visión justa, enfocada.

—Mookerjee quería entrar en posesión del millón de dólares —dijo Chris con voz ronca—. Lo quería todo. No se contentaba con la parte que

Prendergast le ofreció. He aquí por qué intentó casarse contigo.

—¿Cómo? —Beth irguió la cabeza, dibujándose en su rostro un gesto de buen humor—. Bien. Eso me parece poco halagador, ¿eh? Pero resulta, amigo mío, que estás equivocado. Por entonces, él no conocía siquiera la existencia de ese dinero. Aquello ocurrió mucho antes de que se supiera la historia de la fortuna Valentine.

Chris denegó con un movimiento de cabeza.

—Prendergast ha estado al tanto de todo siempre.

—No puede ser, Chris.

—Pues es así. A causa de que conoció a Clive Valentine hace mucho tiempo, cuando éste estuvo en Boston, en su primera época. Y estaba enterado de todo lo referente a Valentine y a tu padre, conociendo, además, lo que figuraría en el testamento. Sabía más del asunto que Warburton, incluso. Por eso, cuando el testamento apareció, se hallaba listo para que tú y Warburton pudiérais entrar en relación. Y aquí es también donde yo cuento algo para él. Porque tú debías hallarte unida a un marido para poder cobrar el dinero. Tú, Warburton y yo. Tres peces metidos en un barril. Prendergast nos arrojó dentro. Se supone que Mookerjee era el encargado de efectuar los disparos.

—Eso es imposible —susurró Beth—. Es demasiado disparatado. Prendergast lo habría juzgado así.

—¿Habiendo un millón de dólares como recompensa? Ni hablar. El plan casi funcionó... Todavía podría funcionar bien para él.

—¿De qué forma?

—Como el mecanismo de relojería de una bomba puesta a punto el día en que Valentine murió. Lo único que hubiera estropeado el proyecto habría sido la no aparición del testamento, y Prendergast y Mookerjee debieron de sudar lo suyo entretanto, temiendo lo peor. Después, tú caíste en la trampa al designar a Prendergast tu heredero universal, a causa de su buen corazón. Así de sencillo fue todo. Tú cobras tu dinero y los dos somos eliminados... Yo primero, tú después. Y la fortuna pasa a ser de Prendergast. Mookerjee percibe una buena tajada por hacer, como mínimo, la mitad del trabajo sucio. De esta manera habría procedido, indudablemente, de no haber pensado que conmigo podía cerrar un trato todavía más ventajoso.

Beth era la imagen paralizada del horror.

—¿Quieres decir que desde el día en que fui invitada a vivir en esa casa...?

—Cierto. Ellos podían ganarlo todo, y, si las cosas no marchaban conforme a lo imaginado, nada tenían que perder, excepto el dinero invertido

en ti. Supongo que fue McClure quien me metió en el asunto. Esa gente necesitó disponer de mucho dinero durante el tiempo que estuvieron esperando la aparición del testamento, y McClure fue el proveedor de los fondos precisos. Cuando era buscado un marido para ti, él debió de pensar que yo era el hombre indicado. ¿Quién podía hacer el trabajo mejor que el tipo inocentón que ya le proporcionara antes una coartada en un caso de asesinato? En mí veía un jugador de tenis fracasado, un joven que se hallaba en posesión de ese mágico encanto varonil que tanto gusta a las señoras...

—No hables así, Chris. Tus palabras me duelen más que todo lo otro. Y tú podrías estar equivocado aún acerca de esa historia. Has dicho que Prendergast contaba con que yo lo nombraría mi heredero universal. Ahora bien, ¿es que no te acuerdas de lo furioso que se puso al decidir yo proceder de este modo?

—Eso fue pura comedia, pequeña, pura ficción. Y también constituyó una reacción hábil. De haber llegado a entrar en posesión del patrimonio a raíz de haberse producido dos muertes violentas, Warburton, ineludiblemente, habría sospechado de él. Al manifestarse, en cambio, opuesto al testamento desde el principio, más adelante no hubiera estado justificada la sospecha.

—Bien. ¿Por qué, entonces, trató de que te mataran antes de que yo entrara en posesión de la herencia? ¿No es cierto que así me impediría reclamarlo?

—No, nada de eso. Es decir, de haber algún ardid legal, en virtud del cual se te permitiera la presentación ante el juez de tu licencia matrimonial en lugar de mi persona. Sí, independientemente de lo que se especifique en el testamento. Mookerjee es abogado. Y a juzgar por su aspecto, de los hábiles. Te garantizo que el hombre habría sabido dar con este ardid indispensable antes de que él y Prendergast realizaran el primer movimiento.

Ahora vio Chris que acababa de dar realmente en el blanco. Beth oprimió sus mejillas con ambas manos, y se le quedó mirando, inquisitiva.

—Tienes razón —dijo—. Debes de tenerla. He aquí lo más disparatado del asunto... Fíjate en que estamos sentados aquí, tranquilamente, hablando de todo esto. ¿No te parece un puro disparate que nos hallemos en este lugar, calibrando calmamente la posibilidad de que nos maten a los dos? Hemos de hacer algo sobre el particular, además. Pero ahora mismo.

—Nada podemos hacer de momento, Beth. Sin embargo, dentro de doce horas, aproximadamente, estaremos hablando con Warburton, y él es quien ha de sacarnos de esta trampa. Sólo Warburton. No hay que decir a nadie una sola palabra del asunto.



—¿Que hemos sido amenazados de muerte? —inquirió Beth, acalorada.

—¡Oh, Señor! No lo has entendido todavía, ¿verdad? No te das cuenta del enfoque que la Policía daría a todo, de la forma en que vería el asunto un extraño. Yo sería acusado de haberme asociado desde el principio con Prendergast, Mookerjee y McClure. A continuación, se diría que después de haberte conseguido a ti, con tu dinero, yo tramaba engañarlos, o que pensaba desembarazarme de ellos.

—Debe de habésete subido a la cabeza la bebida, Chris...

—¡Despierta, Beth! Enfréntate con los hechos y fíjate en la trampa en que estoy metido. ¿No comprendes que ni siquiera tú podrías aportar una sola prueba para demostrar que yo no me había asociado a esos individuos, pretendiendo engañarlos? Por lo que respecta a la idea de desembarazarme de ellos, ¿qué es lo que revela mi historial reciente? El sábado por la noche, McClure fue asesinado a unas pocas manzanas de distancia de mi casa. El domingo, amenacé con un arma de fuego a Mookerjee, enviándole al garete, al mar abierto, a bordo de un frágil bote de remos. Ayer, a las tres de la madrugada, me metí en la casa de Prendergast, y ahora el hombre ha desaparecido. Muy bien. Yo estoy bebido y tú estás en tus cabales. Perfectamente. Hazme el favor de repasar con toda tu lucidez el cuadro que tenemos delante y dime qué ves en él.

—Lo único que sé...

—No hablo de lo que sabes, sino de lo que ves.

Ella movió la cabeza, pensativa.

—No quiero verlo todo así. —Sus ojos tenían una expresión suplicante—. Supongo que en Londres todo habrá cambiado, ¿no, Chris? Allí nadie intentará acabar contigo, ¿verdad?

—Lo intentarán si saben cuándo, dónde y cómo hacerlo. Pero sus planes se encuentran todavía en el aire ahora, porque suponían que yo no iba a llegar tan lejos. Se imaginaban que a estas alturas habría tenido ocasión de morir un par de veces. Sea lo que fuere, mañana por la mañana Warburton se habrá convertido en mi abogado, además de ser el tuyo, le guste o no, y todo el asunto quedará bajo su jurisdicción. El hombre andaba ya preocupado con Teodorescu y Katia Danska, así que un par de lobos más merodeando en torno al fuego del campamento no supondrán demasiado trabajo para él. Pero nosotros hemos de entendernos con Warburton y nadie más. ¿Ha quedado esto bien entendido?

—Sí. Sin embargo, tú te olvidas de una cosa, Chris: del Gran Hermano. De la CIA. O lo que sea eso. Ellos saben que Prendergast dispuso lo necesario

para que te mataran. O, al menos, que hubo alguien que actuó así. Cuando hablemos con Warburton...

De pronto, notó que una fría e invisible mano se apoyaba en su hombro. *Su bella esposa y su simpático hermano*, le susurró aquella fría voz al oído.

—Pues no —dijo Chris, con viveza—. No vamos a contar nada de eso a Warburton. Nada.

El rostro de Beth se oscureció.

—Pero esto no es razonable. De poder localizar a esos hombres, te servirían de testigos.

—No serían testigos de los que yo necesito. Y ni siquiera intentaremos localizarlos. Es la forma en que desean que discurran las cosas, y vamos a seguirles el juego. Estaré observándolos mientras operan.

—Tú eres mucho más importante que ellos para mí, querido.

—Muy bien. Pues entonces haz cuanto te he dicho.

Beth se esforzó por sonreír.

—Lláname siempre la Paciente Griselda —dijo.

No tuvieron dificultades a la hora de subir al avión. Tal vez lo peor hubiera quedado atrás, pensó Chris, esperanzado, al tomar el aparato altura y orientarse hacia el este en medio de la noche, sobre el Atlántico Norte. Prendergast. El Gran Hermano. El teniente Greenberger y todos los policías tan cínicos como él. Toda aquella gente quedaba a sus espaldas. Y con cada minuto que pasaba, a diez millas más de distancia.

Hasta Mookerjee podía dejar de ser considerado una amenaza. De haber dicho la verdad cuando revelara lo de la llamada telefónica, sobre la continuación de la caza en Londres, le esperaba una dura tarea al intentar alcanzar a su supuesta víctima. El pasaje aéreo que él viera a bordo del *Chirica II* correspondía al vuelo de salida de Miami del día anterior, de manera que venía a ser un dato desorientador, el mejor que podía desear el fugitivo. En el peor de los casos, facilitaba un tiempo precioso para poder desarrollar cualquier maniobra.

Chris consideró la idea de comentar este feliz aspecto de su aventura con Beth, desistiendo de ello seguidamente. Lo mejor, ahora, era dejar a un lado toda la historia, si ella no la traía a colación. Beth padecía los efectos de una mezcla de cansancio y excitado nerviosismo. Andaba desesperadamente necesitada de sueño, pero luchaba, también desesperadamente, contra éste. Cuando las luces principales del recinto se hubieron apagado, siendo la oscuridad aclarada solamente por las de la noche, su cabeza se derrumbó sobre el hombro de Chris en varias ocasiones. Y en cada una de ellas, la joven la erguía violentamente, retornando a la postura de momentos antes.

—Me asaltan las pesadillas —explicó fatigadamente, por fin—. Unas pesadillas capaces de helarle a una la sangre. Y se presentan nada más cierro los ojos.

—Ya. Sin embargo, no lograrás nada combatiéndolas así. Lo que tienes que hacer es tratar de pensar en algo agradable que te pasó hace mucho tiempo, dejándote vencer por el sueño después.

—Das la impresión de poseer una gran experiencia en este terreno.

—Así es —contestó Chris, expresándose con entera sinceridad—. He vivido muchas pesadillas a lo largo de las noches cuando cubría el circuito de los torneos tenísticos. Y también posteriormente, durante mucho tiempo.

Finalmente, la llevó hasta uno de los desocupados tríos de butacas de la parte posterior de la cabina. Una de las azafatas, a petición suya, levantó los brazos de las mismas, proporcionándole una almohada y una sábana. Después, pese a las protestas de Beth, la obligó a quitarse las botas y a acomodarse, algo encogida, en el improvisado diván. Tan pronto como tuvo la seguridad de que ella se había quedado dormida, avanzó, descalzo, en calcetines, hacia una pequeña cocina en la que se encontraban dos azafatas haciendo café.

—¿Quiere usted una taza? —le ofreció la que le había ayudado a instalar a Beth donde estaba ahora.

Era una mujer menuda, de ojos brillantes y movimientos tan vivos como los de un gorrión.

Su compañera, una rubia tipo Juno, de veinticuatro o veinticinco años, parecía casi una matrona a su lado.

—¿Prefiere una taza de té, quizá?

—No, no. El café me irá bien. Solo.

La otra le pasó la taza.

—Yo soy la señorita Duncan. Mi compañera es la señorita Green. Me ha dicho que lo conoce.

—Sé algo acerca de usted —corrigió la señorita Green—. Usted es Chris Monte, el jugador de tenis, ¿verdad?

—Cierto. Pero en la actualidad sólo juego de vez en cuando. Resulta agradable que se acuerden de uno, sin embargo.

—Los miembros de mi familia han sido siempre buenos aficionados al tenis, y ellos hicieron que yo me aficionara a mi vez, de pequeña. Una vez acompañé a mis padres, para verle actuar en un torneo que se celebraba en la zona occidental de Inglaterra. Hizo usted una maravillosa exhibición.

—Mi compañera dice que le escogió como *V.I.P.*<sup>[1]</sup> del vuelo —explicó la vivaz señorita Duncan—. Esto le destaca entre los restantes viajeros. ¿No le gustaría tomar unas galletas con su café?

—No, gracias —Chris desechó con un movimiento de su mano la bandejita que le ofrecían. Nada más ver las galletas, precisamente, había sentido un amago de basca—. Me he acercado aquí sólo para hacerles una pregunta acerca de algo que me preocupa.

—Una pregunta, ¿sobre qué? —inquirió la señorita Duncan, cautelosamente.

—Bueno, digamos que es sobre contrabando. Un amigo mío voló de Boston a Londres la semana pasada, y después de haber examinado el servicio

de aduanas su equipaje, dándole la conformidad, fue conducido por un equipo de inspectores a una habitación, para ser cacheado. No fue una de esas tretas semificiales, de que a veces se valen los agentes, que consiste en escoger un pasajero al azar, para que éste muestre su documentación y las cosas que lleva en los bolsillos. Ha pasado por tal experiencia y sabe todo lo que se puede saber sobre ello. Pero en la ocasión a que me refiero hubo algo nuevo. Los agentes inspectores le obligaron a quitarse los zapatos también, para examinarlos por dentro.

—¡Ah, vamos! —exclamó la señorita Duncan, segura de sí misma—. Debían de andar en busca de joyas. Sin ir más lejos, el mes pasado tuvimos el caso de un tipo menudo y desagradable que, según supimos luego, llevaba los tacones de sus zapatos debidamente ahuecados y repletos de diamantes industriales. El hombrecillo era de esos que gustan de pellizcar a las chicas en las nalgas, por cierto. ¿No se enteró usted del hecho?

—No se trataba de joyas —arguyó Chris—. Nadie se llevó los zapatos, en el caso de mi amigo. Los agentes se limitaron a examinarlos por dentro, como si realmente hubieran esperado hallar algo allí.

Las dos azafatas se miraron mutuamente, de un modo inexpresivo.

—La verdad —dijo la señorita Green, por fin— es que actualmente hay mucho contrabando de monedas... Los equipajes de los viajeros, últimamente, han sido objeto de severas inspecciones por parte de los servicios de aduanas americanos e ingleses... Ahora bien, en los zapatos no es posible llevar una cantidad de monedas que pudiera hacer rentable la treta.

—¿Y si fueran documentos secretos? —aventuró la señorita Duncan, cuyos ojos se tornaron todavía más brillantes al considerar aquella idea—. Papeles altamente secretos, provenientes de Whitehall. Instrucciones reservadas, de las de «Una vez leído este mensaje, úntelo con manteca y cómaselo».

—No existe ninguna probabilidad, en tal sentido —objetó Chris—. Mi amigo es un sencillito y agradable instructor de tenis. Todo lo que sabe en materia de espionaje es lo que ha visto en las películas de James Bond.

—Entonces, lo que hubo aquí fue una confusión de identidades —concluyó la señorita Green, convencida—. No cabe otra explicación.

—Pero es que él afirma que los inspectores sabían quién era, exactamente, y a qué se dedica, con todo lo demás. Aún hoy, se pregunta a qué venía todo aquello.

—Es lo que a mí me pasa ahora —dijo la señorita Duncan.

La señorita Green se encogió de hombros, mostrándose así de acuerdo con ella.

Chris dejó que aquello quedara de ese modo, abrigando la impresión de que si las expertas azafatas no podían ofrecerle el menor indicio sobre la causa de que el Gran Hermano anduviera tras él, ninguna otra persona sería capaz de hacerlo. Y cuando vio que la señorita Green ardía en deseos de oírle hablar sobre las cosas del tenis y de su prematuro abandono de las pistas, abordó tales temas. Pero se dio cuenta de que no lo hacía con la amargura y el resentimiento de otras veces. Se refirió a todo de una manera casi objetiva.

Se alejó de las azafatas después de haber saboreado una segunda taza de café, dirigiéndose al lugar en que Beth se encontraba acurrucada bajo la sábana, todavía profundamente dormida, con los pies apoyados en el brazo exterior de la butaca correspondiente al pasillo. Corrió la cortina de la ventanilla, asomándose a un cielo nocturno brillantemente estrellado. A continuación, sin despertarla, se las arregló para ocupar uno de los asientos, colocando las piernas de la joven encima de sus rodillas.

En aquella incómoda postura se mantuvo esperando durante un tiempo que le pareció interminable, hasta que vio el primer toque de una luz borrosa en el lejano horizonte. No se podía hablar de una luz, verdaderamente, sino de una casi imperceptible disminución de la oscuridad. Esto era lo que él había estado aguardando.

Dedicando un fugaz y afectuoso pensamiento al lascivo contrabandista de joyas, introdujo una mano por debajo de la sábana con que se cubría su esposa, iniciando un suave masaje sobre una de sus cálidas y redondas nalgas, hasta que ella se movió, inquieta.

—¡Oh! ¡Qué agradable! —exclamó, amodorrada.

—Me consta que lo es —Chris le propinó una seca palmada—. Baja las piernas y siéntate.

Bostezando ruidosamente, ella, obediente, siguió sus instrucciones. A continuación, Beth apartó de sus ojos la maraña de cabellos que le impedía ver, consultando su reloj de pulsera.

—¡Pero si no es más que la una! —exclamó, quejumbrosa—. Todavía tenemos una hora de vuelo por delante, ¿verdad?

—Sí, pero es que quería que vieses algo. Mira por la ventanilla, ahí, al frente, más allá del ala.

Chris había cronometrado aquellos momentos perfectamente. La disminución de la oscuridad en el firmamento había determinado el cambio a una débil y grisácea luz. Este tono gris se abrigó, transformándose en un

blanco de perla que se expandió en forma de arco hacia arriba y a lo lejos, hasta alcanzar a todo el horizonte, volviéndose de repente rosado. El matiz rosado se intensificó hasta llegar al escarlata, pasando de aquí a un rojo latente. Todo el espacio parecía haberse incendiado ahora. Después, emergiendo del océano, sobre el borde del horizonte, apareció la curva del sol saliente, suficientemente pequeño para ser oscurecido por una moneda sostenida contra el cristal de la ventanilla, pero sin saberse por qué abrumador, opresivo.

—¡Dios mío! —exclamó Beth, con una expresión aterrorizada.

Chris pensó que la escena que vivía representaba una notable mejora sobre la presenciada la última vez que despertara a una persona para que contemplase el amanecer sobre el Atlántico, desde una altura de diez mil metros. Esa vez había sido Frenchy Barbeau, quien había estado roncando hasta aquel momento. Chris, su pupilo, se había enterado entonces de que nunca debe nadie atreverse a despertar a un francés (bueno, quizá lo admitiera un francés que fuera pintor, pero no, en absoluto, un francés práctico y cuerdo que se ganaba la vida como entrenador de tenis) con el exclusivo fin de hacerle ver la salida del sol.

Así pues, al cabo de los años, él podía decir a la joven lo que no había tenido oportunidad de expresar aquella mañana a causa de la actitud de Frenchy.

—Y esto está sucediendo a cada fracción de segundo —comentó, maravillado ante la idea—. Cada fracción de segundo de cada día, el telón se levanta de una manera invariable.

Beth se volvió hacia él desde la ventanilla, sonriendo levemente.

—Esto lo hace todo perfecto ya —manifestó.

—¿A qué te refieres?

—A algo que he venido sospechando, pero de lo que estoy completamente segura ahora. Es posible que te encojas de hombros ante mis palabras, cariño, pero la verdad es que en el fondo de tu corazón eres, indudablemente, irremediabilmente, y de un modo fulgurante, todo un poeta.

## CUARTA PARTE



Mientras esperaba en la cola la inspección del servicio de aduanas, Chris pensó, sintiendo un repentino y frío sudor sobre su cuerpo, que iba a ser el fichero alfabético de Prendergast, cuyas cartulinas llevaba en un bolsillo, lo que originara alguna grave dificultad. A cada paso que iba en dirección al mostrador, su imaginación repetía incansable y rápidamente la misma escena. Un reducido recinto, casi sin muebles, dotado tan sólo de una mesa y una silla. Un funcionario de rostro severo mostrando en su mano las fichas, igual que enseña sus cartas un prestidigitador listo para hacer un truco, y preguntándole cómo había llegado a entrar en posesión de ellas. ¿Qué haría entonces?

No sucedió nada de esto. Lo que sí pasó fue que tanto a él como a su maleta le dedicaron el más indiferente de los vistazos, cruzando la puerta con un simple ademán del agente. Pero ante el mostrador del cambio de moneda, mientras guardaba en sus bolsillos las libras, chelines y peniques que le habían proporcionado sus dólares, al mirar por encima de uno de los hombros de Beth comprobó que estaba siendo observado de cerca. Y por primera vez, en tales condiciones, reconoció inmediatamente a la persona que lo vigilaba.

Como ya señalara a Augie Bloom, al teléfono, una vez se veía a aquella mujer era improbable que fuese olvidada. Aun habiéndola descubierto a unos diez metros de distancia. Aquellos rojos cabellos, como una llama, su cara, sorprendentemente bella y cubierta de pecas, su cuerpo... Tratábase de rasgos personales creados para resultar inolvidables.

Dirigiéndose a Beth, Chris dijo:

—Escúchame con atención. No te muestres sorprendida, y no vuelvas la cabeza. Límitate a dedicarme una amplia sonrisa.

Sabía que era una chica inteligente. Muy inteligente. Se haría cargo de la situación al momento.

—Muy bien —insistió él—. Una franca sonrisa. Como la mía.

Ella le obsequió con una sonrisa inexpresiva y fija, de calavera. Sus párpados se agitaron, incontrolables.

—¿Acaso anda alguien por aquí, Chris? ¿El Gran Hermano?

—No. Es la amiga de Mookerjee. Por tanto, haz exactamente lo que acabo de decirte. Y no formules preguntas.

—Yo no quiero que te conviertas en un héroe, Chris.

—¡Maldita sea! Escúchame. Coge tu bolso de viaje y toma un taxi para trasladarte al Wilbraham Hotel, en Park Lane. Si tienes alguna dificultad para conseguir habitación, por carecer de reserva, di que deseas hablar con el director. Se llama Farrault, y es un viejo amigo de Frenchy. Explícale que el señor Barbeau te dijo que te pusieras en contacto con él. Ya verás como te lo soluciona todo. Y no pongas esa cara. No dejes de sonreír.

—Pero, ¿dónde estarás tú entretanto? ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Te he dicho que no me hagas preguntas. No tenemos tiempo para esto. A ver: escoge un apellido para ti, rápidamente, un apellido que parezca inglés.

—¿Para utilizarlo yo? ¿Sanders?

—Está bien. Y ahora un nombre de pila.

Beth se llevó una mano a la frente, oprimiéndose la misma.

—¡Oh, Dios mío! Sólo se me vienen a la memoria los de Winnie y Tigger. No, espera... Maud. Violet, Alice. ¿Qué tal, Alice?

—Va bien. Tú serás Alice Sanders para todo el mundo, excepto para Warburton y yo. Especialmente, cuando hablemos por teléfono. Si atiendes una llamada telefónica y oyes la voz de alguien preguntando por la señorita Jones o la señora Monte, ¿qué es lo que dirás?

—Se ha equivocado de número, lo siento. Pero, ¿qué...?

—Preguntas, no. Inscríbete en el hotel como Alice Sanders. Sube a tu habitación y llama al despacho de Warburton cada cinco minutos, hasta que sepas que ya hay alguien allí. Entonces, sea quien sea la persona que se encuentre en ese lugar, trasládote a él. Yo me reuniré contigo en el despacho tan pronto pueda, pero si no hubiera aparecido a, digamos, las once, cuéntale a Warburton todo lo que seas capas de contar.

—Pero si tú no apareces, tampoco sabré dónde paras, Chris. ¡Ni siquiera sabré si te ha pasado algo desagradable!

—Deja eso a un lado. Ahora fija la vista en ese libro de bolsillo y saca un bolígrafo y un papel en el que escribir. Hazlo todo de un modo ampuloso.

Ella obedeció. Ya tenía en las manos un lápiz y un pequeño bloc.

—Ahora escribe ahí *Alice Sanders* y el nombre del hotel. Es el Wilbraham.

Chris cogió el papel, echándole un vistazo, tras lo cual se lo guardó en un bolsillo, contando unos cuantos de los billetes que tenía en éste, sin sacarlos.

—Ahora, un fuerte apretón de manos, al estilo inglés —propuso él—. Un buen apretón de manos, sin más. Y que no se te vea el dinero que voy a pasarte. Deslízalo disimuladamente en tu bolso, junto con el bloc y el lápiz.

Chris observó cómo Beth abría su bolso tirando de un cordón. Luego, por el rabillo del ojo vio que Baby iba situándose cautelosamente más cerca de ellos. No se encontraba sola. A su espalda, a un par de pasos de distancia, se veía un joven de desagradable aspecto, quien, evidentemente, esperaba órdenes. Chris se esforzó por dominar su creciente inquietud.

—Eso es, cariño —dijo a Beth, *sotto voce*. Después, levantó la voz—: Hasta la vista, Alice. Ya tendrás noticias mías.

A él le dieron ganas de besarla, por la forma en que había afrontado la prueba.

—No me hagas esperar demasiado, querido —contestó la joven, con voz apagada.

Sonriendo, radiante, se encaminó hacia la puerta de salida, con su equipaje en la mano.

Chris notó que Baby y su acompañante se encaminaban hacia él. Habíala visto la última vez en el momento de ser sacada de las aguas del Gulf Stream, vomitando rabiosas palabras, convertida en una gata furiosa y mojada. Ahora era una mujer bien vestida, pulida, fría, amenazadora. Su acompañante vestía una llamativa camisa de terciopelo color naranja, bajo un traje que llevaba la marca indudable de la calle Carnaby, resultando por su aspecto físico mucho más amenazador que ella. Los cabellos le llegaban al cuello de la chaqueta, en un bellamente bruñido corte estilo escudero; el flequillo tapaba casi sus cejas. Los ojos eran azules, de un tono pálido, y acuosos, descubriéndose en ellos un centelleo como de locura. Los finos labios tenían un trazo que originaba un gesto de irónica diversión.

Una pareja nada recomendable, pensó Chris, con la mente saturada de negros presagios. Tener que habérselas con ellos debía de resultar tan alegre como desarticular una bomba de dos toneladas.

Baby fijó la mirada en él. Evidentemente, se recreaba en aquella situación.

—Muy bien, cariño —dijo con una nada grata inflexión de voz. No era la suya una mala imitación de la despedida de Beth—. ¿Sorprendido?

—¿De qué he de sentirme yo sorprendido? ¿De que no hubiese sido usted arrojada a los tiburones por haberme ayudado a huir con la embarcación? —Chris se encogió de hombros—. Ya me figuré, después de haberle colgado el teléfono a su amigo, el hindú, que Prendergast podía establecer contacto con él, poniéndole al comente de lo ocurrido. Ya sabe: le diría quién era el que realmente había estado hablándole por teléfono y cuando me plantaría yo aquí.

—Es usted un embustero. Eso es lo que pasó, efectivamente, pero usted no se imaginó lo que ocurriría, ya que de ser verdad lo que dice no se encontraría en los momentos presentes en este lugar, cogido *in fraganti*. —Baby hizo un movimiento de cabeza, indicando la puerta de salida—. ¿Quién era ésa, la mujercita?

—¡Diablos! No. Una muchacha que conocí en el avión.

—Sigue mintiendo. ¿Cómo va usted a andar detrás de las chicas dentro del avión cuando se le supone acompañado en todo momento de una esposa?

—Oiga, mi vida privada...

—¡Al infierno con su vida privada! —Baby sacó de su bolso un paquete de *Players*. Luego, irritada, lo guardó de nuevo—. Cómprame cigarrillos ahí —ordenó a su charro acompañante—. Que sea tabaco americano. Éste no puedo seguir soportándolo por más tiempo.

—Estas cosas tan repulsivas acabarán con su salud —le contestó el otro, agriamente—. De un tipo y de otro...

—Tú no te preocupes por mi salud. Cómprame los cigarrillos.

La joven miró a aquel individuo mientras se alejaba. Tan pronto comprendió que no podría ser oída por él, volvióse hacia Chris.

—Tengo que exponérselo todo rápidamente, Monte, así que ponga atención a esto. Y que no se le pase por la cabeza la idea de huir de nosotros ahora, ya que por causa de su cojera no sería capaz de sacarle ventaja a mi abuela en una carrera. Mookerjee me envió aquí para cerrar nuestro trato. Ya sabe a cuál me refiero. Él hará que usted entre en posesión de la fortuna Valentine, y los dos se reparten la misma al cincuenta por ciento. Muéstrese conforme rápidamente. De lo contrario, puede darse ya por muerto a partir de ahora mismo. Hoy es miércoles. Yo le aseguro que de rechazar el trato no vivirá para poder ir a la iglesia el domingo. Créame, Monte. Métase eso en la cabeza. No le engaño. Nosotros, en este asunto, nos lo jugamos todo, de modo que vamos directamente al grano.

Su voz, aunque era un susurro, resultaba intensa, casi martilleante. Chris sabía que no le engañaba, en efecto. Y sus palabras eran brutalmente sensatas. Si ella y Mookerjee le permitían ganar tiempo, el juego se perdía. En cuyo caso, ellos se procurarían, como mínimo, el placer de proporcionarle la oportuna recompensa.

—¿Dónde está Mookerjee? —preguntó Chris—. ¿Por qué no ha podido decirme todo esto personalmente?

—Porque le siguen los pasos muy de cerca, Jack. Por ahora, debe mantenerse alejado de usted.

El acompañante de Baby regresó caminando lentamente. Llevaba un paquete de cigarrillos entre los dedos índice y pulgar de una mano, sosteniéndolo como si hubiera sido un objeto contaminado.

—¿Sabe usted lo que cuesta un paquete de cigarrillos de esta marca? —inquirió el hombre.

—¿Y qué más te da? No es dinero real el que vienes empleando aquí, ¿verdad? —repuso Baby, ásperamente. Encendió a continuación un cigarrillo, mirando a Chris por entre las volutas de humo—. Quiero referirme ahora a esa muñeca de tamaño superior al normal, con la que hacía manitas. Es su esposa, ¿eh, Monte?

—Ya le dije que no. No sé dónde diablos para mi mujer. Lo último que oí acerca de ella se le escapó a Prendergast, quien declaró que antes o después acabaría hospedándose en el Hilton. ¿Y cómo se le ha ocurrido pensar que esa rubia podía ser ella? ¿Es que Mookerjee no le facilitó ninguna descripción de mi esposa?

—Me habló de ella, sí. —A Baby no se la veía tan agresivamente segura de sí misma ahora—. Veamos ese papel que le dio.

—¡Oh, vamos!

—No se haga el tonto, Monte. Yo vi que se lo daba ella.

—Está usted entrometiéndose en mi vida privada, ¿eh?

Chris introdujo la mano en un bolsillo, extrayendo la hoja de papel de bloc.

—Yo no me entrometo en nada —respondió ella, echando un vistazo al papel—. Alice Sanders. El Wilbraham. ¿Te suena eso? —preguntó a su acompañante—. ¿Oíste alguna vez hablar de ese establecimiento?

—¡Hum! Sí. Queda en Mayfair.

—De acuerdo, entonces —Baby devolvió bruscamente el papel a Chris—. ¡Ah! Y debe usted prescindir ya de ese aire de desconfianza hacia mí, Monte. Quizá haya notado que yo no lo tengo, ni siquiera después de haber sido arrojada por usted al océano, para acabar subiéndome a un bote a remos dejado al garete. Bueno, pongámonos en marcha ya.

—¿En marcha? ¿A dónde quiere que vaya?

—A donde le diga, puesto que este tipo tan extravagante que me acompaña lleva encima una pistola y sabe cómo usarla. Vamos a ir a casa de Teodorescu. Se encuentra fuera de la población, pero yo me hospedo allí, de momento. Y usted.

—¿Teodorescu? —preguntó Chris, incrédulo.

Fue todo lo que pudo decir antes de que Baby le dirigiera una expresiva mirada, por la que le ordenó, con más eficacia que si hubiera hablado, que delante del otro debía pensárselo bien antes de despegar los labios.

—Michael —dijo la joven a su acompañante—: coge esa maleta y vámonos.

Michael miró a Baby. Era la clase de mirada, pensó Chris, que hubiera dedicado una cobra a una langosta que acabara de pisarla.

—¿Quién? ¿Yo? —contestó aquél—. Déjele que sea él quien lleve su condenado equipaje. Tiene fuerzas de sobra para ello.

Los bellos y azules ojos de Baby casi desaparecieron bajo los entreabiertos párpados.

—¿Qué quieres, rata? —dijo la joven, en voz baja—. ¿Quieres que le cuente esto a tu jefe? ¡Vamos! ¡Coge esa maleta!

Michael obedeció.

La casa era una más de la sólida hilera de antiguas estructuras de ladrillo rojo existente en la calle Merivale, de Chelsea, no lejos del río, ofreciendo un aspecto exterior poco atractivo, que no hacía pensar en los hermosos muebles que contenía.

Llegaron allí en un pequeño Humber conducido por Michael. Mientras éste dejaba aparcado el coche, Baby guió a Chris hasta su alojamiento, al final de un par de tramos de escalera, consistente en una espaciosa combinación de dormitorio y cuarto de estar.

—Yo estoy al otro lado del vestíbulo —explicó la joven—. La planta inferior contiene un comedor y una biblioteca, encontrándose al fondo la cocina y lo que ellos denominan un salón de estar. Los servidores habitan encima de nosotros, y con ellos se ha instalado Michael. Esta habitación es la de Teodorescu.

—De él quería hablarle, de Teodorescu —manifestó Chris—. ¿Entra en el trato también?

—¿Me pregunta si es el mediador entre usted y Mookerjee? Mire, estúpido: por lo que a Teodorescu y Joe Prendergast se refiere, yo estoy aquí para eliminarlo a usted. O para ponerle en condiciones de que Michael pueda llevar a cabo el trabajo. Y por lo que a usted se refiere, no sabe una palabra sobre tal cuestión. He aquí el motivo de que tenga que pensárselo dos veces antes de decir algo delante de Michael, ese rata. Es el hombre de confianza de Teodorescu, y por lo que he oído contar de él es un loco asesino.

Resultaba difícil señalar qué era lo más escalofriante, pensó Chris: la información que ella le daba o el modo absolutamente natural de facilitársela...

—Está bien —comentó el joven—. Es grande la cosa. Y ahora, ¿le importaría decirme por qué estamos disponiendo lo necesario para engañar a Teodorescu aquí, en su propia casa, y en compañía de ese loco asesino?

—Se las da de listo, ¿eh? —dijo Baby, con un gesto compasivo—. ¿Cree usted que soy yo quien ha elegido esta casa para hospedarnos? Fue Teodorescu el que lo exigió cuando aterricé aquí anoche, sólo para asegurarse, claro, de que no se produciría ningún engaño. No se puede jugar con gente como Teodorescu, cuando uno se mueve dentro de su terreno. Tal

es la causa de que nos veamos obligados a arreglar las cosas rápidamente y firmar los papeles sobre la marcha.

—¿Cuándo, concretamente?

—Tan pronto podamos escabullimos para ver al abogado con quien se ha puesto Mookerjee de acuerdo, dejándolo todo dispuesto legalmente. Mañana, quizás, o pasado mañana. No puedo hurtarme a la vigilancia de Teodorescu más que el tiempo requerido para eso. A nada conduce que intente usted escaparse de aquí para esconderse en algún sitio. Teodorescu ha redactado toda una declaración que yo he de firmar, y en la que explico cómo mató usted a Jack Zucker. Me indicó que debía decírselo. Añadiendo que si usted desaparecía de aquí, el documento, una vez firmado por mí, iría a parar a los policías de Scotland Yard. Él no habla por hablar. También me dijo que debía asegurarme de que usted sabe que puede ser extraditado por haber cometido un crimen.

—¿Se atrevería usted realmente a firmar un documento así? —inquirió Chris—. ¿Se atrevería realmente a comparecer ante un tribunal de justicia para jurar que me vio matar a Zucker?

—Desde luego. Lo haría, y con inmenso placer, llegado el caso. Ya le dije que exponíamos mucho en el juego. Y por medio millón de dólares...

Ahora, más que nunca, Chris experimentó la impresión de avanzar a tientas, con los ojos vendados, por el laberinto de una jungla poblada de devoradores de hombres.

—Vamos a ver... —dijo—. Trate de ver el asunto con sensatez. Para empezar, el patrimonio no ha sido cedido a mi esposa todavía...

—Usted límitese a dejar eso en manos de Mookerjee.

—Bien. Digamos que accedo. Supongamos también que acepto el trato y que me avengo a darle la mitad del dinero que me consiga. ¿Por qué eso habrá de hacer cambiar de idea a Teodorescu con respecto a mí? Seguirá pensando en quitarme de en medio, y al final con más razón, por haberle engañado.

—Deje eso en manos de Mookerjee también.

Parte de los menudos y afilados dientes de Baby brillaron entre sus labios al sonreír. La suya era una sonrisa poblada de siniestros significados.

—Ya comprendo —manifestó Chris—. Ese cincuenta por ciento lo altera todo radicalmente. Más adelante, será Teodorescu la persona eliminada, y no yo. ¿Fue eso lo que le pasó a Marty McClure? ¿Se interpuso en el camino de Mookerjee por mi causa?

—¿Ése? —inquirió Baby con una mueca de desprecio—. Jamás tuvo categoría suficiente para meterse en una empresa de tantos vuelos como la



que enfocaban Teodorescu, Mookerjee y Prendergast. Sólo era un piojoso prestamista que disponía de un puñado de gorilas para recoger los intereses producidos por su dinero. Fueron los hombres de Zucker quienes lo liquidaron, tras haberse cargado él a aquél, por haberse dedicado a operar en su territorio.

El teniente Greenberger había de apuntarse un tanto, pensó Chris. Había estado en lo cierto al suponer que McClure y Zucker se habían enredado en una guerra urbana de bandas.

—Supongo que Prendergast llevaba por sí solo la empresa común dentro de Estados Unidos en los viejos tiempos... —dijo.

—Por sí solo, no. Con un par de socios. Los hermanos Wheeler. Los dos hombres con quienes topó usted cierta noche, en Boston.

—Así pues, ¿está usted informada de ello?

—No tanto como usted —respondió Baby, irónicamente—. Después de todo, Joe se limitó a decirnos que lo más probable era que se encontrara usted allí al producirse el episodio. Ahora, Mookerjee no tiene nada que ver con eso.

Los hermanos Wheeler, pensó Chris, y no el doctor Degan y su amigo. Se sumaban así dos muertos ya por culpa de la envenenada herencia de Clive Valentine.

—Sé que Mookerjee no tuvo nada que ver con ello —declaró—. Esta vez no se trata de él. Los hombres que ametrallaron a la pareja habían estado siguiéndome... Vamos a ver. ¿Por qué me seguían? ¿Quiénes diablos son? ¿Agentes del gobierno?

—O algo por el estilo. Hay agentes que realizan tareas muy especiales, acerca de los cuales el gobierno se pone en condiciones de poder decir que no sabe nada. Esta práctica no constituye nada nuevo. Mookerjee dice que esos hombres desarrollan su labor desde hace mucho tiempo. En la mayor parte de las ocasiones actúan con frialdad, procurando pasar inadvertidos, pero cuando se figuran que hay alguien que intenta enfrentárseles pueden llegar a resultar francamente desagradables o peligrosos. Bueno, esto es cuanto me contó Mookerjee sobre el particular.

—¿Le explicó por qué me seguían?

—Todo lo que me dijo fue que desde su punto de vista usted es un sujeto digno de merecer su atención. Andan detrás de algo grande, de extraordinaria importancia, contra lo cual intentan actuar. Puede ser que su objetivo haya sido ya destruido, pero esto es un asunto que, al parecer, no les preocupa. Quizá pretendan tan sólo disponer de una excusa para mantenerse en nómina.

Y para conseguirlo no hay nada mejor para ellos que dar la impresión de que todavía se mueven para desentrañar el asunto de que se ocupan.

—¿Qué asunto es éste? ¿El negocio de Teodorescu? ¿La empresa que le proporcionaba tanto dinero unos años atrás?

—Cierto. Y no le miento al asegurarle que era una cosa realmente importante, Jack. ¡Qué demonios! ¡Si figuraban hasta nueve países metidos en ella! Nueve, nada menos. Unos de Commie, otros nuestros. Y la cosa iba en aumento, estaba cada vez a mayor altura, dentro del gobierno. Eran muy numerosos los grandes personajes que tenían que ver con el asunto...

—¿En qué consistía éste exactamente?

—No, no —Baby hizo un enérgico movimiento denegatorio de cabeza—. Mookerjee me dijo que jamás debía ser explícita en lo tocante a tal punto. De todos modos, es igual que se tratara de una cosa u otra. El caso es que ellos estaban haciendo negocio con la organización. Era lo único que les interesaba. Lo mismo podía ser una cosa que otra, sí.

Chris vio que había llegado a un callejón sin salida.

—Bien —dijo Chris—. ¿Llegó a explicarle Mookerjee cómo espera desembarazarse de mi esposa, con objeto de que podamos repartirnos las dos mitades del patrimonio? ¿Se figura acaso que si confía tal misión a León los demás vamos a quedarnos sin presa?

—¿Qué presa? —preguntó Baby, sombríamente—. Su esposa es cosa de Joe Prendergast. Él es quien la alineó para esto, ¿no?

—Ya. Con referencia a ella, ustedes le dejan llevar a cabo el trabajo sucio, recogiendo nosotros, sin embargo, el botín. He de confesarle que es verdaderamente educativo realizar negocios con su gente.

—Usted irá aprendiendo sobre la marcha, Monte. Es cuanto debe tener presente. —La joven se llevó un dedo índice a los labios al oír unos crujidos en los peldaños de la escalera—. Silencio, ahora. Ése es Michael.

Era Michael, efectivamente. Entró en la habitación con las manos metidas en los bolsillos, y los labios fruncidos, como produciendo un inaudible silbido. Recostado contra la pared, observó a Baby con una fría expresión en el rostro.

—¿Satisfecho? —inquirió ella, con desdén.

—Las he visto peores.

—Porque, probablemente, te pusiste a clavarle alfileres, sólo por divertirte, ¿no? De todos modos, ¿a qué has venido aquí ahora?

—Acabo de llamar al hotel en que suponíamos que se había alojado su amiguita. Se encuentra allí, desde luego. Alice Sanders —Michael miró a

Chris de soslayo—. La señora Alice Sanders. Tiene usted que actuar con cuidado en esta clase de actividades, camarada. El esposo de turno siempre resulta ser un tipo fornido animado por el deseo de propinar al conquistador una buena ración de nudillos.

—Eso ha dejado de preocuparme —replicó Chris—. Esta vez se lo dejaré, para que se encargue usted de él.

—¿Y qué? ¿Cree que no podría acaso?

Michael se apartó lentamente de la pared. Su puño derecho abandonó el bolsillo, y cuando Chris se irguió, alerta, oyó un seco sonido metálico, descubriendo, nada más bajar la vista, quince centímetros de hoja de acero, los de una navaja situada a la altura de su vientre.

—¿Se da cuenta? —señaló Michael—. Al parecer, estoy en condiciones de encargarme de usted también, si se presenta el caso. Los puños vienen a ser un juego de taberna, camarada. ¿Le apetece probar los suyos contra esto?

Chris sintió que se apoderaba de él una irritante sensación de impotencia.

—Ahora mismo, no, guapo. En otra ocasión, quizá.

—Cuando quiera, camarada.

—¡Dios Santo! —exclamó Baby, mirando, distante, a Michael—. ¿Por qué no dejas de una vez de andar haciendo demostraciones de lo duro que eres? Aquí nadie está causando problemas, ¿no? Guárdate eso.

—Habrá tiempo para todo. Saque todo lo que lleve en sus bolsillos, camarada —ordenó Michael a Chris.

Éste se mantuvo rígido, con la vista fija en la hoja de la navaja, calibrando las posibilidades que se le ofrecían de apoderarse de ella.

Baby se apresuró a prevenirle.

—No hay nada que oponer a eso. Ocurre, simplemente, que él quiere evitar que vaya usted por ahí fuera llevando encima su dinero y su pasaporte. Vamos, no se comporte como un necio.

Chris estaba convencido de haber oído mal.

—¿Quiere decir que no hay ningún inconveniente en que yo salga de la casa? —inquirió.

—No sea estúpido —contestó Baby, con una mueca de cansancio—. ¿Hasta dónde podría llegar usted careciendo de dinero y de su pasaporte? Quedará autorizado para entrar y salir de la casa, como cualquier otra persona. Excepto de noche. De otro modo, quienquiera que haya podido localizarlo, al no verle, empezaría a preguntarse si le había pasado algo, decidiendo a lo mejor entrar aquí para averiguarlo.

—Son inteligentes, ¿eh? —comentó Michael, casi con orgullo—. Esto viene a ser como esas normas que dicta con la mayor reserva el servicio secreto gubernamental... Pero, claro, no queremos que nadie curioseee demasiado donde no debe. En consecuencia, vaya dejando sobre esa cama cuanto lleve encima, para saber a qué atenernos.

Chris vació sus bolsillos, dejando sus efectos sobre el lecho indicado. Sentía ahora una irritada admiración por los métodos de Teodorescu. Si uno sabía que el huésped estaba sometido a vigilancia, ¿cómo podía llevar la preocupación a sus perseguidores encandenándolo en el sótano de la vivienda? Bastaba con despojarle de su dinero y credenciales. Entonces ya podía vagar por donde se le antojara, basándose en tan cortas ataduras, hasta el momento de regresar para dormir o comer. El golpe de suerte estaba en que Teodorescu no sabía quién era Alice Sanders, ni tampoco que un «salvavidas» llamado Simon Warburton se hallaba a poca distancia de allí, suficientemente cerca como para poder ser visitado, sin necesidad de disponer para ello de dinero o pasaporte. De otro modo, hubiera habido cadenas en el sótano, con seguridad.

El fichero alfabético, nada más caer sobre la cama, intrigó a Michael. Lo señaló tocándolo con la punta de la navaja.

—¿Qué es esto, camarada?

—Un sistema que ideé para ganar en las quinielas del béisbol, en Miami —repuso Chris—. Estas cartulinas son los equipos y sus tanteos.

No había esperado salir del paso con su explicación, pero Michael pareció creerle.

—No se ha inventado ningún sistema bueno para acertar en las quinielas —manifestó luego, despreciativamente—. Lo mismo da que sean las nuestras que las tuyas. Por tanto, nada perderá si me hago cargo de estas cartulinas en unión de las otras cosas. Puede conservar el pañuelo. De esta manera, no se ensuciará la manga de la chaqueta si se le caen los mocos.

—Habré de llevar encima un poco de dinero, ¿no? Supongamos que hallándome fuera de aquí quiero comprar un paquete de cigarrillos o comer algo...

—¡No toque eso! —La mano de Michael, rápida como la cabeza de una serpiente en el ataque, cubrió las monedas que Chris acababa de dejar encima de la cama cuando el joven estaba a punto de tocarlas—. Cigarrillos ya tiene aquí todos los que pueda necesitar, camarada, y en la cocina encontrará todo lo que pueda apetecerle. —Apuntó con el pulgar a Baby—. Y creo que ni siquiera en Hollywood podría dar con una cocinera con las formas de ésta.

Desayunaron en la cocina, a base de unas tostadas chamuscadas y huevos revueltos con evidente falta de destreza, siendo ambas cosas preparadas por Baby. Finalizado el refrigerio, Chris se decidió a hablar a sus acompañantes. Púsose en pie, estirándose.

—Creo que voy a salir, para echar un vistazo por los alrededores — anunció.

Nada más encaminarse a la puerta, tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no echar a correr. Entonces, llegó a sus oídos la voz de Michael, diciéndole con firmeza:

—Hágalo, si le apetece, camarada. Los alrededores son muy bonitos. Y dejan de serlo un tanto cuando uno se aleja.

—¿Tienen montada una buena pensión, eh? ¿También hay toque de queda?

—Dispone del mismo tiempo que la Cenicienta, camarada. —Michael obsequió al huésped con una severa mirada—. Y no se muestre codicioso con su afán de dar paseos higiénicos, ¿comprende?, ya que cuando usted está fuera la duquesa se encuentra dentro. Por lo tanto, debe darle una oportunidad para que también ella se haga de unos ramilletes de flores. Quiero decir que vayan alternándose, de suerte que yo siempre tenga aquí a alguien que me haga compañía.

—De no ser así, cambiaré todo, ¿eh? —aventuró Chris. Michael asintió, admirado.

—No ha podido expresarlo usted con mayor claridad, ni más brevemente, camarada —repuso.

Una vez fuera de la casa, Chris se tomó un poco de tiempo para orientarse. Constituía un esfuerzo terrible para sus nervios haraganear por allí, con las manos en los bolsillos, pretendiendo recrearse en el húmedo ambiente de una mañana londinense coronada de nubes, percibiendo el olor de las aguas del Támesis, flotando en el aire, pero se previno a sí mismo que cualquier signo de impaciencia podía ser fatal. Si Michael le estaba observando desde una de las ventanas, su actitud podía sugerirle no solamente que había concebido algún plan de acción sino que además se había planteado los tiempos de su puesta en práctica.

Cuando comprendió que había transcurrido un espacio de tiempo más que suficiente para mitigar la desconfianza de Michael, se encaminó cojeando al río, descubriendo poco después que los conductores de Londres, a diferencia de los que circulaban por Miami, estaban dispuestos a correr los riesgos que en ocasiones implicaba atender a un practicante del *autostop*. Uno de los primeros a quienes hizo la seña internacional con el pulgar extendido, un ciudadano fornido y animoso, se jugó la vida y el coche para estacionar su vehículo en medio del tráfico de Grosvenor Road, llevándolo luego hasta el puente de Westminster, facilitándole, además, una explicación sobre el carácter y el emplazamiento del Middle Temple. A continuación, fue recogido por otro conductor a la entrada del puente, un sacerdote que se movía por entre los restantes vehículos con una inocencia que helaba la sangre en las venas, olvidando frecuentemente las normas de la circulación más generales. De este último coche se apeó en el Victoria Embankment, directamente enfrente de la entrada del Middle Temple Lane.

El reloj parecía haberse detenido doscientos años atrás en la zona del Temple. Los edificios georgianos, las silenciosas calles, sin tráfico, los graves rostros de los transeúntes, algunos ataviados con pelucas y togas, avanzando con las manos invariablemente cogidas a la espalda, informándole con los más granados acentos de Oxbridge, y en tono de excusa, que sí, que conocían la existencia del señor Warburton, pero no así las señas de su despacho, todo, en suma, provenía de un amable pasado. Con la visión de las zonas cubiertas de césped, sintió una punzada de nostalgia. Los impecables céspedes de un verdor borroso, de Inglaterra, le nacían recordar la primera vez que pisara, en Wimbledon, aquella hermosa alfombra natural. Era de una textura increíble,

como increíble parecía la forma con que en aquella botaba la pelota. El único inconveniente de Wimbledon era que dejaba a un jugador en pésimas condiciones con vistas a posteriores actuaciones, incluso sobre céspedes como los que se tienen en Forest Hills o Germantown.

La tentación era demasiado fuerte para que pudiese resistirse a ella. Se inclinó rígidamente, oprimiendo con una mano la hierba. El césped era plumoso cuando se aplicaba la mano, y extrañamente resistente si se incrementaba la presión.

—Un poco bajo queda siempre el salto —había señalado Frenchy la primera vez—, aunque correcto. Siempre correcto.

Siempre correcto. No como el que le hacía dar aquel menudo y traidor tendón...

—¿Señor Monte?

El amargo pasado, de repente, se convertía en el amenazador presente. Chris se incorporó, poniéndose en guardia, pero el hombre que tenía delante parecía inofensivo. Era un hombre pequeño y grueso, con toga, pero sin peluca. Unos blancos cabellos muy escasos se movían en su cabeza, agitados por la brisa. Sin embargo, nunca se sabe...

—Usted dirá.

—Usted es Christopher Monte, el jugador de tenis, ¿verdad?

—En efecto.

—Esto es un gran *honor* para mí. Me llamo Cockrell, señor, y debo explicarle que mi esposa y yo fuimos grandes admiradores suyos. Mi mujer jugó en diversos torneos durante su juventud. En cierta ocasión ganó a Suzanne Lenglen por tres *sets*, en Roland Garros. Harkness era el apellido que utilizaba entonces. Me imagino que no habrá oído hablar de ella...

—No. Lo siento.

—Bueno, bueno, eso fue hace muchos años, y ella nunca estuvo entre las primeras jugadoras, realmente. Sin embargo, si pudiera conocerle, si usted, por suerte, tuviera libre esta noche...

—Pues no. He venido aquí para ocuparme de ciertos negocios y no dispongo de mucho tiempo para mí. Ahora, es posible que usted pueda ayudarme ahora mismo. Busco a un abogado llamado Simon Warburton, pero ninguna de las personas a quienes he preguntado han sabido decirme las señas de su bufete o despacho.

Cockrell dejó oír una risita casi sin abrir los labios.

—Entonces, éste es un feliz encuentro para los dos, porque yo sí conozco su dirección. —El hombre extendió un brazo, señalando—. Ese edificio de

ahí es el que a usted le interesa. Es un profesional muy conocido Warburton. Sí, de veras. ¡Ah! Si no dispone de tiempo para cenar, ¿qué le parece si tomáramos un pequeño refrigerio en compañía de mi mujer...?

—Sinceramente: no me es posible —contestó Chris, preparándose para escabullirse.

Aquel entusiasta regordete del tenis, salido de no sabía dónde, parecía demasiado bueno para ser cierto. Michael había aludido a los servicios de espionaje. Si la CIA se procura la colaboración de ejecutivos de segundo orden, ¿por qué no habían de buscar sus camaradas británicos tipos persuasivos de la clase de Cockrell?

—¿Me hará el favor de presentar a su esposa mis respetos? —añadió Chris.

—Haré algo mejor que eso —Cockrell, al ver que Chris echaba a andar, le siguió a tiempo que sacaba de debajo de sus ropas una pluma y un sobre muy arrugado—. Espero que no le parezca esto una impertinente petición... ¿Querría concederme su autógrafo para ella? Siempre fue una arrebatada *fan* suya, y cuando sufrió la lesión... Bueno, los dos nos sentimos muy afectados.

Sintiéndose él mismo también bastante afectado, Chris firmó en el sobre y vio cómo el hombre se alejaba haciendo un alegre ademán de despedida y agitando su sobre al aire. Un miembro del departamento de paranoicos, pensó. Uno empieza a creer que todas las personas que ve están dedicadas a perseguirle y así, al final, se acaba fácilmente en una celda de paredes acolchadas. También puede suceder que uno actúe un tanto a la ligera al enjuiciar a alguien, dando crédito a quien le habla por lo que ve, y entonces se expone a que lo maten. Una difícil elección, a decir verdad.

La oficina de Warburton resultó no ser del todo una reliquia del pasado, como ocurría con sus alrededores, pero todavía sugería la idea de que él había aceptado, refunfuñando, las cosas del siglo veinte. La antecámara, de blancas paredes y piso de madera dura, daba la impresión de haber sido amueblada varias generaciones atrás. El arrugado oficinista, ante su mesa de trabajo, y la secretaria, de mediana edad, frente a su máquina de escribir, encajaban en aquel instante. Solamente la máquina de escribir, de formas aerodinámicas y electrónica, parecía despegarse de ambos.

Beth se hallaba sentada sobre el borde de una silla de respaldo recto, haciendo pensar, descubrió a primera vista Chris, en un corredor con los pies apoyados en los bloques de salida, esperando el pistoletazo del árbitro de la carrera. En un segundo repaso, notó que se había cambiado de atuendo, sustituyendo el anterior por otro menos llamativo, que si bien no era tan



psicodélico como el del aeropuerto, distaba todavía de ser un modelo que suscitara sosiego. Una vez más, comprobó que era una mujer de extraordinario atractivo en su estilo, con la que nada tenía que ver un tipo como Baby, abrumadora con su sola presencia. Beth era el canon, el modelo útil para calibrar comparativamente todo lo que un hombre podía pedir.

Abandonó de un saltito la silla al verle en la puerta, y luego, como si de repente se hubiera dado cuenta del sitio en que se hallaba, se le acercó seria, digna, saludándole con un gracioso, con un cariñoso pellizco en la mejilla muy propio de esposa afectuosa.

—Le presento a mi marido —dijo Beth al empleado, que había contemplado la escena con sonriente interés—. Y este señor —añadió mirando a Chris— es Blackburn. Me ha dicho que el señor Warburton no tardará en llegar.

—Así es, en efecto —contestó Blackburn. Si sus interlocutores abrigaban alguna duda sobre la falsedad de su impecablemente blanca y brillante dentadura, el detalle quedaba revelado enseguida mediante los leves sonidos metálicos que producía al hablar—. Pronto se encontrará aquí. Si me permite ofrecerle una silla, señor...

—No, gracias, no se moleste —Chris señaló la puerta abierta del despacho, al fondo de la antecámara—. Quisiera hablar con mi esposa en privado, ahora. ¿Podríamos utilizar esa habitación?

Blackburn pareció sobresaltarse.

—Es que es la del señor Warburton, señor... No me dijo... En realidad, yo no sé...

—Está bien —repuso Chris, compadecido del hombre. Aquélla debía de ser la primera vez en su vida que Blackburn escuchaba tan ultrajante sugerencia—. Nos puede servir el pasillo exterior también.

Sacó a Beth afuera, cerrando la puerta a sus espaldas. Inmediatamente, la joven permaneció entre sus brazos durante todo el tiempo que duró su largo, satisfactorio y nada conyugal beso.

—¡Oh! Lo necesitaba —dijo ella cuando hubo recuperado el aliento. Después agregó, en tono bajo, cargado de tensión—: ¿Dónde estuviste? ¿Qué pasó con aquella muchacha? ¿Marcha todo bien?

—Las cosas se han complicado. Teodorescu acaba de entrar en escena, dominando la situación. ¿Te fijaste en aquel sujeto que acompañaba a Baby en el aeropuerto?

—¿Baby?

—La pelirroja. ¿Viste al tipo que iba con ella?

—Si te refieres al del peinado afeminado y ropas ajustadas, sí. ¿Qué ha pasado con él?

—Es el guardaespaldas de Teodorescu. Un criminal, realmente. Teodorescu lo sacó de no sé dónde encargándole el papel de guardián de Baby y de mí en su casa de Chelsea. Hacia allí tendré que irme ahora mismo, precisamente. Y en ese sitio seguiré durante uno o dos días más.

Beth hizo un esfuerzo para comprender bien aquello, diciendo:

—¿Quieres decir que vas a hospedarte allí? Pero, ¿por qué? No pienso dejarte marchar, Chris. Tú me dijiste que esa joven era puro veneno. Ella no voló desde Miami hasta aquí con la intención exclusiva de saludarte en el aeropuerto.

—Por supuesto. Baby se presentó aquí para identificarme ante Michael, el guardaespaldas de Teodorescu, y disponer ellos a continuación lo necesario para la celebración de mi funeral. Ha sucedido, sin embargo, lo que me figuré. Lo que ella desea, de veras, es cerrar un trato conmigo, aquel por el cual se me asigna la mitad del patrimonio. ¿Te das cuenta de cómo va a funcionar la cosa? Yo engaño a Baby, ella engaña a Michael, y entretanto tú y yo comparecemos ante la justicia en unión de Warburton, haciéndonos cargo de tu dinero. Todo muy simple.

—Claro —contestó Beth—. Eso es tan simple como calcular el tiempo que eres capaz de sostener un paquete de dinamita con su mecha encendida hasta el momento en que explote. Chris: todavía queda por explicar por qué tienes que volver a esa casa y quedarte en ella, en compañía de Baby y Michael...

—Los dos me han hecho saber que no tengo más remedio que proceder así. Ese tipo puerco de Michael no me preocupa demasiado, pero Baby ha sabido pararme los pies. Me notificó claramente que si ensayaba alguna treta haría que fuese detenido como asesino de Jack Zucker. No quería decírtelo, querida, pero lo cierto es que a base de la historia que ha urdido y teniendo en cuenta que la Policía de Miami está dispuesta a aceptar cualquier sugerencia que conduzca a sus agentes a sacarles de la situación apurada en que se hallan, ella podría enviarme a la silla eléctrica. Escondiéndome, tampoco ganaría nada. Lanzada la Policía de aquí tras de mí, nunca me sería posible comparecer contigo ante el juez a su debido tiempo. ¿Qué sucedería entonces con tu herencia?

—Con nuestra herencia.

—No habría herencia para nadie, entonces. Lo que nosotros necesitamos es disponer de tiempo, de unos cuantos días, a lo sumo, y podremos

conseguirlo actuando de la forma que ya te he dicho. ¿Lo entiendes todo ya?

—Sí, y sigue sin gustarme tu plan —replicó Beth—. Lo que no comprendo es lo de Teodorescu. ¿Qué es lo que tiene que ver con Mookerjee o su joven amiga? ¿Y cómo ha llegado a entrar en relación con ellos?

—Supongo que por la misma vía que ha conseguido conocer a Prendergast, porque con toda seguridad que conoce a éste. Aquí es donde entra el Gran Hermano. Por lo que yo aprecio, Teodorescu estaba valiéndose del negocio de Clive Valentine para encubrir algún otro tipo de actividad. Una actividad de gran importancia, dice Baby. Afirma también que abarcaba a nueve países, estando implicadas en ella, dentro de los mismos, altas personalidades. Siendo así, tenía que ser importante, claro.

—Pues entonces estabas equivocado al considerar la causa de las investigaciones de aquellos hombres cerca de ti, Chris. Ha de tratarse de algo que tenga que ver con el espionaje.

—Sí. Había pensado en eso ya. Sea lo que fuere, el campo de acción estaba dividido y cada una de las personas con las que hemos venido tropezando a lo largo del camino poseían un fragmento de aquélla. A eso se refieren las fichas de Prendergast; se trabajaba en las ciudades relacionadas en ellas. Y Teodorescu era el jefe supremo. La persona clave. Esto constituye una revelación para nosotros en cierto modo. Warburton ya había marcado a Teodorescu como un ser detestable, así que cuando le pongamos al corriente de esto no se sentirá demasiado sorprendido.

Beth no se daba por vencida fácilmente.

—Eso no cambia nada. Todavía sigue siendo una locura que tú te vuelvas a la casa que has dicho, donde te esperan Baby y Michael. Y si te figuras que puedes confiar en la chica...

—Yo creo que sí. Oye, Beth, si lo que te preocupa es que esté cerca de la muchacha...

—¡Oh! ¡No seas estúpido! —respondió Beth, iracunda—. Si con ello se logra que no sufras daño alguno, ¿crees que puede importarme a mí poco ni mucho que te acuestes con Baby?

—¿No te importaría? ¿De veras? —inquirió él, deliberadamente provocador.

—Pues no. —A continuación, tal como supuso Chris que iba a suceder, afloró en la joven su auténtica e ingenua honestidad, sobreponiéndose a todo—. Bueno, quizá sí. Sea lo que fuere, ella no especificó como parte del trato un servicio como semental, ¿verdad?

Chris denegó con un movimiento de cabeza.

—Al participar en su juego, cariño, estoy pensando en el dinero y no en el sexo. Pienso exclusivamente en el dinero. Por eso confío en ella. Y esto viene a ser más inteligente que lo de hacer lo posible para ser devuelto a Miami con las manos esposadas. Mira, deja de preocuparte tanto de una vez. Ninguno de los miembros de esta pandilla imaginaba en absoluto que yo fuese capaz de plantarme en Londres, y todavía se sienten desconcertados al ver que he logrado mi propósito. En consecuencia, dispongo al menos de un poco de tiempo antes de que puedan planear sus próximos movimientos. Entretanto, Baby se interpondrá entre ellos y su objetivo. Y ya has podido ver que no me encuentro encerrado bajo llave en la casa.

—Sí, pero acabarán por encerrarte allí.

—No harán tal cosa. —Chris empujó con un codo la puerta—. Vamos a sentarnos ahora en la oficina. Por culpa de mi condenada lesión de rodilla, no me siento nada bien plantado aquí, de pie.

Era un ardid no muy leal, reconoció para sí, sintiéndose culpable, pero ya se había dado cuenta, merced a cierta experiencia, que la más leve sugerencia de sufrimiento por su parte bastaba para borrar de la mente de Beth cualquier otra cosa. Tal había sido su objetivo ahora. Consintió por ello que le ayudara a dejarse caer sobre una de las sillas de la antecámara de Warburton, donde Blackburn, entre continuos castañeteos de dientes, se apresuró a explicarle de qué manera la humedad de Londres afectaba a las articulaciones en aquella época del año. Entonces, abordó decididamente el tema del reumatismo. Ordinariamente...

Fue interrumpido en medio de su frase al abrirse una puerta. El hombre que entró allí, con aire decidido, tocado con un sombrero hongo, colocado horizontalmente sobre su cabeza, paraguas al brazo, era pequeño y delgado, pero compensaba enormemente su aspecto físico, observó Chris, su apostura militar, erguida, y unos vivos modales.

—Buenos días, señor Warburton —dijo la secretaria desde su máquina de escribir.

—Buenos días, señor —saludó Blackburn, haciéndose cargo del sombrero de hongo y el paraguas—. Estos señores han estado esperándole para hablar con usted.

—¡Oh, no! —medió Beth—. Nosotros a quien queríamos ver es al otro señor Warburton. Hablo del señor Simon Warburton.

—¿De veras? —El hombre la miró sonriendo, complacido, evidentemente, por lo que estaba viendo—. Es que yo soy Simon Warburton. Le aseguro que no hay otro por aquí.

De pronto, Chris se sintió terriblemente inquieto. A juzgar por la rapidez con que el color se iba retirando de la cara de Beth, no era él solo quien se sentía así.

—Pero es que debe de haber otro —declaró Beth, esforzándose desesperadamente por imponer su idea, para ella lógica, a aquel Simon Warburton terco y alarmado ahora, que tenía plantado enfrente—. Nosotros lo conocimos ya. Nos pidió que viniéramos aquí. Tal es el motivo de nuestra presencia...

Chris le pasó un brazo por los hombros.

—Pasemos a su despacho —dijo al hombre—. Me parece que es mejor que oiga esto desde el principio.

No se necesitaba mucho tiempo para referir la historia, descubrió Chris, si uno se atenía escuetamente a los hechos del caso y dejaba a un lado todo lo relacionado con la complicada operación internacional de Teodorescu y el contraataque del Gran Hermano. La aparición del impostor en Miami, la descripción del testamento de Clive Valentine, las condiciones sobre el casamiento, la desilusión acabada de sufrir... Esto era todo. Y el Warburton auténtico demostró ser un buen oyente, dedicado a la tarea de saturar la habitación de un aromático tabaco de pipa acomodado en su sillón, desde el lado opuesto de la mesa, mirándoles atentamente, imponiéndose de todo, sintiendo, desde luego, la tentación, de vez en cuando, de despegar los labios para formular un comentario, logrando reprimirse siempre, en cada ocasión.

Hasta aquel momento, todo marchó bien.

Luego, en la sesión de preguntas y respuestas que siguió a lo anterior, todo marchó mal. Y, como tuvo que reconocer Chris mentalmente, la culpa de eso no era imputable a Warburton. Había que ponerse uno en su lugar... ¿Con qué se enfrentaba entonces? Con una joven pareja americana caída literalmente del cielo. Con un supuesto señor Monte que no podía enseñarle documentación alguna. Con una supuesta señora Monte que tenía un pasaporte expedido a nombre de Elizabeth Jones, pero que vivía bajo el nombre de Alice Sanders en el Wilbraham, en tanto que su marido se hospedaba en otra parte, en una casa cuyas señas no quería dar.

Esto resultaba muy complicado, como para hacer que Warburton chupara, nerviosamente, con más energía su ya de por sí humeante pipa. Y la complicación inicial no hacía más que intensificarse después.

No, el impostor no había presentado credencial alguna, ni tampoco le había sido pedida. Dos personas, sin embargo, un tal Joseph Prendergast, de Boston, y un tai Martin McClure, de Miami Beach, habían hecho —o decían haber hecho— indagaciones acerca de Simon Warburton, de la corte de justicia del Middle Temple, informando favorablemente acerca de él. ¿Dónde paraban aquellos hombres, quienes podían ser útiles a la hora de aclarar el asunto? Bueno, pues el paradero actual de Joseph Prendergast era desconocido. Y Martin McClure había muerto.

Fue al llegar a este punto, vio Chris, cuando Warburton, que hasta entonces había estado insistiendo en su interrogatorio, animado por una

especie de obstinada esperanza de desembocar en un resultado correcto, adoptó una expresión de fascinada incredulidad con respecto a cuanto estaba oyendo.

¿Habían llegado a ver en realidad el señor o la señora Monte alguna copia del testamento? El señor Monte se volvió hacia la señora Monte inquisitivamente, y la señora Monte, al parecer ahora más en apuros que nunca, denegó con un movimiento de cabeza. Por lo visto, el impostor se había limitado a darle cuenta de las condiciones señaladas en el documento.

—Pero... ¡Dios Santo! —exclamó Warburton, una vez recobrado de esta última sorpresa—, al serles descritas las condiciones de este peculiar... ¡ejem!... testamento, ¿cómo es que no se les ocurrió a ustedes consultar con un abogado? ¿Por qué no se hicieron representar por uno? ¿Por qué no se dirigieron a las autoridades de nuestro país para averiguar qué demonios había sido puesto en marcha? —La mirada de Warburton pasó del rostro de uno al otro—. No, claro que no. Si alguien nos ofrece un saco lleno de diamantes por un chelín lo mejor es no hacer ninguna pregunta, ya que de lo contrario los diamantes en cuestión pueden desaparecer.

Chris empezó ahora a sentirse irritado.

—Sucede —dijo— que yo formulé algunas preguntas, pudiendo por ello asegurarle que es un hecho cierto la existencia de un tal Clive Valentine, quien dejó un patrimonio de varios millones. Y si se consideran todas las molestias que nuestro falso amigo se tomó para hacer saber a la señora Monte que tenía derecho a aquél, hay que pensar que hablaba en serio. Yo diría, señor Warburton, que lo más inteligente por su parte, en estas circunstancias, es prescindir de las conferencias sobre moral para ayudarnos a averiguar qué hay detrás de todo este tinglado. Y cuál es la posición de la señora Monte en lo tocante a derechos sobre el patrimonio. Yo no logro imaginarme a ese personaje sacándose la historia de la manga, sin más. Si existe algún vestigio de verdad en todo lo que a ella le contó, la señora Monte sólo dispone de una semana de tiempo para presentar su reclamación legal de la herencia Valentine. Esto significa que hemos de actuar con rapidez.

—Pero en diferentes direcciones —repuso Warburton, secamente—. Lamento que a la señora Monte se le haya presentado este problema, pero yo no soy su abogado y no voy a intentar resolvérselo. Mi problema estriba en la utilización de mi identidad por una persona desconocida, probablemente con fines ilegales. Es posible que éste no sea tan grave como el suyo; ahora bien, para mí es muy preocupante. —Descolgó el teléfono—. Efectivamente, es

cosa de la Policía. Tengan la bondad de escuchar lo que voy a comunicar a Scotland Yard...

—Deje ese teléfono —ordenó Chris.

—Mi querido señor...

—Déjelo. Obrando así cometería el mayor de los errores de su vida.

—¿Sí? —La expresión del rostro de Warburton era una mezcla de condescendencia y cortés desconcierto. Sin embargo, lentamente, volvió a colocar el receptor telefónico en su sitio—. Ignoro qué es lo que desea usted darme a entender, señor Monte.

—Se lo explicaré utilizando las palabras más corrientes, entonces. Acaba de decir que usted no es el abogado de mi esposa, pero está equivocado. Por lo que a nosotros dos se refiere, es usted nuestro abogado desde el momento en que nos sentamos aquí. Esto significa que cuanto le he contado tiene el valor de una información confidencial, reservada. Si usted llega a dar cuenta a la Policía o a cualquier otra persona de mis palabras o parte de ellas sin nuestro permiso, recurriremos sin rodeos a su asociación, como quiera que ésta sea denominada aquí, alegando que ha infringido la ética profesional. Entonces ya no tendrá que preocuparse por el daño que a su reputación haya producido nuestro misterioso bromista. Usted mismo se habrá encargado de arruinar la misma.

—Comprendido —aceptó Warburton, y Chris no tuvo más remedio que sentir admiración por su forma de controlarse—. ¿Es usted un fugitivo de la Policía, señor Monte?

—En el sentido que quiere dar a entender, no, no lo soy. Pero lo cierto es que recurriendo a la Policía lo único que conseguirá es ponernos las cosas peor de lo que están en los presentes momentos. En este asunto hay más de lo que le he contado.

—Lo sospechaba. Ahora, si su pasaporte y demás papeles no han sido retenidos por la Policía, señor Monte, ¿en poder de quién están?

—Por favor, Chris —medio Beth—. ¿Por qué no vamos a poder decírselo?

Chris, muy grave, denegó moviendo la cabeza.

—De momento, no. Hemos de dejar pasar unos días. —El joven se volvió hacia Warburton—. Esto es cuanto pido: unos días de tiempo. Entretanto, usted puede ayudarnos a aclarar este asunto.

—¿Como abogado suyo? —preguntó Warburton, ásperamente.

—Sí. Considero importante este aspecto de la cuestión. La herencia Valentine constituye una gran fortuna. Si usted se encarga de tramitar la



reclamación de la señora Monte percibirá una buena retribución por ello, tanto si gana como si pierde el caso.

—Si se pierde, señor Monte, ¿qué valor podrá tener su cheque personal para mi Banco?

—No tomo a mal su pregunta. Y le doy mi palabra de que, antes o después usted cobrará.

Warburton guardó silencio durante un rato, mientras tabaleaba con sus dedos sobre la mesa.

—¿Por qué había de llegar nuestro amigo hasta tales extremos con su engaño? —preguntó por fin.

—Lo ignoro —repuso Chris—. Pero con seguridad que debía de ser por algo más que por hacer valer los papeles de que disponía. Pienso en los referentes al nacimiento, matrimonio y adopción. Me imagino que actuaba con el deseo de conseguir un montón de dinero, el dinero de Clive Valentine.

—Es lo que yo me figuro también. Por tanto, el primer paso que hay que dar ha de ser el que nos permita examinar de cerca ese dinero —Warburton levantó la voz—: ¡Blackburn!

Antes de que el eco de aquella voz se hubiera desvanecido, Blackburn se presentó en el despacho, como por arte de magia.

—¿Señor Warburton?

—Haga el favor de echar un vistazo a esto, Blackburn... Clive Valentine, fallecido en el mes de mayo del pasado año. Las señas...

Warburton miró inquisitivamente a Chris.

Pero fue Beth quien dijo:

—Es una casa denominada Monkshood, en Sunningdale.

—Berks —concretó Warburton—. Deseo una información sobre el testamento, Blackburn, así que mire en el registro del distrito si Somerset House no tiene nada que ofrecer.

—Hay también unas personas con las que Valentine estuvo estrechamente relacionado —declaró Chris—. Quizá valdría la pena realizar en ese sentido alguna comprobación.

—Veamos —contestó Warburton.

—Una de ellas es Katia Danska, quien vive en su casa ahora. —Chris esperó a que Blackburn hubiera tomado nota laboriosamente del dato—. Y también Henry Gardenhire, que hizo diseños de libros para él, y otros trabajos artísticos. Hay que mencionar, asimismo, a Anton Teodorescu, quien tiene una casa aquí, en Londres. —El joven estaba seguro de que existían pocas probabilidades de que alguien llamara al timbre, en la puerta de Teodorescu,

para efectuar una investigación privada sobre su persona—. Estos dos últimos fueron socios de Valentine en un club del libro de fantasía que él regía. Al parecer, ninguna otra persona ha tratado más de cerca a aquél que ellos.

Los labios de Warburton se curvaron en un apunte de sonrisa.

—Así pues, a fin de cuentas, usted ya ha estudiado todo esto.

—No todo lo que hubiera sido necesario, con seguridad. ¿Qué tiempo tardará usted en obtener la información?

Warburton movió la cabeza hacia Blackburn, quien realizó unos cálculos en silencio.

—Creo que no más de tres o cuatro días —decidió por último—. Hoy es miércoles. El próximo lunes...

—Mañana a mediodía —señaló Warburton.

—Sí, claro, señor. Pero esto implica la ayuda de un investigador. Un buen investigador. Eames, ¿quizá?

—Sin ningún quizá... Póngalo en marcha inmediatamente. La cliente...

—El abogado dirigió una mirada de astucia a Beth—, es la señora Alice Sanders, residente en el Wilbraham.

—Ya, desde luego. —El nombre del hotel, evidentemente, sonó en los oídos de Blackburn como una nota musical—. Voy a ocuparme de todo enseguida, señor.

Warburton se puso en pie. Su gesto era, llanamente, de despedida.

—Mañana a mediodía, en consecuencia, harán acto de presencia aquí —dijo a sus clientes.

—Por supuesto —contestó Chris.

Emergieron del edificio, quedándose plantados en la acera, contemplándose mutuamente. A juzgar por la desolada faz de Beth, Chris estimó que los dos estaban pensando lo mismo.

—¿Y ahora qué? —inquirió ella, finalmente.

Él extendió un brazo, señalando.

—Ahora tú te vas por ese camino al hotel, y yo por este otro en busca de Michael. Nos veremos aquí arriba mañana, a las doce.

—Ya. No te vayas. Permíteme que te recuerde como te veo ahora. ¿Quieres que sea yo quien se marche primero?

—No me importa que lo hagas, mi querida rubia. Para una muchacha de tus carnes, la verdad es que ofreces una visión posterior muy engañosa.

—*¡Valiente perspectiva es una hermosa espalda!* —citó Beth—. ¿Sabes tú que esto es realmente un verso serio relativo a un prado, escrito por Henry Vaughan, que vivió entre los años 1622 y 1695? Lo leímos durante nuestro primer curso de inglés, desconcertándonos a todos en el colegio. —En este instante, Beth abandonó toda su pretensión de mostrarse despreocupada—. ¿No podríamos dar un paseo antes de nada, Chris? Es bonito, es atractivo este rincón de la ciudad. Además, estoy asustada, y lo estaré mucho más cuando tú te hayas ido. Tengo miedo por lo que pueda pasarte a ti, no por lo que pueda esperarme a mí.

—Nada de paseos, cariño. Probablemente, ya va a hacerse tarde yéndome ahora. Además, estoy muerto de los pies. Mientras tú estés entreteniéndote viendo la televisión de la BBC, yo me encontraré tratando de recuperar toda una semana de sueño, en la cama. Y solo.

—Muy bien pensado. Tú deja que sea Michael quien cuide de Baby.

—Créeme: la única persona que se ocupa de Baby es... Baby. Aguarda un segundo. ¿Qué dinero te queda de la suma que te entregué en el aeropuerto?

Le quedaban tres libras en billetes, ocho chelines y algunas monedas sueltas. Chris cogió éstas, devolviendo a Beth el resto.

—Estíralo —le aconsejó—. Michael me despojó de mi cartera, con todo lo demás. No hagas efectivos los gastos del hotel. Limítate a firmar las facturas.

—Pero es que tú no dispones de ningún dinero que poder estirar —protestó Beth—. ¿Cómo te las vas a arreglar para regresar a la casa de

Teodorescu?

—Me valdré del metro. A él recurría siempre en Londres cuando en otra época intentaba burlar la vigilancia de Frenchy.

—Aquí no se le llama metro sino *el tubo*. Esto demuestra lo familiarizado que estás con él. —Beth se esforzaba por volver a adoptar un tono preocupado—. Lo más seguro es que te quedes perdido en el tubo por todo el día.

—Cambia en *Earl's Court* y sigue por District Line hasta Wimbledon... Esto es lo único que hay que saber. Siempre puedo empezar a partir de ahí, una y otra vez. Y tú ya estás echando a andar, querida.

—Lo siento. Bueno, pues entonces... —Beth tendió la mano a Chris, y cuando éste la asió oprimió la suya afectuosamente, inclinándose a continuación para besarle apasionadamente en la boca—. Adiós, señor Monte. Eres un amante perfectamente sensacional y un buenísimo muchacho, por cuya razón estoy desesperadamente enamorada de ti.

Él la vio alejarse a buen paso en dirección a *Fleet Street*, sin volver la cabeza en ningún momento para mirarlo. Beth fue apretando el paso progresivamente, hasta que por fin empezó a correr, perdiéndose de vista.

Fue Michael quien le abrió la puerta, dejándose ver con un fondo de desgarradores sonidos de guitarras eléctricas, proporcionado por el transistor de que era portador. A fin de cuentas, estimó Chris, sólo tendría veintitantos años, aunque emocionalmente daba la impresión de haberse estancado en una permanente adolescencia.

—¿Ha disfrutado del panorama, camarada? —le preguntó Michael—. Supongo que se le habrá despertado el apetito...

—No. Bueno, ¿y cuándo va a terminar toda esta broma?

—¿Qué broma?

—Esta de verme obligado a vivir recluido aquí.

—¡Hum! —Este sonido quedaba a medio camino entre un refunfuño y el ruido de quien se aclara la garganta—. La broma no ha sido organizada por mí. Pregunte a la duquesa.

—No podría oírme por culpa de ese condenado chisme suyo, que tanto ruido hace. ¿Por qué no baja el volumen?

—No exagere, camarada —Michael seguía vistiendo su camisa de terciopelo color naranja. Con la chaqueta entreabierta, se veía sobre ella el extremo de la funda de una pistola—. ¿Quiere que baje el volumen del receptor, camarada? —Michael levantó el transistor, y a continuación la otra mano—. Fíjese... Sin manos, ¿se da cuenta? —añadió, con un perverso aire de desafío—. Si tal como estoy ahora no se hace conmigo es que está usted más asustado que una rata, camarada. Jamás dispondrá de una oportunidad mejor.

Chris lo dejó así, con ambas manos levantadas y un gesto de triunfo en la cara, para subir las escaleras cojeando. Había querido, simplemente, poner de relieve su ignorancia acerca de lo que estaba en marcha, y estimaba haberlo logrado con naturalidad. Tenía que saber resistirse a la tentación de sostener una escaramuza prematura con Michael, si bien cada vez le costaba eso más trabajo, conforme se repetían los enfrentamientos.

Ya en la habitación de Teodorescu, se esforzó por seguir despierto el tiempo necesario para despojarse de sus ropas y quedar tendido en la cama. Todavía podía oír la estridente música del transistor, emplazado en algún punto alejado del cuarto, en el instante de quedarse dormido.

Cuando se despertó reinaba a su alrededor un gran silencio. Notó la luz de una lámpara, dándole de lleno en la cara. Al abrir los ojos vio a Baby de pie, llevando una taza y un platillo en una mano.

—Vamos, despiértese ya de una vez, por Dios —dijo la joven—. Lleva aquí tendido, como si estuviese muerto, diez horas. Tome... —Baby le alargó la taza bruscamente—. Quizá sea esto lo que necesita para que pueda acabar de abrir los ojos.

Se incorporó, descubriendo entonces que alguien había cubierto su desnudo cuerpo, pudorosamente, con una colcha. Sorbió un poco del líquido de la taza.

—¿Qué es esto? —inquirió, estremeciéndose.

—Té. Ocurre que esta clase de té viene en botes y no en saquitos, de manera que vertí un poco en un recipiente y procedí a hervirlo. Esta ciudad se me antoja desagradable, odiosa. Aquí no hay modo de que hagan nada como es debido.

Chris se esforzó por tomar otro sorbo, dejando luego la taza sobre la mesita de noche. Baby colocó el platillo encima, animada, indudablemente, por un vago instinto doméstico de mantener el líquido caliente, sentándose a continuación sobre el borde del lecho.

—Hemos de hablar de negocios, Monte —anunció—. Pero procure no levantar la voz.

El rostro de Baby estaba muy cerca del suyo. Junto con un inconfundible olor a whisky, él percibió otro, el del excitante perfume que usara a bordo del *Chirica II*, mucho más excitante aún en aquella cerrada habitación, escasamente iluminada. Como a través de una lupa, contempló sus ojos, de un azul de zafiro, sus maduros labios, sus pecas, que daban a la impecable faz femenina un aire infantil, y entonces sintió el impulso de alargar una mano para apoyarla en una de sus mejillas y sentir su suave curva.

Baby echó la mano a un lado.

—Procure estarse quieto. Yo no estoy aquí para eso. Tampoco usted.

—Es una ocasión desaprovechada, ¿no le parece?

—Para usted, quizá. Para mí, no. —Uno de los labios de Baby se curvó desdeñosamente—. Alguien ha de saber conservar la cabeza cuando se junta un hombre con una mujer. Ustedes, los hombres, la pierden con facilidad cuando se enfrentan con una relación carnal. Nosotras no somos así.

—¿Y en qué momento de su vida ha llegado a tal conclusión?

—Desde el principio. Y si hay alguna mujer que le asegura haber sacado de ello algo más que un gran bostezo, dígame de mi parte que es una

embustera. Consecuentemente, procure atenerse a su negocio cuando esté conmigo.

—¿Qué quiere apostar a que a Mookerjee no le habla así?

—Me tienen sin cuidado sus agudezas. Mookerjee paga mucho por lo que él quiere, así que consigue mucho. Hasta ahora, yo lo único que he sacado de usted ha sido un baño en el océano y muchos problemas.

—Sí, pero cuando estos problemas se acaben, usted habrá sacado en limpio mucho más de lo que se ha dicho, y por mí, ¿no? Medio millón. Es lo que se especifica en el contrato. ¿Sabe? He estado pensando en ello. Usted también, tal vez.

—¿En qué ha pensado? —preguntó ella, cautamente.

—En nosotros dos. En usted y yo, poniéndonos de acuerdo, haciendo la gran operación de nuestra vida realmente con el millón entero, en vez de entregar la mitad a Mookerjee.

Baby dedicó a Chris una larga y ligeramente fría mirada.

—Que me aspen si no es usted el clásico bastardo listillo capaz de engañar a cualquiera —comentó Baby por último.

Pero él notó que estas palabras no habían sido pronunciadas con una inflexión de resentimiento.

Chris remató su ataque, rápido.

—Bueno, no iré a decirme que no ha pensado en eso, al menos, ¿eh? Usted sabe qué treta va a utilizar Mookerjee para conseguir esa pasta. Entonces, ¿por qué no ha de valerse de ella, uniéndose a mí?

—De proceder así, ¿usted sabe el tiempo que nos quedaría de vida si no había alguien que se ocupara de los otros? Mookerjee es quien cuida de ellos también. No lo parece, pero si se exceptúa quizá a El Hombre, es el más peligroso de todo el grupo.

—¿El hombre? ¿Teodorescu?

—No. Hablo de *El Hombre* —replicó Baby, impacientemente—. ¿Sabe? Aquel que proporcionó a Valentine el dinero para iniciar toda la operación.

—¿Quiere usted decir que el propio Valentine andaba metido en ella? —Había que hacer un esfuerzo para contemplar la severa, agria, puritana imagen de Clive Valentine bajo esta nueva luz—. Entonces fue así como se hizo de su pasta. Nada de sacarla de la venta de libros.

—Claro. Solamente que se quedó con la mayor parte del dinero, por el hecho de ser el Número Uno, hasta el momento de morir. El Hombre es el Número Uno ahora.

—¿Quién es él? —preguntó Chris.

Comprendió, excitado, que estaba a punto de enterarse de algo verdaderamente importante, algo vital que podía ser trasladado a Warburton, relacionado con el misterioso bromista que se había presentado de repente en Miami. Ahora bien, era decisivo que se condujera con toda naturalidad en este terreno. De socio a socio, Baby, total o parcialmente intoxicada, estaba dispuesta a confiarle aquello, pero tenía la seguridad de que a la menor revelación de sospechoso interés en su voz quedaría cortada la línea de comunicación entre ellos.

—¿Lo conozco? —añadió.

—¿Al Hombre? —Baby dio la impresión de haberse quedado desconcertada sólo ante tal idea—. A él no lo conoce nadie. Nadie sabe siquiera quién es, ni aun Teodorescu, y Teodorescu es el que se mantiene en contacto con él ahora, muerto ya Valentine. Esto debiera alegrarle, de otro lado. Él es quien tiene la culpa de que aquellos agentes raros que ya conoce vayan sobre sus huellas. Mookerjee afirma que se figuran que usted ha de llevarles a El Hombre, y que así terminarán por localizarlo. Por este camino, no los conduce a ninguna parte.

—Los guío hasta aquí, hasta la casa de Teodorescu —puntualizó Chris.

—No me comprende. A ellos no les preocupa nadie, si exceptuamos al Hombre, ya que él es la única persona capaz de poner en marcha de nuevo el antiguo tinglado, sabiendo además cómo mantenerlo así. Esto es lo que les espanta, que todo pueda volver a empezar. Van en serio, por añadidura. No piensan hacer nada que pueda llegar a convertirse en materia explotable por los reporteros y sus periódicos. Lo que pretenden es eliminar al sujeto clave, como hicieron con los hermanos Wheeler. Éste es un asunto de gran trascendencia, altamente secreto, Monte. No se trata precisamente de una historia de policías y ladrones.

—Todo eso no cambia nada para mí. ¿Cómo cree que encajará su hombre número uno, su secreta persona, el episodio de nuestra desaparición con el dinero de Valentine? ¿Cómo se pondrá al enterarse de que ya no va a ser de él, ni de Teodorescu, ni de Prendergast?

—Con esa cantidad de dinero en nuestro poder, Monte, ¿quién va a quedarse aquí con el deseo de averiguarlo? Aquí hoy, mañana en Río. Yo me he inclinado por Río. Igual que Mookerjee. Y una vez eliminados Teodorescu y Joe Prendergast, El Hombre ni siquiera dispondrá ya de nadie que utilizar en contra nuestra.

—He de admitir —manifestó Chris— que usted lo presenta todo tan sencillo como un paseo en los caballitos de las ferias.



—Y sobre el mejor de los tiovivos —le aseguró Baby, seriamente—. Lo más difícil de todo es nuestra huida de aquí, por culpa de ese granuja de Michael, que tratará de impedirlo.

—Él tiene que dormir de vez en cuando, ¿no?

—¿Y qué? A partir de la medianoche y hasta la hora de la mañana a que se despierta permanecemos en la casa cerrada bajo llave. Yo he estudiado ya el edificio. Hay verjas en todas las ventanas de la planta baja, y las puertas deben de ser como las de Sing Sing. A todo esto, Michael es quien tiene la única llave, porque solamente hay una para la casa. Ya se aseguró él de que yo estuviera enterada de ello.

—¿Y qué pasaría si Teodorescu quisiera regresar a su casa a hora avanzada de la noche? ¿Se apostaría debajo de una ventana dando gritos para que le abrieran la puerta?

—Le gusta ver el lado cómico de las cosas, ¿eh, Monte? Nada, no pasaría nada de eso. En el cuarto de Michael hay un zumbador y el botón que queda junto al normal de la puerta está conectado con aquél. Teodorescu y el resto de los personajes se valen de unas señales convenidas, así que quienquiera que cuide de la casa sabe que puede abrirles. De otro lado, a nosotros no nos ha de preocupar el modo de entrar, sino el de salir. Esto significa que usted habrá de ocuparse de Michael para que nosotros podamos lograr nuestro propósito.

—Ocuparme de él... ¿cómo?

—Matándolo o hiriéndolo... ¿Qué más da una cosa que otra si lo que pretendemos conseguir es sacarle una buena ventaja? Pero no será fácil. Ese pequeño bastardo es como una serpiente en sus movimientos, actuando cuando menos se lo espera una. Anoche quiso palparme estando en la cocina. Me lancé entonces sobre él para propinarle unos puñetazos, pero antes de que lograra asestarle el primero ya tenía su navaja apoyada en mi vientre. El hombre, además, se muestra irritable porque espera que usted le cause problemas. Si usted, Monte, lleva a cabo alguna acción contra él y comete un error, no volverá a equivocarse jamás. Le volará la cabeza.

—Muy bien. Supongamos que mi cabeza continúa en su sitio. ¿Qué haremos después? ¿Irnos en busca del abogado de Mookerjee para firmar los papeles?

—Sí. Pasado mañana... El viernes. El abogado de Mookerjee es primo suyo. Él se ocupa de todo en nombre de los dos. Ya ha redactado los documentos, pero mañana se va a dedicar a buscarnos alojamiento fuera de la población, para que dispongamos de un sitio donde esperar mientras se hacen

los trámites oportunos en la administración de justicia. Será el viernes, pues, cuando firmemos los papeles. El abogado no sabe nada acerca de Valentine y, por otra parte, no es de los que hacen demasiadas preguntas.

—Pero, ¿no está usted aquí, supuestamente, para urdir un accidente de resultados fatales para mí? —inquirió Chris—. Hay que empezar por decir que Michael desconfía de usted. ¿Cree que podrá continuar engañándole hasta el viernes?

—Lo engañaré. ¿Qué le pasa, Monte? ¿Está comenzando a acobardarse?

—Ni hablar de eso...

Chris consideró la cuestión brevemente. ¿Cómo explicarse? Había llegado al punto más difícil de aquel juego dialectal, sobre el que tantas cosas descansaban, y todas las palabras que pronunciara habían de ser las justas, sin perderse en divagaciones.

—No hay más que una objeción —agregó—: que usted opta por seguir el camino más difícil.

—¿Sí? —Baby se había puesto en guardia ya—. ¿Y cuál es el fácil?

—El de salir yo de aquí y no regresar a la casa, eso es todo. Me reúno con usted en el despacho del abogado. Luego, hará saber a Michael que se siente tan disgustada como él, fingiendo que lanza a la Policía sobre mi rastro. Es cuanto se debe hacer.

—No.

—Mire, Baby...

—No. Por ese camino, lo único que conseguiría es verse juzgado en su país bajo la acusación de asesinato en primer grado. Y yo, con mi pecosa carita de ángel, tendría que explicar a un jurado cómo le vi cometer su delito. No dispone de un solo testigo que pueda contradecirme. Ni uno tan sólo. Y si usted salta contando la historia del trato sobre la herencia Valentine, todo el mundo le tomará por un forjador de leyendas. Será mejor que recuerde que tal es el futuro personal que revelan las cartas para usted en el caso de que se ausente de esta casa y yo empiece a pensar que no va a volver, Monte.

—De acuerdo. —Si bien pensó que aquella baza estaba perdida, era necesario que continuara jugando con la mayor frialdad. Lo único que ganaría, quizá, sería un poco de tiempo—. Si usted desea que las cosas se desarrollen como ha dicho, nos desharemos de Michael por la vía más dura. ¿Cuándo pasaremos a la acción?

—El viernes por la mañana, a la hora del desayuno, es el mejor momento. Siempre está pendiente de mí cuando nos hallamos en la cocina. Ésa es, pues, su ocasión de quitárselo de en medio. En la despensa hay una caja que

contiene toda clase de herramientas, martillos y otras cosas por el estilo, de manera que no tiene más que elegir la más conveniente. Y no sienta lástima por ese bastardo cuando lo golpee. Sienta lástima por sí mismo si no acierta a darle suficientemente fuerte.

—Lo tendré presente.

—Es lo que más le conviene. —Baby se puso en pie—. Bueno, hasta el viernes, a la hora del desayuno, entonces —dijo, deteniéndose en la puerta del cuarto—. Usted, con lo que ha dormido, podrá mantenerse despierto toda la noche, pero yo voy a acostarme. Si desea comer algo, en la cocina hay de todo. Si quiere leer, en la biblioteca de abajo encontrará un millón de libros. Y si le entran ganas de pasar el rato hablando por teléfono con esa rubia que conoció en el avión, olvídense de ello. Los teléfonos, aquí, han sido inutilizados.

Pronunciadas las anteriores palabras, Baby se marchó, y él se quedó tendido en el lecho, tratando de adivinar los acontecimientos que se les venían encima, dentro de las siguientes cuarenta y ocho horas, en una serie de secuencias lógicas. Pero daba con demasiados elementos condicionantes para poder saber a qué atenerse. Finalmente, se vistió, bajando a la cocina. En el silencio mortal que reinaba en la casa, cada uno de los crujidos producidos en la escalera constituía algo mejor que un sistema de alarma, comprobó, capaz de dar a entender a Michael dónde se encontraba o a dónde se encaminaba en cada momento.

Mientras daba buena cuenta de un bocadillo de queso regado con una botella de cerveza no enfriada, Chris pensó que Teodorescu estaba practicando con él, realmente, uno de esos métodos criminológicos ultra modernos en los que al preso se le permite todo menos el disfrute de una auténtica libertad. En estos casos, al detenido se le conceden todas las comodidades del hogar, el privilegio de pasear fuera del recinto normal siempre que le apetece, e incluso se le asignan las atenciones de una bella pelirroja... si la pelirroja en cuestión se mostrara complaciente. Pero, llegada la noche, el preso regresa a la celda, cerrándose con llave las puertas, haciéndosele saber que esto último es lo real para él. En cierto modo, el procedimiento era aún más frustrante que el antiguo método. Aquello era una constante invitación a cometer la falta, a emprender la huida, a echar uno a correr con todas sus fuerzas, hasta que el fugitivo se estrellara contra el muro de piedra que le aguardaba al término de su carrera, lo mismo si se volvía en una dirección que en otra.

Después de haber dejado sus platos en un fregadero que ya contenía un buen puñado de ellos sucios, vagó por la planta baja, efectuando determinadas comprobaciones en puertas y ventanas, convenciéndose por sí mismo de que Baby no había exagerado al hablar de la forma en que la casa quedaba cerrada a la hora de acostarse Michael. Luego, subió a la otra planta, abrió la puerta que tenía más a mano y descubrió que era un comedor. Al abrir la puerta del lado opuesto del vestíbulo percibió inmediatamente un fuerte olor a cuero.

Encendió la luz, mirando a su alrededor. Vio cuatro sólidas paredes de libros, desde el piso hasta el techo, e incluso a distancia era fácil apreciar, guiándose por el brillo de las estampaciones en oro sobre el cuero de los lomos, independientemente de la valía de los autores, que la literatura allí contenida era de alto valor.

Una sección de los estantes albergaba, al parecer, una serie de volúmenes uniformados, del tamaño de los que componen las enciclopedias. Se acercó allí, para verlos más de cerca, observando que no se había equivocado. En el lomo de cada volumen, debajo del título y nombre del autor, se leía: *The Valentine Society*.

Lo cual significaba, pensó, que allí estaban los productos del falso club del libro de Clive Valentine, la fachada de otras actividades ocultas. Esto le hizo evocar con desagradable claridad la imagen del inglés grande, rubicundo, de plateados cabellos, de persuasivas frases, vestido con prendas Savile Row, que sentado a una de las mesas de un restaurante de Miami dotado de aire acondicionado había estado explicando solemnemente la forma en que había sido amasada la fortuna de Clive Valentine. Mil doscientos ejemplares de aquellos libros por año, a doscientas y trescientas libras por ejemplar. Y a todo esto, los ávidos coleccionistas de todo el mundo pugnando por hacerse de algo que para ellos era una clase de dinero.

Una bonita historia. Sólo que no existía una palabra de verdad en ella. Pero *The Valentine Society* había actuado inteligentemente. Valorando lo obtenido en el negocio, probablemente podría llegarse a un imaginario índice de beneficios llevado hasta el penique. De ser los libros inspeccionados, los recaudadores de impuestos, los contables del gobierno y otros entremetidos se sentirán enteramente felices.

¿Qué mejor fachada podía existir para una actividad oculta que un club del libro de alta categoría, con el imprimatur de Literatura y Arte estampado en los volúmenes? El despliegue de títulos que tenía delante hacía la broma aún más irónica. Allí había colecciones de sermones, de poesías religiosas, de estudios bíblicos, ediciones de *The Pilgrim's Progress*, *The Swiss Family*

*Robinson*, de las obras de John Milton... Todos los libros revelaban la existencia de un propósito altamente moral.

Uno de los títulos le hizo recordar algo. *Blasts of the Trumpet*, rezaban las doradas letras. Chris sacó el libro de su sitio. Era la obra a que el bromista se había referido sonriente a manera de ilustración de los puritanos gustos de Clive Valentine.

El libro se hallaba encajado en un estuche de cuero rígido, y ya en la mano, el peso del volumen le sorprendió. Chris lo sacó del estuche, advirtiéndole entonces el almohadillado espesor de la encuadernación, y apreció la textura de las hojas, que casi no podían ser dobladas. Aquel peso lo causaba el papel utilizado. La encuadernación, realizada en un tono azul-negro, había sido hecha en piel de cabra, complicadamente adornada con dibujos estampados en oro. Se acreditaba la ornamentación mediante un texto que figuraba en la hoja siguiente a la primera guarda. Diseñado por *Henry Gardenhire, para The Valentine Society, a la manera de Roger Payne, fl. 1766. De esta edición se han impreso y encuadernado doscientos ejemplares. Este ejemplar lleva el número 3.*

Pero había en el libro algo que excitó su atención, descubrió Chris, algo que no tenía que ver con su elaboración. ¿De qué diablos se trataba? Lo tenía en el fondo de su mente, pero fuere una cosa u otra, se resistía a emerger.

Pasó a la página en que figuraba el título: *Blasts of the Trumpet*<sup>[2]</sup>. *Contra el Monstruoso Regimiento de Mujeres, por Jno. Knox. Edición de The Valentine Society.* Lo leyó varias veces, preguntándose por qué tenía que hacerle recordar algo si la única vez que había oído mencionarlo fue en Miami, de labios del bromista parlanchín. El compinche de Valentine.

No, no había sido aquélla la única vez, sin embargo.

*Blasts of the Trumpet: B O T T.* ¡El fichero alfabético de Prendergast!

Cerró el libro, deslizando un dedo por la encuadernación, presionando con el pulgar la sólida tapa. ¿Quién, pensó espantado, podía hallar una envoltura mejor que aquélla, en la cual guardar papeles peligrosos, para cruzar con ellos fronteras enemigas? No había más que sellarlos en la encuadernación, cosiendo después convenientemente la abertura practicada, para acabar consiguiéndose así un artístico paquete, de contenido altamente moral. BOTT. Ejemplar número 3. En las cartulinas de Prendergast figuraban números también, así como los nombres de las ciudades a las cuales iba destinada la mercancía real. No había más que averiguar el número, desgarrando después la encuadernación, para acabar encontrando el material que interesaba...

Deslizó el libro en su estuche, colocándolo en su sitio. Paseó la mirada por los estantes. ¿Qué otras iniciales habían sido registradas en las cartulinas del fichero? SFR, estaba seguro, esto es: *Swiss Family Robinson*. Había sido visto el volumen hacía unos minutos; tenía que estar en una de las repisas.

—¡Aaggg!

Chris giró en redondo, desentendiéndose del súbito y punzante dolor en su rodilla lesionada, desentendiéndose de todo lo que no fuera la amenazadora figura plantada en la puerta de la habitación. Michael estaba allí, apuntándole, sin más, con un arma de monstruoso aspecto, y en su cara se observaba la fría expresión del hombre de intenciones asesinas.

—¡Vaya! Ya lo has conseguido, sucio espía —dijo Michael, apretando el gatillo de su arma.

Encendióse una luz parpadeante en el cañón de ésta, oyéndose un rechinante ruido, semejante al que puede hacer un molinillo de café funcionando.

—¡Zap! —agregó Michael—. ¡Te he desintegrado, maldito terrícola!

—¡Condenado estúpido! —exclamó Chris, haciendo un esfuerzo. Se había puesto en tensión, aguardando el inminente impacto de la bala, por cuya razón ahora le dolían todos los músculos de su cuerpo—. ¿Cuándo se hará hombre de una vez?

—¿Qué le pasa, camarada? ¿Prefiere acaso que use el arma de verdad? —Michael hizo avanzar y retroceder el grotesco juguete sujetándolo por la guarda del gatillo—. Yob ha emprendido la tarea de desintegrar a todo terrícola que se empeñe en valerse de la herramienta adecuada para realizar su cometido, ¿eh? Y no quiero verle huroneando por entre los libros de esta parte de la habitación, ¿entendido? Este material es de exposición, no de lectura. En el otro lado está lo que busca usted. Son esos libros pequeños.

Chris fue en busca de uno de ellos.

Calculó con tanta exactitud el desplazamiento del día siguiente, a las doce, hasta la oficina de Warburton, que coincidió con Beth en las escaleras del edificio. Warburton les esperaba en su despacho, en compañía de Blackburn, su empleado, y un hombrecillo pálido y nervioso, de tímidos modales, quien, sorprendentemente, resultó ser Eames, el investigador privado designado para colaborar en el proyecto.

—Ha hecho un buen trabajo en pocas horas —les aseguró Warburton—. Siempre he podido confiar en Eames. Jamás me ha dejado en mal lugar, y hay que tener en cuenta que lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Desde los días del viejo Spitfire, señor —Eames daba la impresión de sentirse complacido y embarazado a la vez—. Entonces era mi oficial superior —explicó a Chris—. Imposible haber dado con otro mejor.

Ahora le llegó a Warburton el turno de sentirse embarazado.

—Bien. Lo cierto es que en aquella época imperaba un magnífico espíritu colectivo.

Rebuscó entre los papeles amontonados sobre su mesa de trabajo, cambió de orden unos cuantos, se tomó su tiempo para encender la pipa, y luego volvió a ocuparse de los papeles nuevamente. Chris, profundamente deprimido, comprendió lo que pasaba: estaba tratando de aplazar lo inevitable. Hombre, al parecer, de carácter amable y comprensivo, pese a su rígido y militar aspecto, no acertaba a decir lo que ineludiblemente tenía que decir.

—¿Son buenas o malas las noticias que va usted a darnos? —inquirió Chris, bruscamente.

—Lo siento muchísimo —respondió Warburton—. Son malas.

—¿En qué aspecto?

—En todos los aspectos posibles. Fíjese en esto: no hay ninguna herencia Valentine. O, más específicamente, las deudas del difunto, personales, y otras del mismo patrimonio absorbieron éste por completo. Y no hay ningún testamento. Clive Valentine no dejó ninguno a su muerte.

—Un momento —repuso Chris. Advirtió que Beth, sentada en la silla de al lado, trataba de asir su mano con unos dedos tan fríos como el hielo, y entonces cogió la suya, oprimiéndola cariñosamente, para tranquilizarla—. Usted quiere decir que hasta ahora no ha aparecido ningún testamento. Y por

lo que hemos oído afirmar acerca del dinero que Valentine tenía, y la colección de arte...

—No hay ningún dinero, señor... ¡ejem!... Sanders. En cuanto a la colección de arte, si es que vale algo, valdrá muy poco —Warburton deslizó un dedo hacia abajo sobre el papel que tenía delante—. Quinientas libras, para ser exacto, de acuerdo con la valoración oficial efectuada para el Estado por la Langland Gallery, de la calle Burton.

El abogado indicó con un movimiento de cabeza a Eames, quien, apoyado en la pared, observando un discreto silencio, con el sombrero sobre las piernas, daba la impresión de hallarse en cualquier parte del mundo menos en aquella habitación. El ojo perfecto del investigador privado, pensó Chris, ya que era preciso mirar dos veces para notar siquiera que se encontraba allí.

—Eames fue quien se ocupó de este aspecto del asunto —agregó Warburton—. Él es, pues, el más indicado para hablar de ello.

—Sí, señor —contestó Eames. Se aclaró la garganta ruidosamente antes de dirigirse a Chris con voz ronca y en un tono declamatorio—. Entré en esto, señor, a causa de una persona: Katia Danska. Parece ser que en otro tiempo existió una colección de gran valor, que se conservaba en casa del difunto, en Sunningdale, hace de esto unos diez años, y que esa dama fue la encargada de cuidar de ella, teniendo derecho a comprar y a vender cuadros, según sus criterios. Pero habiendo comenzado diez años atrás, en un período de ocho vendió los lienzos más cotizados, a través de la Langland Gallery. El señor Goodkind, perteneciente a ésta, afirma que los cuadros que quedan en aquellas paredes sólo pueden ser considerados altamente artísticos en el caso de que se haga un gran despliegue de imaginación. Asegura que por todos los lienzos no podrán sacarse más de quinientas libras. Es pintura de muy baja calidad, declara.

—Lo cual significa —explicó Warburton— que los bienes del patrimonio, actualmente, están constituidos por la casa de Sunningdale y sus muebles, en unión de algo más de dos hectáreas de terreno, el de los alrededores. Hay también algunos materiales anticuados, integradores de un equipo de imprimir y grabar, que se guardan en un edificio de Londres, alquilado por la desaparecida The Valentine Society. Se debe una considerable cantidad en concepto de alquileres. Esta suma y las correspondientes a las deudas del difunto se compensan casi con el valor de los libros. Quienquiera que herede el patrimonio tendrá que poner, seguramente, unas cuantas libras de su bolsillo para aclarar las cuentas.



Chris se esforzó por combatir el entumecimiento que se había apoderado de todos sus miembros.

—De acuerdo —dijo—. Dejemos a un lado la colección de arte. Ahora bien, ¿qué es lo que le hace a usted estar tan seguro acerca de lo demás? Las personas interrogadas por ustedes pudieron mentir muy fácilmente, para evitar que surgieran demandantes del patrimonio, ¿no cree?

Al oír esto, Blackburn movió la cabeza con energía.

—No, señor... Bueno, si no le importa que yo intervenga en esto. No habiendo dado con ningún testamento en los archivos, visité el Departamento de la Chancillería, así como los de Testamentaría, Divorcio y Almirantazgo. Esa información proviene de tal conjunto. Y en esos sitios, señor, se estudian muy bien los datos aportados.

—Aun así —porfió—. ¿Hasta qué punto el hecho de que no se encuentre un testamento en los archivos prueba que Valentine murió sin testar? Todo lo que eso quiere indicar es que todavía no ha aparecido ningún testamento.

—En el presente caso, no, señor. Piense usted que el señor Valentine fue llevado al hospital inesperadamente, a consecuencia de una dolencia cardíaca, y que mientras estaba siendo reconocido por el doctor, declaró, exponiéndolo con toda claridad, que no había redactado jamás ningún testamento, deseando que fuesen en busca de un abogado inmediatamente para dictar uno. Esto sucedió demasiado tarde ya. Cuando llegó el abogado, el señor Valentine había muerto. El señor Warburton posee fotocopias de las reclamaciones archivadas en la Chancillería, formuladas por el doctor y las dos religiosas que atendieron al paciente. Así pues, nunca existió testamento alguno. Y no hay herederos registrados, ni existe el menor indicio de que se haya presentado alguno.

Chris se volvió hacia Warburton.

—¿Qué hay acerca de Teodorescu, de Gardenhire, de Katia Danska? ¿No se ha hecho oír ninguno de ellos en relación con el patrimonio? Me refiero a la mujer, especialmente. Vivía en la casa de Valentine. ¿Consintió en ser desposeída? Cuesta trabajo creer que sí.

—Pues así es, por lo que se ve a primera vista —declaró Warburton—. Será Eames quien le cuente lo que ha averiguado sobre tal cuestión.

—Conforme, señor —dijo Eames. Ahora se aclaró la garganta más ruidosamente que antes—. El sujeto investigado (me refiero a la mujer, a Katia Danska, la solterona) abandonó la vivienda el 5 de junio del pasado año, un mes después de haberse producido el fallecimiento de Valentine. Desde la fecha citada no ha vuelto a ser vista por allí.

—¿Desapareció? —preguntó Chris—. ¿Ha desaparecido, simplemente?

—Bueno, no hay que dar a su marcha unas connotaciones misteriosas, señor Sanders. La mujer empaquetó sus efectos personales y se metió en compañía de un pequeño perro, aquella mañana, en un taxi, que la llevó a la estación de ferrocarril, donde subió a un tren que iba a Londres. Lo malo es —Eames dejó ahora el tono declamatorio, sustituyéndolo por otro quejumbroso— que no he dispuesto ni siquiera de la mitad del tiempo necesario para realizar un trabajo de investigación adecuado en ese aspecto, señor. Si se me concede el que preciso, tengo la seguridad de que aclararé este extremo. El sujeto investigado es de fácil localización, si se ha de dar crédito a los comerciantes de la zona. La vieja dama ha puesto de relieve frecuentemente su carácter irascible.

—Bien. ¿Qué me dice de los otros dos?

—Henry Gardenhire, del que dijo usted que era diseñador de libros, murió por causas naturales en el *St. Clare's Hospital*, el pasado mes de diciembre, siendo la principal una cirrosis hepática. Tal información fue conseguida por mediación del Secretario Honorario de la Corporación de Diseñadores de Libros. Pertenecía a la misma como el más impopular de los miembros. Dice el secretario que raras veces no estaba bebido cuando se le veía en público. Y Anton Teodorescu reside en la actualidad en Londres, como ya indicó usted. Vive en el número 4 de la calle Merivale, que queda en Chelsea.

—¿Cómo averiguó usted eso? —preguntó Chris.

—Consulté la guía telefónica, señor —contestó Eames, expeditivo siempre a la hora de justificarse.

Era ésta una revelación curiosamente deprimente, juzgó Chris. Sin embargo, pese a sus efectos, anonadadores, que le dejaban vacío, no resultaba ser de la misma categoría que la relativa a la no existencia del patrimonio de Clive Valentine y su testamento. Esta última era auténticamente asesina, en el sentido más literal de la palabra.

Apretó con fuerza la mano de Beth para hacerle saber que todavía no estaba todo perdido, y ella le correspondió con una presión similar que quería decir: «No, desde luego que no. ¡Que Dios nos ayude!».

—Quisiéramos hablar con usted a solas —indicó Chris a Warburton.

En cuanto Blackburn y Eames abandonaron el despacho, tras haberle dado su titular las gracias oportunas, el joven añadió:

—Ha de saber usted que hay más sobre lo que le referí ayer. Si le cuento el resto, ¿se atenderá usted a nuestro trato? Esto es, ¿me concederá un plazo de

dos días antes de recurrir a la Policía para darle cuenta de que hay alguien que utiliza su identidad? ¿Se atenderá a eso hasta el sábado?

Warburton se quedó pensativo. Luego asintió, en refunfuñante conformidad.

—Preso por mil, preso por mil quinientos... De acuerdo, señor Monte, procedamos como dice. A modo de compensación, por intentar facilitarme una explicación sensata de un episodio que a mí cada vez se me antojaba más una broma de mal gusto, y quién sabe si maligna, le concedo dos días de gracia. Y en la ocasión presente, quiero conocer la historia completa, por favor. No eluda nada, refiera hasta el último detalle.

Y así fue como lo supo todo Warburton, desde el momento de la aparición del impostor en Miami hasta una hora atrás, cuando Chris Monte saliera del número 4 de la calle Merivale para ir andando hasta la plaza Sloane, y desde aquí, por el *Tube*, hasta Temple Station. Una vez referida la historia, Warburton permaneció recostado abandonadamente en un sillón, pensativo, durante largo rato, dando continuas chupadas a su pipa, vacía, manoseándose los cabellos y a continuación aplanándoselos, digiriendo lo que acababa de escuchar con una expresión en el rostro delatadora de que estaba muy lejos de parecerle digerible.

—¡Maldita sea! Pues ahora la cosa parece tener menos sentido que nunca —comentó, por fin—. Una manada de lobos que disputan entre sí una presa que ni siquiera existe... Bueno, probablemente, esa pandilla no sabe que el patrimonio carece de valor. Sí, puede ser esto. Sin embargo, tal información está al alcance de cualquiera cuando una persona como Blackburn ha sabido cómo obtenerla.

—La obtuvo porque usted le encargó esa tarea —puntualizó Beth—. Pero quienquiera que revelase a esa gente el valor del patrimonio debió de mostrarse tan convincente que ninguno de ellos pensó que pudiera existir una razón para investigar. ¿No lo comprende? Esos tipos han sido engañados en la misma forma que nosotros.

—Pero, ¿con qué fin? —preguntó Warburton—. ¿El de la venganza? —El hombre miró a Beth atentamente—. Usted fue la víctima inicial de Prendergast, señora Monte. ¿Puede pensar en alguien que fuese capaz de tomarse por algún motivo la molestia de atentar contra su persona valiéndose de él?

—No —repuso Beth—. He estado haciéndome esa pregunta, pero en vano... Y Chris..., el señor Monte..., viene resultando más perjudicado que yo en este asunto.

—Conforme. Sin embargo, y perdóneme por decírselo con tanta rudeza, usted fue quien lo implicó directamente en los hechos. La pregunta es: ¿por qué Prendergast la escogió a usted, precisamente, para desempeñar su papel?

—Porque —contestó Beth con naturalidad— respondía a cada uno de sus requerimientos. Era soltera y me encontraba sola, prácticamente, en el mundo. Mi situación financiera era desesperada. Era una estúpida ingenua, que se sentía demasiado intimidada por él, que era excesivamente ambiciosa después de todo para formular preguntas que yo, en el fondo de mi corazón, sabía que debían ser hechas. Desde su punto de vista, el montaje era perfecto. —La voz de la joven se quebró súbitamente—. Pregunte a mi marido acerca de eso. Él puede decirle hasta qué punto era así. Tiene derecho a hacerlo.

Chris sintió un creciente temblor en la mano que oprimía la suya, vio que Beth apretaba los dientes, oyó el ronco rumor de su respiración en su comprimida garganta, y supo entonces que una completa comprensión de todo lo que les habían hecho, de todo lo que probablemente les harían muy pronto, se había abierto paso por entero en su mente. Beth luchaba contra un inminente ataque de histeria... y estaba perdiendo la partida.

Warburton estaba observando lo mismo, crecientemente alarmado.

—Mi querida joven —dijo en tono de súplica—: yo nunca he querido... Le doy mi palabra de que...

Chris apretó brutalmente la mano de Beth, hasta el punto de que ella profirió una exclamación de dolor.

—¡Basta! —ordenó, enérgicamente—. ¿A qué viene hablar así? ¿Me pusiste una pistola en la cabeza, mandándome que me casara contigo? Este matrimonio nuestro va a ser un desastre si tú te derrumbas cada vez que alguien sugiera casualmente que la iniciativa de su celebración partió de ti. ¿Cuántos matrimonios crees que habría de no ser la mujer quien formulara la proposición de enlace?

Estas palabras hicieron su efecto, ayudándola a recobrase. Sus temblores cesaron; la rigidez de la mandíbula se atenuó. Beth dejó oír una serie de largos y estremecidos jadeos.

—Esto es distinto —manifestó, débilmente—. Sabes que es así. ¡Oh, Dios mío! ¡En qué lío tan grande te he metido!

—Señora Monte: ésa no es la cuestión ahora —manifestó Warburton, suavemente. Chris vio que también él se hallaba muy afectado. Se comportaba ahora no como coronel del regimiento, sino más bien como capellán—. Yo diría que lo único que ahora importa es ver la manera de salir

de este conflicto. Y en cuanto a esto, espero que logre convencer a su esposo de que debe seguir mi consejo.

—¿Qué consejo? —quiso saber Chris.

—Empezaré por decirle que por ningún concepto debe regresar a la calle Merivale para reunirse con esa pareja de criminales. Esto no admite discusión. Sería el colmo de la locura obrar de este modo... Seguramente, usted ya lo sabe, sin necesidad de que yo se lo diga.

—Puede ser. ¿Qué sugiere en vez de eso?

—Simplemente: que se enfrente con los hechos. Usted se ha visto privado ilegalmente de su pasaporte, papeles y dinero. Además, se le ha obligado a tomar parte en una peligrosa conspiración en contra de su voluntad. Son hechos que nadie puede poner en duda. Y lo que sugieren es que se dirija, en mi compañía, al consulado americano inmediatamente, para explicar su situación a una persona del mismo que goce de autoridad.

—Y luego, ¿qué? Usted ya oyó lo que dije sobre la chica que pretende declarar contra mí para que cargue con el asesinato de Zucker. Enfrentémonos también con los hechos en este sentido. Habla en serio al indicarme que obrará como he dicho si no me avengo a sus deseos, y no dudo de que cumplirá su promesa. ¿Cuáles diría usted que son sus probabilidades de lograr que me condenen por ese asesinato? Le daré tres opciones. Ninguna de ellas justa, o buena, en absoluto. Siga. Basándose en su condición de experto abogado, ¿cuál escogería?

Warburton parecía sentirse en estos instantes muy molesto.

—Señor Monte: no estoy suficientemente familiarizado con la jurisprudencia americana...

—Sabrá, con todo, que si no me es posible aportar pruebas contundentes, que me libren de la acusación, que si no puedo presentar testigo alguno...

—¿Ha pensado en la señora Monte? —protestó Warburton—. Su historia...

—No —contestó Chris, tajante—. Señalaré, por un lado, que el asesinato de Zucker tuvo lugar antes de que existiera una señora Monte, y que yo sería procesado por ello. Por otra parte, ningún miembro de esa pandilla la conoce, con la excepción de Prendergast. ¿Cree usted que yo voy a ponerla poco menos que bajo la luz de un proyector, para que ellos se dediquen a hacer con Beth ejercicios de puntería?

—No seas terco, Chris —medió Beth—. Si hay alguna probabilidad de que yo pueda ayudarte...

—De ese modo, no. Lo único que puede ayudarme si tengo que comparecer ante un tribunal de justicia es un buen abogado, un abogado defensor de primera clase. Sin embargo, ¿de dónde voy yo a sacar los cinco mil dólares que me cobraría? No. La mejor línea de acción es la de seguir con Baby hasta el último momento.

—¿De quién sería ese último momento? —preguntó Warburton—. Usted sabe que esa gente cree que andan empeñados en un juego que ha de reportarles enormes ganancias. Ha admitido que no sienten reparo alguno en recurrir al crimen si éste conviene a sus fines. —El abogado se volvió hacia Beth—. Señora Monte: mi coche no está lejos de aquí. Si consigue que su esposo se avenga a razones, puedo llevarle al consulado en quince minutos. También podría ser que un representante del consulado se entrevistara con él en mi apartamento, si así lo desea.

Beth se sentía atormentada por su indecisión. Finalmente, hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—No —respondió con los ojos fijos en Warburton—. He aconsejado hasta ahora a mi marido en varias ocasiones, no habiendo salido muy bien, en su mayor parte. No puede, por tanto, confiar en mi consejo. Ya ni siquiera me atrevo a confiar en mí misma. Deseo que sea él quien adopte una decisión.

Beth abandonó el despacho bajo la insistencia de Chris. Ya en la puerta, la joven le dijo:

—Llámame mañana, tan pronto te sea posible. Estaré aguardando tu llamada junto al teléfono.

—Te llamaré. O iré a verte.

—Sé que lo harás —repuso Beth.

Pero Chris, al verla retirarse ya, cuando cerraba la puerta, observó que estaba pálida como una muerta.

Se quedó en el despacho media hora más, sentado frente a la mesa de un paciente y resignado Warburton, mientras él estudiaba, uno a uno, los documentos que Eames y Blackburn habían reunido allí. Quien actúa engañosamente, se muestra cauteloso después. Quizá fueran falsos algunos de aquellos papeles. ¿Quizá u ojalá, palabra que equivalía a una plegaria? Podía ser que el enemigo se hubiera adelantado a Eames o Blackburn, preparando adecuadamente aquel material.

Pero conforme iba examinando las fotocopias, relativas unas veces a una declaración y otras a una valoración, un inventario, más se afirmaba en la idea de que estaba perdiendo el tiempo con eso. El suyo era un largo adiós a un sueño que se desvanecía. Estaba haciendo esto y no otra cosa. Se encontraba

frente a unos documentos auténticos. No había otros. El patrimonio Valentine no existía. Diez años atrás, de acuerdo con los datos que se poseían, había habido uno —treinta y ocho cuadros, cuyo valor en el mercado del arte se cifraba en millones— pero habíase esfumado ya. Y lo que quedara del dinero proporcionado por los cuadros, había desaparecido con Katia Danska. Al final, la vieja dama había sido la persona más lista de toda la banda. En aquellos momentos, mientras ellos buscaban furiosamente un oro que no estaba allí, ella se hallaría instalada en alguna lejana y soleada mansión, haciéndolo deslizarse por entre sus dedos en los gastos cotidianos, gozando de su peso, de su mismo color.

La persona más lista de toda la banda.

El Hombre, había dicho Baby, aterrorizada. Nunca se le había ocurrido —tampoco a ninguno de ellos— que detrás de todo podía estar La Mujer.

Pero, en tal caso, ¿quién era el impostor de los cabellos plateados, que se había dejado ver en Miami con la historia de la herencia Valentine?

Quedóse absorto en sus pensamientos hasta que Warburton dijo en tono de disculpa:

—Si ha terminado de examinar este material...

—Lo siento —alargó los papeles al abogado—. Supongo que ya no hay más que ver. Trataré de ponerme en contacto con usted mañana. De todas formas, usted se pondrá al habla con la Policía el sábado, ¿no?

—El sábado por la mañana. Como ya comprenderá, no se me ofrece otra salida —Warburton arregló y volvió a arreglar los papeles que tenía delante—. Usted está muy enamorado de su esposa, ¿eh? —inquirió, bruscamente.

—Sí —se oyó a sí mismo contestar Chris—. Muy enamorado.

Así pues, esto era lo que había. Había estado preguntándose cómo respondería a aquella pregunta si Beth la formulaba. Pero ella nunca se la había hecho. Ahora ya no tenía que plantársela más.

—Se comprende fácilmente —comentó Warburton—. Es una chica extraordinariamente atractiva. Y valiente en extremo, a su manera. Al consentir que fuera usted quien tomara las decisiones a lo largo de este asunto dio muestras de un valor no frecuente en la mayor parte de las mujeres. Especialmente, si se tiene en cuenta que ella sabía tan bien como yo hasta qué punto pueden ser peligrosas sus decisiones.

—Si está pidiéndome que cambie de opinión acerca de ello...

—Estoy pidiéndoselo, ya que todavía dispone de tiempo. Mañana puede ser demasiado tarde. Sea razonable, hombre. Podemos presentarnos en el consulado antes de que cualquier miembro de esa pandilla sepa lo que se

propone hacer. Esto podría llevar a Scotland Yard a localizar el rastro del hombre misterioso. Tal acto representaría, por lo menos, un paso adelante en ese sentido.

Era una tentación, pero la más fugaz de todas.

—No —contestó Chris—. Procederé a mi modo.

—Le comprendo —dijo Warburton, en tono más bien cordial—. Bueno, si puedo servirle en algo...

—Sí que puede servirme. Hace un rato citó usted un refrán que equivale a esto: preso por un penique, preso por una libra. Puedo dar aplicación a esta libra ahora. He agotado casi el dinero de bolsillo que tenía y no sé dónde me desenvolveré mañana, ni lo que necesitaré de tener que emprender la huida.

—Le irán mejor cinco libras, entonces —Warburton sacó su cartera—. ¿Sabe? —añadió gravemente al alargarle a Chris el dinero—. Creo que no tengo derecho a proceder así. Una vez hecho y hablado todo, experimento con ello la impresión de un hombre que alargara a otro una tira de cuerda con la que ahorcarse.



Michael abrió la puerta de la vivienda que llevaba el número 4 en la calle Merivale, sin acompañamiento musical esta vez, y Chris advirtió que se encontraba realmente de muy mal humor. Esto no era una sorpresa. Michael había sido designado para ayudar a Baby en la tarea de deshacerse de él definitivamente, había sido puesto en guardia por Teodorescu también sobre la posibilidad de que fuese planeado un doble engaño, y ahora, a consecuencia de las tácticas entorpecedoras de Baby, se mantenía alerta.

—Ha estado usted ausente de aquí bastante tiempo —señaló, sombríamente.

—¿Y qué? —replicó Chris—. Ustedes no me indicaron que tenía que presentarme aquí cada hora, ¿verdad?

—¿No? Bueno, pues yo se lo digo ahora, ¿estamos?

Era una actitud la de Michael, pensó Chris en el curso de la cena, que, como la misma Baby habría comprendido, podía ser peligrosa para sus planes. Ésta ya había decidido hacer algo sobre el particular. La joven no solamente adoptó unas maneras más suaves al dirigirse a Michael, sino que además su trabajo en la cocina, en el curso de sus tareas, fue toda una exhibición personal, algo que hubiera podido ablandar el caparazón de una tortuga. La serie de ejercicios aparentemente inocentes que realizó, consistentes en movimientos de flexión y estiramientos; todos ellos ejecutados sin prescindir de su estrecha falda y brevísima blusa, estuvieron a punto de hacer que Michael se clavara su tenedor en la cara, distraído, en dos o tres ocasiones. Y por añadidura, su perfume era tan intenso en la cocina que bastaba para mitigar incluso el olor de las salchichas chamuscadas.

En otras circunstancias, aquello habría resultado divertido. Pero, pensó Chris, como demostración de lo que se proyectaba que sucediera a la hora del desayuno, después del cual Michael sería dejado por muerto sobre el piso de la cocina, allí no se localizaba el menor motivo de risa. Había estado considerando la conveniencia de jugar o no una carta sacada de su manga. El vivido cuadro mental de la escena de la cocina a la mañana siguiente, saldaba todas sus dudas. Era una carta peligrosa, pues, según fuera la reacción de Baby, la partida podía tanto perderse como ganarse. Ahora bien, la carta en cuestión había que jugarla.

Cuando Michael hubo abandonado la mesa, y se oyó el rumor del televisor encendido en el cuarto de estar, anunciando así que se había reintegrado a su actividad favorita, Chris invitó a Baby con un ademán a entrar en la despensa, donde les sería posible hablar aun teniendo la puerta de la cocina abierta, quedando en todo momento fuera del alcance de los oídos de Michael.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Baby.

—Algo que acabo de averiguar. Di un largo paseo para llegar allí donde se archivan los documentos legales sobre patrimonios, dando los pasos necesarios también para que me informaran sobre el de Valentine. ¿Sabe usted cuánto dejó? ¡Nada! Ni un maldito penique.

El rostro de Baby se oscureció, cargado de malos presagios.

—¿Quiere usted decir que ha estado efectuando indagaciones sin que nadie se lo indicara?

—Efectivamente. —A Chris le sorprendió que ella se hubiese mostrado alterada por su afán de buscar información y no por la información en sí—. Ahora quiero saber en qué diablos quiere meterme. ¿Qué sentido tiene que yo quite de en medio a Michael y que firme un puñado de papeles si el patrimonio no tiene ningún valor?

—No sea estúpido, Monte. —Baby adoptó la actitud de una madre paciente dirigiéndose a un hijo obstinado en algo—. Ese patrimonio vale más de un millón de dólares en efectivo, digan lo que digan los archivos.

—Ésta es, simplemente, una afirmación suya. En el inventario no figura ningún millón de dólares.

—Seguramente. Pero es porque esa gente no sabe dónde buscarlos. Pero éste no es el caso de Mookerjee. Ni el mío. Cese usted en su empeño de estrujarse constantemente el cerebro y déjelo todo en nuestras manos.

—¿Está enterado alguien más?

—Tampoco es cosa que deba preocuparle. El primero en llegar es quien tiene más derecho a servirse, se señala en el libro de las reglas. Usted límitese a eliminar a Michael mañana por la mañana, y yo le garantizo que será uno de los ganadores. Por otro lado, si no hubiera metido la nariz donde no debiera, no habría dado con motivos de preocupación.

El resto de la velada, y durante el tiempo que permaneció tendido en la cama, insomne, repasó una y otra vez la conversación que había quedado fija en su mente. No existía ningún testamento, pero había un patrimonio. La rotunda seguridad de que hiciera gala Baby al abordar el tema le había parecido demasiado convincente para dudar. Ella había hablado de un millón

de dólares en efectivo, queriendo darle a entender que ésa sería la cifra definitiva, una vez abonados los diversos impuestos por Mookerjee. Y si Mookerjee contaba ya con hacer frente a los gastos normales, había que entender que el dinero no estaba escondido en ningún sótano, de donde pudiera ser sacado sin más, eludiendo a los recaudadores de impuestos. Probablemente, aquella fortuna había sido distribuida en diversos Bancos, bajo un nombre clave conocido por Mookerjee y el resto de la banda. ¿Sería el nombre empleado el de Lucas Jones, el padre de Beth?

Por otra parte, reflexionó Chris, podía ser que estuviera interpretando erróneamente las palabras de Baby. Necesariamente, no tenía por qué tratarse de dinero en efectivo colocado en el Banco. También podía ser que en algún sitio hubiese sido escondido un cargamento de un material de contrabando de enorme valor, fuese lo que fuese éste. Probablemente, el escondite utilizado era la misma casa de Valentine, en Sunningdale. O aquel edificio cerrado de Londres, que en otro tiempo The Valentine Society alquilara para instalar sus equipos de impresión y grabado.

Equipos de impresión y grabado...

El estremecimiento que le produjo la revelación fue como una descarga eléctrica. Se quedó de un salto sentado en el lecho.

Equipos de impresión y grabado, había señalado Warburton, desentendiéndose de ellos con extraordinaria ligereza. ¡Jesús! ¡Y qué error tan grande el suyo!

Y cuán atinadamente había hablado la azafata del vuelo a Londres... La majestuosa señorita Green. Un tráfico importante de dinero pasado de contrabando, pero en un zapato no se puede esconder el necesario para que valga la pena el procedimiento. No, no es posible. Pero en cambio se pueden contratar los servicios de unos confiados cómplices que transporten la mercancía, yendo después a la Policía con el soplo. Tras esto, la Policía concentrará su atención en los zapatos de los viajeros, y no en las obras literarias hermosamente encuadernadas y enviadas a todo el mundo. Y aún mejor que rellenar esas encuadernaciones con dinero real, obteniéndose un beneficio gracias a las tarifas de cambio, es efectuar la misma operación con dinero propio, con dinero fabricado por uno.

Chris encendió la luz de la mesita de noche para consultar su reloj. Era ya más de la una. En aquellos momentos, Michael, que nunca leía en la cama, ni en ningún otro sitio, debía de estar durmiendo. Chris apagó la luz, abandonando el lecho para encaminarse descalzo en la oscuridad hacia la puerta. La abrió con cuidado, asomándose al vestíbulo. La pequeña bombilla

emplazada al principio de la escalera daba tan poca luz que apenas aclaraba las sombras de aquél. Pero al menos, apreció satisfecho, le libraría del riesgo de rodar aparatosamente escaleras abajo. No le servía en cambio, naturalmente, para apagar los crujidos de los peldaños, optando entonces por pisarlos muy lentamente, dejando caer todo su peso sobre la balaustrada a medida que progresaba en su descenso.

Le dio miedo encender la brillante luz de la cocina, por cuyo motivo tardó largo rato en localizar el cuchillo pequeño, de afilada hoja, que andaba buscando. Luego, subió unos peldaños de la escalera, para dirigirse a la biblioteca.

Aquí, una vez cerrada la puerta, no tuvo más remedio que encender la luz. El procedimiento a seguir ahora era la simplicidad misma. BOTT y SFR eran los únicos juegos de iniciales, consignados en las fichas de Prendergast, que recordaba con seguridad, así que los volúmenes *Blasts of the Trumpet* y *Swiss Family Robinson* irían a parar con él a su habitación, donde, tras la puerta bien cerrada con llave, serían sometidos a sendas autopsias. Estaba mal que fuese hundida la hoja de un cuchillo en el bellamente trabajado cuero, pero peor hubiera estado que la hundieran en su cuerpo. Y si él hallaba bajo el cuero lo que esperaba encontrar, ya podría hacer un trato con el Gran Hermano. Ellos se procurarían la prueba obtenida por él; y Chris se haría de un testimonio favorable a su persona. Q.E.D.<sup>[3]</sup>

Sacó *Blasts of the Trumpet* de un estante, yendo de un lado para otro hasta que localizó *The Swiss Family Robinson*. Abrazando ambos volúmenes, con un gesto de amante, se encaminó a la puerta. Había llegado casi a ella cuando oyó un fuerte rumor de pasos en la escalera, provenientes del piso superior y bajando al tercero para a continuación seguir descendiendo. Michael debía de haberle oído, por culpa de los crujientes peldaños, lanzándose inmediatamente sobre su presa.

Instantáneamente, apagó la luz, manteniéndose a la expectativa. Surgían dificultades. Pero los pasos se deslizaron no lejos de él, con la misma fuerza, camino de la planta baja.

Era fácil imaginarse las actividades que desarrollaba Michael abajo. Estaba comprobando los cerrojos y cerraduras, iba de un lado para otro, a fin de ver si todo seguía en orden. Luego, regresó a la escalera. Este desplazamiento en sentido inverso resultó para Chris más enervante que el anterior, porque ahora los pasos eran lentos y furtivos. Y no existía la menor posibilidad, comprendió el joven, de volver a sus sitios respectivos aquellos dos enormes volúmenes que tan amorosamente abrazaba contra su pecho.

Para eso hubiera tenido que encender la luz. De haber tenido la seguridad de que no se notaría por debajo de la puerta...

Después, para alivio suyo, notó que los pasos continuaban ascendiendo. Se apoyó en la puerta, pegando un oído a ella, hasta que *percibió* un silencio total, como un tintineo... Se dio cuenta entonces de que los pantalones del pijama no eran suficiente abrigo contra el frío de una mañana de la primavera londinense. Pensando que la mejor manera de acabar con aquella situación era salir de allí rápidamente, abrió la puerta, echando a andar hacia la escalera. A medio camino, oyó un sonido en la habitación de Baby. Fue como si ésta hubiese hinchado una pequeña bolsa de papel, descargando a continuación un puñetazo sobre ella. Una apagada explosión, y el silencio de nuevo. Se quedó paralizado por un segundo, pero el caso es que fuera cual fuera la causa del sonido, no había motivado la aparición de Michael, no había provocado una investigación por su parte. No obstante, lo que acababa de oír le preocupaba. Sin saber por qué, se sentía inquieto por esta causa.

Al llegar al descansillo, su inquietud se incrementó. La habitación de Baby estaba abierta, pero a oscuras. Acercóse a ella sigilosamente, entrando, pero no distinguió nada en la oscuridad.

—¡Baby! —susurró.

Detectó el olor desagradablemente persistente, un fuerte y acre olor que se le metía por la nariz sobreponiéndose al perfume personal de Baby. La última vez que percibiera aquel olor había sido en un sótano sobre cuyo suelo yacían dos hombres acibillados a balazos.

No hubo esta vez «¡Zap! *Estás desintegrado*», advirtió un momento después, demasiado tarde ya. Un rojo haz luminoso quedaba a un brazo de distancia escasamente, oyendo de nuevo el sonido que percibiera estando en la escalera, el de una apagada explosión. Y aquello fue igual que si una gigantesca mandarina hubiese sido abatida con fuerza sobre su pecho, destrozando todas sus costillas, estrellándolo de espalda tan violentamente contra la pared con el impacto que llegó a rebotar, derrumbándose boca abajo sobre el piso y abriendo la boca angustiado porque no había aire en sus pulmones.

Se quedó allí tendido, casi inconsciente, paralizado. Oyó los pasos de su atacante junto a él, descendiendo ruidosamente por la escalera, y comprendió, atemorizado, que antes o después tendría que intentar mover, por lo menos, la yema de un dedo, para ver si el proyectil le había alcanzado en la médula, dejándolo parálítico para toda su vida. Finalmente, mediante un acopio de fuerzas, hizo aquello, descubriendo entonces que el dedo se movía, y también

la mano, luego. Por último, notó que la vida volvía lentamente a cada una de las partes de su condolido cuerpo.

Al extender la mano, dio con una silla. Apoyándose en la misma, logró ponerse en pie.

Encendiéndose la luz de la habitación, cegándole momentáneamente. Parpadeó varias veces para aclarar su visión, contemplando entonces a una joven de largos cabellos plantada en la entrada que le apuntaba con un arma. No, no era una chica. Se trataba de Michael, quien vestía una bata y calzaba zapatillas, teniendo la mirada en la cama.

—¡Ah! ¡Maldita sea! —exclamó Michael.

Chris fijó la vista también en el lecho. Baby estaba tendida boca arriba, cubierta con la sábana, que le llegaba hasta la barbilla. Sus labios se habían quedado atractivamente entreabiertos; sus ojos miraban hacia el techo. Y en el centro de su frente se veía un menudo orificio negro con unas manchas que irradiaban de él. De no haber sido por la plomiza palidez de aquel rostro, que daba relieve a las pecas, o la rojiza humedad que se extendía por debajo de la cabeza sobre la almohada, habría resultado difícil comprender el significado del negro orificio y de sus manchas. Chris se aproximó, juzgando que el arma debía de haber sido disparada sólo a unos centímetros de ella, y pese al silenciador la pólvora había producido quemaduras. Ansiaba cerrar aquellos ojos obstinadamente fijos, pero no se decidía a tocarlos. En vez de eso, empezó a estirar la sábana para tapar la grisácea y muerta faz.

—Quieto. No haga nada —ordenó Michael—. Deje las cosas tal como están.

No era el mismo Michael de antes. Plantado allí, sus cabellos rozándole los hombros, parecía, no se veía concretamente por qué, más viejo. Sus modales eran diferentes, hasta el extremo de producir confusión. En su voz ahora no se notaba el menor rastro de su característico acento *cockney*<sup>[4]</sup>.

—Usted no es precisamente el brazo fuerte de Teodorescu aquí —señaló Chris—. Es una persona que se ha infiltrado en la banda, ¿verdad?

—En efecto, señor Monte, y no crea que fue fácil llegar a esto. Fueron necesarios tres desagradables años para lograr abrirme paso en el corazón de Teodorescu.

—¿Es usted detective privado?

—No. Estoy agregado a un antiguo proyecto policíaco de carácter internacional e interino denominado «Operación Cupido» que, lamento decirlo, cualquiera de los gobiernos que lo apoya no tendría el menor inconveniente en desautorizar de disponer del más liviano motivo. Yo

pertenezco a la segunda generación del mismo. Y ahora me atrevería a decir que es usted, indudablemente, el más afortunado de los bastardos a juzgar por esa especie de marca de fábrica que lleva encima.

Chris fijó la vista en su pecho. El perfil rectangular de un gran libro había quedado impreso en aquél, tan limpiamente como si hubiese sido estampado con un troquel, y el espacio presentaba ya un tono purpúreo. Considerando esto y la decoloración causada en el hombro por un trozo de tubo de plomo, tuvo que admitir que Michael no se había mostrado exagerado al formular su juicio.

Se inclinó, cogiendo los dos libros que le habían salvado la vida. La bala se había adentrado por completo en uno, y como se veía tan sólo un orificio de entrada en el otro, debía de hallarse todavía incrustada en el volumen.

—Un proyectil de gran calibre —comentó Michael—, pero no del mayor. —De haber estado hablando del tiempo hubiera empleado seguramente el mismo tono—. De otro modo, esa coraza literaria no le habría servido de nada, quizá. ¿Se encuentra bien? ¿Puede hacer cualquier movimiento?

—Sí. Pero si no fue usted, ¿quién hizo el disparo?

—Eso es lo que vamos a tratar de averiguar ahora. Arriba es donde debemos mirar.

Chris señaló con un movimiento de cabeza el cuerpo que yacía en la cama, manteniendo la vista apartada del cadáver.

—¿Quiere decir que va a dejarla así?

—De momento. No se preocupe. Se procederá como es debido en su momento.

Era difícil de aceptar aquel tono de casi alegre indiferencia ante una muerte violenta. Lo que hacía soportable esta situación, reconoció mentalmente Chris, era su certeza de que ya no podría prosperar la historia urdida para acusarle del asesinato de Zucker. Aquello era como si una nube tormentosa se hubiese alejado. Persistía sobre su cabeza un cielo incierto, pero, al menos, la más amenazadora de las nubes se había esfumado para siempre.

La habitación de Michael le recordó aquella que Beth ocupara en la casa de la calle Commonwealth, carente de toda decoración. Pero allí había un tocadiscos de precio, a juzgar por su aspecto, en un bello estuche de cuero.

Michael extrajo del estuche el tocadiscos. La caja no era otra cosa que el escondite de un transmisor-receptor.

—Vamos a ver qué puede decirnos el hombre que está apostado al otro lado de la calle. —Michael golpeó varias veces el micrófono con la uña de su

dedo índice, empezando a hablar a continuación—. Aquí Pollux. Pollux al habla. Cambio.

La respuesta fue inmediata.

—Aquí Castor. ¿Quién era el visitante de última hora? He estado llamándote con tal motivo.

—¿No lo reconociste, entonces? —preguntó Michael.

—Lo vi llamar al timbre, pasando al interior de la casa al serle abierta la puerta. Unos minutos después salió. La oscuridad era demasiado intensa para que pudiera reconocerle. Guiándome por su silueta, diré que no era ninguno de los del libro. ¿A qué viene todo esto, hijo?

—¡Maldita sea! Creo que tuve en mis manos al Número Uno y que lo dejé escapar. Utilizó el código del zumbador, con el mismo ritmo que Teodorescu, así que bajé para dejarle entrar, y él me golpeó en la cabeza con la culata de una pistola tan pronto quedó abierta la puerta. No conseguí en ningún momento echarle la vista encima. Todo lo que advertí fue que llevaba el sombrero bien calado y el cuello del abrigo subido. La entrada estaba en sombras, su acción fue rápida... Dios sabe cuándo se nos deparará otra oportunidad como ésta. Ese bastardo es un astuto asesino.

—¿Un asesino? —inquirió la otra voz.

—Ha matado a Afrodita —explicó Michael—. Y estuvo a punto de eliminar a Telémaco también, pero nuestro chico ha tenido la suerte de siempre. Está aquí, conmigo.

—¡Oh! —exclamó el otro, con un dejo de evidente interés en la voz—. ¿Lo has puesto al corriente de todo ya?

—Todavía no. Lo haré ahora.

—Es cosa que queda a tu cargo, compañero. Lo sacarás de ahí enseguida, supongo. Yo vigilaré atentamente la casa hasta tu regreso. En algún sitio u otro he leído que el criminal siempre vuelve al lugar del crimen.

—Eso no es nada probable en el caso presente. ¿Han quedado localizados todos los Olímpicos?

—Sí, según el informe de medianoche. Cuídate, hijo.

Michael tocó el interruptor del transmisor, colocando el falso tocadiscos en su estuche.

—¿Qué significado tiene eso? —preguntó Chris.

—¿Tan en clave estaba todo?

—Parte, tan sólo. He deducido de sus palabras que Baby es... era Afrodita, y que yo soy Telémaco. Y que a su juicio, el hombre número uno de



la banda, a quien nadie conoce, entró en esta casa y fue el que apretó el gatillo. ¿Estoy en lo cierto?

—En efecto. Y también que, de acuerdo con nuestro informe diario, las piezas del otro lado del tablero, en este curioso juego, ocupan todavía los cuadros de ayer. La señorita Danska en Praga, el señor Teodorescu en Cap d'Antibes, donde ha hecho un verdadero alarde de su presencia allí, el señor Prendergast y familia en la ciudad de Nueva York, y el señor Mookerjee en Freeport, en las Bahamas. Estos datos son de una importancia vital, ya que mediante un proceso de eliminación podemos llegar a concluir que nuestro asesino de esta noche debe ser el propio Número Uno, la única persona, ajena a las otras cuatro, que conoce la señal que me ha hecho abrir la puerta una vez abajo. Hablo de El Hombre, para utilizar el sucinto término empleado por Baby. En él está la clave del juego. Lo tuve en mis manos y lo perdí en el mismo instante. Esto me produce un profundo disgusto.

—Le comprendo muy bien. Lo que no entiendo es esa salida de su amigo, al preguntarle si me había puesto usted al corriente de todo ya. ¿De qué se trata?

—¡Oh! Es algo viejo ya. Es una noticia acerca de la cual nos hallamos al corriente todos desde hace tiempo, en ambos lados del tablero.

—¿A qué se refiere?

—La información sobre el particular no es muy extensa. —Los labios de Michael se dilataron en una amplia sonrisa—. Todo se reduce, simplemente, a que el patrimonio Valentine será suyo en cuanto lo reclame. Usted es el único heredero, condenado papanatas. El nombre real de Clive Valentine era Frederick Walker, esto es, ¡su padre!

En consecuencia, jamás había existido un enlace matrimonial entre el padre y la madre de Christopher Monte. El capitán Frederick Walker, del Servicio Secreto británico, un hombre alto, bien parecido, de ideas libres, no pertenecía a la casta clásica del casado. Pero en los archivos había una carta de enérgico contenido, dirigida al gobierno de Su Majestad, en tiempo de guerra, por la señorita Mary Shaw de Miami, en la que ella explicaba que le había sido dada palabra de casamiento, el cual, de acuerdo con las circunstancias imperantes, tendría que ser celebrado muy pronto. Por añadidura, la firmante solicitaba se le diera a conocer la dirección del capitán Walker, para poder escribirle en los mismos términos. A dicha carta, en su día, fue agregada una severa nota redactada por algún censor oficial (que probablemente simpatizaba con la joven), quien especificaba que del contenido de la misiva se había dado cuenta a la parte interesada.

Además, estaba el hecho de que en el certificado de nacimiento del niño, si bien ella era ya la señora de Victor Monte, había consignado el nombre del capitán Walker como padre de la criatura, haciendo figurar asimismo las señas de éste en las Bermudas.

—Agregaré a lo anterior —dijo Michael— que cuando usted empezó a actuar en las pistas de tenis, Walker, que por aquella época estaba encerrado en Wormwood Scrubs, vio su fotografía en los periódicos, confesando a un celador que durante la guerra había sostenido relaciones con una linda cantante de club nocturno de Miami, de las que nació un niño, teniendo la impresión entonces de que el niño en cuestión era usted. Todos los celadores que trataban allí con él tenían instrucciones: habían de dar cuenta de las manifestaciones de interés que hiciera, y aunque esa particular admisión no parecía demasiado relevante en cuanto a la Operación Cupido, por entonces, decidimos archivarla de todas maneras. Tras su muerte, sin embargo, y de pronto, se tornó altamente importante. La declaración del celador, la carta de su madre, y su certificado de nacimiento, nos hicieron saber en la Chancillería, le señalaban a usted como heredero del patrimonio...

Michael había sacado una botella de whisky con el propósito de celebrar el acontecimiento. Después de haber servido a Chris una generosa ración en un vaso de los utilizados para lavarse los dientes, empezó a vestirse para salir

a la calle, llevándose de vez en cuando la botella a la boca para echar un trago.

—No se me puede considerar un hombre aficionado a la bebida —confesó—. Ninguno de los que participan en la Operación Cupido es bebedor, ni drogadicto, ni siquiera exageradamente aficionado a las faldas. A nosotros nos agrada todo, pero fríamente. Nada de pasiones. Bueno, a mi juicio, uno de los aspectos más interesantes de esto es que Walker, y no Monte, fue el nombre citado en el certificado de nacimiento como su padre. Como conozco a los italianos muy bien, yo diría que este hecho, junto con el del matrimonio, hizo de Victor Monte un tipo excepcional más bien. ¿Fue así, verdad?

—Sí —confirmó Chris, y se quedó ensimismado, pensando en aquel hombre de pies planos y mal genio que fuera Papá Victor, quien desde un principio había estado al corriente de su ilegitimidad, circunstancia que no había influido para nada su conducta—. Fue un hombre tremendamente bueno —tomó un largo trago de whisky, en un silencioso brindis en memoria de Papá Victor—. Pero, ¿quién reveló el secreto? —inquirió el joven—. ¿Cómo se enteraron Teodorescu y los demás acerca de mi existencia después de que mi padre... después de haber fallecido Walker?

—¡Oh! Parece ser que se confió a sus asociados de la misma forma que antes se confiara al celador, puesto que aunque nuestro hombre estaba vivo y bien vivo por entonces, los otros empezaron a interesarse mucho por usted. Gracias a una persona afecta a los servicios de correos, nos enteramos de que Prendergast y Mookerjee habían solicitado de una agencia el suministro de recortes periodísticos, de noticias de prensa relacionadas con Christopher Monte, una figura destacada del mundo del tenis. Ambos conocieron a Walker personalmente. Al ver sus fotografías debieron de quedar sorprendidos, a consecuencia de su asombroso parecido con aquél. Luego, simplemente, se aplicaron al trabajo, haciéndose con la misma prueba legal sobre su procedencia que ya nosotros poseíamos.

»Tras la muerte de su padre, sin testar, quedando su fortuna en una cuenta bancaria a nombre de Frederick Walker, fue Prendergast, creo, quien ofreció a los otros un plan para apoderarse del dinero. No era muy original, realmente, puesto que había sido utilizado con resultados efectivos en más de una ocasión. Todo lo que se necesita es dar con una chica dócil, que pueda ser ofrecida discretamente a la víctima con un pretexto u otro, desembocando la relación en el matrimonio. Seguidamente, se dispone la muerte de él en un accidente preparado, y luego ya tenemos a la muchacha entrando en posesión de su patrimonio, por su condición de viuda. Si ella está al tanto de la

conspiración, se la recompensa con una parte de la herencia. Si se abriga el proyecto de convertirla en víctima también, hay que asegurarse de que haga testamento, designando un heredero universal de sus bienes. Finalmente, ya está en condiciones de ser enviada con los ángeles, por su turno.

»Éste era el papel reservado para su esposa, quien, naturalmente, no sabía nada. ¿Estoy en lo cierto al afirmar que usted la nombró su heredera, en tanto que ella designó como tal a Prendergast?

—Así es —respondió Chris—. Sin embargo, debo decirle que no puedo en modo alguno estar conforme con su conducta ni con la de los restantes miembros de la Operación Cupido, que son merecedores de todas las censuras. Sabiendo lo que sabían, ¿por qué no nos pusieron al corriente de todo? Tanto Beth como yo hubiéramos podido ser asesinados antes de ser informados debidamente.

Michael no pareció sentirse afectado por las anteriores palabras.

—Supongo que corrieron ese riesgo. Ahora bien, desde nuestro punto de vista, su vital función era servirnos de guía, a lo largo de cualquier ruta, por serpenteante que fuera, para llegar hasta el hombre número uno de la banda. ¿Sabe usted en qué clase de negocio andaban ellos metidos?

—He concebido más de una idea en tal sentido. Esa gente falsificaba dinero, que enviaba a todo el mundo, valiéndose de los libros que producían.

Michael pareció sobresaltarse momentáneamente. Después, prudente, asintió.

—Esto explica lo de los libros junto con el cuchillo, sobre el pavimento, cuando fui en su busca. Usted se disponía a deshacer aquellos para ver si podía encontrar algún dinero que le sirviera de prueba contra la banda.

—Cierto.

—Pues estaba usted perdiendo el tiempo, ya que el negocio había sido liquidado cuando estuvo Walker en la cárcel, durante un largo período, y la falsificación de moneda no era su negocio ahora.

—¿A qué se dedicaban entonces?

—Hacían pasaportes, unos facsímiles impecables, espléndidos, tal como los producidos por los países que usted quiera citar, una mercancía que valía más que su peso en platino. En dinero de su país, el precio oscilaba entre los cinco y los diez mil dólares por unidad, dependiendo aquél de la categoría del comprador y de la naturaleza de su negocio. Un desfalcador que anduviera en busca de un país y clima más saludables y seguros podía obtener un trato de favor. El jefe de un prestigioso servicio de espionaje gubernamental, que se veía obligado a proporcionar a sus agentes de un modo continuo credenciales

falsas pero convincentes, pagaría siempre precios elevados, los máximos. Los pasaportes y los billetes de Banco tienen una cosa en común: son desusadamente difíciles de falsificar. El papel, la encuadernación, el tipo de escritura, e incluso las fibras utilizadas para la elaboración del pasaporte, no solamente son únicos y distintos en cada país, sino que además cambian con cada emisión. Ya puede imaginarse qué significa esto para un proveedor empeñado en facilitar con la mayor rapidez posible mercancía absolutamente garantizada. He aquí por qué esa condenada sociedad ha sido una verdadera fábrica de pasaportes por espacio de diez años. Según nuestros cálculos más prudentes, esa gente estaba poniendo en el mercado de quinientos a mil pasaportes por año. Una estimación no muy detenida acerca de sus probables beneficios bastaría para conseguir que a uno empezara a darle vueltas la cabeza, mareado.

—Lo siento —objetó Chris—, pero no logro entenderlo. Veo natural que un delincuente, un criminal, no tenga inconveniente en adquirir un pasaporte así, pero me extraña que un país adquiriera mercancía de ese tipo elaborada por una banda de falsificadores establecida en otra nación...

—Claro. Sin embargo, hay que señalar que uno de los aspectos más limpios del negocio era el hecho de que ningún país sabía que estaba importando la mercancía. Esto fue así durante largo tiempo... Más tarde fue cuando se oyeron los gritos de ira, las protestas. El material no era enviado directamente desde el fabricante. Se remitía a un agente de la sociedad que habitaba en el mismo país y que era compatriota del comprador. Cuando se divulgó la noticia de que el negocio de la falsificación de pasaportes se había convertido más bien en un monopolio centrado aquí, en Londres, se produjo una oleada de pánico en todos los frentes. Me ruborizo al admitirlo, ya que no pertenezco a una sección del servicio de espionaje, pero es que la mayor parte de la gente dedicada a este trabajo tienden a portarse a veces como solemnes asnos en sus estúpidas tareas. Todo hombre de negocios, en la actualidad, acepta calmadamente el hecho de que él y su más fuerte competidor puedan llegar a ser propiedad del mismo monopolio, o, como mínimo, que los acuerdos secretos sobre precios y cosas similares es algo que está completamente en orden entre competidores. Si los jefes del espionaje implicados hubiesen comprendido ese hecho, se habrían limitado a montar sus fuentes propias de abastecimiento, desentendiéndose del asunto allí mismo. Pero como suelen ser unos asnos solemnes, violentamente animados por un profundo odio a todo lo extranjero, no solamente suspendieron sus tratos con la sociedad, sino que además se organizaron para destruirla y asegurarse de

que no volvería a renacer. Le estoy poniendo al corriente de todo esto por hacerle un favor. De otro modo, como sabe lo suficiente para excitar su curiosidad y llevarla más allá, podría sentir la tentación de formular determinadas preguntas para acabar saliendo muy malparado. En realidad, es usted un buen muchacho. No veo la necesidad de que sufra algún daño junto con los que sí lo merecen.

—Gracias —repuso Chris—. Yo quisiera poder expresarme en los mismo términos con respecto a usted. Y si se muestra tan condenadamente objetivo y cínico acerca de todo esto, ¿qué fue lo que le llevó a aceptar un trabajo como éste, en primer lugar?

—El dinero. Todo lo más que conseguí en esta vida como profesional fue dirigir un establecimiento fabril de mediana importancia. ¿Y qué fue, en primer lugar, lo que le llevó a usted al matrimonio, señor Monte?

Chris pensó que no había manera de servirle una buena pelota a aquel bastardo de cabellos largos y ojos claros, cuyo rostro estaba animado por una maligna sonrisa. La de vuelta resultaba demasiado difícil de alcanzar, sobre todo si lo sorprendía acalorado.

—Puesto que está contándome tantas cosas —dijo—, ¿qué le parece si me explicara por qué fueron inspeccionados mis zapatos en las dos ocasiones en que tropecé con sus hombres? Si ése era el procedimiento utilizado para la entrega de los pasaportes se me antoja algo muy fácil...

—No hay que subestimar a los oponentes —repuso Michael—. Estuvo usted en lo cierto antes. La falsificación no era su objetivo, su negocio... Pero los libros constituían su medio para el transporte de lo elaborado. Un medio de lo más atractivo. La Operación Cupido se montó con el mayor sigilo, hallándose un tanto al margen de la ley, por supuesto. No debía atraerse la atención de nadie destrozando libros de alto contenido moral, convertidos en obras de arte, casi. La cosa hubiera sido fácil tratándose de obras pornográficas o de literatura de escasos vuelos, ya que entonces los servicios de aduanas y correos habrían dispuesto de una excelente excusa para colaborar con nosotros. Tal como estaban montadas las cosas, en cambio, éramos mirados como importunos peligrosos.

»Todo empeoró cuando a los hombres de la Operación Cupido se les presentó la ocasión, de vez en cuando, de desgarrar algún que otro libro, sin que se lograra dar en ellos con nada acusador. Valentine era un hombre dotado de astucia suficiente para saber mantenernos a distancia. Una de sus tretas consistía en el empleo de un código especial por el que se lograba que la mercancía real quedara fuera de nuestro alcance. Se valía de otro truco: el

de facilitarnos un falso rastro con irregular periodicidad. A lo mejor llegábamos a saber, confidencialmente, dónde podríamos localizar a un correo cargado de pasaportes falsos. El dato era auténtico. En cuatro ocasiones detuvimos a otros tantos pobres diablos que se habían colocado los pasaportes entre la plantilla del zapato y el calcetín. Tuvo que pasar algún tiempo para que llegáramos a descubrir que se trataba de oscuros trabajos, sin importancia, deliberadamente sacrificados. De todos modos, antes de que se lograra hacer tal descubrimiento, se nos instruyó en el sentido de que el tipo de investigación sufrida por usted sería el procedimiento normal a seguir cuando se tratara de cualquier persona de la que se supiese que era un contacto de la sociedad. En efecto, fue usted la víctima de la burocracia. Pero si nosotros hubiéramos podido hacernos con el código utilizado para la distribución de los libros...

—Y ahora ya es demasiado tarde para eso, ¿no? —inquirió Chris—. Aun así, ¿no llegó a echar un vistazo al fichero alfabético que me quitó? Me refiero a las cartulinas que tenían estampado en ellas un código...

Michael había estado abotonándose la camisa, una deslumbrante versión en verde de la de terciopelo en tono naranja. Sus dedos se quedaron inmovilizados sobre los botones.

—Usted me dijo que las utilizaba para hacer sus quinielas de béisbol.

—¿Y se lo creyó? —preguntó Chris, complaciéndose en pronunciar estas palabras con la máxima inflexión de desdén. Tenía la impresión de que ésta era una de las pocas oportunidades que se le habían deparado de corresponder a los hombres de la Operación Cupido pagándoles con su misma moneda—. Incluso no sabiendo que yo me había apoderado de las cartulinas en casa de Prendergast, ¿no se fijó usted, ni ninguno de sus compañeros, en que las iniciales que contienen coinciden con los títulos de los libros de la Valentine Society?

—En ningún momento pensamos... —empezó a decir Michael. A continuación, movió la cabeza, irritado—. ¡Maldita sea! Hubiéramos decidido hacer algo con ellas, al menos. Ocurrió que un agente nuestro de Boston nos hizo saber que usted había dejado las cartulinas en su habitación, a la vista de quienquiera que entrara allí, por cuyo motivo no les concedimos ningún valor. Y, además, de acuerdo con su historial, usted es extraordinariamente aficionado a las apuestas sobre caballos y cosas así. Esto hizo que su explicación nos pareciera perfectamente lógica.

Michael abrió el cajón de una cómoda, haciendo entrega a Chris de su pasaporte, cartera y varios papeles.

—Tendrá necesidad de todo esto para hacerse cargo de sus millones y remitirlos a su país. Me quedaré con las fichas, si no le importa.

—No me importa, en efecto, pero, ¿de qué pueden servirle ya? Usted ha dicho que The Valentine Society fue liquidada, ¿no?

—No. Lo que yo he dicho es que fue cerrada, lo cual es muy diferente. Probablemente, nuestro servicio de vigilancia es lo único que impide que haya sido abierta de nuevo. Ciertamente, la forma en que de repente tornó a la vida, iniciando una acción concertada para apoderarse del patrimonio de su padre, revela de lo que es capaz aún. En nuestro centro de operaciones existe la impresión de que nosotros habremos de continuar haciendo nuestro bien pagado trabajo hasta que haya sido identificado y dejado *hors de combat* el Número Uno. Hasta ahora esto no ha sido conseguido. Y sus ambiciosos seguidores se encuentran todavía intactos, casi.

—Lo sé. Me estaba preguntando a qué era debido esto. ¿Por qué es ésa su situación considerando lo mucho que tienen ya contra ellos?

Michael se embutió en su chaqueta de la calle Carnaby, pasándose los dedos por los cabellos a modo de peine. Volvía a ser el otro Michael, el del aire confianzudo, el tipo del transistor inseparable, de porte curiosamente amenazador.

—Bajemos a su habitación —propuso—. Se lo explicaré todo mientras se viste. Realmente, hemos de ponernos en movimiento. A esta hora, mi compañero Castor ya habrá hecho conocer a nuestro superior lo ocurrido aquí, y yo habré de entrevistarme con el viejo baldragas lo antes posible, para tratar de ello.

Observó la reacción de Chris al pasar junto a la puerta del cuarto de Baby.

—¿Tanto le ha afectado esto? —preguntó Michael, con un dejo en la voz no de simpatía sino de curiosidad—. No es para tanto. Ésta pájara era una mujer atractiva y todo lo que usted quiera, pero también una perra de cuidado. A fin de cuentas, estaba aquí como encargada de abrir su tumba, Monte. Y sospecho que tenía algo de lesbiana, por añadidura. ¿Llegó usted a olérselo?

—No. Lo que a mí me sucede es que no estoy habituado a ver caer a la gente a tiros, sin más. Tampoco tomo estas cosas como usted y sus amigos las toman. ¿De qué diablos están ustedes hechos? ¿Es que no tienen sentimientos?

—Mi querido amigo...

—Apee el *querido amigo*. No se está trabajando la elección en mi distrito.

—Muy bien —Michael se dejó caer sobre uno de los brazos del macizo sillón de descanso de Teodorescu, observando a Chris mientras éste iba



reuniendo sus esparcidas prendas—. Exponiéndome al peligro de ganarme para siempre la malevolencia del único millonario que conozco personalmente, permítame decirle, mi querido camarada, que usted parece ser algo proveniente de una generación muerta y ya enterrada. Esto es sorprendente, también. Usted produce la impresión de ser un duro espécimen cuando se ve provocado, pero, en cambio, al enfrentarse con las condenadamente rudas realidades de nuestro bravo mundo actual, emerge más bien como un tipo lloroso. Si su padre hubiese sido así, jamás habría iniciado el negocio que creó, ni éste hubiera conocido unas cotas de prosperidad tan altas.

—¿Cómo se metió en eso? —quiso saber Chris.

—Verá. Durante la guerra, perteneció al servicio de espionaje, consistiendo su labor en la elaboración de documentos falsos, que se entregaban a quienes tenían necesidad de ellos para cumplir misiones secretas u otras actividades ocultas. Esa clase de trabajo que puede llegar a ejercer mal efecto en determinadas personas. A menos que uno sea persona extremadamente equilibrada, acaba por ser causa de una moralidad distorsionada, que suele llevarse a la vida civil.

—¿Y qué me dice usted sobre el aspecto moral de la Operación Cupido? —preguntó Chris.

—Querrá decir su falta de moral. En fin, dejémoslo así. Si Walker no hubiese emprendido un mal camino, la Operación Cupido no habría tenido por qué nacer. Nuestra moralidad, o la falta de ella, es una respuesta a la suya, simplemente. Y si no hubiese centinelas o agentes a un lado y otro de cada frontera, el mismo Walker hubiera carecido del motivo indispensable para emprender su negocio. ¿Se da cuenta? Descrita toda una monstruosa cadena de causas y efectos, usted no puede limitarse a poner el dedo en uno de los pequeños eslabones de en medio para centrar en éste la culpa de todas las condiciones predominantes. Y, como ya he demostrado, hay que mostrarse extraordinariamente prudente al pensar en adoptar posturas morales. Por ejemplo: ahora que ya sabe la procedencia del dinero, ¿se propone acaso renunciar a su herencia?

Chris movió lentamente la cabeza, denegando.

—Pero es que ahí existe una diferencia —contestó, puesto a la defensiva—. No sé concretarla, pero la hay.

—Lo que pasa es que resulta importante creerse eso, con objeto de poder gastarse el dinero sin sentir remordimientos. Sea lo que fuere, comparado con los repugnantes tipos que le secundaban, Walker, al menos, poseía un

decidido encanto. Me refiero a los hombres con quienes usted trató, es decir, Prendergast, Mookerjee y Teodorescu...

—Corrójase —dijo Chris—. No llegué a conocer a Teodorescu.

—Pues claro que lo conoció. Era el imponente individuo que se presentó en Miami, haciéndose pasar de un modo muy convincente por Simon Warburton, el abogado.

—¡Pero aquel hombre no era rumano! Era británico. Jamás en la vida vi un tipo más genuinamente británico.

—Lo es, realmente —corroboró Michael—. Es un auténtico británico, un comedor de carne de vaca. ¡Santo Dios! ¿Pero es que está usted todavía al otro lado del espejo? Valentine era Frederick Walker. Teodorescu es Anthony Theodore Dancer. Resulta cómico, ¿verdad? Walker y Dancer<sup>[5]</sup>. Sin embargo, tal situación no arrancó una sola sonrisa a los hombres de la Operación Cupido en mucho tiempo. Y Katia Danska es Katherine Dancer, la hermana de Teodorescu. Su nombre clave es Medusa, dicho sea de paso, dato que debe facilitarle una idea del cuadro planteado, sobre la marcha. Ella y Teodorescu estuvieron haciendo espionaje para nosotros en Europa inmediatamente después de la guerra, y ambos reaccionaron mal cuando surgió la tentación. La tentación, en este caso, fue una gran suma de dinero que les ofrecieron a cambio de ayudar a canalizar hacia América del Sur a varios jefes nazis fugitivos. Mookerjee operaba en el cono suramericano. Prendergast había pertenecido al servicio secreto americano durante la guerra y deseaba, al parecer, hacer un uso provechoso en la vida civil de su adiestramiento profesional. Y Henry Gardenhire, realmente un genio a su modo, si bien un incorregible bebedor, había pertenecido ya al cuadro dirigido por Walker en el servicio de espionaje, siendo el encargado de elaborar los documentos falsos. Tras ellos, por todas partes desde luego, había diversos pistoleros y elementos *lumpen* dispuestos de buen grado a ser útiles a cambio de las elevadas sumas ofrecidas.

»La única persona que no pudo ser identificada fue el hombre número uno de Walker, quien es ahora el número uno de toda la organización en nuestro libro. Cuando detuvimos a Walker y lo pusimos al corriente de cuanto sabíamos acerca de sus actividades, él habló del Número Uno diciendo que fue el hombre que dio con los fondos indispensables para montar la organización, trabajando como consejero suyo. Nos habló así como desafiándonos a que intentáramos detener al misterioso personaje. Su padre tenía un brusco y curioso sentido del humor, a decir verdad. Sabía que nos

había dado jaque mate y no supo resistirse a la tentación de ahondar en la herida para atormentarnos.

—Pero si ustedes lo tenían en sus manos...

—Ya, ya, señor Monte. Debe tener presente, no obstante, que las naciones, además de mostrarse, a través de sus hombres, xenóforas y paranoicas, y todo lo que usted quiera, se dejan ver también deliciosamente mojigatas. La Operación Cupido fue fundada y financiada por nueve naciones diferentes, con una condición: ninguno de los Departamentos de Estado y ministerios de Asuntos Exteriores, así como servicios secretos oficiales, que habían tenido tratos con The Valentine Society, quedarían jamás al descubierto. No hay nada que objetar si uno compra su cañón en el mismo establecimiento, ¿comprende?, pero la cosa cambia si lo que se adquiere son pasaportes falsos. Puesto que Walker y sus colaboradores más próximos podían airearlo todo, por completo, era preciso conseguir su cooperación en la tarea de mantener el secreto en todo el estúpido asunto. Por tanto, en vez de dar lugar a una serie de bien divulgados juicios por incompetencia, seguidos por otra de terminantes declaraciones gubernamentales y crisis parlamentarias en todo el mundo, se convino por todas las partes que Walker permaneciera en prisión durante un breve plazo de tiempo, justificándose ello con alguna falta ampliamente proclamada, exigiéndose a sus asociados que tuvieran las manos limpias en lo sucesivo, para siempre, ocupándose de las unidades de *boy-scouts* o de honrar la memoria del Komsomol, según los casos.

»Debo admitir, con todo, que la mojigatería, una vez en acción, puede ser un delicioso espectáculo. Walker tuvo que permanecer encerrado en prisión durante algún tiempo porque las partes ofendidas insistieron en que el cabecilla autor del mal debía recibir unos azotes, por lo menos, para demostrar que no perdonaban su mala conducta. Luego, si aquel ridículo proceder llegaba a oídos de los electores, había de quedar bien de manifiesto que no podían ser inculpadas.

—¿Y qué fue lo que hizo que Walker se mostrara conforme?

Michael sonrió. Y no se advertía el menor indicio de humor en su gesto.

—De eso se encargó la Operación Cupido. Nuestros hombres le explicaron sin rencor que si se negaba a colaborar moriría antes de que tuviera tiempo de ser juzgado. Como Walker comprendió que esto no era una amenaza gratuita, sino una declaración de hecho, se mostró todo lo suavemente cooperativo que se le exigió. Así que ya ve, señor Monte, cómo la Operación Cupido tiene su mérito a la hora de mitigar los pequeños problemas de la vida, ¿no le parece?

Acomodado en el asiento delantero del Humber, junto a Michael, Chris preguntó:

—¿Y ahora, qué?

—Usted habrá de ir al Wilbraham, supongo. Yo tendré una reunión antes del amanecer. La impresionante rubia que le acompañaba en la terminal del aeropuerto es su ruborosa novia, ¿verdad?

—No sé qué decirle en cuanto a lo del rubor... Por lo demás, sí, es mi esposa. Vámonos, pues, al Wilbraham.

Michael puso el coche en movimiento, dirigiéndose hacia el norte y enfilando la calle Sutherland.

—Creo que habrá comprendido —dijo— que debe reclamar su herencia inmediatamente, y en medio de una gran publicidad. Cuando las cámaras de los reporteros gráficos enfoquen sus cámaras sobre usted, muéstreseles de frente y con una radiante sonrisa. Por obvias razones, desde luego.

—Ya. Tan pronto esa pandilla se entere de que reclamo la herencia, cesarán en sus juegos conmigo. Dispongo de un abogado para que cuide de todos los trámites. Supongo que su designación no será ninguna sorpresa para ustedes, dada la forma en que todos han estado siguiendo mis pasos.

—En efecto. El auténtico Simon Warburton. ¡Pobre! Empezamos a cuidar de él tan pronto Teodorescu se plantó en Miami, utilizando sus colores. Naturalmente, Teodorescu, cosa lógica, había de valerse de los más sólidos y respetables, para asegurarse una buena navegación. Yo diría que Warburton es merecedor de su confianza. Supondrá para él una excelente compensación, por el uso indebido que se ha hecho de su buen nombre.

—¿Y qué va a ser de usted ahora? —preguntó Chris—. ¿Continuará siendo el hombre bueno de Teodorescu?

—Depende... —repuso Michael, avanzando por Buckingham Palace Road y parando bruscamente ante un semáforo, al tiempo que aceleraba el motor en vacío, impacientemente—. La situación es algo confusa de momento porque ninguno de nosotros sabe, probablemente, por qué esta noche el Número Uno hizo de Baby su blanco. —Miró de soslayo a Chris—. Ella quería que usted la secundase en su intento de engañar a los otros, ¿verdad? Supongo que se ofreció para decirle cómo podía hacerse con todo su patrimonio, siempre y cuando le pagara suficiente dinero por su información.

—No se equivoca —manifestó Chris—. Usted y sus compañeros deben sentirse a veces como si fueran pequeños dioses, gracias a los gemelos prismáticos, escuchas telefónicas y otros dispositivos electrónicos con que se auxilian en su labor, ¿eh?

A Michael no le gustaron estas palabras.

—Esas cosas apenas son necesarias cuando nos las tenemos que haber con una pareja de conspiradores tan torpes como usted y Baby —comentó, despectivamente—. ¡Qué comportamiento el suyo! Reuniones furtivas, conversaciones en un susurro, intercambios de miradas llenas de significación... ¡Diablos! Tenían los dos condiciones sobradas para actuar en el Palladium. Fue una suerte que su auditorio estuviese integrado por una sola persona, por mí, ya que no había peligro de que yo revelara su secreto. Ahora, si hubiese presenciado el espectáculo alguien como Teodorescu...

Un escalofrío de terror originó una sensación dolorosa en la boca del estómago de Chris. Luego, se extendió por todo su cuerpo, dejando seca su boca, alterando el ritmo de su respiración. Por una fracción de segundo, aquello fue como la parálisis momentánea que le había causado el proyectil que lo lanzara contra el muro de la habitación de Baby. Finalmente, recobró su plena consciencia.

—¡Por el amor de Dios! ¡Acelere! Dirijámonos a ese hotel lo más rápidamente posible...

—¿Qué pasa? —inquirió Michael, sorprendido.

—Hay alguien que está enterado del doble engaño proyectado por Baby. Yo mismo fui su informador. Ahora, cuando cree haberse desembarazado de Baby y de mí, la única persona que conoce su identidad y el por qué de su acción es mi esposa. ¡Y nos lleva mucha delantera en nuestro camino hacia ella!

—¿Lo vio usted? —preguntó Michael, incrédulo—. ¿Ha hablado con él?

Chris observó, agradecido, sin embargo, que él no perdía el tiempo aguardando su respuesta. Corrían por Grosvenor Place a la máxima velocidad, deslizándose por entre los restantes vehículos.

—¡Por el amor de Dios! ¡El hombre buscado es Warburton! ¿No lo comprende? Quiso evitar todos los riesgos. Necesitaba estar listo con respecto a mí, por si me presentaba en Londres. Teodorescu no se sacó el nombre de la manga. Se le ordenó que lo utilizara. Warburton es la única persona enterada del proyectado doble engaño, y tenía que desembarazarse de Baby para tener la seguridad de que el plan original sería desarrollado hasta el fin.

Chris no tuvo que decir más. La carrocería del coche osciló y los neumáticos rechinaron al girar el vehículo en Hyde Park Corner para adentrarse por Park Lane. Una vez aquí, enfrente de ellos, a poca distancia, vieron el gran Bentley gris con sus dos pasajeros en el asiento delantero.

Hubo un momento angustioso de indecisión. Luego, Chris señaló.

—Ha estado aparcado junto al hotel. ¡Pruebe a alcanzarlo!

El hecho más importante entre todos, pensó mientras se aproximaban, por un costado, al Bentley, que iba acelerando la marcha, en tanto que Beth volvía la cabeza para mirarle, fue que Warburton nunca había esperado esto. Los segundos que malgastara intentando comprender quién era la persona que se encontraba en el coche, a su lado, fueron los que necesitara para acelerar a tiempo el motor de su vehículo y alejarse del Humber. Pero ya era demasiado tarde. Cuando se aproximaban a Marble Arch, Michael, diestramente, fue obligando al Bentley a incrustarse contra el bordillo de la acera.

Oyóse el ruido de los guardabarros al chocar, y Warburton intentó maniobrar para liberarse de aquel acoso.

—¡Apártese! —gritó.

La ira había deformado su rostro, y de repente apareció una pistola en su mano, cuyo cañón era apuntado erráticamente a Chris. Los dos coches se embistieron mutuamente, de costado, al adentrarse por Bayswater Road.

—¡Agáchese! —gritó Michael a Chris.

Pero a Warburton era a quien le hubiera ido bien entonces una advertencia. Beth se había lanzado sobre él de repente como una gata salvaje, pasándole un brazo en torno al cuello, mientras que con la mano libre intentaba apoderarse del arma. El peso de su cuerpo, comprimido contra Warburton, hizo que la portezuela se abriera de pronto, golpeando el chasis del Humber.

Michael maniobró para separarse del otro coche. Entonces, el Bentley, ya sin control, cruzó la carretera, estrellándose contra las bandas metálicas de protección. Con el impacto, Warburton salió por la abierta portezuela como un saco a medio llenar, proyectado hacia arriba.

Michael situó el Humber detrás del coche siniestrado, del cual emergió enseguida Beth, avanzando un tanto vacilante en dirección a su esposo.

—No he sufrido ningún daño —le aseguró cuando Chris la tuvo entre sus brazos—. No me ha pasado nada en absoluto. Simplemente: estoy muy nerviosa. —Llevaba los cabellos en desorden y su respiración era un poco jadeante, pero parecía sentirse más irritada que asustada al bajar la vista para fijarla en la flácida forma tendida en el suelo—. Este hombre me dijo que las

cosas habían marchado mal y que tú estabas herido. Hubiera debido desconfiar de sus palabras. Ni siquiera llegó a entrar en el hotel, al venir en busca mía. Me notificó por teléfono que estaría abajo, en el coche, y que debía vestirme y reunirme con él tan pronto pudiera. Y resulta que este personaje era uno de ellos, ¿eh? Era el hombre que realmente estaba detrás de todo.

—Sí. Pero todo está en orden ya —corroboró Chris.

Su mano se deslizaba suavemente arriba y abajo, sobre la espalda de ella, y pensaba entretanto que era chocante aquello de intentar consolarla como si hubiera sido una criatura castigada, cuando la criatura en cuestión, por su causa, acababa de atacar valientemente a un hombre armado con un arma y animado por unas miras asesinas.

—Todo está en orden, sí. Todo ha terminado ya, Beth —agregó el joven.

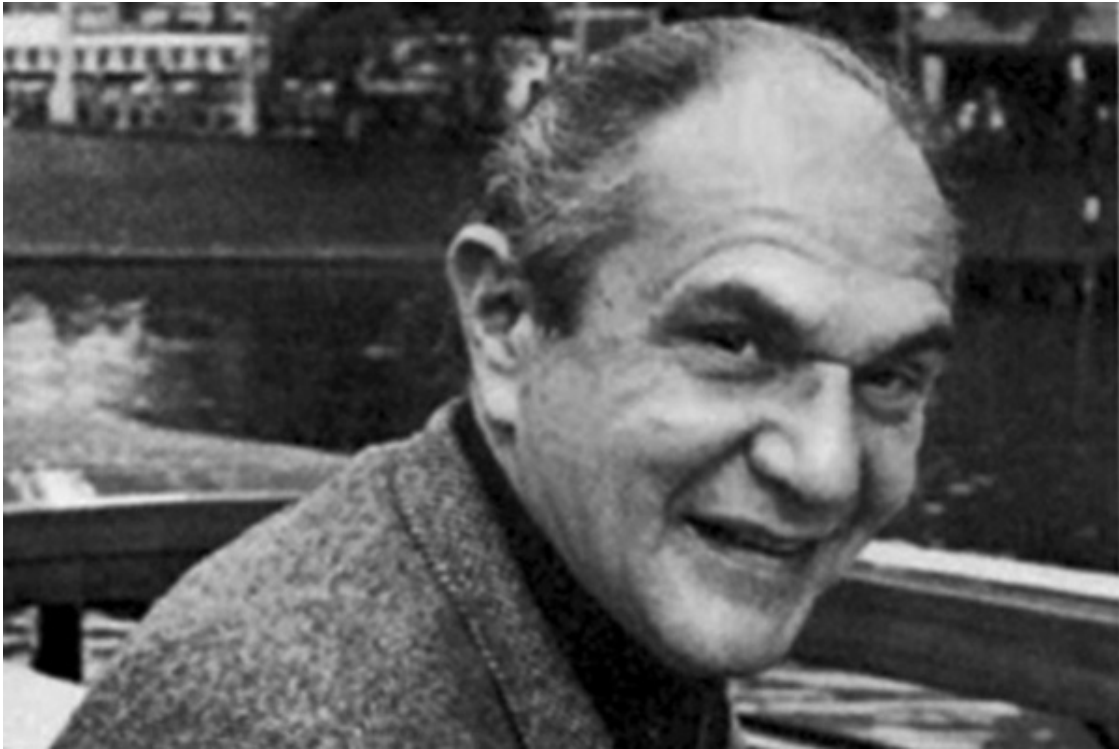
—Esto es el fin, efectivamente —informó Michael, poniéndose en pie rápidamente. Había estado arrodillado junto al cuerpo, y luego señaló el coche que se estaba deteniendo cerca de ellos, y los transeúntes, que se aproximaban corriendo a aquel lugar—. Parece ser que la chusma ha dado con el espectáculo. —Apretó los labios al observar el gesto vacilante de Chris—. ¿Qué le pasa ahora, condenado blanducho? ¿Qué es lo que le flojea? ¿El corazón o la cabeza? ¡Lárguese de aquí, maldita sea!

Chris cogió su maleta del coche, asió a Beth por una mano y la llevó casi a la carrera, hacia el hotel. Se detuvieron, sin aliento, cerca de la entrada. Chris dejó en el suelo la maleta y se apoyó en la pared para aliviar el dolor que sentía en la pierna lesionada.

Beth se le quedó mirando, sumida en una especie de ensimismado asombro. Después, miró a su alrededor y hacia el estrellado firmamento, igual que si hubiese intentado averiguar dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Finalmente, pareció recobrar la voz.

—No lo he hecho nunca —dijo calmosamente—, pero hoy pienso embriagarme. Quiero que me cuentes todo lo que ha sucedido esta noche, pero en primer lugar deseo que me dejes embriagarme, para mantenerme en este estado a lo largo de veinticuatro horas. ¿Crees que disponemos de dinero suficiente para eso? ¿Cuánto dinero tenemos, querido?

—He aquí una buena pregunta —repuso Chris—. Ahora agárrate a mí, hermosa, y haz una inspiración profunda. Tengo que confiarte algo muy divertido.



STANLEY BERNARD ELLIN (Brooklyn, Nueva York, 6 de octubre 1916 - íd. 31 de julio de 1987), escritor de narrativa policiaca estadounidense.

Ganó dos veces el Edgar Allan Poe Award (Premio Edgar) por sus cuentos «The House Party» (1954) y «The Blessington Method» (1956), y el de novela por «The Eighth Circle» (1959). Muchos episodios del serial televisivo Alfred Hitchcock Presenta se han inspirado en sus historias cortas y sus novelas «Dreadful Summit», «House of Cards» y «The Bind» han sido adaptadas al cine.

Ellin fue largo tiempo miembro y presidente de la Mystery Writers of America. En 1981 fue distinguido con el mayor honor de la misma, el Premio Gran Maestro (Grand Master Award).

Entre la decena larga de novelas policiacas que escribió destacan «The Eighth Circle», Premio Edgar en 1959 y «Mirror, Mirror on the Wall», que en Francia le granjeó el Gran Premio de Literatura Policial en 1975.



# Notas

[1] *V.I.P.*: siglas correspondientes a las palabras *Very Important Person*, es decir, *Persona Muy Importante*. (N. del T.) <<

[2] Equivale a *Trompetazos*. (N. del T.) <<

[3] *Quod erat demonstrandum* (que es lo que había de probar). (*N. del T.*) <<

[4] Dialecto de ciertos barrios bajos de Londres. (*N. del T.*) <<

[5] Equivalen a «Andarín» y «Danzarín», respectivamente, entre otras acepciones. (*N. del T.*) <<

---

**STANLEY ELLIN**

**La herencia  
Valentine**

**Lectulandia**